

In love
con la
Tribu



Dylan Martins
Ariadna Baker
Hugo Sanz
Janis Sandgrouse
Manu Ponce
Jenny Del

In love
con la
Tribu

Primera edición.

Las chicas de la tribu.

© 2020, **Hugo Sanz.**

© 2020, **Dylan Martins.**

© 2020, **Manu Ponce.**

© 2020, **Jenny Del.**

© 2020, **Ariadna Baker.**

© 2020, **Janis Sandgrouse.**

Imágenes de Adobe Stock.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Prólogo

Tribu, verano y Conil ¡Vaya cóctel!

Hugo Sanz

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Un mojito, por favor

Ariadna Baker

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

La tribu de la pizza

Manu Ponce

CAPÍTULO 1: VOLANDO VOY, VOLANDO VENGO, Y EN EL CAMINO CON LA TRIBU ME ENTRETENGO

CAPÍTULO 2: ROMA, PISA, PIZZA Y UNAS BAMBINAS CON MUCHO RITMO

CAPÍTULO 3: ROMA SIGNIFICA AMOR, ¿O NO? LA TRIBU ROMANA

CAPÍTULO 4: FLORENCIA, LA CIUDAD DE LOS TALENTOS

CAPÍTULO 5: LA TETA DE JULIETA

CAPÍTULO 6: GIORGI PESTOSIIII

La tribu en Madrid

Janis Sandgrouse

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Una tribu y un héroe](#)

[Jenny Del](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Mi tribu, mis compañeros y una boda sin cancelar](#)

[Dylan Martins](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Agradecimientos.](#)

Prólogo

¡¡Ey, tribu!!

Hoy tengo la magnífica ocasión de redactar el prólogo de un libro que va a colarse directamente en vuestros corazones, chicas de la tribu.

Si os digo que me siento feliz, me quedo, muy, muy corto... Porque formar parte de esta maravillosa aventura es todo un placer y un privilegio para mí.

No me voy a repetir, ya que contamos con un magnífico prólogo en “Tres jefes y una tribu”, en el que la increíble loquita de Janis Sandgrouse narró al detalle de dónde partía la iniciativa de esta tribu, que se está convirtiendo en todo un emblema.

Ahora es ella quien junto con Jenny Del, Ariadna Baker y los proclamados por todas vosotras como jefes, esto es, Dylan Martins, Hugo Sanz y Manu Ponce se han puesto al frente de... ¿Exactamente de qué? Pues de un nuevo compendio de relatos agrupados bajo el atractivo título de “In love con la tribu”, que nace del deseo de homenajear a las seguidoras únicas en las que todas y cada una de vosotras os habéis convertido.

¿Y cómo? Pues de un modo ciertamente ocurrente; haciéndoos protagonistas de unos emotivos y desternillantes relatos con los que sentiréis que las horas no pasan, sino vuelan.

Lo que os estoy comentando no es más que parte del tributo que los tres jefes, en compañía de sus tres inestimables compañeras, han querido rendir a unas seguidoras que, libro tras libro, les brindan un cariño y un apoyo incondicionales... Y eso, estaréis conmigo en que, en los tiempos que corren, no tiene precio.

Y hablando de no tener precio, tampoco lo tiene para mí el regalo que supone que, en los aludidos tiempos difíciles que estamos viviendo, los jefes hayan tenido la gentileza y la generosidad de abrirme las puertas de su mundo. Lo mejor de todo es que no creáis que lo han hecho por aquello de tener un gesto altruista con el que ganar puntos ante el público, ni mucho menos...

En mi caso, os puedo asegurar que otra cosa no tendré, pero mi memoria es de elefante (suerte que es la memoria y no las orejas), y no os miento si os digo que me han tratado como uno más desde que he puesto los pies en este grupo. Y eso, queridas, es muy de agradecer...

Reflexionando, creo que es fácil resumirlo en una idea; porque cuando estás acostumbrado a que la mediocridad y la competitividad imperen, que te echen una cuerda, por el mero hecho de que te subas a un barco en el que ellos ya surcan los mares de la literatura... yo no sé a vosotras, pero a mí me pone los pelos como escarpas.

Para mí esta andadura comenzó con un post que un día me comentaron los jefes y a partir de ahí, ¡se lio parda! Bendito día y benditos comentarios que hicieron que las chicas de la tribu

también se fijaran en los libros de servidor y, ¡bingo! No solo los leyeron, sino que su apoyo tampoco se hizo de rogar.

¿Lo que sentí? ¡Un subidón de campeonato! Para qué lo voy a negar si me llena de orgullo y satisfacción... y eso que no soy el rey emérito. En resumidas cuentas, que unas entendidas de ese calibre en novela y comedia romántica me animaran de aquella forma, logró que me viniera arriba de una manera asombrosa (¡¡Por Dios, no me he vuelto un creído, me refiero a que ahora trabajo con ánimos renovados, jaja!!).

Es por eso y, dado que los jefes me han dado voz (y no sé si voto) en este embolado, que me quito el sombrero a la hora de entonar un GRACIAS A TODAS en nombre de ellos (que me han hecho el encarguito) y en nombre propio (que hasta nerviosito estoy de poder verbalizar un agradecimiento que, por mucho que intente extender, continúa quedándose corto, repito).

Por mi parte, agradecer también a Dylan, Manu y Hugo, la posibilidad de seguir creciendo al lado de tres colegas a los que admiro profundamente y de los que procuro aprender, atesorando la esencia de la escritura de cada uno de ellos, ¡ahí es nada!

No es mi intención ponerme demasiado empalagoso, ni esparcir azúcar por encima de este prólogo, pero es que yo, aquí donde me veis, soy muy sentido. Y lo que siento por los jefes y por las chicas de la tribu es algo muy profundo... Ea, pues ya lo he dicho, o no soy yo...

“Admiración” es otro término que no quiero que se me quede en el tintero, porque es el que se me viene a la cabeza cuando pienso en la forma en la que estos tres fenómenos, a los que ya considero amigos, lidian en el terreno pantanoso de las redes sociales.

A ver si me explico sin enrollarme como las persianas, que soy un poco tendente a eso. Veréis, chicas, yo tengo la suerte (o la desgracia) de ver los toros desde la barrera en ese aspecto. La razón es que cuento con otro trabajo que no me permite simultanear la escritura con ser activo en las redes, no me da la vida para tanto.

¡No me juzguéis, please! Soy hombre y creo que con dos actividades ya voy en coche... Vale que vosotras podéis hacer muchas cosas a la vez, pero no le pidáis peras al olmo... Yo no puedo. ¿Entonces? Pues sí lo confieso, para lo que me queda algo de tiempo es para echar un vistazo en las redes y ahí... Ahí veo que nadan peces de todo tipo en sus aguas revueltas.

Ahora más que nunca, cobra especial importancia eso de que “a río revuelto, ganancia de pescadores”; pero lo que no puede ser es que unos quieran beneficiarse del trabajo de otros, ensombreciendo la labor de un esfuerzo que a veces llega a ser titánico. Pues bien, voy al meollo de la cuestión; que los jefes además son maestros en sortear los obstáculos virtuales y en salir airosos de los ataques gratuitos, que para eso siempre hubo clases...

Más puntos para ellos y otros tantos para las chicas, que con tanta gracia y arte les echáis también un capote, defendiéndolos por cielo y tierra, demostrando que sois una piña... Una piña de la que, gracias a todos vosotros, ya me considero un piñón más. Porque yo no soy uno de los jefes, vaya eso por delante, pero sí un componente más de un grupo en el que se me trata

con un cariño y un respeto valiosísimos.

GRACIAS DE CORAZÓN a las chicas y a los jefes por demostrar la pasta de la que estáis hechos. No cambiéis nunca porque sois grandes y eso está a la vista... Y lo que está a la vista, señores y señoras, no necesita un candil.

¡¡Besos y más besos, chicas!! Y a vosotros tres... un abrazo tremendo, que sois pero que muy grandes.

P.D. Que lo que la tribu ha unido, no lo separe el hombre.

Aitor Ferrer

Tribu, verano y Conil ¡Vaya cóctel!

Hugo Sanz

A ellas, por formar parte de esta historia ...

María Macías, Paqui Galera, Emi trigo, Ericka Hernández, Yury Salcedo, Andrea Grillo, Montserrat palomares y Tati Tati.

Capítulo 1



Abrí la ventana y constaté lo que ya sabía; vivía en el mismísimo paraíso. Cádiz y verano, ¿puede existir una combinación mejor?

El sol entraba a raudales en mi salón dándome la bienvenida a la vida. Y es que, sinceramente, acababa de resucitar. La noche anterior había salido y mi cabeza era una amalgama de recuerdos y frases entre los que no sabría muy bien distinguir la realidad de la ficción.

¿Gajes del oficio? Pues igual sí, que como escritor vivía entre esos dos mundos paralelos; el real y aquel al que mi mente me llevaba varias horas al día. Y por lo que podía ver... también de la noche. Vale, vale, lo confieso, el alcohol también tuvo algo que ver en eso, pero tampoco estoy en el confesionario de Gran Hermano para tener que abrirme en canal de buenas a primeras, dejad que me caliente... en el buen sentido de la palabra.

Reí pensando que menos mal que eso de “que me caliente” lo había dicho para mis adentros, y no en nuestro grupo de Facebook “Amor, erotismo y libros”, en el que tantos y tan buenos momentos pasábamos. No en vano, en él estaban las chicas de la tribu, que así llamábamos a ese grupo de increíbles seguidoras con el que contábamos Dylan, Manu y yo.

Y es que sí, no lo vamos a negar, a veces en el grupo lo que se nos calentaba un poco era el pico y aquello parecía un reto a ver quién decía el disparate más grande.

“Un reto”, precisamente de retos iba últimamente la cosa y nosotros (los tres jefes como ellas nos apodaban), teníamos la enorme fortuna de que las chicas respondieran a los que les lanzábamos participando como si no hubiese un mañana.

Total, que me levanté eufórico y no porque hubiera triunfado la noche anterior, no seáis mal pensadas. ¿Sabéis cuando uno pone un pie en el suelo con la absoluta certeza de que tiene más suerte que un quebrado? Pues eso era lo que sentía yo...

Sería que la vida me sonreía, que el viento de levante acaba de cesar después de una semana

soplando a toda mecha, que el sol lucía radiante o que, simple y llanamente, decidí sacar del cajón mi mejor sonrisa para lucirla.

Mientras me desperezaba con total parsimonia, que para eso era domingo y estaba decidido a no hacer ni el huevo, me dispuse a prepararme un café, que yo no renuncio a mi buena dosis de cafeína ni por todo el oro del mundo... ¡Hasta ahí podía llegar la broma!

No puedo ni quiero evitarlo, para mí la cafeína es una de esas fuerzas que mueven el mundo. Total, que a mí no tenéis que darme una palanca sino una buena taza de café humeante si queréis verme en acción (y de nuevo pido que no seáis mal pensadas, que os estoy viendo la risilla libidinosa...)

Una vez le di el primer sorbo, corroborando que se trataba de uno de los grandes placeres de la vida, me entregué a otra de mis aficiones favoritas; abrir el Facebook y reencontrarme con mis chicas. A veces me sorprendía su impresionante dinamismo y lo activas que eran... en las redes, en las redes...

Aquel día estaban pico pala ya de buena mañana con un temita candente; el dichoso *Satisfyer*. A ver, que yo no es que tuviera absolutamente nada contra el archifamoso juguete, pero que, con tanto avance de la industria erótica, al final nos iban a dejar a los hombres a la altura del betún.

Un pensamiento hizo que me asaltara la risa y que el café terminara yéndoseme por mal camino y es que mi amigo Paco, gaditano de pro como era, le decía a su novia, Pepa (sí, sí, como suena, Paco y Pepa, que no es un juego de palabras)... Bueno, que me gusta mucho irme por los cerros de Úbeda, pues nada que Paco decía que él con eso del *Satisfyer* le solía ofrecer a ella la versión gaditana del asunto. ¿Y cuál era? Pues nada, una para matarlo, la de decirle “Niña, ¿qué *Satisfyer*, ni *Satisfyer*? Tú prepárame un buen plato de croquetas y ya verás cómo te doy candela...”

Pues nada, que cada maestrillo tiene su librillo y allí estaba yo, tosiendo que era un primor y acordándome de las castas de mi amigo Paco y de las sandeces que soltaba por la boca.

Seguí leyendo los comentarios de las chicas y verifiqué que era un tipo con suerte. Contar a diario con el apoyo de aquel grupo sin par, en el que la imaginación volaba, era oro molido. Mi tribu, mis princesas, mi familia virtual, como yo solía definir las... Aquellas que tanto cariño y apoyo nos brindaban, convirtiéndose en un pilar fundamental de nuestras vidas. Bien sabían, porque me había encargado incluso de dejárselo por escrito, que un día con ellas equivalía para mí a un milenio en el paraíso...

“Un día con ellas”, esa idea empezó a retumbar en mi cabeza y llegué hasta a preocuparme, porque de tanto ir y venir por ella, pensé que igual tenía demasiado espacio libre... ¿Sería yo una cabeza hueca?

Un día con ellas y, quien dice un día, dice un esplendoroso fin de semana.... ¡Con las chicas de la tribu! ¿Alguien da más? Dificilito de superar lo veía señores... No me tengo por el más impaciente del globo, pero tampoco me gusta dejar para mañana lo que pueda hacer hoy, así que lo decidí en cero con dos.

Sí, sí, no había nada que pensar. Además, así le echábamos un cable a mi primo Roberto, que acababa de abrir un camping en Conil. Sí, no os estáis equivocando. La idea era irnos de acampada y que nos acompañaran cuantas más chicas de la tribu, mejor. ¡¡Eso sí que sería un reto!!!

En menos de lo que canta un gallo ya estaba telefoneando a Dylan y a Manu. Por razones personales, a mí el único que me cuadraba rematadamente bien para librar era el siguiente fin de semana, y todavía tenía cinco días por delante para organizarlo todo.

Ains qué leñes... Dylan tenía un compromiso incompatible con mi idea y en cuanto a Manu... A ese ya lo conocéis, es ciudadano del mundo y estaba dándose un garbeo por él, que para eso tenía una reputación que mantener.

¿Y si lo posponía hasta que ellos pudieran? “¡Venga ya, Hugo, que luego te pasa lo que te pasa!” ¿A qué me refería exactamente? Pues a que demasiadas veces en mi vida había dejado sin hacer algo por esperar a un momento mejor...

No obstante, de un tiempo a esta parte, parecía que me había atropellado el camión de Red Bull y había vertido todo el contenido de la energética bebida directamente en mi boca, porque estaba que no paraba. ¿Me habría vuelto hiperactivo? ¿Y qué si así era? La cuestión era sacarle todo el jugo a la vida y sobre eso las chicas de la tribu habían cursado un máster.

Sin encomendarme a Roma ni a Santiago, post al canto.

“Buenos días, chicas. Acabo de tener una loca idea y necesito algunas almas igual de loquillas que la mía para acompañarme en esa aventura. Sé que nadie como vosotras, que para eso sois únicas.

No me voy a hacer de rogar y ahí os dejo mi propuesta, ¿quién se viene conmigo a pasar el siguiente fin de semana a Conil? Aviso a navegantes: conmigo quiere decir exactamente eso, que Dylan y Manu no pueden.... “

Una pequeña revolución se formó en el grupo en el que mi propuesta (decente, que yo no soy Romeo Santos) cayó como agua de mayo y las respuestas no se hicieron esperar.

Creo que pongo la mano en el fuego y no me quemó si digo que, de haber podido, se habrían venido todas, porque la idea de conocernos cara a cara y pasar un inolvidable fin de semana juntos, con Conil como escenario, era un dulce que no amargaba a ninguna de las chicas. Otra cosa sería que realmente pudieran...

Sorpresa, sorpresa y no estaba Isabel Gemio detrás... La primera en contestar fue Ericka, esa dulce mejicana que a menudo nos amenizaba con sus buenos días... El destino había querido que estuviera de vacaciones en España y le faltó el tiempo para apuntarse.

Y es que, si algo tenía yo claro, es que en la tribu se apuntaban a un bombardeo o a una ronda de aspirinas, lo que hiciera falta...

Pronto levantaron también la mano para unirse al grupo...

María desde Jerez y Tati Tati desde Málaga, que para eso ellas estaban también en Andalucía, vamos que las tenía a un tiro de piedra... Pero no, nada de tiro de piedra, lo que ellas iban a lanzar era un chorro de alegría... Y yo otro por disfrutar de su compañía. Un dúo formidable compuesto por una jerezana y una belga afincadas en el sur que aportaran diversidad a nuestra aventura.

¿Quién más se apuntaba? Venga hombre que las plazas en el camping nos las quitaban de las manos y “grupo concurrido, grupo divertido...” Quería más nombres y los quería ya (ha sonado un poco Homer Simpson, pero así soy yo...), ¡qué le voy a hacer!

Y no tardaron en llegar... Paqui Galera desde Murcia, que nos ofreció un “truco o trato” que quedó en esto último, porque confirmó su asistencia ante el regocijo general.

Yuri, nuestra dominicana, que nos hablaba desde Valladolid, otra romántica empedernida que, con el cariño que la caracteriza, se sumó a nuestras filas.

Andrea, que se volvía a definir “más feliz que una perdiz” desde Madrid y más cuando nos contó que se venía con nosotros a pasar un fin de semana irrepetible.

Emi, que, desde Benidorm, nos confirmaba que pasaba de su paraíso particular al nuestro con todo el gusto del mundo, que para eso solo era cuestión de dos días...

Y por último Montserrat, desde Guernica, que como la foto del Cid que subió en su día, iba a ganar una batalla... Pero en su caso ella vivita y coleando. ¿La batalla? Lo estáis imaginando, la de la diversión...

Conté con los deditos y éramos nueve... ¡Buen número!

Mientras las chicas comenzaban a lanzar ideas inmejorables para pasarlo bomba, yo fui llamando a mi primo y le advertí que una tribu estaba por aparecer aquel fin de semana por su camping, de modo que no nos quedáramos sin sitio.

—Primo, ¿y un bungalow de esos de madera tendrías para nosotros? Me pareció una idea de lo más acertada, que yo para mis chicas, lo mejor...

—Sí, sí, pero tú sabes, Hugo, cuando los sapos bailen flamenco...Mira, no me pongas negro, que bastante es que os pueda hacer un hueco. Jodido, que a mí me da mucha alegría que vengáis y conocer a parte de la tribu esa de la que siempre hablas, pero que en el camping hay más gente que en el reparto de la película de “*Los trescientos...*” ¡Que esto es Cádiz en agosto, pichita!...

Cómo no iba a salir el “pichita”, que ya sabéis que es muy gaditano. Y tampoco hagáis cábalas con la cabecita que os conozco, que el -ita es cariñoso y no van por ahí los tiros... Aquí pichita es todo el mundo, hasta el negro del WhatsApp con su trípode, que no hacemos distinciones por tamaño...

Y todavía fue fino mi primo, porque podía haberme dicho eso de que “esto es Cádiz y aquí hay que mamar”, pero no... Esta vez se portó.

“Piensa, Hugo”, que cabaña no vais a tener, me decía mi vocecilla interior, para luego añadir “pichita (también era gaditana mi vocecilla), ráscate el bolsillo y ya le estás comprando a las chicas un pedazo de caseta de campaña de esas enormes con todos los lujos, que ellas lo valen,

que las van a llamar para el anuncio de L'Oréal de un momento a otro...”

Capítulo 2



Lunes y, camino del Leroy Merlin, iba sonriendo mientras pensaba en las chicas. Y es que, desde que Tati Tati había abierto oficialmente la veda del día con su “*bonjour*”, el alboroto era un hecho.

Ericka, en su línea, comentaba algunas de las palabras que otras chicas habían escrito sobre la suerte que teníamos nosotros nueve de poder disfrutar de un finde al que en otra ocasión se unirían más...

Paqui Galera nos decía que se estaba friendo de calor pero que ya se conformaba soñando con los refrescantes chapuzones que nos íbamos a dar...

Montserrat añadía que estaba contando las horas y que tenía que darles algunos detalles más de lo que íbamos a hacer, que me lo tenía todo muy calladito.

Yuri mandó fotos de su cajón de bikinis, que era el acabose, parecía tener el arco iris entero ahí metido...

María se mostraba solidaria con Paqui y se reía lamentándose de que Jerez ese día iba a guardar más el calor que una sopa de tomate, pues por lo visto había amanecido apuntando maneras...

Emi relataba que estaba tan emocionada que le había costado hasta conciliar el sueño...

Y Andrea... Andrea decía que ni a soñar que se hubiera echado se habría imaginado que íbamos a vernos tan pronto y en Cádiz, ¡ahí es nada!

Así las cosas, llegué al parking del Leroy Merlin con una sonrisa de oreja a oreja y acordándome también de la madre que trajo al mundo al calor, porque sí que apretaba...

Huy, huy... ¡qué fresquito al entrar! Te da *cuén*..., como diría el gran Chiquito de la Calzada, que yo me iba a quedar allí hasta que el sol tuviera a bien irse a donde quiera que se fuera por las

noches, esto es, a tomar por saco si hacía falta; porque aquel día parecía que iba a empeñarse en cocernos a todos como a camarones, que para eso estábamos en La Isla (que así es como se conoce a mi San Fernando).

Entré y hete aquí que vi a mi amigo Juanito el bizco, que se había incorporado hacía poco a la plantilla. Válgame Dios que él se reía el primero de lo bizco que era, porque de verdad que tenía un ojo en La Isla y otro en Pernambuco.

—*Quillo* Juanito, ¿qué haces aquí? —le pregunté palmeándole el hombro.

—Pues nada, pichita, echar el día, ¿tú qué crees? Será que por mi gusto no estaría yo tirado en la playa de Camposoto viendo monumentos, pero habrá que trabajar un poquillo, ¿no?

—Di que sí, que ya sabes que hay mucha lengua viperina que nos pone a los gaditanos de vagos...

—Sí, mal rayo las parta, que aquí estoy echando yo una buena *peoná* este verano, que se han debido creer que como lo controlo todo—hizo un gesto referente a la panorámica completa que percibía gracias a su “problemilla” de la vista—, pues como que todas las horas les parecen pocas.

—Si es que no se puede ser tan fenómeno, chaval...

—Sí, sí, un fenómeno de la naturaleza, pero yo a este paso no cato una chavala ni por casualidad. ¿Joder cuánto se va a estirar el verano?

—Juanito, lo que sea menester, que todavía no hemos entrado ni en agosto, no tengas tú tantas prisas...

—Claro, cómo se nota que tú no tienes que aguantar a los clientes. Lo mejor es lo de los guiris de Chiclana, ya esta mañana me ha tocado uno tanto los huevos que le he dicho que se sacara el estropajo de la boca para hablar... Que para tres duros que gana uno aquí a ver si encima voy a tener que aprender alemán con todos sus...

—*Ey*, que te embalas... Aguanta el genio, ¿casetas de campaña tenéis?

—Hombre claro, nosotros tenemos de *tó*... y lo que no tengamos lo pintamos, tú no te preocupes.

—Venga, pues vamos al lío, dime dónde están...

Juanito se enrollaba como las persianas y, si lo dejaba, llegaba el fin de semana y allí seguía de cháchara con él.

—Para cuántos la quieres, Huguito, ¿para dos, para tres...?

—Para nueve, Juanito...

—¿Para nueve? Chiquillo si eso es casi un equipo de fútbol o un regimiento, yo qué sé... ¿Vais de despedida de soltero o algo?

—Qué va, si yo soy el único chico, las demás son mis chicas de la tribu...

—¿Qué dices? Por Dios, ¿qué tribu es esa y dónde hay que apuntarse? Mira que dejo aquí el uniforme y tiro *pá* la cola del paro, pero ya... ¡¡¡Eso es una trola!!!

—No es una trola Juanito, pero no te montes películas, que te veo venir. La tribu es como hemos bautizado a un grupo de chicas maravillosas que Dylan, Manu y yo tenemos la dicha de que nos sigan. Y ayer pensé en hacerles esta propuesta y algunas de ellas han aceptado...

—¿Pero se puede ser un capullo con más suerte? Cuando llegue a mi casa voy a desempolvar la máquina de escribir que tenía mi padre de joven y me voy a poner a escribir yo también...

—Sí, sí, y de paso sacas la máquina de retratar de tu abuelo, te haces una buena foto, la revelas, y luego la pones en las farolas de La Isla para darte a conocer. Animal de bellota, que ahora todo se cuece en las redes...

—Claro, tú te refieres a que lanzas la caña y las chicas pican, ¿no? —Yo quería chocarlo, porque aquel analfaburro tenía la mente muy, pero que muy sucia...

—No me toques la moral, Juanito. Hablaba de las redes sociales, so palurdo. Y déjate de tonterías que yo por mis chicas hago cualquier cosa, pero desde el absoluto respeto, que para mí ellas son sagradas, bien pueden estar tranquilas sus parejas...

—¿Una tribu sagrada? Mira, yo de eso no entiendo mucho, pero si se me diera la coyuntura de verme durmiendo con ocho bellezas en una caseta de campaña creo que palmaría de la emoción.

—Vas a palmar de un guantazo como no te des prisa y me enseñes las casetas ya...

—Venga, venga, *ofú*, como te pones, qué carácter... Pero que me pica a mí el gusanillo de la curiosidad, ¿dónde se lleva uno a una tribu completa? Mira, mira, tengo los vellos como escarpas, tú no entiendes que para el resto de los mortales eso es un sueño...

—Pues me las voy a llevar al camping que ha abierto mi primo Roberto en Conil, que mis chicas son canela y yo quiero para ellas lo mejor de lo mejor...

—*Quillo*, tú dirás lo que quieras, pero vas a estar allí como el Marajá de Persia, te lo digo yo...

—Eso espero, pero que mi idea es que lo pasen bien ellas. Son las mejores seguidoras del mundo y por ellas MA-TO, empezando por ti, que te voy a coger por el pescuezo como no me enseñes ya el género...

Si algo tenía yo claro es que las chicas se merecían dormir en una tienda de campaña de lujo, como si estuvieran en un hotel de cinco estrellas, y para eso estaba dispuesto a gastarme los cuartos. No en vano, tenía en mente proporcionarles una experiencia única con la que agradecerles el apoyo incondicional que nos venían mostrando novela tras novela y me iba a dejar el pellejo en ello, si hacía falta (bueno, esperaba que no fuera literal).

Después de darle unas pocas de vueltas y de escuchar a Juanito hablar de las maravillas de las casetas en cuestión, que cierto que eran de infarto, tocaba tomar una decisión. A ver, yo por mí me hubiera decantado por cualquiera, pero se me ocurrió algo mejor; consultarles a las interesadas.

—Juanito, es que estas las debíais tener expuestas, que así no se hace uno a la idea...

—Claro, pichita, ponemos cinco tiendas de estas y cogen el local entero, confórmate con verlas en el catálogo y ya vas en coche. —Era pasota como él solo.

—Deja, que le voy a echar fotos a los catálogos para que elijan las chicas...

—Tú mismo, yo lo único que quiero es que den las tres de la tarde, que a esa hora me voy y mi

madre me tiene preparado un gazpachito que quita las tapaderas del sentido...

Él a la suya y yo a la mía. Subí las fotos al grupo y enseguida tuvieron un montón de aceptación. ¡Ainsss, si no podían ser más lindas! Lo que me daba penita era el resto, que yo por mí me las hubiera llevado a todas, aunque entonces más que una tienda hubiera tenido que montar un poblado...

Los comentarios de las chicas me doblaron en dos de la risa. Y es que, lo que no se les ocurriera a ellas, no se le ocurría a nadie...

Tiendas haberlas, haylas, como las meigas. Ahora era cuestión de que escogieran la que más se adaptara a sus gustos, que para eso yo quería que estuvieran entre algodones.

Emi dictaminó que las tipis no, que somos una tribu pero no de indios, y eso es lo que parecían...

A Andrea le parecieron feas las yurtas que esas son muy destartaladas, por Dios...

Ericka estaba en su hotel enfrascada también en la conversación, y nos decía que las de tipo safari molaban, que tenían su toque...

Paqui se desternillaba mirándolas y opinaba que ella votaría por las jaimas, que las veía muy exóticas y acogedoras, o por esas que yo había puesto en la foto que parecían una calabaza... Las *Belle Tents* que en el fondo las veía muy glamurosas.

Yuri concluía que para glamurosas ellas y que votaba por esas últimas.

Yo también la veía, pero falta la opinión de Montserrat, María y Tati Tati, que no las habían visto, por lo que las emplacé a que lo discutiéramos aquella noche y ya volvería yo al día siguiente a comprarla.

—Hugo, son todas diosas, si yo fuera tú, me daba un síncope...—mi amigo miraba el móvil como si fuera un tesoro.

—Y dale, Juanito, no eres tú cansino, que somos amigos y vamos a disfrutar en pandilla...

—Vale, vale, pero que imaginar, es gratis... ¿Qué caseta te pongo?

Me hizo gracia porque me lo preguntó como quien pregunta por cuántos churros te sirve en un buen papelón y claro, no era el caso...

—Mañana vengo y te lo digo, que las chicas van a decidirlo esta noche...

—Eso, eso y así me cuentas más cosas de ellas...

—¿Contarte? No me seas salido, ¿eh? Que a mí a las niñas me las respetas o preparo una ensalada de hostias que te sabe a gloria.

—*Quillo, quillo*, que sí... Que tú sabes que “perro ladrador, poco mordedor”, no te preocupes...

A ver, que mí no me importaba ser un buen samaritano en lo que a ciertos temas se refería, pero a las chicas las tenía como oro en paño y, si era necesario, le hacía un nudo en la lengua a Juanito para que no se pasara.

Llegué a casa y la tribu estaba más revolucionada que nunca. Madre mía todo lo que se cocía en aquel caldero mágico del que tantas risas salían.

Tati Tati me estaba escribiendo y me decía que, si todavía seguía en la tienda que comprara la glamurosa, que sí, que ellas se veían allí con su copita en mano y todo. Y que nos íbamos a hacer unas fotos para el recuerdo de lo más chulas...

Otras de las chicas que no podían asistir añadían que les estaba dando mucha, pero que mucha envidia... Eso sí, de la buena y que los dientes les estaban llegando hasta el suelo con la propuesta.

María se unió y opinó que cada caseta tenía su encanto, pero que ella tenía el corazón dividido y que la de las jaimas le tiraba también mucho.

Nos faltaba la opinión de Montserrat y aquello un hervidero, así que la noche pintaba concurrida, por lo que habría que esperar unas horas...

No me equivoqué... A eso de las diez estaban todas en el ajo...

Montserrat sentenció que la glamurosa era una cucada y, mientras el grupo hervía al mismo tiempo que el termómetro marcaba demasiados grados de temperatura, la decisión se tomó entre risas y mil bromas: ya habíamos escogido caseta.

Capítulo 3



Me levanté con resaca y no era precisamente porque hubiera bebido, sino por la que pudimos montar la noche anterior. Y es que nos dieron las tantísimas ideando lo bien que nos lo íbamos a pasar de camping.

Yo propuse que, para aprovechar al máximo las horas, nos viéramos el viernes en San Fernando e irnos todos juntos para Conil. Aunque algunas de las chicas venían en coche, lo suyo era disfrutar al máximo en conjunto por lo que me ofrecí a hacer de chófer.

¿Tenía mi padre la flota de autobuses Rico? Pues iba a ser que no, pero de camino a Leroy Merlin pensaba acercarme a una agencia de alquiler de coches y dejar apartado un monovolumen para el día “D”.

Impulsivo como soy, me había levantado con ese propósito en la cabeza y les di los buenos días a las chicas con él.

La acogida, como era de esperar, fue magnífica y allí las dejé subiendo un montón de canciones de salsa y bachata que según decían íbamos a cantar por el camino.

Yo me reía pensando que la íbamos a liar parda y que lo mismo hasta nos paraba la guardia civil. Pero vamos, que menuditas eran ellas, si nos paraban lo más probable era que nos dijeran que circuláramos, que con la tribu no había Benemérita que pudiera.

Joder, con la tribu no, pero yo estaba inmerso en mis pensamientos y dándole al acelerador que era un gusto, por lo que me cayó el premio gordo.

Moto de la guardia civil a mi lado y yo cagándome en todo lo que se meneaba mientras el guardia se quitaba el casco.

—¡Mira, pero si eres Benji! —suspiré aliviado, porque también era un coleguita.

Sí, ya sé lo que estaréis pensando, que si esto es una isla o un pañuelo, pero es que coincidió así...

—Hugo, que esto no es el circuito del Jarama, pichita, ¿en qué estabas pensando? Te voy a tener que poner una multa para que te desentortes.

—*Quillo* Benji, será broma, que me tengo que llevar de fin de semana a una tribu, no me vayas a dar el martes...

—Joder, ¿a una tribu? ¿Y cómo es eso?

Y dale Perico al torno, otra vez me tocaba dar las explicaciones, pero es que Benji de vez en cuando se levantaba un tanto revenido y ese día tenía cara de malaje, así que se lo conté.

—¿Y dices que todas son chicas? Pues si no quieres que te multe me tienes que llevar a mí también de fin de semana con ellas.

—Pues mira, se me está ocurriendo una idea mejor, ¿y si se lo cuento a Rocío? —Como habréis deducido era su novia y de armas tomar.

—No tienes tú guasa ni *ná*, ¿qué más te da uno más o uno menos con el tinglado que tienes montado? Eso es porque quieres ir tú como único representante del macho ibérico, seguro que estás deseando llegar para sacar allí el pecho palomo y...

—Y no vas a dar tú calor, compadre, ¿me quieres dejar que tengo que ir a comprar la tienda de campaña? Hombre, que me está esperando Juanito.

—¿Juanito el bizco? Pues ese sí que está más caliente que la barandilla del infierno, no veas la que le habrá entrado con tu plan. Pero es que el plan se las trae, yo tengo sudores nada más que de pensarlo...

—¿Y no tendrá nada que ver el sol de justicia que luce hoy y el casco ese que me llevas? Anda quita ya, que me estás poniendo histérico...

Sí, sí, no es que le tuviera yo un respeto especial a Benji porque fuera vestido de verde, ya que era todo un personaje con el que además me había criado...

Llegué a Leroy Merlin y a Juanito le faltó hacerme la ola. Me preparó la caseta y, con ella subida en un carrito, que aquello pesaba más que un muerto, me hice un selfi y lo subí al grupo.

“Chicas, esto va sobre ruedas... Y nunca mejor dicho”, puse en el post, señalando al carrito.

Fue ver la foto “*y se formó la gozadera...*”, aunque allí no estuviera Gente de Zona, pero sí de mi zona, claro...

Las chicas empezaron a subir de vídeos de ellas cantando y bailando y algunas incluso ya habían empezado a hacer las maletas, según decían. ¿“Las maletas” y “ya”? Por Dios, ¿me iba de finde con parte de la tribu o con las Kardashian? Aunque en la comparación salían mis chicas ganando como Dios pintó a Perico.

Estaba ya cerca de mi casa cuando me acordé de que, por culpa de la paradita de Benji, se me había olvidado lo del monovolumen, así que vuelta para atrás... Me daba igual, tenía la novela que traía entre manos muy adelantada y me iba a dedicar a preparar un fin de semana de ensueño para las chicas...

Fue antes de entrar cuando recibí una llamada de Dylan...

—Hugo, la estás liando, no veas lo ilusionadas que están tus preziosotas como tú dices. Verás tú que al final esta quedada va a ser épica...

—Eso espero, por lo menos estoy dedicado en cuerpo y alma a que así sea. No veas si me da pena que no podáis venir con nosotros, ir los “tres jefes” habría sido mortal...

—Sí, sí, pero no te preocupes, para otra...

—Claro que sí, que le tenemos que dar también la oportunidad a Manu de que te tire la caña, Dylan...

—Haz el favor de callarte y no tientes al demonio, que ahora está más tranquilito. Bueno lo dicho, fenómeno, hablamos...

Entré y vi el monovolumen de mis sueños en versión alquiler para mis chicas. Ahí las iba a llevar

a todas como reinas. Foto que te crio y al grupo.

“¿Quién quiere venir al paraíso conileño subido en este monovolumen...?”

Los posts se contaban por docenas... ¡Menuda la que estábamos liando con el fin de semanita de marras!!

El chico de la oficina me miraba de lejos y debía pensar que yo estaba como un cencerro pues tenía que abrazarme el estómago a causa de la risa...

Es que estas chicas eran pura dinamita y estaban deseando demostrar de la pasta que estaban hechas. Juntarlas iba a ser de traca...

En cuanto a mí, iba a correr como la pólvora si hacía falta para que todo estuviera más que listo para el viernes. La cuestión del alojamiento y el hospedaje ya estaba solventada y por la comida no tenía que preocuparme, que para eso el camping contaba con un restaurante al frente del cual mi primo Roberto había puesto a su hermano Cirilo, por tanto, también primo mío.

Y he dicho bien, Cirilo, que el nombre tenía delito; pero es que mi tía Enriqueta, que tampoco salió muy bien parada el día que la bautizaron, había visto ese nombre en una telenovela titulada “*Topacio*”, cuando estaba embarazada de mi primo. Y a ella, que no le tose nadie, se le metió entre ceja y ceja llamarle al niño Cirilo.

Total, que fue imposible bajarla del burro y hasta el cura puso cara rara cuando fue a echarle el agua al niño y la buena mujer mencionó un nombre que dejó estupefacta a la iglesia al completo; incluso a mi tío, al que le había dicho que se iba a llamar Andrés como él, cuando ya lo había inscrito como Cirilo a sus espaldas hasta en el Registro Civil.

Mi tía argumentó que a ella se le había antojado ese nombre de embarazada y que nadie le iba a quitar el gusto, ni siquiera su marido... Mi tío trató de explicarle que algo tendría él que decir en el asunto, que para eso era el padre, y ella contraatacó a lo Juana de Arco amenazándole con no tener más hijos. Según le dijo, no iba a comparar haber puesto la semillita, interviniendo en la parte divertida de la concepción, con haber pasado por el tormento de tener los dedos de las manos como un catálogo de chorizos de Pamplona y las hormonas nueve meses como si se hubieran tomado dos litros de licor de orujo...

De nada sirvió que mi tío le implorara, tratando de hacerla entrar en razón con que el niño iba a ser el hazmerreír del colegio, por aquello de que la serie era muy conocida entre las marujas de la época y Cirilo era el tonto oficial de la misma. Mi tía le dijo que eso era lo que había y si no, que el próximo lo pariera él...

A resultas de su decisión, yo mismo había tenido que ponerme de parte de mi primo y repartir hostias como panes de pequeño cuando los niños del barrio de al lado, que eran nuestros acérrimos enemigos, venían a tocarle a Cirilo los cataplínes por aquello de que su nombre no había por donde cogerlo...

El asunto fue que la madre naturaleza, que es muy sabia, terminó compensándolo por el acto cruel de mi tía de bautizarlo con ese nombre y se terminó convirtiendo en el primo del Zumosol, tesitura que le dio el título de repartecastañas oficial de La Isla y polémica zanjada...

Ahora he sido yo el que me he enrollado más que Juanito, pero es que considero que no era plan contar que uno tiene un primo que se llama Cirilo y no resumir el origen de la desgracia del pobre chaval, que ahora andaba planteando cambiarse de nombre.

Listo por tanto el avituallamiento, me quedaba encargarles unos regalitos personalizados que las chicas se llevaran como recuerdo y para eso me dirigí aquella tarde a la tienda de mi amigo Rafa; un fiestero desde la cuna que se había llevado diez años dando tumbos de sarao en sarao y al final había hecho caso a las amenazas de su viuda madre de que, o sentaba la cabeza, o lo ponía de patitas en la calle.

—Rafa, te necesito para sorprender a una tribu de chicas, ¿qué me aconsejas? —le pregunté sin demasiado tacto cuando entré.

—Joder, ¿a una tribu completa? ¿Y eso cómo es, Hugo? ¿Tú no puedes ir de una en una como los demás? No te creía yo tan agonía...

—*Ea*, otro al que me toca explicarle...

—Pues sí, suelta prenda, ¿te vas a Supervivientes o qué?

Lo puse al día y la sonrisa ladina no se borraba de su cara...

—Así que no es una leyenda urbana; unos tienen la fama y otros cardan la lana...

—Que no, deja de hacerte pajas mentales, que no tiene nada que ver con eso. Se trata de obsequiar a unas seguidoras que se lo merecen todo...

—Sí, sí, a robar vas a venir tú a la cárcel, pichita...

—Pues nada, otro mal pensado, sacad las conclusiones que os dé la gana, que sois muy cargantes todos...

—¿Todos? ¿A quién más le ha parecido una pasada tu plan?

—A Juanito el bizco y a Benji...

—Claro, entre que Juanito no se come *ná* y que a Benji lo tiene Rocío atado en corto...

—No has podido definirlo mejor, en eso tienes razón...

—Pero es que el mundo está muy mal repartido, ¿cuántas has dicho que te tocan?

—Que a mí no me tocan, soplaitas, que al final te voy a tocar yo a ti la cara como sigas hablando así del asunto. ¿Cómo tengo que deciros que las chicas son pata negra y que yo no quiero ni que les dé el viento? —resoplé porque mis amigos eran más pesados que matar un cochino a besos...

—Bueno, bueno, que te veo hoy muy *revenío*, yo de ti les personalizaría una taza para el desayuno, ¿no tienen una especie de logo o algo?

—Hombre, yo creo que les puede ilusionar que les grabes en la taza la portada del libro “Tres jefes para una tribu” que fue el primero que sacamos dedicado a ellas...

—¿Y la tienes ahí?

—Sí, sí, me meto en el correo...

—Y dices que sois tres jefes, pero ¿con posibilidad de ampliar a cuatro?

Rafa sonrió y yo imaginé que pasaba como en las películas cuando le encajabas el mamporro del siglo al que tenías enfrente y luego movías la cabecita y te dabas cuenta de que todo había sido producto de tu imaginación y el tío en cuestión seguía intacto...

Escogí un modelo de taza que me pareció que podía ser del gusto de las chicas y salí de la tienda con la satisfacción de que avanzaba en mis planes.

Por la noche, nuevas risas y anuncio de detallito sorpresa en el grupo, lo que generó un amplio debate y apuestas entre las chicas sobre en qué consistiría. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al pensar que igual me había quedado corto en mi encargo. Vale, vale... ya se me ocurría algo más...

Capítulo 4



Pletórico cogí el coche el miércoles, a solo cuarenta y horas del gran día...

Cada vez quedaban menos cabos sueltos y los alegres y dinámicos buenos días que dieron las chicas en el grupo, pasándose fotos con modelitos veraniegos a lucir y demás, me acabaron de confirmar que estaban tan ilusionadas como yo.

—Rafa, me tienes que ayudar un poquillo más...

—Vaya, ¿hoy no quieres sacar a pasear el puño?

—Déjate de sandeces anda y ponte en marcha...

—¿Te lo has pensado mejor y me llevas contigo el fin de semana? —Su sonrisa se iluminó como si fuera una bola de discoteca, de esas que tanto le molaban.

—No, y no empieces, vamos a tener la fiesta en paz. ¿Qué te parece si les encargo a las chicas unos pijamas con la misma imagen que en la taza?

—Pues qué me va a parecer, que esa caseta va a ser el paraíso terrenal, Hugo...

—Tira, anda, y háblame de posibilidades.

—Pues mira, hay unos muy monos con unas lazadas en los hombros y unos pantalones piratas que hacen unos culitos...

—Degenerado, que te la estás jugando. Sácalos anda.

Que Rafa fuera para echarle de comer aparte no era óbice para que hiciera bien su trabajo, así que acepté su idea y encargué los pijamas, que eran como dirían las chicas “ideales...”

Bueno, bueno, a mí tanta organización me estaba nublando el sentido. Mucho encargárlenles pijama, ¿y yo qué?

Ya había recorrido unos metros, pero volví a la tienda y se lo comenté a Rafa.

—¿Tú también quieres uno así pirata que te haga el culito respingón? —Me miró con sonrisa socarrona.

—Huy, huy... Que me parece a mí que a ti tanta fiesta te ha trastocado, mira que por la noche todos los gatos son pardos y yo creo que tú al final le has dado a la carne y al pescado a la vez.

—Bueno, alguna vez no te voy a decir que no me haya amorrado al pilón de alguno, pero si hay pescado, por mí que le den a la carne...

—La madre que te parió, Rafa, era una teoría que no necesitaba que me confirmaras, me voy a comerme unos churritos y a quitarme esa imagen de la mente.

—Cómete mejor unas buenas porras...

—No, tú encárgame los pijamas y déjame que yo sé muy bien lo que quiero comerme, no me seas tan metomentodo...

—Vale, vale... Esta tarde te los tengo. Oye Hugo, ¿y por qué no nos tomamos tú y yo unas cañitas mañana por la noche, que ya será viernes?

—Porque tú tienes más peligro que Neymar en carnaval y eres capaz de jorobarme el finde, que contigo se sabe cuándo se sale, pero no cuándo se vuelve...

—Venga ya, que yo estoy reformado, ¿no me ves? Como un clavo a la hora de abrir la tienda.

—Eso es verdad, pero ya se sabe que “el que tiene un vicio...”

—Ya, que “o se mea en la puerta o se mea en el quicio”, pero ya hace mucho tiempo que no me meo fuera del tiesto, Hugo, palabra.

—Sí, palabrita del Niño Jesús, y después me la metes doblada. Y después de que lo has dicho,

más... Que me has puesto la piel de gallina, mamón.

—Anda, anda, a ver si para una vez que maté un gato me vas a llamar ahora matagatos...

—¿Una vez? No me fio de ti ni un pelo, pero bueno estamos en Cádiz y es veranito. Vale lo de esas cañitas mañana, pero ya te lo aviso, me recojo temprano...

Me fui a comer esos churritos y, cómodamente instalado en la Plaza del Rey, me puse ciego. Mientras, entré en el grupo y me volví a reír con las chicas, que se picaban las unas a las otras sobre cuál iba a ser la primera en caer con las copas y cuáles aguantarían más.

Ese fue el detonante de que abrieran la caja de los truenos (o mejor dicho la de las risas) y comenzaran a contar borracheras de esas que todos hemos cogido y que pasan a la historia.

Si sobrias eran un *show*, alpistadas tenían que ser ya el remate de los tomates, lo que me hizo caer en que tenía que surtirme del alpiste pertinente para la noche del viernes, porque yo tenía en mente que saliéramos por los pubs de Conil la del sábado.

Terminé de desayunar y me fui a una licorería que había en el polígono desde donde les pregunté por el grupo qué bebían cada una.

Por la Virgen del Carmen, si yo no sabía que existían tantas bebidas distintas. Ya me veía a lo Tom Cruise en la película esa de "*Cocktail*". Que si *Gin Gin Mule*, que si *Caipirinha*, que si *Long Island Iced Tea*, por mi madre de mi alma, ¿allí ninguna tomaba un ron cola? Estuve a punto de coger dos botellas de anís del mono y salir pitando, pero luego me acordé de las caritas de las chicas y de que me tocaba a mí arrimar el hombro por una vez, que para eso siempre estaban ellas al pie del cañón...

Con el coche cargado hasta los topes, me volví para La Isla y, cuando me quise dar cuenta, como en los dibujitos animados, allí estaba otra vez Benji con su moto y su uniforme.

—Vamos a ver, ¿tú estás como Dios en todas partes? La que me estaban dando entre todos era poca.

—Párate, que te voy a hacer un control de alcoholemia, que veo que llevas el coche repleto de alpiste.

—Sí, pichita, pero precintado, que lo puedes comprobar. Esto es cachondeo, ¿no? Abuso de autoridad porque soy tu colega.

Cuando me encontraba a Benji vestido de verde se me representaba enteramente a los controles que montaban Antonio Recio y Berta en “*La que se avecina*”.

Bueno, pues si quieres que no dé parte, me uno a la juerga que habéis montado mañana Rafa y tú.

—Pero bueno, Rafa quién es ahora, ¿La Vieja del Visillo? No me puedo creer que ya te haya ido con el cuento. Y no es una juerga, son unas cañas...

—Eso ya lo veremos, que por ahí se empieza.

—Mira, haz lo que te dé la gana, solo falta que también llames a Juanito el bizco para que seamos ya un cuarteto sensacional.

—Hombre, pues claro que lo llamo, que el pobre anda aburridillo últimamente y hay que ser solidario. Tú, como ya estás surtido...—me guiñó el ojo—, no te acuerdas de los que estamos necesitados.

—Serás desgraciado... ¿Cuántas veces tengo que repetirte...? Y tú tienes novia, ¿dónde me dejas eso? Contesta... Ah, no que eso no te conviene...

—Caballero circule si no quiere que le ponga una multa inmediatamente. —Se metió en su papel y, había que joderse, encima tocaba hacerle caso.

Ahora sí que lo tenía todo casi hilvanado, llamaría a mi amigo Carlos, que había sido *boy scout* para que me explicara algunos juegos que amenizaran la noche en el camping...

—Carlos, que me voy este fin de semana de camping y...

—Y no se puede tener más suerte, ¿de veras no te da vergüenza no invitar a tus amigos? Ya me lo ha contado todo Benji, que también me ha dicho que llevabas una cogorza como un piano hace un rato en el coche...

—Esto es un patio de vecinos, yo no puedo con vosotros. ¿Y qué puñetas dices de una cogorza? Te habrá dicho que venía de la licorería, pero hasta ahí...

—Ay, yo qué sé, he escuchado alpiste y he entendido que te había pillado piripi...

—¿Vosotros veníais ya todos tarados de serie o ha sido a consecuencia de un trauma? Te juro que yo alucino...

—No te pongas así, mañana te cuento en la quedada.

—¿En la quedada? —Yo flipaba más por momentos.

—Sí hombre, en esa que tenías tan calladita con Rafa, que él se lo ha dicho a Benji y Benji a Juanito y...

—No puedo con vosotros...

Pasé de escucharle más y dediqué el resto del día al relax, a recoger los regalos por la tarde, y a meterme en el grupo, que por muy alborotadas que estuvieran las chicas con el plan del finde, me alegraban la vida. No como los tarambanas de mis amigos que me traían ya majareta.

Esa noche teníamos ganas de juerga virtual. Las chicas empezaron a ponerme posts para sacarme de qué se trataban las sorpresas.

Tati Tati: “Pon un reto y, si cumplimos, nos enseñas nuestros regalos...”

Ericka: “Yo estoy con Tati, Hugo, es una linda noche para retornos...”

Yuri: “Reto, reto... no te hagas de rogar”

Andrea: “Venga jefe, que no hay ganas de dormir”

Tocaba reto, el resto de las chicas de la tribu, incluidas las que no venían de finde, empezaron a animarme de tal forma que sucumbí. Manu apareció por el grupo y secundó la moción, con ese humor que Dios le ha dado.

Manu: “¿Las chicas pidiendo reto y tú callado como en misa? Tú no eres jefe ni nada, hombre, tú eres...”

Mejor no darle carrete que ya sabemos cómo es él.

Pero algo de razón tenía. Las reté a que se grabaran cantando y lo compartieran y alguna que otra se echó para atrás, aduciendo que para eso les faltaba una copita y que no me preocupara que ya darían el cante en el camping.

Montserrat dijo que podíamos echarlo a suertes y a las demás les pareció bien. Y las afortunadas candidatas a deleitarnos con su voz fueron María y Yuri... Lo mejor es que la canción en cuestión no la decidirían ellas. sino que tendría que ser el azar el que escogiera y este, demostrando que es caprichoso, se decantó la canción de “la más grande”, Rocío Jurado, “*Como yo te amo...*”

Les dimos media hora para subirla, en la que me dediqué a hacer palomitas porque iba a ser todo un espectáculo... Y lo fue. Ambas rivalizaron en gracia, versionando la canción con dos estilos totalmente diferentes que nos hicieron aplaudir y reír hasta reventar.

Dylan no puedo acompañarnos, pero Manu no paraba de alentar a las chicas a que grabaran alguna más y como que no tuvo mucho éxito, pero lanzó el reto de que alguna se grabara recitando un bonito poema sobre el mar que él escogió y al final terminó haciéndolo Emi, a quien ya sabemos que todo lo que tenga que ver con el mar le fascina.

Paqui la aplaudió a rabiar, diciendo que ella para esas cosas era un pato mareao y yo le comenté que todas mis chicas, ella incluida, derrochaban arte, a lo que me contestó con un “te quiero, Huguito” de esos cariñosos de los suyos, que me llegó al alma. ¡Yo sí que las quería...!

Pensé que tocaba retirada y me dijeron que nanai de la china, que tenía que enseñar los regalos. Comencé con las tazas y les gustaron, pero los pijamas les entusiasmaron y cuando saqué el mío el “ohhhhh” general me hizo temer que me obligarían a ponérmelo y no iba para nada desencaminado.

Al final foto de Hugo “*empijamado*” al Face y palabra de jefe cumplida.

Me fui a la cama con muy buen sabor de boca, como me ocurría cada vez que compartía con la tribu una de aquellas agradables veladas tan concurridas y en las que las risas eran el ingrediente

fundamental... En breve las conocería y ese era el verdadero regalo para un estupendo verano que me estaba dando no pocas satisfacciones en lo profesional y en lo personal...

Capítulo 5



“Juernes” y, antes de salir, lo dejé todo atado y bien atado con las chicas. Llegarían al día siguiente a San Fernando sobre las cuatro de la tarde y yo las recogería en el monovolumen, que era de lo más moderno y no tenía nada que ver con las furgonetas de los “malacatones” que llevaban los del mercadillo de mi pueblo.

—*Ira, ira*, por ahí viene el rey del mambo—dijo Juanito el bizco y claro, yo ni idea de si me lo decía a mí porque lo que constituía un verdadero reto era saber dónde miraba el jodido.

—¿Me lo dices a mí? —lo señalé.

—Claro, ¿o es que conoces a otro con tanta suerte como tú? ¿No os llaman reyes las chicas?

—¿Qué reyes ni reyes? No me seas papanatas, nos dicen los jefes y eso porque son un amor de niñas, porque las auténticas jefas son ellas...

—Venga, dejaos ya de monsergas y vamos a lo importante, a las birras fresquitas—dijo Rafa, a quien la palabrería le aburría.

Dijera lo que dijera, la cabra tiraba al monte y a ese le gustaba más una fiesta que a un tonto un lápiz.

—Y tú, ¿te ha dado Rocío carta de libertad esta noche? —le pregunté a Benji.

—Creo que algo mejor que eso todavía, para mí que le ha dado el pasaporte completo, patada en el culo metida en el lote—puntualizó Carlos, que era también el colmo de la discreción.

—¡No jodas! ¿Eso es verdad? —Llevaba toda la vida esperándolo, pero aun así me llamó la atención.

—Me temo que sí, ¡qué se le va a hacer!

—Pero capullo, ¿es que te ha pillado en un renuncio?

—Sí, sí, en un renuncio de padre y muy señor mío. Y precisamente con eso, con el capullo fuera...

—¿En serio? —Juanito el bizco no daba crédito y eso hizo que encima sus ojos parecieran saltones, por lo que no tenía nada que envidiarle a un camaleón, pero a un camaleón bizco... Todo un prodigio de la naturaleza.

—Que sí, atontado, que me tomé la noche de barra libre con una chavala y...

—Y apareció Rocío y te dio con una botella en la cabeza, vamos, que se te acabó la barra libre— conjeturé.

—Qué graciosos estáis, ¿no? Lástima que se acabe de ir el levante porque os iba a mandar a tomar vientos, pero en su defecto os puedo mandar a tomar por...

—Tranquilidad en las masas, vamos tirando para un bar que yo me quiero recoger mañana pronto...

—Que sí, *pesaoo*...—corearon.

Matizo, debí decir temprano, pero refiriéndome a la noche. Igual ellos es que no lo entendieron y creyeron que era temprano por la mañana, porque desde ese momento se dedicaron a liarme para que no los pudiera dejar. Y uno que no es de piedra...

—Venga pichita, no vamos a beber a palo seco, vámonos a La Casería y nos metemos allí un buen pescaíto frito *pá* ir abriendo boca—Juanito no le hacía ascos a nada, sobre todo si pensaba que lo íbamos a invitar, porque pertenecía a la Hermandad del Puño Cerrado. En resumidas cuentas, que él, si abría la cartera, era por casualidad...

No nos pareció mala idea del todo, salvo porque aquello no iba a ser precisamente llegar y besar el santo; allí había más gente que en la guerra...

Dicho esto, comprenderéis que con el calor que hacía, cayeron una, dos y hasta tres cervezas antes de sentarnos, porque esperamos por lo menos una hora y media hasta que nos tocó el turno.

Eso sí, nos encontramos allí a todo el pueblo, por lo que charlamos por los codos. Y como guinda del pastel, un gato que andaba por la playa pareció encariñarse con Juanito, quien acabó más mosqueado que un pavo escuchando una pandereta.

—Pero ¿se puede saber qué le ha entrado a este gato conmigo? *Quillo*, que yo no estoy buscando plan, haz el favor de dejarme—le decía mientras los demás nos revolcábamos de risa.

—Eso ha sido tu mirada irresistible, Juanito, que le ha cautivado—Benji no era más cabrito porque no entrenaba.

Me metí en el grupo para enseñarles a las chicas una panorámica de La Casería, que es una de las zonas más emblemáticas de La Isla y me pidieron una foto.

Selfi para la tribu y, en el momento de apretar el botón, los puñeteros aquellos que se ponen en la foto haciendo morritos... Y el gato que se sube de un salto a la camiseta de Juanito y posa también.

—¡Quita, gato! Soy un desgraciado a tiempo completo, pues no me ha dejado el gato la camiseta llena de marras...

Sí, tenía razón, se la había dejado como un Cristo.

Les envié a las chicas la foto y pronto el gato centró toda su atención, preguntándome que si era de ese chaval y que cómo se llamaba y demás (el gato, no el chaval...)

—Juanito, que las chicas se han interesado en el gato y en ti, que se han pensado que eres el dueño... Y preguntan que cómo se llama. —Le di un poco de vidilla porque no se iba a ver en otra igual.

—¿¿¿Qué dices!?!? Se llama como ellas quieran. Ven con tu papi, minino...—Empezó a llamarlo y, como la Ley de Murphy funciona que es un gusto, el gato no quiso volver a saber nada de él...

Después de cenar y de ponerle a la tribu fotito de todo lo que nos habían servido en la mesa, a petición de las chicas, mis amigos me convencieron para ir a tomar la última...

—Venga, pero solo una, que entre las cervezas y las dos botellas de vino que nos hemos pimplado cenando, yo estoy ya un poco perjudicado—les advertí.

¿Perjudicado? No, yo no era consciente todavía de lo que era eso. Ahora lo pienso y fue peor que la muerte a escobazos o, en su defecto, a pellizcos.

Rafa se empeñó en entrar en un bareto que acaban de abrir y que también estaba hasta la bandera y allí empezaron a caer los cubatas de dos en dos...

Cada vez que hacía amago de irme, cualquiera de ellos me cogía por el cuello, como cogen las perras a sus crías y otra vez Hugo para adentro. No es mala la comparación porque fueron tela de perros... Y yo más tonto que el Pichote, que me dejé enredar.

Eso sí, me acordaba de las chicas y, borracho como una cuba que estaba, cada dos por tres les mandaba un “tribu os quieroooo” por el grupo que me salía del alma. A juzgar por sus comentarios, ellas estaban partidas de la risa escuchándome e incluso oliéndose la tostada...

Prueba de ello era que empezaron a pulular por el grupo los mensajes bromistas de todas ellas diciendo que si las iba a dejar tiradas, que si había preferido la botella su compañía y cosas similares... Antes muerto, yo a mis chicas no iba a dejarlas en la estacada ni harto de vino y nunca mejor dicho.

Hasta ese momento de la noche digamos que “todo bien, todo correcto y yo que me alegro”, parafraseando a Auronplay. De lo que ocurrió después me acuerdo menos, por no decir nada... Vagos flases que venían a mi mente por la mañana, como el momento en el que entré en casa del prenda de Rafa agarrado a él y a Benji, porque no me tenía en pie...

Y hablo del prenda porque, lejos de dar por finalizada la fiesta, todavía sacó la artillería pesada. Pero como ese se bebía hasta el agua de los charcos, el muy impresentable no tenía nada decente en su casa, y terminamos dándole al anís Marie Brizard cuando sacó una botella que tenía que haberle regalado su abuela en la época en la que el rey era cabo (el emérito, digo).

¿Habéis escuchado alguna vez que las borracheras de anís son las peores? Pues yo también lo había escuchado, pero cuando me enteré fue esa noche, o mejor todavía cuando me desperté la siguiente mañana con difusos recuerdos y una ensarta de lamentos.

No exagero cuando digo que no sabía ni dónde estaba, pero pronto lo descubrí cuando vi a aquellos tres dormidos, por no decir muertos; que, si no lo estaban, les faltaba el canto de un duro. Tirada en el suelo, la botella de Marie Brizard a la que le di una patada sin querer y salió rodando en dirección a una mesa, haciéndose añicos.

—¿Qué ha sido eso, una explosión? —Juanito abrió un ojo y ya temía yo el espectáculo cuando abriera el otro.

—No, zopenco, aquí lo único que va a estallar es mi cabeza... sigue durmiendo. —Cualquier cosa menos escucharlos...

Me miré en el espejo y parecía que me había comido tres kilos de setas venenosas... Aunque lo mismo habían sido alucinógenas, porque miré al reloj y eran... ¡las tres y media de la tarde! ¿Quién había sido el cachondo que había adelantado las manillas? Aquellos tres estaban en coma, no podían haber sido y yo... Yo si no era un cadáver iba en camino, tampoco podía haberlo hecho.

Busqué desesperadamente mi móvil y no lo encontré. Marqué mi número desde el fijo de Rafa y no podía ser... ¡Sonaba debajo de su culo! Si aquel cretino había utilizado mi móvil para alguno de sus juegucitos pervertidos, mi puño y su cara iban a tener un abrupto encontronazo...

Por una vez, el universo escuchó mis plegarias y, aliviado, comprobé que no era eso... Debí dejármelo en el sofá y él se sentó encima... De lo que no me libró ni la Caridad fue de que la pantalla estuviera hecha trizas...

Aun así, entré en el grupo y vi que las chicas llevaban toda la mañana escribiéndome. Aquello era para mearse y no echar ni gota, el caos, imperdonable por completo... Y lo peor es que no acertaba a ver nada, entre las grietas de la pantalla.

—¡Maldita sea! —chillé y se volvió a despertar Juanito.

—¿Qué te pasa, Hugo?

—Que no veo nada, pichita y las chicas llegan en media hora, se me ha partido la pantalla...

—Trae, a ver si veo yo...

Claro y por la ventana iba a pasar un burro volando... Aunque después de corrernos la madre de todas las juergas igual eso no, pero yo no entraba en el baño porque aquello se estaba pareciendo demasiado a "*Resacón en Las Vegas*" y lo único que faltaba es que saliera un tigre de dentro...

Como las balas salí a la calle y busqué un taxi. Tenía media hora para llegar a mi casa, ducharme para empezar a parecerme a una persona, coger los regalos de las chicas e ir por el monovolumen...

Toda una odisea, por no decir un imposible... Llegar, llegar, lo que se dice llegar, no llegué al punto convenido hasta las cuatro y media...

—¡¡¡Pero jefe, nos tenías súper preocupadas!!! —corearon cuando me vieron, mientras me abrazaban como yo a ellas...

—No sabéis todo lo que me ha pasado esta noche, preziozotas, pero de lo que podéis estar seguras es que de veros tenía unas ganas inmensas...

—Pues las has disimulado muy bien, un poco más y nos volvemos por donde hemos venido—me soltó Yuri y todas a la vez se rieron.

A partir de ese momento todo fueron preguntas y más preguntas, aunque a juzgar por mi cara y por las muchas pistas que fui dejando la noche anterior, bien sabían ellas que había acabado más pedo que Alfredo.

Cuantas más explicaciones salían por mi boca, y dando muestras de su simpatía sin parangón, más se reían todas...

Escuchar sus risas fue el mejor premio...

—¡Todas al coche que la aventura conileña comienza en tres, dos, uno...!

No me equivoqué al alquilar la furgoneta porque disfrutar de la compañía de aquellas representantes de la tribu durante el camino al camping fue un placer que nunca olvidaré. ¡No podía tener más suerte y eso que, jugando con fuego, había estado a punto de quemarme!

Capítulo 6



¡Madre mía que yo no sabía que llevaba a ocho cantantes a bordo y así era! Menudo recital que me dieron camino de Conil...

El finde pintaba muy, pero que muy bien, y aunque no estaban todas las que eran (que allí faltaba mucha tribu), sí eran todas las que estaban. Y es que, desde el mismo momento que me encontré con ellas, las ocho demostraban que eran chicas de la tribu de pura cepa.

Lo que me pude carcajear con ellas no está en los escritos, porque se retaron a cantar una bachata cada una y el resto a hacer los coros. Y allí le dieron un repaso completo (de cantar, de cantar) a Romeo Santos, a Juan Luis Guerra, a Marc Anthony, a Prince Royce y a la madre que los parió a todos ellos. No por nada, sino porque, por mucho que molaran sus canciones, cada nota se me iba clavando en el sentido como si un cabroncete me estuviera arreando un martillazo en las sienas...

Eso sí, ya podía arrear con toda la mala leche del mundo, que me importaba un pimiento. Yo lo que quería es que las chicas se lo pasaran de fábula y no hacía falta ser un lumbreras para saber que así estaba siendo.

Miraba por el espejo interior del monovolumen y sabía que mi propuesta había sido todo un acierto. ¡Menudo octeto! Aquel ramillete de bellezas eran todas simpatiquísimas y cada una con una marcada personalidad que nos iba a regalar momentos inolvidables aquel finde. Sin duda que yo era un privilegiado...

—Venga Hugo y ahora márcate tú algo de tu tierra, cántanos...—Ericka me lanzó un reto que yo no sabía por dónde coger.

¡Ay *omá!* Sudores fríos me estaban entrando...

—Ericka, chiquilla, ¿tú me has visto a mí cara de chirigotero?

—¿Qué es chirigotero, Hugo?

—De los que cantan en los carnavales de aquí de Cádiz, Ericka...

—Eso, a los carnavales os tenéis que venir un año—añadió María y a las chicas, que parecían estar poseídas por el espíritu de la fiesta, les pareció una magnífica idea.

—No lo dudes...

—Sí, sí, sería un bastinazo, como dicen los de Cádiz...

—¿Pero tú no eres de Cádiz, María? —le preguntaron curiosas.

—Sí, pero de Jerez... Lo del bastinazo lo dicen los de Cádiz, Cádiz...

—¿Y qué es exactamente?

—Pues tú sabes, es como para indicar admiración, como si yo digo ¡qué bastinazo las sevillanas que nos acaba de cantar Hugo! —les contestó.

—¿Sevillanas y Hugo en una misma frase? Chicas que yo no tengo ese arte, que lo mío es la pluma...

—Te refieres a la pluma de escribir y no a la que te sitúa en la otra acera, ¿no? —Eran tremendas y ya me estaban tirando de la lengua...

—Sí, sí, a esa misma. Y en cuanto a lo de las sevillanas, para eso me teníais que haber cogido anoche, con grupo sanguíneo JB+, pero así, sin anestesia...

—Pues ya sabemos lo que hay que hacer, chicas, volver a emborracharlo para que derroche la sal de esta tierra—propuso Montserrat, que para eso se había cruzado también España para estar con nosotros.

Ay, que aquello era una encerrona. Yo mismo había cavado mi propia tumba, no sabía dónde me había metido...

A todo esto, uno iba atento al volante, pero mirando todo el tiempo con el rabillo del ojo, con la

impresión de que en cualquier momento me iba a encontrar con el mequetrefe de Benji con la moto, ¡hubiera sido la leche!

Se me vino a la mente la película aquella con la que tanto me reía siempre de “*Atasco en la nacional*”, en la que una familia que iba de vacaciones vivía una serie de disparatadas situaciones que ponía a sus miembros al límite de su aguante.

Pero no... Aquel besugo seguiría durmiendo la mona en el sofá. Genial, que yo no quería moscones revoloteando alrededor de las chicas...

Llegamos al camping y todas se bajaron cantando, cogidas por los hombros, haciendo la ola...

—¿Y eso? Si no os he visto cambiaros ni nada...—Me dejaron atónitos porque cada una se bajó con una camiseta con la estampa de los “tres jefes y una tribu” como la de los pijamas y tazas.

—¿Tenemos arte o no tenemos arte? —me preguntó Emi que debió ser la cabeza pensante a la que se le ocurrió la idea.

—Hombre claro, es que este fin de semana es un bastinazo jefe, y nosotras queremos poner nuestro granito de arena. —Anda que no las cogían al vuelo ni nada—. Y otra cosa te voy a decir, que queremos playa, que si yo me vuelvo a Madrid y les digo a mis amigas que solo he estado en la piscina se van a reír de mí durante tres días y tres noches, por lo menos...—me comentó Andrea.

—¡¡Playa, playa, playa!! —empezaron a canturrear todas...

—Pero si ya sabéis que vuestros deseos son órdenes para mí, ¿queréis playa? Pues mañana a la playita, que aquí las jefas sois vosotras...

—Pues si al final las jefas somos nosotras, en esta tribu va a haber muchas más jefas que indios— Tati Tati se puso la mano en la boca y empezó a hacer el gritito de guerra tan característico de las películas y todas las demás la siguieron de inmediato.

—Primo, al final sí que son una tribu. —Roberto se acercó con los ojos fuera de las órbitas por la que las chicas estaban montando.

—Son formidables, primo, pata negra. Ya verás cómo te van a poner patas arriba el camping.

—No, si verás Hugo, el problema es que patas arriba se ha puesto solo. —Detecté preocupación en su cara.

—Venga ya...

—Mira, mira la que hay formada allí. —Me señaló a una zona en la que parecía haber reventado una cañería y aquello estaba como las Cataratas del Niágara...

—No jodas, primo. No me lo puedo creer... ¿No me digas que en esa zona íbamos a ir...?

—Justo. Ahí mismito os tenía yo ubicados, *ea*, pues ya me has ahorrado el decírtelo, un problema menos...

—¡Qué bastinazo, hijo! —exclamó con gracia Paqui y nos saltó las lágrimas de risa.

Y sí, sí, muchas risas y todo lo que queráis, pero teníamos un papeletón del quince por delante...

—Primo, pero esto nos lo arreglarás prontito, ¿no? Mira, yo me llevo a las chicas a la playa y a la que volvamos...

Yo largaba y largaba por si sonaba la flauta. ¿Conocéis esa sensación de que, por decir la solución en alto, parece que se va a cumplir? Pues inconscientemente jugaba a eso, pero tarará que te vi, iba a ser que no.

—No sueñes, Hugo, yo de verdad que lo siento, pero esto hasta mañana no va a tener solución. Han debido ser los niños con la pelota, que empezaron a arrearle a la cañería y...

Joder, ¿de qué estaban hechas ahora las pelotas de los niños? Las de jugar al fútbol, se entiende... ¿De plomo macizo? Yo maldecía en arameo y en otras lenguas similares...

“Piensa, Hugo, piensa”. Qué facilito era hablar para mi vocecilla interior, como no era ella quien estaba en el embolado... Normal, si hubiera sido al revés yo también le diría a ella que pensara...

—Hugo, ¿te has quedado carajote? —Roberto me estaba pasando la mano por delante de la cara.

Carajote no sé si me habría quedado, pero en shock sí, ¿y qué se suponía que podíamos hacer ahora? En Conil no había un alfiler y buscar alojamiento allí en esa época era más difícil que encontrar un elfo en Mordor.

—¿Y si acampamos en la playa? —propusieron las chicas.

—Eso estaría fenomenal, pero id calculando a cuánto vais a haber, que la multa puede ser de infarto—comentó mi primo.

—¿A pesar de que podamos argumentar que nos hemos quedado sin alojamiento? Oye primo, ¿por qué no nos cedes el tuyo y el de Cirilo? Hoy por ti y mañana por mí...

—¿Cirilo? —Normal, las chicas se quedaron locas cuando escucharon ese nombre.

—Sí, sí, es mi hermano, es una historia muy larga la de su nombre. —Roberto estaba también contrariado y yo de lo que menos tenía ganas es de que comenzáramos a hablar de mi tía Enriqueta y del bautizo de mi primo.

—A ver Roberto, vamos a lo que vamos, ¿dónde puñetas podemos quedarnos nosotros esta noche?

—¿Y si nos quedamos en la playa, pero sin acampar? En plan amigos que han comenzado allí la noche y se nos ha ido un poquito de las manos...

No sabía cuál de las chicas lo había propuesto, pero sonó como música para mis oídos.

—Hombre, teniendo en cuenta las circunstancias, no creo que os vayan a repatriar mañana de Conil—contestó mi primo.

—¡Pues aquí te quedas, *quillo!* —exclamé y me miró atónito.

Y es que, mientras yo hablaba con mi primo, las chicas iban retransmitiendo en directo en el grupo el problema que teníamos y a alguna de las que estaba en casa se le ocurrió la brillante idea.

Salimos como las balas para la playita y, aunque la encontramos hasta los topes, pasamos una tarde impresionante en ella. Calor, lo que se dice calor, hacía como para freír un huevo en la arena

(de gallina, entiéndase, que lo otro no lo quiero ni pensar). Así las cosas, apenas salimos del agua en toda la tarde y cuando lo hicimos parecíamos garbanzos...

A eso de las nueve y media de la noche empezamos a quedarnos más solos que la una y de aquella guisa subimos al paseo marítimo para ponernos hasta las cejas de *pescaito* frito. Por si eso fuera poco, enseguida encontramos una heladería en la que ponían copas de helados dignas de premios Guinness...

Después y, como si de fugitivos se tratase, nos volvimos a la playa para comenzar la fiesta nocturna. La que armamos fue apoteósica. Yo no quería pensar en lo que diría mi hígado cuando volviera a darle al *drinking* aquella noche, pero por una vez se iba a tener que callar, que ocasiones así no se nos daban todos los días.

—Tenemos que hacer un limbo pero ya—propuso Tati Tati después de que hubiéramos cantado, bailado, contado chistes y anécdotas varias, mientras empinábamos el codo.

—¿Y dónde vamos a encontrar una vara de esas, chiquilla? —Yo estaba molido como las cabañas, ¡cómo para dar muchas vueltas buscando la varita! Otra cosa es que fuera mágica y apareciera por arte de birlibirloque.

—Yo creo que allí hay una que nos puede servir—Yuri miraba un punto donde yo solo veía oscuridad.

—¿Qué dices? Si eso está oscuro como la boca de un lobo. Yuri, Dios te conserve la vista porque los demás debemos ver menos que un gato de escayola...— O sería yo que no terminaba de levantar cabeza después de tanta juerga...

Polémicas cero, porque ella se acercó y, cual Don Quijote de la Mancha en versión dominicana y femenina, volvió provista de una vara con la que comenzó el susodicho limbo...

Ni que decir tiene que, con el efecto del alcohol corriendo por nuestras venas, más de una acabó en el suelo haciendo la croqueta, momento que otras aprovecharon para immortalizar en forma de vídeo que subir al grupo.

Por no hablar de un servidor que, con la melopea que ya llevaba otra vez, me terminé dando un varazo en el coco y perdí el equilibrio con el vaso y todo en la mano, que acabó regado en mi

camiseta. Vaya, que fresquito me puse, de eso no había duda...

Al final, por mucho que nos resistiéramos, Morfeo se dio una vueltecita por la playa y quien más y quien menos, cayó en sus brazos, encima de las toallas...

—¿Qué hacen ustedes aquí? —nos preguntó un guardia civil que nos despertó poco después de dormirnos, mientras amanecía.

—Pues mire usted, que somos forasteros y nos han dicho que aquí para coger sitio en la playa hay que echar una solicitud, así que nos hemos venido los primeros...—La salida de Paqui hizo que tuviéramos que contener la risa.

—Claro, y como han madrugado ustedes tanto, están ahora cabeceando un poquito el sueño, ¿no es eso?

Hasta el mismo guardia civil se estaba riendo mientras yo me apresuré a echarle una toalla por encima a la prueba del delito; los vasos de plástico apilados y las botellas vacías...

—Eso es, mire usted, yo no lo habría dicho mejor. —Premio a la mejor actriz para Paqui...

—Pues mañana tengan ustedes cuidado y no vengán tan tempranito no vaya a ser que acompañen el café del desayuno con una buena multa, que todo puede pasar.

—No, no se preocupe que nosotros preferimos las tostadas, pierdan cuidado...

Cuando se fueron respiramos aliviados. Nos habíamos salvado por la campana y es que aquella pareja de la Benemérita se acababa de mostrar misericordiosa con nosotros. Para celebrarlo, echamos otra cabezadita antes de ir a desayunar...

Capítulo 7



El camarero del bar no debía haber visto una tribu así en su vida, porque estaba que se hacía cruces...

—Un poco de orden que no me estoy enterando de nada, por favor...

Montserrat quiso aclarar un poco la comanda, pero aquello estaba un pelín complicado. Era eso o que el hombre, entre que estaba un poco sordete y que parecía que no había pegado un ojo, como nosotros, no daba pie con bola.

—Yo no sé si esto es lo que habéis pedido, que ando hoy un poco trastornado—nos dijo con toda la gracia del mundo cuando apareció con la bandeja.

¡Para darle hasta en el cielo de la boca! Y es que, el repertorio de cafés que le pedimos, cada uno de su padre y de su madre, fue sustituido por un café con leche idéntico para los nueve. En cuanto al pan... ídem, ese debió pensar que aquello era más complicado que tocar una trompeta al revés y nos trajo nueve medias con mantequilla y mermelada de fresa. Y punto redondo.

Lo cierto es que lo mismo nos daba que nos daba lo mismo. Aquel desayuno nos supo a gloria y después de disfrutarlo cogimos los bártulos y nos fuimos para el camping.

—Hugo, pichita, ¿cómo habéis dormido? —nos preguntó mi primo y obtuvo risas por toda respuesta. Porque dormir, lo que se dice dormir, más bien poco. Ahora, en lo concerniente a réirnos, en eso nos habíamos graduado...

—Mira primo, no mientes la soga en casa del ahorcado, que como para dormir estaba la cosa. Pero bueno, que lo hemos pasado de escándalo.

—Pues nada, eso es lo importante, y mira ahí tenéis ya la parcela preparada, no digas que no somos eficientes...

—Cállate, anda, que a buenas horas mangas verdes... Y por lo de verdes me acordé de la guardia civil, que se había portado de lujo.

Y acordándome de la guardia civil, lo hice también de las castas de Benji. Me froté los ojos y, para mi sorpresa, no era una visión, sino más bien una maldición; allí estaba el condenado con Rafa, Carlos y Juanito el bizco, que igual miraba a las chavalas de un lado que a las de otro, que para eso tenía él un don...

—¡Mirad, allí está la tribu! —le escuché decir porque, como era de esperar, nos vio el primero.

Los vi venir dando zancadas como a cámara lenta y me entraron ardentías.

—¡Hola, Hugo, ya estamos aquí! ¿Nos presentas a la tribu? —Rafa tenía más cara que espalda.

—¡Estos son los de las fotos de la juerga de la otra noche! —exclamaron.

—Sí, mucho me temo que son los cuatro lerdos de mis amigos...

—Pues sí que nos vendes tú bien, con amigos así no hace falta enemigos. —Benji me miró con sorna. —Chicas, yo soy guardia civil y estoy aquí para cubriros las espaldas.

—Pues ya podíais haber aparecido anoche—dijo Andrea—. Que si no llega a ser por lo rapidita que ha estado Paqui esta mañana nos crujen en la playa.

—La culpa es de Hugo, que nos tenía que haber llamado, bellezones...

—Claro, siempre está bien tener un Hugo a quien echarle la culpa...—Negué con la cabeza. — Bueno, ¿ya os ibais?

—¿Qué dices de irnos? Hemo venido para haceros compañía todo el fin de semana. Y para cubrir las espaldas a estas señoritas. Yo soy Rafa...

—¿Y eres guardaespaldas? —le preguntaron ellas con la risa en los labios.

—Sí, sí, he trabajado de escolta muchos años...

Lo que había que escuchar, si ese lo más que había escoltado en su vida eran los cubatas que se tomaba de fiesta en fiesta...

—No le hagáis ni caso y ellos ya se iban. —Les di un empujoncito con intención de apartarlos antes de que la cosa fuera a más.

—Y yo soy el dueño del gato, chicas. Es más dulce él... no lo he podido traer porque está malito, pero es que me gustan mucho los animales...—se presentó Juanito.

¡Otro que mejor bailaba! Decía que era el dueño del gato y lo quiso fulminar esa noche...

—Ainss pobrecito, ¿y qué le pasaba? —le preguntó Emi.

—Pues que ha cogido una enfermedad, cómo se llama... Eso, una gonorrea.

Las chicas voltearon los ojos cuando lo escucharon y es que el muy zumbado no podía haber inventado otra enfermedad más surrealista para el gato. Claro que mi madre dice que “de donde no hay, no se puede sacar” y en el caso de Juanito el que tenía la gonorrea era él, pero mental...

—Y yo soy Carlos—intervino rápidamente plantándole dos besos a cada chica para echarle un capotazo a Juanito, que como tuviera que dar más explicaciones como esa, estábamos apañados...

—Venga, pues hechas las presentaciones, ellos ya se iban que seguro que se han dejado el piano en marcha o algo y tendrán mucho que hacer—resoplé.

—¡Ná de ná, Huguito! —Si hemos hecho encajes de bolillos para librar todos, tú no veas la que hemos tenido que organizar, pero al final aquí estamos...—puntualizó Juanito.

—Hugo, si son muy simpáticos, no te preocupes, que cuanto más seamos, mejor lo pasaremos—apuntó María con su buen talante y el resto de las chicas secundaron su propuesta.

Era la leche, pero a aquellos cuatro pelmazos no los sacábamos de allí ni con agua caliente, así que respiré hondo y juré no volver a hacerlo porque noté otro martillazo en las sienes como efecto de la resaca...

Tocaba montar la caseta y al menos para eso le iba a sacar partido a aquellos patanes. Así las

chicas podrían refrescarse en la piscina o hacer lo que les apeteciera mientras, que para eso eran mis invitadas.

—¿Estas son las instrucciones del montaje de la caseta o un jeroglífico egipcio? —preguntó Rafa que jamás había dado palo al agua y todo se le hacía un mundo.

—Mira que eres torpe. —Juanito las cogió y hasta sacó la lengua mirándolas—. Yo esto no lo veo muy claro—dijo y claro, tuvimos que aguantar la risa.

Nos pusimos manos a la obra y el resultado fue que aquello no había por dónde cogerlo, hasta que las chicas, que tenían que abrazar sus estómagos para reírse, intervinieron y la levantaron en un periquete. Menos mal que a algún listo de esos que abundan por la vida se les había ocurrido denominarlas el “sexo débil”.

Una vez la cuestión estuvo resuelta y nos hicimos algunas fotos delante de ella, nos dispusimos a ir a bañarnos a la piscina. Mientras, subieron las fotos al grupo a modo de buenos días y el resto de la tribu preguntaba por los mamelucos de mis amigos, que también habían posado.

—Nosotros ya nos vamos a apuntar también a la tribu, Hugo, que yo se lo he dicho a estos, que cuadramos allí...—Juanito y sus ideas...

—¿No me digas? ¿Y tú cuántos libros románticos te has leído en tu vida? —le pregunté para que me respondiera a bote pronto.

—Yo no sé, una pila de ellos....

—En una pila te ahogaba yo, Juanito... Si entráis en la tribu es para aportar, que ahí no queremos a cantamañanas dando la brasa...

Las chicas me apoyaron y, al llegar a la piscina, Roberto que venía con otro problema.

—La chavala que da las clases de aquagym, que está enferma y dice que no puede venir...

—Anda, esa habrá pillado gonorrea como mi gato—Juanito de nuevo al ataque, provocando las risas generales...

Menuda vergüenza ajena que me estaba haciendo pasar el jodido.

—Pues mira, seguro que estas señoritas podrán sustituirlas y darnos a todos una clase magistral de aquagym—le comentó Benji a Roberto.

—Sí, sí y yo la doy con ellas, que he hecho muchos juegos acuáticos en el río como *boy scout*...
—añadió Carlos.

Allí el que no corría volaba, pero lo mejor es que a las chicas les pareció una idea inmejorable y la que liaron en la piscina fue de película gitana, sencillamente mortal.

—Me habéis sacado de un buen embrollo, primo. — Roberto se mostraba de lo más agradecido.

—Yo no he hecho nada, agradéceselo a la tribu, que estas chicas sirven igual para un roto que para un descosido...

Después de comer y de que mi primo Cirilo saliera también a saludarlas, nos echamos una siestecita a la que siguió una tarde de playa que no se la saltó un galgo.

Exhaustos, llegamos de nuevo al camping a eso de las nueve de la noche, más morenos que un conguito y, pese a todo, con muchas, muchas ganas de juerga en el cuerpo.

Esa noche tocaban los pubs de Conil y estábamos dispuestos a quemarlos. Y eso fue lo que hicimos.

Ante nosotros, la noche más movida del año en un escenario incomparable; el que nos ofrecían aquellos bulliciosos pubs. Cócteles, mojitos y copas por doquier en la mejor compañía, que tomamos en medio de una buena sesión de postureo que subimos al grupo, por lo que ya teníamos al resto de la tribu pendiente de la que íbamos a formar.

Comenzamos por el pub “La Casa Inquieta” y, ¡una leche inquieta la casa! Las inquietas eran las chicas, que coreaban la música en vivo como nadie a golpe de exquisitos cócteles.

Al ser un sábado, cuando entramos en “La Luna” lo hicimos en el siguiente nivel. Allí no había un alfiler, pero en su patio al aire libre, rodeados de palmeras, las chicas derrocharon gracia a raudales mientras mis amigos y yo intentábamos infructuosamente seguirles el ritmo, ¡eran

increíbles! Ni que hubieran cenado una tortilla de anfetis, ¡qué marcha tenían!

Y, para terminar, la paliza del año llegó cuando nos fuimos a la Discoteca Ícaro, en la que las chicas lo terminaron dando absolutamente todo. En un abrir y cerrar de ojos se metieron al Dj en el bolsillo, quien pinchó gran cantidad de canciones a petición de ellas, que se lo estaban pasando de miedo...

No sé ni cómo acabamos en la zona VIP y con ellas hechas las reinas del local. Bailamos hasta el amanecer y cuando salimos de allí no sentíamos ni los pies. Juanito decía que estaba un poco indispuesto y que igual es que le había sentado mal la cena, mientras las chicas se desternillaban diciéndole que seguramente sería eso y no el montón de cubatas que llevaba encima...

Llegamos a nuestra caseta y nos despedimos de mis amigos para dormir un rato. Fue entonces cuando nos pusimos los pijamas de la tribu, momento que immortalizamos, como no podía ser de otra manera, en una de las muchas fotos para el recuerdo que nos llevábamos de aquel finde.

Capítulo 8



Once de la mañana y arriba todo el mundo, que había que aprovechar nuestro último día en Conil.

Desayunamos a lo grande y nos fuimos del tirón para la playa, donde esa mañana yo les tenía preparada una sorpresita. Sí, diréis que esa no os la he contado, pero la he querido reservar para el final, para que pongáis la misma cara que ellas.

Y es que, cuando vieron venir aquella avioneta, lo último que se imaginaron es que el mensaje que iba a escribir el piloto con humo iba para las ocho:

“Gracias, chicas de la tribu por ser como sois. No cambiéis nunca. Los tres jefes os adoramos”

Dylan y Manu habían participado en aquello, buscando quien hiciera realidad nuestra idea de que vieran escrito en el cielo lo que ellas ya sabían; que eran únicas...

Sus chillidos de entusiasmo no dejaron lugar para la duda. De forma inmediata, la playa entera supo que eran las destinatarias del mensaje y, por si todavía alguien no lo tenía claro, comenzaron a gritar y a saltar, frenéticas.

El abrazo que recibí por parte de todas al mismo tiempo fue la mejor recompensa. Encantado de la vida como estaba pensé que la suerte se había aliado conmigo el día que aquellas chicas se cruzaron en mi camino.

—Yo os lo aviso, hay que hacerse romántico o no nos vamos a comer un rosco en lo que nos queda de vida—sentenció Juanito.

—No, no, a partir de ahora vamos a ser los más románticos del globo, ¿qué tenemos que empezar a leer, Hugo? —me preguntó Carlos.

—Pues que os digan las chicas...

Entre todas llegaron al consenso de que podían empezar aprendiendo algo con “Una Sentencia al corazón” de un servidor, y luego seguir indagando en las artes amatorias con “Déjame enamorarte” de Dylan, para terminar muriendo de risa con el humor que envuelve al romanticismo de Manu en su biología “Desde el día”.

Yo no decía nada, porque ellas lo decían todo, pero menudo espectáculo era ver a aquel Juanito intentando tomar nota de lo que tenía y no que hacer para convertirse en un hombre romántico que despertara pasiones. De lo más condescendientes, las chicas se sentaron alrededor de él y en ese momento le faltó chillar “*Soy el rey del mundo*” a lo Leonardo Dicaprio en “*Titanic*”.

Y hablando de barcos, las ocho opinaron que otro tipo de quedada triunfal podría ser la de toda la tribu en un velero... De nuevo risas garantizadas, que soñar es gratis, y empezamos a hacer todo tipo de suposiciones sobre la que podríamos liar en el susodicho velero, que lo mismo terminaba también como las llaves “*en el fondo del mar, matarile, rile, rile...*”

Al menos eran las cuatro de la tarde cuando la gazuza que sentíamos nos recordó que había que almorzar y, poniendo rumbo de nuevo al camping, disfrutamos del copioso almuerzo con el que nos sorprendió mi primo Cirilo, tarta de agradecimiento incluida a las chicas, con la imagen de ellas dando las clases de aquagym...

Lo que más satisfecho me tenía era que, viendo sus caras, podía asegurar que todas lo estaban pasando rematadamente bien, y nada podía hacerme más feliz...

Las horas siguientes, teniendo en cuenta que aquella sería nuestra última noche en el camping, antes de que cada una de ellas partiera para sus casas por la mañana, las pasamos de relax en la piscina.

Roberto llegó con una bandeja de piñas coladas perfectamente adornadas con las que posamos para el grupo, despertando toda clase de comentarios al respecto de que la siguiente quedada tenía que ser multitudinaria.

Hasta Juanito se puso un poco melancólico y, cuando las chicas consideraron que estaba dando demasiado la lata, buscaron mi complicidad y, entre todos, terminamos meciéndolo por pies y brazos y mandándolo de cabeza a la piscina.

Lógico que en un momento se lio la de San Quintín y allí acabó en el agua hasta el apuntador.

Después de cenar, mis amigos se despidieron para volverse a La Isla y los de la tribu nos metimos en la caseta con la intención de dormir algo, que llevábamos unos días con los ojos como búhos.

Rememorando anécdotas, entre confidencias y risas, el sueño terminó rindiéndonos y los primeros rayos del sol nos recordaron que aquella quedada tocaba a su fin... Lo que solo podía significar una cosa; que ya quedaba menos para la siguiente.

De vuelta en San Fernando, los abrazos interminables se sucedían e incluso era inevitable que alguna que otra lagrimilla resbalara por ciertas mejillas... No voy a descubrir cuáles, a fin de evitar acusaciones de ser un chafardero.

Atrás quedaba uno de los mejores fines de semana de mi vida y creo acertar si digo que ellas también habían vivido una corta pero intensa experiencia, que llevaban grabada en sus corazones.

Las despedidas no son lo mío, que para eso soy un poco sensiblero, por lo que preferí tomarlo como un “hasta muy pronto” y meterme en el coche mientras me alejaba de ellas con la más amplia de mis sonrisas.

Su “gracias por todo, jefe y en nada nos vemos” me llegó al alma y puse el motor en marcha con la certeza de que cualquier esfuerzo sería poco, siempre que con él pudiera hacer a aquellas incomparables chicas todavía un poco más felices de lo que de por sí ya eran.

Tati Tati, Yuri, Andrea, Paqui, Emi, María, Ericka y Montserrat habían calado hondo en mi corazón, pues cada una de ellas me había dejado ver en aquellas pocas horas que no solo eran bonitas por fuera, sino también por dentro. ¡Y cómo...!

“¿Jefes?”, nosotros tres más bien éramos unos suertudos de libro y así se lo hice saber a mis dos compañeros de aventura literaria, Dylan y Manu, desde el manos libres. Su promesa de no faltar a la próxima fue el último regalo de un día en el que las emociones se agolpaban en mi corazón.

Un mojito, por favor

Ariadna Baker

A mis niñas, por formar parte de esta historia...

Lianette Yamila, Zulema Bbecita, Dai Marcelín, Claudia García, Carmen González, Mercedes Toledo, Paz Marquina y Ana Romero.

Capítulo 1



Emocionada y con los nervios a flor de piel, así me sentí cuando llegué al aeropuerto de Madrid y me encontré con las chicas; Carmen, Mercedes, Paz y Ana.

¿Quiénes eran? Pues una parte de las chicas de la tribu, seguidoras de los jefes de ese grupo que eran mis compañeros escritores Manu, Dylan y Hugo, pero también seguidoras y lectoras mías.

¿Dónde íbamos? Bendita pregunta que os estaréis haciendo... ¡A Cuba!

¿A qué íbamos a Cuba? A encontrarnos con mis niñas, las primeras que comenzaron la aventura conmigo, todo un gran apoyo y que luego se unieron a la tribu.

¿Quiénes eran ellas? Pues no podían ser otras que Claudia, Zulema, Dai y Lilianet.

¿Comprendéis ahora el porqué de mis nervios?

Todo comenzó porque ese verano prometí a mis cubanas que iría a encontrarme con ellas a su isla y con la broma se apuntaron las cuatro que ahora emprenderían ese viaje conmigo.

Nos abrazamos, aplaudimos emocionadas, saltamos y embarcamos... Diez largas horas nos esperaban por delante, pero la aventura merecería la pena.

Llegamos a facturar las maletas, yo iba estrenando una en color rosa pastel, era la tonta de ese color, pero así me gustaba mirar la vida, todo en color rosa.

Nos echamos el brazo por el hombro unas a otras después de pasar el cordón policial y... ¡A embarcar! Eso sí, después de dos horas dando vueltas, ya que obligaban a facturar tres antes.

En el avión me senté en medio de Paz y de Carmen, Ana iba junto a Mercedes en los asientos de detrás, todas en la parte de ventanilla.

El vuelo lo pasamos hablando las cinco pues Ana y Mercedes, no paraban de hablarnos por el hueco de los asientos, nos reíamos de lo lindo recordando los retos y las cosas que sucedían en el grupo de la tribu.

Ya más o menos tenía una ligera idea de cada una ya que las leía por el Facebook, pero claro, ahora en las distancias cortas como que lo tenía más claro.

Paz era de Madrid, todo amor, cariño, respeto, al igual que Carmen, esta del Puerto de Santa María, un precioso lugar de Cádiz.

Mercedes era de Albacete, entrañable y pura simpatía, al igual que Ana, esta de Córdoba.

Vamos que no podía haber sido más afortunada con la compañía que llevaba.

Esas diez horas pasaron entre risas, charlas y cotilleos, pero todo desde el cariño pues el respeto que había era impresionante.

Y por fin aterrizamos en el aeropuerto Internacional José Martí de La Habana, casi nada, en el pulmón de Cuba, ese lugar que todos quieren visitar y ahora nos tocaba a nosotras.

Un golpe de calor asfixiante nos recibió al bajar del avión.

—Joder, que sensación más rara — en esos momentos tenía la humedad del clima en todo mi cuerpo.

—Verás como en un día o dos te acostumbras — dijo Paz, en ese tono de calma y ánimo, era una gran persona.

—Eso espero... — añadió sonriendo Carmen, mientras apretaba los dientes.

Fuimos directa al control policial para entregar el visado y que nos dieran el visto bueno para entrar a la isla, pero claro, si encima el que te va a atender es un mulato que estaba de muerte....

—Madre mía, madre mía, esta isla es la mía — murmuré bajito mientras nos acercábamos a él.

—Y la de todas — respondió por lo “bajini” Carmen.

El policía nos sonrió cuando le puse todos los pasaportes con sus visados sobre el mostrador. Yo para esas cosas cogía el control, que luego me perdían algún documento y me daba un soponcio.

—¿Vuestra primera vez en Cuba?

—Ajá — sonreí —, aunque creo que no será la última...

—Me alegro de que vengas con esa actitud.

—Yo siempre tengo buena actitud — le hice una mueca y Paz me dio un puntapié en el tobillo, imagino que para que se me quitara la cara de babosa que se me había quedado.

—Pues por lo que veo os voy a dejar ingresar en el país — me hizo un guiño devolviéndonos los pasaportes.

—Pues muy amable, señor policía — Ana se apresuró a coger los pasaportes y empujarnos para que saliéramos de allí, pues yo me había quedado embobada.

—¡Joder hija, qué prisas! — me quejé mirando hacia atrás y viendo como ese mulato me miraba aún sonriente.

—Ariadna, es que se te quedó una cara de tonta... — soltó riendo Mercedes.

—Joder, ustedes estaréis acostumbrada a los bombones, pero ese estaba para ponerlo al sol, derretirlo y... ¡Mis chicas! — grité al ver a mis cubanas con una pancarta que decía: Ariadna y tribu ¡Bienvenidas a Cuba!

Quería correr hacia ellas, pero estábamos jalando de las pesadas maletas y la mía, aunque era nueva y casi iba sola, la llevaba hasta la bola, por si me raptaba un mulato y me tenía que quedar a vivir allí.

Eran unas caribeñas preciosas, aunque yo las conocía por fotos, pero que cosas más bonitas eran todas ellas.

Me fundí en un gran abrazo de esos que te llenan el alma y luego se saludaron todas con la misma

emoción.

Nos montamos en el furgón con el que habían venido y nos fuimos directas al corazón de La Habana, donde había alquilado una casa para que estuviéramos todas juntas esos días.

No veas el conductor que venía con ellas a recogernos, otro bombón caribeño.

—De aquí salgo preñada — murmuré entre medio de Zulema y Clau, haciendo un gesto con los ojos hacia el conductor que iba poniendo música.

Zulema y Claudia comenzaron a reírse tanto, que les iba a dar algo, yo solo miraba el tono de piel de la nuca de ese conductor que casi le podría montar una novela de trescientas páginas en dos minutos ¡Madre mía! Hasta el título se me vino de golpe “Un bombón habanero para deleitarse”

Mi sensación era caótica, impresionada y un poco descolocada, edificios muy coloniales, pero a la vez otros poco cuidados, pero a su vez con una belleza especial, no sabría como describirlo, era todo como muy desigual, pero maravilloso, como si faltara algo, aunque lo tenía todo.

Nos dejaron en la Plaza Vieja donde teníamos alquilada la casa y un señor nos esperaba para entregarnos las llaves, sonreí al comprobar que, al menos, había ventiladores por todas partes. Es que el calor hacia estragos y a mí me faltaba el aire.

Mientras dejábamos todo le pedí a Claudia que me acompañara a hacer algo de compras de bebidas y cosas para tener en la casa, así que nos escapamos un momento las dos.

—Muero por este lugar, es tan... — Me agarré a su brazo.

—Especial, Cuba es especial, con lo bueno y lo malo, pero es mi vida.

—Es una mezcla difícil de explicar, música por todas partes, turismo, vida, color...

—Me alegro de que te guste, pero tienes mucho por ver aún.

—Quiero que me lleves a tomar el mejor Mojito del mundo y el mejor Daiquiri.

—Según dijo Hemingway “Mi mojito en La Bodeguita y mi Daiquiri en el Floridita”

—Lo escuché en algún sitio...

—Eso como turista está bien conocerlo, pero conozco otros sitios donde lo hacen mucho mejor — hizo un gesto de cariño a mi mano que seguía agarrada de su brazo.

—Vi mucho en reportajes y ahora estoy aquí, no me lo puedo creer...

—Para acá —jaló de mi riendo ya que me fui detrás de otro mulato.

—Lo que yo te diga ¡Salgo preñá! — reí.

—Ya veo, ya veo... — reía negando.

Entramos a una tienda y cogimos un poco de lo que había, vamos que, como yo no era exagerada... Volvimos, que por poco si tenemos que llamar al ejercito para que nos ayudaran con las bolsas.

Regresamos, colocamos todo y nos fuimos a pasear por La habana ya que había caído el sol y comenzaba a apetecer estar en la calle, además de tener un primer contacto con la ciudad.

Nos sentamos en la terraza de la cervecería de la Plaza Vieja, justo donde estábamos alojadas.

La música en aquel lugar estaba amenizada por un grupo cubano que hacían aún más especial aquel rincón.

Nos trajeron un tanque de cerveza que pusieron en medio para que nos fuéramos sirviendo, estaba fresquita, era una pasada, con un tubo largo y grueso y, no piensen mal, que ahora no estaba pendiente a los mulatos, ahora quería notar esa cerveza bien fría recorriendo mi garganta.

Mercedes era una gran viajera y como tal lo observaba todo con una sonrisa, le gustaba lo que estaba viviendo y viviendo, cosa que era muy importante para conectar con el lugar y ella lo había hecho, bueno ella y todas.

Pedimos de cenar unas brochetas de langostinos que estaban de muerte, ellos le llamaban

camarones.

Estaba claro que como decía Zulema, ese lugar era caro, estaba destinado al turismo, pero tenía su punto, aunque a mi me gustaba meterme en el corazón de Cuba y sabía que las chicas iban a lograr eso, llevarme a toda la esencia del pueblo cubano, solo era cuestión de tiempo.

Comenzamos a beber mientras cenábamos y después también, esa noche no íbamos a darnos mucho trote ya que estábamos cansadas y el cuerpo durante la cena se iba viniendo abajo, pero eso sí, bebíamos cervezas como unas campeonas.

Carmen era una monería, tenía una simpatía de esas naturales que la hacían de lo más entrañable y morí de risa en el momento que explicaba el calor que estaba sintiendo por la humedad que había en la isla.

Dai y Lilia, eran de lo más cómicas también, había apenas hablado antes con ellas, pero sabía que eran seguidoras de mis novelas y muy amigas de Zule y Clau.

—¡Sois unas capullas! Echadme una cerveza si queréis que os perdone — dijo una voz que nos hizo girar y quedar todas incrédulas ante lo que estábamos viendo y reconociendo.

—¡¡¡Es Dylan, joder!!! — grité levantándome y tirándome a sus brazos, hasta su maleta se cayó al suelo o al piso como dirían los cubanos —¿Qué haces aquí?

—Si os pensabais que me iba a quedar en tierra, no me conocéis — dijo mientras iba abrazando a una por una, todas en shock como yo. Era lo último que hubiéramos imaginado.

Se sentó con nosotras y nos contó que vino en nuestro mismo vuelo, pero dos cabinas más atrás y que nosotras embarcamos antes, pero él tenía pensado pillarnos al bajar y tampoco, estábamos las primeras para pasar migración. Total, que como sabía dónde nos hospedaríamos pues me sacó la información, se iba a colar directo. Lo del tema del vuelo lo sacó dos días antes pues consiguió cambiar la fecha sus vacaciones en el cuartel donde estaba destinado, así que nos iba a dar la sorpresa y bien que nos la dio.

Por supuesto se alojaba con nosotras, ni que decir tiene, venía con esa idea clara y por nuestra parte no podía ser de otra manera.

Así fue como comenzó un viaje en el que tenía claro que iba a recordar toda mi vida y que, por supuesto iba a dejar una parte de mí en aquel lugar y con las niñas, esas que eran de lo mejor que podía haber encontrado en la red.

Imaginad dos habitaciones para diez personas, encima conectada por una puerta en la que hablábamos todos a chillidos, bueno las cubanas y yo, las chicas que venían conmigo desde España reían, pero no gritaban, ya lo hacía yo por ellas.

Dylan comenzó a decir que había que hacer turnos para ducharnos y hasta para cagar, tan fino como yo, pero era verdad, un apretón de barriga ahí era como estar en la guerra y rezar para protegerte. ¡Madre mía si pillas con alguien dentro...!

Nos costó dormir a pesar del cansancio, pero es que no parábamos de hablar del grupo y de las cosas que solo a Dylan se le ocurrían, la verdad es que el chaval se prestaba para todo.

Capítulo 2



—¿Quién me hace un café? — preguntó Dylan en tono no muy alto por si había alguien despierto.

Miré el móvil y eran las seis de la mañana, pero yo también estaba espabilada.

—Yo lo hago — dijo Claudia levantándose muy dispuesta.

—Yo necesito un mulato — me levanté en plan zombi directa para el baño, necesitaba lavarme la cara, peinarme y ser persona.

—Pues en Cuba los tienes a pares — respondió Dylan riéndose.

—Tú calla que eres capaz de ponerme a buscarlos en un reto y yo... Yo me quedo con todos — sonreí y me marché al baño antes que otro me quitara la vez.

—Anda tira para adelante que tienes delito... — decía él, muerto de risa señalando a la puerta del baño.

—¿Te vienes conmigo? — pregunté bromeando.

—No soy mulato — me hizo un guiño y entré riendo ¡Qué salado era!

Desayunamos como pudimos, unas en el sofá, otro en la mesa del comedor y otras de pie, porque así lo decidieron, pero todos de un buen rollo...

Dylan nos estaba volviendo locas, nos metía el papel higiénico en la nevera, nos ponía las botellas de refresco debajo de las almohadas, nos cambió toda la casa, no paraba el tío, era ir a coger algo y encontrarte lo que no correspondía y él se quedaba tan pasivo volteando los ojos mientras nosotras llorábamos de la risa desesperadas.

Ese día decían las cubanas que nos esperaba una sorpresa, que nos pusiéramos bañador,

chancletas y a prepararnos para sumergirnos en el Mar Caribe.

Nos llevaron a las playas del este, delante de un restaurante donde podíamos comer y tomar algo.

El mar era un plato en calma ese día, por lo que nos decían, la verdad es que fue una maravilla sentir el contacto con el agua, ni por asomo el frío que entra al entrar en cualquier playa de España.

Pasó un chico vendiendo cocos y claro, me tiré a su cuello y le pedí unos cuantos, para compartir entre todos, eso sí, los pagó Dylan, no nos dejó a ninguna ni hacer el intento, se notaba que sabía como ponernos firmes a todas, llevaba en la sangre eso de ser militar, además de escritor. Si es que nuestro chico valía para todo...

Fotos y más fotos que subía Dylan al grupo y tenía a toda la tribu revolucionada, nadie se imaginó que emprendería este viaje con nosotras, bueno, ni nosotras lo pudimos intuir en ningún momento.

A Zule la cogimos en alguna que otra foto haciendo sus acrobacias, le gustaba eso del gym y mantenerse en forma.

Cada uno de una manera u otra, salimos plasmado en decenas de fotos que al final muchas de ellas quedaron de lo más chulas, momentos que quedan plasmados para el recuerdo.

Dylan decía que esa noche quería fiesta, pero no fiesta de aglomeración, no, él decía de perdernos por La Habana entre el sonido de la música callejera, los bares y el malecón donde la gente iba a sentarse allí, tomar algo o charlar.

Durante la comida en aquel restaurante no nos pudimos reír más con Dylan, gaditano tenía que ser, como Carmen, pero es que era un no parar de soltar cada cosa...

—Y digo yo, Ariadna... — Hizo un movimiento con las manos — ¿Qué es eso de, “lo que pase en Cuba se queda en la isla”? — Me miró a sabiendas que era el título de mi primera novela.

—Eso digo yo — respondí riendo —. Anda que no la describí bien, eso sí, lo próximo una trilogía pues me da a mí que Cuba tiene mucho para exprimir.

—El próximo lo escribo yo contigo — me señaló con la cerveza.

—No eres capaz... — Lo reté.

—Buena cosa le has dicho — dijo Mercedes y las cubanas aplaudían en favor de eso.

—¿Qué no soy capaz? Ya tengo hasta montada la historia en la cabeza, deja que esta noche nos perdamos por La Habana y la termino de rematar — reía.

—Eso, que Dylan haga un capítulo como el hombre y tú uno como la mujer, podrías ser la cubana que se enamora del turista y él, de la cubana — dijo Claudia emocionada.

—Lo veo, lo veo... — respondió Dai.

—Y todas — dijo Carmen, afirmando con la cara y riendo.

Bueno, con Dylan había que vivir de los retos, encima nos había ganado en las distancias cortas mucho más, era un cielo de chico, de esos que siempre tienen una sonrisa y ponen buena cara a todo, era feliz y se le notaba.

Después de un día de lo mejor en la playa volvimos a la casa a ducharnos, eso sí, dijimos que diez minutos por persona, de lo contrario nos darían las tantas, pero bueno, para una sus diez minutos eran más de diez, aunque todos con paciencia conseguimos estar listos en menos de dos horas.

Salimos a la calle y nos fuimos a tomar la primera copa a la Plaza de la Catedral, estaba llena de vida, de personas que echaban las cartas y que había visto por las redes, hasta la mujer del puro y las gafas, esa señora mayor que te pedía unos pesitos por tirarte la foto con ella ¿Y quién se podía negar?

Nos tomamos allí unas cervezas, luego nos llevarían a probar unos mojitos, pero comenzamos con eso bien fresquito y unos pollos fritos que pedimos con patatas, eso sí, siempre nos ponían arroz, de esa salía yo con una cara de asiática que no podría con ella.

Zulema estaba pendiente al móvil de vez en cuando, ella era de otra provincia de Cuba, se había venido a estar con nosotros sin dudar, pero tenía una hija y un enamorado que le sacaba la mejor

de las sonrisas con cada mensaje y es que se le notaba, no lo podía disimular y todos le bromeábamos sobre ello.

Paz me miraba a cada momento pensando a ver que era lo próximo que soltábamos Dylan o yo, pero es que nos veníamos arriba muy fácilmente, así que íbamos de dos en dos, como los donuts.

Y claro una cerveza lleva a otra y luego a un mojito que no iba a ser solo uno y...

—¡Me caso! Exclamé de lo más emocionada en un bar al más puro estilo cubano en una de las calles de la Habana vieja.

—¿No me dirás que te gusta el de la barra? — me preguntó Lilia al oído.

—Me gusta el de la barra y me voy a casar con él — dije sin dejar de mirarlo, de forma descarada, pero el tipo se mordisqueó el labio y eso era una señal.

—Quieta y parada que ya te veo — me amenazó Claudia por detrás —. A este paso va a ser verdad que saldrás de la isla con barriga incluida.

—Pues imagínate un hijo de ese mulato y mío... — dije sin dejar de mirarlo.

—Te estoy vigilando Ari... — dijo Dylan, llevando dos de sus dedos a su mirada y luego a la mía.

—Por mí como si me pones un equipo de seguridad a mi alrededor— le saqué la lengua.

—Tú sigue así, que te ato a la pata de la cama y te dejo en la casa hasta que volvamos — advirtió bromeando con la mano.

—A sus ordenes, mi sargento — me llevé la mano a la frente para meterme en el papel.

Y dale con la mirada del mulato ese, que me estaba derritiendo hasta las entrañas ¿Cómo se podía ser tan guapo y encima con ese tono de piel que...? << ¡Quita esas cosas de la cabeza, Ariadna!>> Me dije a mi misma, pero es que me tenía babeando.

Un mojito tras otro y no había forma de que las chicas consiguieran sacarme de allí, es más, Paz, Mercedes, Carmen y Ana se fueron a dormir y yo me quedé con mis cubanas y mi escritor favorito,

pues lo era, para que voy a mentir.

—Dylan, te voy a decir una cosa... — dije sin dejar de mirar a mi cubano favorito.

—Verás lo que me suelta... — Se llevó la mano a los ojos en plan resignación y luego miró a las chicas que esperaban a ver que soltaba.

—Si fueras un poco más morenito, con esos ojos verdes del de la barra, te haría hasta protagonista de una de mis novelas...

El ataque de risa de las chicas negando fue brutal, Dylan resopló y contó hasta diez antes de contestar.

—Pues mira mi querida Ari, si él fuera escritor enamoraría con sus letras — me hizo un guiño.

—Mira el celoso este, para escribir ya estoy yo...

—Y para dar por saco también — negó riendo.

Yo miraba al mulato y cada vez me estaba provocando más a...

—Una ronda de mojitos con mucho amor y me llamo Ariadna — dije sin pensarlo, total sonrisas ya me había regalado a pares.

—Me llamo Fidel — sonrió mientras yo me santiguaba, no podía tener un nombre más fuerte y más siendo cubano —¿Algún problema con el nombre?

—Nada, nada, ya te vi de verde y en el régimen — murmuré acercándome más a él por encima de la barra.

—Mientras me veas, da igual como lo hagas “mami”.

Uy lo que me había dicho... “¡Mami!” <<Si fuera mi hijo lo tendría bien alimentado a base de pecho...>> Reí de pensarlo, el alcohol estaba sacando lo peor de mí.

Y no me cobró esa ronda ¿Podía ser mas zalamero? A ese lo tenía ya en el bote, cuestión de

hacerme de rogar unos días.

Claudia me decía que aquello no era amor, que eso ni siquiera existía y eso que estaba haciendo sudar la gota gorda a un chico que quería conquistarla. En el fondo ella se estaba dejando querer, todo lo contrario de Zulema, que era toda una enamoradiza y creía en los príncipes azules.

—Ese es un Lipochurdo, te lo digo yo — murmuró Claudia en mi oído.

—¿Lipo que? — casi me da algo de la risa.

—Calla ¡La pinga! Que escandalosa eres Ari — se pegó a mi oído —. Lipochurdo quiere decir, que es de bajo nivel de todo.

—¿Y eso donde me lo certificas? — dije casi tartamudeando por culpa del alcohol.

—A ver que, si te lo quieres tirar, te lo tiras — intervino Lía, a la que yo llamaba Lilia y las chicas abreviaban —, haz lo que te de la gana, no lo que te diga la mariposa esta — se refirió a Clau, así la llamaba.

—Bueno sí, que te lo puedes tirar — soltó Clau —, pero quita esa cara de babosa que vas a inundar La Haba “mija”.

—Ustedes no le toquéis las palmas a Ari que me la conozco y es capaz de volver sin saber quién es el hijo que espera — dijo Dylan uniéndose en tono serio, mientras Dai lo miraba haciendo gestos de no esperar que soltara algo así.

—Dy, gracioso eres, ¿no? — pregunté con ironía.

—Anda, anda, ya esta es la última que te tomas.

—Ah no, déjala beber — me defendió Lia y yo sonreí victoriosa.

—Bueno, luego la cargáis ustedes, yo no quiero saber nada — levantó las manos y luego agarró su mojito.

—No veas como está el “*bestseller*” — dije bromeando.

—No soy ningún “*bestseller*”, pero quizás un día lo sea — me hizo un guiño.

—¡Anda y que te zurzan! — hice una mueca.

—Iros a la pinga. Venga, vamos a brindar — dijo levantando la copa Dia.

Yo seguía mirando a Fidel, el chico de los ojos verdes, del bar donde venían la gente del pueblo, nada de esos turísticos que te cobran diez veces más por lo mismo.

Hasta que después de algunos mojitos más en el que Clau me cogía por un brazo, Lia por otro, Zulema iba resignada de la vergüenza y Dia llorando de la risa. ¿Dylan? Ese a diez pasos delante de nosotras fingiendo que no nos conocía ¡Cara dura! Venga ya, si debería de estar orgulloso de llevar tanta mujer bonita a su alrededor. En fin... ¡Hombres!

Capítulo 3



Resaca, eso era lo que sentía y lo que me pedía que me bebiera tres litros de algo fresquito.

Salí a la cocina y allí me encontré a Paz, Mercedes, Ana y Carmen, que estaban tomando café y hablando bajito.

—Me quiero morir... — dije entrando en la cocina con una mano en la cara.

—Eso lo dejas para otro día, ahora nada mejor que un buen desayuno y que el paracetamol no cure — dijo Carmen.

—Paracerelamol estoy yo — dije bromeando a pesar de la que tenía encima.

—Un vaso de naranja recién exprimida será lo primero que tomes y que mejor te sentará.

—No, sentada no, mejor de pie — bromeé quitándoselo de sus manos y bebiéndomelo como si fuera el último líquido que hubiera en la tierra.

—Vaya, estás realmente mal — dijo Carmen aguantando la risa.

—Que va, soy yo que me lo hago, me gusta fingir estar así vaya — me vino una arqueada que pensé que pondría el suelo bonito.

—Toma una bolsa — Ana se apresuró a darme una para que no la liara.

—Todo me da vueltas — joder y es que las veía doble.

Paz me llevó al sofá y me dijo que me quedara allí tumbadita un ratito, con cariño, como ella hablaba y eso hice, quedarme hasta...

Joder estaba sola en la casa ¿Dónde estaba la tribu? Como me hubieran abandonado, me encajaba en el bar de Fidel y le daba una alegría, vamos que sí lo hacía...

Y encima me venían sus ojos a la mente ¿Cómo podía estar tan buenorro? Ay, Dios, necesitaba una ducha y ser persona, al menos pensar como tal.

Bajé a la cervecería, yo tenía claro que ahí no iban a estar pues iban más a lo cubano, no a lo turístico, cosa que me gustaba ya que vivías la isla con más intensidad, pero oye, para tomar un refresco bien frío no estaba mal.

Me pedí algo de comer, el estómago me crujía y me hacía sentir sensaciones muy fuertes en mi interior, vamos, que me iba a desmayar si no cogía fuerzas.

¡Ay, mi Fidel! Como me acordaba del jodido...

Envié un mensaje al grupo de todos que habíamos formado en la isla por si nos perdíamos o cualquier cosa.

Ariadna: Chicos, ¿dónde estáis, jodidos?

Dylan: Pues hemos ido a dar una vuelta por un mercado artesanal ¿Dónde estás?

Ariadna: En casa de Fidel... ¡Es broma! En la cervecería de la Plaza Vieja ¿Dónde nos vemos?

Claudia: Desde luego que no sé que haces ahí con lo caro que es, anda que no aprendes.

Ariadna: Bueno, que tengo resaca, dejar de echarme la bronca y decidme dónde nos vemos, mejor aún, os espero en el bar de Fidel ¡Corto y cambio!

Dai: La pinga, te colaste bien por ese mulato.

Ariadna: ¿Perdona? Él, por mí... ¡Allí nos vemos!

Terminé mi refresco, mi brocheta de pollo, cogí mi bolso y me fui andando hacia el bar a donde trabajaba Fidel, pero claro, me perdí, totalmente, así que tuve que dar un montón de vueltas antes

de que una cubana me entendiera el bar que le quería decir pues ni el nombre me sabía y me llevó hasta la puerta, cosa que le agradecí en el alma.

—Hola a la bebida más guapa del mundo — dijo Fidel cuando me acerqué a la barra.

—Eso seguro que se lo dices a todas — le saqué la lengua —. Tengo una resaca monumental por tu culpa — me senté en uno de los taburetes de la barra y puse el bolso a un lado de esta.

—Pero “mi amol”, bebiste mucho.

—Poco bebí para lo que hay que aguantar — volteé los ojos.

—Bueno, déjame que te prepare una mano de santo que te dejara como nueva, “mi amol”.

—Otra vez con lo de “mi amol”, verás que cobras hoy.

—Ah no “mamita”, tú no me puedes tratar así, yo te trato con mucho “amol”.

—Se dice amorrrrr terminado en erre — resoplé y me eché en la barra sobre mis manos.

—Pero mira mi Ariadna como está de guerrera — dijo mientras preparaba de todo en una licuadora.

—Fijo que me echas cianuro — respondí sin levantar la cabeza.

—No “mamita” ¿Cómo dices eso?

—Nada, nada, aligera que aún no conseguí paliar esto que siento por tu culpa, dame ya lo que sea.

—Por mi culpa — rió mientras negaba.

—Por tu culpa, por tu culpa y por tu gran culpa...

—Ay “mamita” Y, ¿por qué tú me tratas así? — decía mientras me preparaba eso que debía de ser una mezcla intomable.

—¿Yo? Pues es al mejor que he tratado del mundo, así que no te quejes.

—Pues si soy al mejor que has tratado “mi amor”, no quiero saber lo que le hiciste al peor.

—Pues ahí está con su bruja madre... — sonreí sin despegar la cara de mis manos que estaban sobre la barra.

—Ay no, no puedes llamar a una mamá así.

—A una mamá no, pero a una exsuegra sí, además son todas unas brujas, tanta protección y lo único que hacen es joder — me incorporé ya que me puso el vaso delante con eso que esperaba que fuera milagroso.

—Bébetelo, te hace falta — señaló el vaso riendo.

—La tuya espero que sea una santa, de lo contrario se las va a ver conmigo — dije bromeando, sonriendo con ironía.

—Pero, ¿de verdad tú la quieres conocer?

—¿Tú que te has fumado? — dije poniendo cara de asco.

—Yo no fumo nada malo...

—No, tú lo fumas bueno y de calidad — volteé los ojos mientras el apretaba los dientes escuchándome —. Por cierto, que buena está esta pócima, un sabor limonado que sacia de golpe este mal estar que llevo en mi precioso cuerpo — lo solté con arte.

—Y, dime una cosa... ¿Hasta cuándo te quedas?

—Bueno, mi amor, con erre, el tiempo suficiente para conseguir que te enamores de mí — reí.

—¿Y quién le dice a usted que no lo esté ya?

—A mí tú me la vas a dar... — Negué lentamente mirándolo, aguantando la risa.

—Yo sé que los cubanos tenemos esa maldita fama de que nos enamoramos de cualquier persona que pisa la isla, pero no “mi amol”, es la primera vez que le echo el ojo a una y fue porque realmente vi en ti algo, aparte de que no dejabas de mirarme.

—Tú te lo tienes muy creído, ¿no? — Terminé de beberme aquello de un trago.

—No “mi amol”, pero es que tú me buscas.

—Joder que vine a tomar algo, no a acosarte — hice un movimiento de cabeza a modo de riña.

—No “mi amol”, lo decía por buscarme la lengua — rió mientras atendía.

—Yo no busco “na”, es más, no me busco ni a mí, como para buscarte a ti. Por cierto, me he quedado tan nueva, que soy capaz hasta de tomarme un mojito.

—No, “mami”, hoy no bebas.

—¡Qué no soy tu “mami”! Que a tu “mami” la tengo en cuarentena hasta que no le haga un examen — no podía dejar de reír mientras se lo decía y veía la cara que se le ponía.

—¡¡Maní, maní!!! — Escuché una voz desde fuera vendiendo esos cacahuetes que tanto me gustaban.

Salí como alma que lleva el diablo, compré tres bolsitas para llevar a la casa y volví a entrar. A todo esto, mis amigos sin llegar, para capullo todos ellos, anda que me echaban de menos, total estaban con el Dylan y ya se había robado todo mi protagonismo ¡Qué capullo! Menos mal que lo quería, que si no lo iba a devolver como producto de Amazon.

—Lo he decidido, paso de mojitos, eso es una niñería que os viene muy bien, quiero un buen ron, de esos que tú y yo sabemos, con Coca Cola, por favor.

—Ese que tú y yo sabemos... — repetía afirmando lentamente, alucinando conmigo, vaya.

—Te voy a poner el mejor ron de Cuba y del mundo entero, producto nacional — me hizo un guiño.

—Tú sí que eres un producto nacional — reí negando.

—¿Y cuándo vamos a quedar tú y yo para pasear por el malecón y tomar un trago allí...?

—Esta noche no, tengo planes — solté con descaro. Vamos un día iba a perder yo...

—Salgo hoy a las seis ¿Dónde te recojo a las nueve?

—En la puerta mi casa, como todo un señor, en la Plaza Vieja, te pones delante de la cervecería donde están cantando los músicos y me recibes bailando, pues como seas cubano y no me sepas mover bien esas caderas, te devuelvo con tu madre, como hice con todos mis anteriores ligues — sonreí.

—Allí estaré bailando para ti si la música está sonando — me puso el ron cola delante. Lo impresionante de esa isla es que podías beber alcohol a cualquier hora, el cuerpo lo recibía igual, debía ser la humedad o un misterio para la humanidad, pero eran las tres de la tarde y ese primer trago sabía a gloria.

—Y si no está sonando, espero a que empiece a sonar antes de acercarme a ti, pero a mí me bailas que te tengo que dar o quitar un punto, de momento tienes cinco, como te quedas a cero, me vas a echar de menos, Fidelito, que vaya nombre te puso tu madre...

—Bueno y tú, ¿cuándo me vas a tratar con amor, “mami”?

—Cuándo te lo ganes, cuando te lo ganes — sonreí.

Miré hacia la puerta al escuchar entrar gente y esta vez era Clau y Lía.

—¿Y a los demás dónde los habéis dejado?

—En la casa, van para allá a ducharse y a descansar que por la noche vamos a salir.

—Yo también voy a salir, pero no con ustedes — miré a Fidel que estaba atendiendo.

—¡No! — exclamó Dai, poniéndose la mano en la boca y riendo.

—No ni na, me voy con ese así me atéis — sonreí.

Le hice señas a Fidel para que me cobrara y se acercó sonriendo, diciendo que luego nos veíamos, ignorando lo que le había dicho, así que le repetí que me cobrara y me señaló la puerta riendo.

—Te está diciendo que te invita — Dai jaló de mí, iba muerta de risa.

Salimos de allí y se engancharon a mi brazo, cada una de un lado.

—¿En serio te vas a ir con él esta noche?

—Clau, pues claro, me va a llevar al malecón — sonreí.

—Va a empezar por el malecón y va a terminar por...

—¡Mal pensada! — corté riendo a Clau, mientras Dai no paraba de reír.

Me pusieron la cabeza como un bombo, pero yo iba feliz como una perdiz, esa noche no me quitaba ni Dios de irme con mi mulato a vivir la noche habanera, ¡vamos que no...!

En la casa se armó un revuelo cuando todos se enteraron de que me iba con Fidel.

Dylan me dio una charla como si fuese mi padre, sobre medidas de seguridad, pero a mí me hablaban de medidas y mi mente se iba por otro lado.

Zulema tan romántica y creyente del amor me decía que lo mismo de aquí salía una historia al estilo Disney, no es que yo me viera mucho de princesa, pero bueno, al menos no me daba en la colleja como los demás.

Paz, Ana, Carmen y Mercedes me decían solo que disfrutara pero que tuviese mucho cuidado.

Lía y Clau, no paraban de decirme que me lo pasara pipa, mal y disfrutara, pero que, con mucho ojo, (no veas la retahíla que tenían con el cuidado) y que dejara todo lo de valor en la casa, ni que me fueran a secuestrar ¡Exageradas...!

Me puse a elegir el modelito y no me lo pensé, una falda corta y suelta con un cinturón que me marcara bien la cintura, una camiseta de tirantes blanca y unas sandalias atadas al tobillo, más mona y me dejan allí como monumento nacional extranjero.

Me tomé un refresco con todos mientras me echaban mil piropos y yo me sentía la Jenifer López de la casa, hasta que miré el móvil y habían pasado dos minutos de las nueve, así me gustaba que mi Fidel esperara, aunque ya me despedí y salí a su encuentro.

Capítulo 4



Allí estaba, tan guapo, todo de blanco, un pantalón vaquero corto ajustado, una camiseta de manga corta y deportivas del mismo color.

Me miró de lejos, me hizo un guiño y comenzó a bailar a ritmo de la música que tocaba y cantaba aquel grupo.

Esa canción ya la había escuchado y me encantaba “Que locura fue enamorarme de ti...”

¡Como movía esas caderas! Y encima me agarró y comenzó a llevarme mientras me cantaba...

—¡Qué locura fue enamorarme de ti...! —cantaba a mi oído mientras me llevaba como si fuera una pluma ¡Me encantaba!

Yo sabía defenderme con la salsa, había dado algún que otro curso a los que me apunté por culpa de mi amiga Lola, esa que me llevaba de comodín a todos esos sitios, pero aquí en Cuba, con él, bailar lo era diferente, tenía algo muy especial y yo no quería que terminara esa canción, quería seguir disfrutando de cómo me llevaba ese hombre.

¡Y cómo olía! No sabía que se había echado, pero me incitaba a mordisquear su cuello, está claro que no lo hice, pero no por falta de ganas. Me acababa de enamorar con ese baile que nos estábamos echando.

Sus manos en mi espalda, caderas, hombros, por todas partes y como me pegaba a él... ¡Tan sexual! Dios, me estaba poniendo como una moto de esas que, o la arrancas o se arranca sola, pero es que aquel hombre era toda una provocación manejando mi cuerpo, con esa sonrisa perfectamente blanqueada, no sé, era demasiada tentación para mí.

Terminó la canción, agarró mi mano y comenzamos a caminar hacia el malecón, pero antes paró en un restaurante que se veía era para la gente del pueblo y no para el turista. Nos sentamos en la terraza y pidió unas cervezas además de unas hamburguesas, nos pusimos a charlar sobre nosotros

y me sorprendió mucho.

—Luego iremos al malecón — chocó su cerveza con la mía — y después te llevaré a un sitio que creo que te gustará...

—¿Qué sitio? — Arqué la ceja y me mordisqueé el labio.

—Si te lo vuelves a mordisquear, te lo mordisquearé yo... — dijo señalándome los labios — No te diré donde iremos, pero te gustará.

—Eso espero, llevo un GPS por si me intentas secuestrar.

—No es mi intención, querrás estar conmigo por tu propia voluntad — me hizo un guiño.

—Un poquito chulo sí que eres, ¿no?

—No tanto como tú, que me ganas por goleada — levantó un poco las manos.

—¿Me estás llamando chula? — Puse cara de esperar que se justificara.

—Me llevas dando caña desde ayer y aguanté como pude y sin quejarme — se encogió de hombros.

—Poco has aguantado para lo que te mereces — reí señalándolo con el dedo.

—¿Lo ves? Vas a por mí, “mi amol” y yo no hice nada.

—Por cierto, los cubanos sois un poco huevones, ¿no?

—¿Huevones?

—Joder media hora para traer cada cosa, eso con suerte, a veces una hora — estaba deseando hincar el diente a la hamburguesa, pero no llegaba.

—Ustedes los europeos que vivís estresados ¿No estás en buena compañía? Disfruta “mami”, la noche es perfecta.

—Otra vez con “mami”, parece que me estás pidiendo el pecho — negué volteando los ojos.

—Bueno, no me importaría...

—Calla, que vas a cobrar — lo amenacé con la mano ante su risa.

Y nada, así hasta una hora y cuarto después que llego la hamburguesa. Luego decía que nosotros vivíamos estresados ¡Los cojones!

De allí nos fuimos al malecón, pero antes pasó por su casa y entró a coger la botella, los refresco y fuimos a comprar hielo.

No quise entrar pese a que me lo ofreció, pero preferí quedarme fumando un cigarro fuera, pensé que no era buena idea en ese momento, era capaz de querer besarme y yo para eso necesitaba dos cubatas más que, aunque pareciera una descarada, en el fondo era de lo más sensible y tontorróna.

Llegamos al malecón y preparó dos copas en los vasos que llevaba de plástico, nos sentamos allí, de espaldas al mar y mirando hacia la carretera, viendo pasar infinidad de personas, muchas de ellas turistas.

Un grupo de cubanos estaban con una guitarra y comenzaron a cantar una canción que yo había escuchado muchas veces “Lágrimas negras”, preciosa y en esas voces y ese tono, se hacía especial.

Comenzó a cantármela mientras disfrutábamos de ese trago y de ese ir y venir de gente. Aquello era impresionante, era un momento mágico, me sentí en conexión con aquel rincón, bueno, realmente con toda La Habana desde que llegué.

—¿Me vas a decir que día te vas?

—No — sonreí sin dejar de mirar hacia el frente.

—¿Por?

—Para que me trates cada día como si fuera el último.

—Uf, no me digas que te vas mañana pues me da un chungo.

—No, aún te quedan por lo menos un par de días más — bromeé.

—Se me fue la presión a la cabeza, “mami”. No puedes jugar conmigo así.

—No es un juego, si lo fuera ya te habrías cagado.

—Ah ya, tú tan linda conmigo siempre — dijo con ironía —. Lo mismo llegas a España y te das cuenta de que dejaste al amor de tu vida en la isla.

—Joder, tú ves muchas películas de amor, ¿no?

—No, pero sí que leo mucho, tengo una cuenta americana en Amazon y leo por ahí muchos libros con una suscripción que se paga mensualmente y te descargas los que quieras.

—¿Qué lees?

—Suspense, historia...

—Pues hay una escritora que se llama como yo, que escribió una novela sobre Cuba, es romántica, pero es la que me incitó a venir a este viaje, así que ya tienes trabajo esta noche, te lo lees que mañana te voy a hacer un examen.

—Lo haré por ti —rio negando — Ariadna... ¿Qué?

—Baker, Ariadna Baker — sonreí —. La novela se llama “Lo que pase en Cuba, se queda en la isla ¿O no?

—Suena fuerte...

—Aprenderás cosas de aquí que ni tú sabías.

—Me lo leeré seguro entre esta noche y mañana.

—Tienes hasta mañana a las seis de la tarde.

—Me llevaré la *tablet* al trabajo — volteó los ojos.

—Más te vale, como no pases el examen, te quito tres puntos — reí.

Aquel lugar se puso en un momento lleno de vida: música, gente bailando, bebiendo, riendo, llorando... El malecón incitaba a todos a hacer lo que quisieran, pero se llenaba de magia como mi vida en esos momentos.

Tomamos tres cubatas y luego nos fuimos paseando hacia la Habana vieja, entramos por la puerta de una casa que atravesamos y llegamos al patio de atrás, lleno de, ¿amigos de Fidel? Tenían que serlo, lo saludaban acaloradamente.

Un grupo cantando y todos allí tomando y bailando, aquello era fascinante, no era un bar, era la casa de uno de ellos donde se montaba la fiesta.

Nos echamos otro cubata, lo puso a un lado de la mesa y nos pusimos a bailar, ahí estaba de nuevo mi bailarín particular, ese que se movía de lo más sensual y elegante. Me encantaba, encima con esa sonrisa que conseguía que me viniera arriba y volara entre sus brazos.

Nos lo pasamos pipa, estuvimos a nuestra bola, pero me lo pasé de muerte, sobre las dos de la mañana ya se fue viniendo abajo la fiesta.

—Vamos echando — dijo poniéndose en el hombro su mochila.

—Vamos echando... Anda que tú estás para escribir un libro —reí.

—Eres candela, “mi amol” — me echó la mano por el hombro y salimos de allí.

No sabía cómo habíamos aguantado entre baile y baile no besarnos, pero a los dos se nos veía con las mismas ganas ¿A qué estaba esperando, a que me volviera para España? Y eso que decían que los cubanos volaban...

Me acompañó hasta la misma puerta, yo llevaba una de las llaves, me dio un abrazo, pero riéndose, tocando mi cabeza cariñosamente con una mano ¡Yo quería un puñetero beso!

—¿Y mañana? — preguntó sin dejar de abrazarme.

—A las seis voy a hacerte el examen de la novela.

—Bien, ahora leeré un poco, quiero ver que tiene de especial, confío en ti.

—Ya me dirás...

—¿Irás a las seis?

—Claro.

—Yo mañana salgo a las siete, si quieres luego nos vamos a cenar y al malecón...

—Me van a matar, pero acepto — sonreí.

—Se pueden venir todos — besó mi frente, me hizo un guiño y comenzó a marcharse.

Entré intentando no despertar a nadie y me tiré en la cama tal como había llegado, ni me cambié, no se veía una mierda, así que solo me quité los zapatos y el cinturón que estaba estrangulándome la cintura.

Capítulo 5



Escuché a las chicas y a Dylan cuchichear por la zona del comedor y la cocina, era evidente que la única que quedaba en la cama era yo y estaba claro que estos no se iban a ir sin mí hoy, así que me levanté rápida, los saludé dejándolos con la palabra en la boca y exigiendo que me hicieran el desayuno y me metí en la ducha a quitarme la peste a alcohol que llevaba encima.

—Tú — me señaló Lai —. Imagino que nos tienes que contar algo...

—¿Yo? — Me señalé a mí misma haciendo como la que no sabía de lo que hablaban.

—Sí, tú. Ya puedes ir largando y contar que pasó anoche — intervino Claudia, ante la mirada de Paz y Carmen que miraban sonriendo, las demás también, pero ellas dos más.

—Pues nada, fui a comer una hamburguesa, luego al malecón y luego a una casa donde había una fiesta.

—¿Y? — preguntó Zulema con los dedos en la boca de los nervios.

—Nada, ni me besó, aunque espero que esta noche dé el paso — reí.

—¿¿¿Esta noche??? — preguntaron Dai y Lía a la vez.

—Sí — les saqué la lengua —. He quedado a las seis y si queréis, podéis venir con nosotros... — carraspeé.

—Pues claro que vamos a ir — dijo Dylan en modo exigente —. Aquí todos juntos, o todos a hostias, pero la tribu no se separa.

—Bueno si cuenta que se está leyendo, espero, mi primer libro esta noche, casi que puede ser de la tribu — reí.

—¿En serio? — preguntó Claudia.

—Y tanto, pero no sabe que soy yo, dije que era una autora que se llamaba igual, le recomendé el libro y le dije que a las seis le haría un examen.

—Va a saberlo del tirón, hablas igual que escribes — dijo Zulema sonriendo.

—No lo tengo yo tan claro... — Arqueé la ceja.

—Bien, entonces hoy tenemos planes a las seis — reiteró Dylan, dejando claro que se venían —, pero ahora, ¿dónde nos vamos?

—Ahora vamos a perdernos por la ciudad, hay mucho que enseñaros, así que id a vestiros y no jodáis — soltó Claudia provocándome una carcajada.

Desayuno en el cuerpo y salimos a pasear, nos fuimos hasta la Plaza de Armas, la más antigua de las cuatro que hay coloniales en la ciudad, según nos dijo Lía era del año 1500 y antes se la conocía como la Plaza de la Iglesia.

Pasamos todo el día de visita en visita, haciéndonos mil fotos, tomando un helado en Coppelia y cómo no, tomando mojitos por todo lugar en el que lo hacían y nos aproximábamos.

Me puse un poco a hablar con Paz mientras caminábamos, me habló de algunos de sus viajes a estos lares del Caribe y me daba una calma impresionante hablar con ella, además me escuchó con tranquilidad como le explicaba lo de Fidel y, ante todo, con cariño y tacto me puso los pies en la tierra ya que en pocos días yo regresaría a España y él se quedaría aquí. Esa era la realidad, ya que no podía comenzar algo como si fuera de mi país, la distancia y las limitaciones lo eran todo.

Con Carmen y Mercedes también estuve un rato charlando mientras íbamos de un lado a otro, la verdad es que todas eran a cada cuál mejor y Ana, esa cordobesa de pura cepa que era de lo más entrañable.

De las cubanas ni hablar, eran el alma de la fiesta, eso sí, si yo estaba como una cabra, algunas de ellas parecían primas hermanas mías ¡Cuánto arte!

Después de comer en un bar de esos que solo mis chicas conocían, fuimos a la casa a cambiarnos

para irnos al encuentro de Fidel a su trabajo y tomarnos allí la primera.

De camino iba con Zulema y Claudia delante y les comenté babeando de nuevo, lo bien que bailaba Fidel.

—“Mi amol”, si un cubano no sabe mover las caderas bien, lo lleva de pinga, es hijo de un alemán, eso seguro — soltó Zulema sacándonos una carcajada.

—Bueno para mí las mueve como el rey de la salsa — defendí a mi mulato.

—A ti lo que te tiene es babeando por todo el piso — soltó Claudia.

—Me encanta, es la verdad, no lo puedo evitar — reí.

—Ay mi hija, al final te veo viniendo a Cuba a cada rato — dijo Zulema.

—No, por Dios, tengo vida, escribir y escribir — reí.

—¿No trabajas de otra cosa? — preguntó Zulema.

—No, por un problema de salud me dieron una pensión y ahora me dedico solo a esto, a Dios gracias, así me evade la mente y me tiene distraída.

—Pues sí — dijeron de forma sincronizada.

Llegamos a la puerta del bar y Fidel al vernos sonrió, todos lo saludaron y se pusieron frente a la barra, en otra que había en la pared mientras nos preparaba una ronda de mojitos.

—Me leí la novela... — Levantó la ceja.

—¿Y?

—Tú eres la autora, está toda tu esencia, tu forma de hablar, de expresarte, tus locuras...

—¿Yo? — Me hice la sueca.

—Ariadna, eres escritora, ¿verdad?

—Yo soy monja, palabrita — sonreí apretando los dientes.

—Me he descargado todos, tienes algo especial escribiendo, sobre todo, describiendo mi isla. Me impactó mucho, jamás me vi leyendo romántica, pero aquí tienes a tu fan número uno.

—No dije que fuera ella...

—Soy capaz de jurarlo por mi vida, desde las primeras líneas me di cuenta.

—Vaya...

—Espero que algún día escribas nuestra historia — me hizo un guiño.

Pues listo, me acababa de dar la mejor de las ideas, pero tenía que pasar algo que le diera emoción al asunto.

—Bueno... ¡Según cómo te portes!

Reía mientras ponía la ronda de mojitos que cada chico fue cogiendo y yo, yo me quedé con ellos, a Fidel le quedaba una hora de trabajo y estaba el bar a tope, así que no quise molestarlo, luego le daría por todos lados. Ese no sabía que yo con mi tribu... ¡Me venía arriba!

Comenzó a sonar una canción de los Orishas, Claudia me dijo que se llamaba “Cuba Isla Bella” ¡Qué temazo! Era preciosa, la bailé mientras tomaba ese mojito, al igual que a todos nos hizo mover suave el cuerpo.

“*Regreso a la cuna que me vio nacer*” La letra era una pasada, esa canción se iba a quedar en mi mente por mucho tiempo, la descargué en el móvil para tenerla localizada, me valdría para escribir esa siguiente novela que sería de nuevo sobre Cuba, pero como personaje Fidel, lo tenía claro.

“*Regreso a este barrio que me vio correr*” ¡Joder me encantaba la canción! Me llenaba de

sentimientos, yo parecía cubana, como me tiraba ese rincón del Caribe.

Miré a Fidel que se movía a ritmo de la canción desde la barra, me hizo un guiño mientras ponía las copas ¿Podía ser más sensual? Yo me movía sonriendo y bailando para él, esa isla me estaba desmelenando, sacaba de mí la parte más atrevida.

A las siete terminó Fidel y nos fuimos con él hacia una pizzería donde cenamos todos. Lo que se rio ese hombre no estaba pagado, entre las cubanas que le explicaban como éramos y los que veníamos de España que llorábamos de la risa. La cena fue de lo más amena, eso sí, Fidel de vez en cuando me daba un apretón cariñoso en la pierna por debajo de la mesa y a mí, a mí me movía toda una fauna dentro de mi estómago, pero es que se estaba convirtiendo en mi maldita debilidad, en ese hombre que deseaba en todos los aspectos y luego la romántica era Zulema, en fin, que no, que éramos las dos...

Tras dos horas allí cenando nos fuimos a comprar botellas y para el malecón, esa noche era al aire libre y a pasarlo en grande.

Zulema y Claudia eran de esas madres guerreras que tenían una hija cada una y eran sus amores incondicionales. En ese momento Zule hablaba con ella por teléfono y se notaba el amor tan grande que sentía por ella.

Fidel y Dylan charlaron un buen rato, pero realmente estábamos todos en corro hablando por los codos y riéndonos con las cosas de cada uno, eso sí, Paz, Carmen, Mercedes y Ana, eran las más tranquilas, los demás no había por donde cogernos, pero ellas se adaptaban a todo y se lo pasaban pipa con nuestras cosas.

Yo no dejaba de mirar embobada a Fidel y él me hacía alguna que otra muestra de cariño en la espalda o en el brazo cuando me acercaba a él, pero, ¿y el beso para cuándo? Yo no me podía ir de esa isla sin probar la dulzura de su boca, esos carnosos labios que tenían pinta de derretir cualquier boca que se le acercara.

Estuvimos ahí todos tomando unas tres horas y luego se marcharon para la casa a descansar, yo me quedé con él allí, en el malecón, sentados esta vez mirando al mar.

—He pedido los tres siguientes días libres, me lo deben...

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—¿Y eso?

—No sé cuándo te vas, pero no quiero pasar ni un solo día sin estar a tu lado...

—¿Y quién te dijo que yo quiera estar al tuyo? — bromeé.

Entonces fue cuando su mano se fue hacia mi hombro y me acercó a él besando mi frente.

—Sabes que lo deseas tanto como yo...

—Muy seguro estás de ello... — carraspeé mientras él cogía mi mano con la suya y la comenzó a acariciar.

—Pasa esta noche conmigo...

—Bueno y estos llaman a la policía — reí, pero yo me iba con él de cabeza.

—Ya le dije a Dylan que, si no aparecías es porque estarías conmigo y regresaríamos en la mañana.

—¿¿¿A Dylan???

—Sí — sonrió.

—Yo lo mato...

—No, por favor — volteó los ojos.

—Y, ¿dónde vamos a dormir?

—En mi casa, mi mamá está pasando unos días en Pinar del Río con mi tía.

—Madre de Dios, pues sí que es oportuna mi suegra por unos días — reí causándole otra preciosa risa en él.

Se bajó del muro donde estábamos sentados, me cogió por detrás y me bajó de allí, me echó el brazo por el hombro y comenzamos a caminar hacia su casa. Sabía que era una locura, pues lo conocía de tres días, pero no me iba a quedar con ganas de nada, estaba en Cuba, la iba a vivir y ese hombre se había robado una parte de mí muy rápidamente.

Fuimos andando hasta su casa como una pareja de toda la vida, de la mano, por el hombro, besaba mi frente, me sentía de lo más cómoda con él, aunque reconozco que el simple hecho de pensar en dormir con juntos y lo que eso conllevaría, me ponía de lo más nerviosa.

Esta vez pasé adentro, cosa que hasta entonces no había hecho y oye, me impresionó lo bien que la tenían.

Preparó dos refrescos con hielo, nada de alcohol, ya habíamos bebido bastante y puso una canción en su móvil, me agarró por la cintura y comenzó a sonreír mientras me hacía bailar pegada a él un tema de Marc Anthony “Flor pálida”.

Me sacaba todos los colores, me hacía ruborizar y me sentía especial en sus fuerte brazos...

Su sonrisa, esa que hacía perderme mientras me llevaba y cantaba.

“Le fui poniendo de amor...” Cantaba en mi oído y a mí se me caía todo...

“Y aquella flor hoy el dueño soy yo...” ¡Me lo comía! Y encima cantaba bien, no sé, pero algún defecto debía tener, ¿no?

Terminó la canción y me abrazó como hasta entonces no lo había hecho y estuvimos mirándonos hasta que sus labios se acercaron a los míos, quedando relativamente cerca, casi se podían rozar hasta que me dio una serie de besos tiernos, pausados y yo... Yo me dejé llevar...

Y de esos besos tiernos, pasamos a un intercambio de fluidos que te levantaban por completo, que te hacían necesitar más, pero Fidel sabía cómo hacerlo, como tratar la situación y hacerte sentir la mujer más especial del mundo.

Terminamos en el sofá, me sentó en su regazo mientras nos seguíamos besando, mirándonos entre

sonrisas y sus manos acariciaban mi espalda, mis piernas...

Su mano se adentró en mi espalda por debajo del vestido camisero que llevaba, la piel se me erizó. Supe lo que iba a pasar, lo que no sabía era si estaba preparada, bueno sí, lo estaba, pero estaba demasiado nerviosa, ese hombre me imponía mucho.

Poco a poco me despojó de mi vestido, dejándome sentada sobre sus piernas en ropa interior mientras me miraba con ojos de deseo.

Agarró mi pecho con cuidado y comenzó a acariciarme, se mordió el labio y fue hacia mi pezón para comenzar a lamerlo, ya me había sentado de cuclillas frente a él y podía notar su miembro duro, ese que me rozaba y provocaba que me pusiera a mil.

Me quitó el sujetador y me dejó totalmente expuesta, bueno con mi braguita que iba a juego, luego me cogió en brazos y me llevó hasta una cama de matrimonio donde me puso y comenzó a quitarse su ropa ¡Madre mía con el mulato!

Se puso entre mis piernas y se deshizo de la última prenda que me quedaba, dejándome ahora sí, expuesta ante él.

Comenzó a lamer cada parte de mi cuerpo, mi zona íntima la absorbió como nunca nadie lo había hecho, me agarré a las sábanas contraída por el placer, ese que me daba sin piedad y sin parar, consiguiendo que llegara al más brutal de los orgasmos, entre su lengua y sus dedos había conseguido que sintiera lo que era un precalentamiento de verdad.

Se puso un preservativo y se sentó sobre sus piernas frente a mí, tiró de mis manos y me puso encima de él a la vez que con sus manos colaba su pene en la entrada de mis partes para que me fuera sentando en él suavemente.

Me agarré a su cuello y comencé a moverme al ritmo que iban marcando sus manos bien apretadas sobre mis caderas mientras mordisqueaba mi cuello, aquello era fogosidad, lo demás eran tonterías.

Cabalgué como nunca lo había hecho, como nunca me había sentido, volví a gemir decenas de veces, sin poder contener esa excitación continua que llevaba sobre él. Aquello estaba desatando en mí la mayor de las lujurias, no quería que nunca acabase ese momento...

Pero acabó, y los dos caímos abrazados durante un buen rato hasta que fuimos a ducharnos juntos y donde volvió a desatarse la locura, no había manera de frenar ese frenesí que había surgido entre nosotros.

Luego fuimos a la cama, desnudos, no me dejó ni ponerme ropa interior, directamente me echó sobre su pecho y comenzó a acariciar mi cabello.

—Gracias por aparecer en mi vida y llenarla de color — dijo consiguiendo ponerme de lo más sentimental.

—¿Antes era del color de tu piel? — bromeé mordisqueando a besos su pecho.

—¿Te gusta el color?

—Me encanta, además tienes una piel suave, cuidada, eres toda una provocación, chaval.

—Tú eres preciosa, no te imaginas la primera vez que te vi lo que sentí, me imaginaba paseando contigo, bailando y al final, aquí te tengo — me besó la coronilla con mucho cariño.

—Me tienes aquí en tu cama, en pelotas y a tu merced — sonreí.

—Te tendría toda la vida...

—Bueno, pues tienes las horas contadas — reí, pero con un sentimiento de tristeza increíble.

—No me digas esas cosas... — apagó la luz y me abrazó — No me digas eso...

Su tono era de dolor, eso no le había hecho ni pizca de gracia, pero nos acabábamos de conocer y ese sentimiento no podía ser tan fuerte para provocarlo, lo malo es que a mí también me pasaba...

Capítulo 6



Entre el calor de su cuerpo, del clima, de todo, hizo que despertara sudando como una loca, no menos que él.

Me dio un beso y lo jalé a la ducha, no aguantaba aquella sensación de humedad que tenía en mi piel.

No paraba de besarme, de mirarme, de penetrarme con esos ojos verdes que hacían que quedaría inmóvil ante él, era como si me hipnotizara.

Terminamos haciéndolo en la ducha como dos locos deseosos de repetir la misma jugada que el día anterior, con sus manos y labios posándose por todo mi cuerpo mientras el agua caía sobre nosotros.

Volví a llegar a otro de esos momentos en el que caí desplomada por un intenso orgasmo que te deja sin fuerzas, pero Fidel era un no parar. Rápidamente me giró, puso mis manos sobre la pared, bajó mi espalda y levantó mis caderas para penetrarme.

Fue un momento de esos que te dejan el cuerpo temblando durante un buen rato.

Preparó el café y un poco de pan, eso sí, con música de fondo y casi contoneándose, vamos, para ponerse otra vez en pelotas y que repitiéramos la jugada, ni más, ni menos.

Desayunamos y fuimos al encuentro con los chicos que habíamos quedado en la casa, ya que nos iríamos todos en un minibús que habíamos alquilado para ir a no sé dónde. El caso es que íbamos a pasar el día fuera y Fidel se venía con nosotros.

Todos me miraron haciéndome una radiografía de arriba abajo, sabía que esperaban una señal que les dijera que sí, que hubo tema que te quema, pero me hice la tonta, entré al cuarto, cogí el bañador, me cambié y salimos todos al encuentro con el minibús.

—¡Asere! — exclamó Fidel, dando un abrazo al conductor, por lo visto se conocían.

Miré a las chicas y me senté al fondo mientras Paz me miraba sonriente, le hice un guiño que entendió a la perfección.

Fidel se sentó delante con Dylan y cerca del conductor, Claudia y Dai me miraron con un gesto para que cantara.

—Sí — murmuré volteando los ojos —. Hasta el fondo y más allá — dije flojito para que no se enteraran los chicos.

Pero claro, como mis niñas las cubanas no eran escandalosas...

Se pusieron a aplaudir emocionadas y los chicos miraron hacia atrás, yo me encogí de hombros como si conmigo no fuera, en fin... Menos mal que no entré en detalles que si no, ponen la furgoneta boca abajo.

Por el camino volvió a sonar la canción de los Orishas “Cuba Isla bella”. Como me gustaba esa canción, hasta comencé a moverme en ese asiento sin parar mientras la cantaba con las chicas y Ana hacia un video con el móvil. Fidel se giraba a cantarme y hacerme algún que otro guiño ¡Me moría con él!

Dos horas después estábamos en la provincia de Pinar del Río, concretamente en Viñales, un lugar tranquilo con toda la esencia de Cuba, llena de tradición y con una ubicación más que espectacular.

Casas de colores, gente sentada en sus puertas con sus sillas mirando a ese valle que tenían delante de ellos, el de Viñales.

No había rincón que no nos tiráramos fotos, una fue muy especial para mí en la que Fidel me cogió desprevenida y me alzó al vuelo, quedando la foto con esas casas de colores atrás y él conmigo en brazos con los pies por el aire. Tenía claro que aquella foto sería mi favorita a partir de ese día.

De allí nos llevaron al Cayo de María La Gorda, primero comimos y luego nos sumergimos todos

a hacer *snorkel* en aquellas aguas cristalinas, aquello era una pasada y echamos unas horas inolvidables.

Risas, mar, Caribe, parte de la tribu y Fidel, no necesitaba más nada que todo lo que tenía ante mí, aquello me hacía de lo más feliz.

—¡Yo me quedo a vivir en esta isla! — gritó Dylan desde dentro del agua.

—¡Por mí como si no vuelves más a España! — chillé desde la orilla.

—¡Dylan, nosotras te cuidamos! — gritó Claudia a carcajadas.

—Os lo quedáis y que deje la jodienda — dije muerta de risa.

Lía, Dai y Zulema nos miraban riendo y Claudia las soltaba más a lo bestia, esa era igual de bruta que yo.

Un chico pasó con cocos y lo asalté, me encantaba beberlos en la playa y como no, plasmar la foto con un coco en la mano a orillas del mar, más paradisíaco imposible.

A la vuelta en el coche sonó la canción “Caballo viejo”, otro momento que fue plasmado en video y en el que cantaba hasta el conductor. Eran tantos momentos, que me iba a costar la vida hacer desaparecer en mucho tiempo, es más, morirían conmigo, estaba siendo una de las experiencias más bonitas de mi vida.

Llegamos a La Habana y dejamos a Fidel en su casa para que se duchara y cambiara, ya las chicas le dijeron dónde nos veríamos más tarde, así que fuimos todos a ducharnos y ya echaba de menos a ese chico de ojos verdes y piel morena que se había apoderado de mi corazón. Lo peor de todo es que me costaba pasar los minutos sin él.

Salimos a dar el encuentro a Fidel donde habíamos quedado “La Fábrica de Arte”, un sitio donde la cultura, la gastronomía y la fiesta se unen para hacer de ello un lugar espectacular.

Fue una noche de esas que se quedan para el recuerdo: risas, música, copas y una compañía inmejorable.

—Esta noche te vienes a mi casa — murmuró Fidel a mi oído mientras acariciaba mi pantorrilla por debajo de la mesa y subía su mano a mi entrepierna.

—¿Y eso? — pregunté casi sin respiración e intentando disimular el nerviosismo que me estaba provocando.

—No quiero pasar ni una sola noche sin ti...

Sonreí, yo tampoco lo quería, quería aprovechar los pocos días que estaría allí para pasarlo con él, eso era lo que sentía.

Estuvimos en la fábrica hasta altas horas y luego nos despedimos de los chicos, que ya adivinaron de sobra que volvía a perderme con mi cubano, con ese mulato que me había envuelto en su corazón y se había ganado mi admiración, eso era lo que sentía por él, además de una atracción física que nos llevaba a perdernos en la lujuria del deseo.

Fidel me cogió en hombros y pasamos por delante de un policía que nos miró sonriendo y le grité...

—¡Patria o muerte!

—Venceremos, venceremos — contestó riendo el policía, dando por sentado que llevaba unas copas de más.

Fidel me llevaba a cuestas y negando con la cabeza por lo que yo acababa de soltar, aunque tampoco había dicho nada en contra de nadie, todo lo contrario, repetí una frase que marcó una época en la revolución cubana.

No, no podía terminar la noche ahí, escuché en un local la música cubana y lo obligué a entrar, me bajé de su espalda y jalé de él hacia dentro, una última copa y un último baile para esa noche.

Y bailamos, nos pegamos, nos rozamos y lo disfrutamos, pues cada baile con él, era una bomba de relojería entre dos personas llenas de deseo...

En fin, que llegamos a su casa y no me dio tiempo a exponer mi defensa, ya estaba medio desnuda,

contra la pared y recibiendo los besos de mi mulato, ese que me volvía loca con solo rozarme y es que Fidel tenía todo aquello que siempre había soñado.

Me cogió en brazos, me apoyó entre él y la pared y ahí me lo hizo...

Pasión, pura pasión, eso era lo que había entre nosotros, eso y tensión sexual que no se iba nunca.

Esa noche me quedé dormida escuchando la canción de los Orishas en mi cabeza, pensaba que sentiría eso cuando me fuera, que dejaría ahí mi Cuba Isla bella y con ello, al amor que no olvidaría en mi vida.

Capítulo 7



—Ari, “mi amol”, nos vamos a desayunar con los chicos.

—Tengo resaca, no me jodas.

—Bueno, yo te jodería si me dejas... — Escuché una pequeña risa.

—Vete a paseo...

—Contigo. Venga que nos esperan, vamos a ir a pasar el día a la piscina de un hotel que está en la última planta y tiene las mejores vistas de la ciudad.

—¿Y eso quién lo dijo? — Me estiré.

—Pues las chicas anoche, pero como tú no escuchas — sonrió acariciando mi barriga.

—Prepárame el desayuno si quieres que no sea una muerta viviente — advertí.

—Está bien, pero ve levantándote — besó mi barriga y se fue hacia la cocina.

Yo no iba a esperar a llegar a la casa para desayunar, pasaba vamos, o salía de ahí con mi chute de café o sería capaz de cometer un delito en cualquier rincón de La Habana.

Me duché y entré a la cocina, ya tenía mi café, un zumo milagroso y un poco de pan con mantequilla.

—Me vas a echar de menos cuando me vaya... — dije bromeando, o no, pero lo dije.

—No quiero ni saber cuándo te vas, me da pánico...

—Pues me queda lo que, a ti sin trabajar, hoy, mañana y pasado me voy.

—¿En serio?

—Solo vine para una semana.

—No me lo deberías de haber dicho aún — resopló.

Desde ese momento hasta que llegamos a la casa con los chicos, la cara de Fidel era la de un muerto viviente, tristón, casi sin hablar y con los ojos brillantes. Al final iba a ser verdad que Cupido le había metido una buena flecha en el corazón, exactamente lo mismo que a mí, pero aquello era la crónica de una muerte anunciada. Cuando me marchara de la isla todo se quedaría aquí, aunque una parte de su esencia me la llevaría conmigo para siempre.

Me cambié y salimos con los chicos paseando hacia ese hotel donde pasaríamos el día entre piscina, cervezas y relax.

Me quedé atónita al llegar a esa planta que lo tenía todo. Una piscina mirando a la ciudad que ponía los bellitos de punta, una maravilla que te dejaba con la boca abierta.

Dai y Lía no tardaron en tirarse a bomba, detrás fueron Claudia y Zulema, como no Dylan fue detrás. Yo, me quedé sentada con Fidel y las chicas de España que hablaban con mi chico mientras que les explicaba un poco de lo que se veía desde allí.

Carmen y Ana lo escuchaban de lo más atenta, Paz y Mercedes preguntaban y a Fidel se le notaba que le gustaba contarles, era de lo más atento.

Dylan me llamó para que me metiera en la piscina y le saqué el dedo, pero claro, no me pedía que me diera un baño, me hacía gesto de amenaza de que me iba a ahogar.

Cuando terminamos de charlar tomando un primer refresco, nos metimos todos en la piscina, ese día parecía que era para nosotros solos, había un par de parejas más por las hamacas y poco más, mejor así, todita para nosotros que no éramos pocos y menos cobardes.

La música era el alma de aquel país, el alma y el arma más poderosa, los mantenía llenos de vida, es que la música lo era todo, de allí saldría con algunos temas que me acompañarían durante mucho tiempo y en muchas de mis novelas.

El momentazo fue cuando estábamos todos tomando cervezas y de repente comenzó a sonar la canción “Vivir mi vida”, de Marc Anthony, que ya me tiré al suelo cuando Dai me desveló que el verdadero nombre de ese cantante era Marcos Antonio. Vamos, impresionante como tuneó el nombre y salió glamuroso.

Pues eso, con esa música fuimos todas las chicas al borde de la piscina y bailamos siguiendo los pasos que iba marcando Zulema desde el centro y todas a los lados, pero no dentro, fuera en el borde.

Dylan comenzó a grabar el video y vaya si hicimos bien el temazo, eso quedó de espectáculo, Zulema era un crack de las caderas, realmente lo eran los cuatros, pero en ese momento la profe era Zule y a ella es a la que seguimos.

Zulema y Claudia, mis guerreras, esas madres coraje con un corazón de oro. Zule era la más sentimental y Clau, bueno la del corazón de hielo, aunque de hielo no tenía nada, era puro amor y una madraza de los pies a la cabeza, las dos lo eran. Mis niñas, mis cubanas hermosuras...

Fidel siempre tenía un gesto de cariño conmigo, una mirada, o me susurraba algo bonito al oído, además de no cortarse un pelo en propinarme algún que otro beso.

Mirar al frente y ver La Habana ante mis pies me hacía ver desde ahí todo aquello que había sentido en ese primer contacto con Cuba; esos edificios en los que la mayoría era el descubierto de la ruina y los años, otros sin embargo pintados y arreglados, un lugar que impresionaba lo miraras por donde lo miraras, de los que más diría yo, una mezcla de colores, de ánimo, pues eso es lo que los cubanos transmitían a pesar de todo lo que llevaban a sus espaldas. Como decía Fidel, “el cubano cae, pero siempre se levanta”.

Tenía mucha energía ese lugar, ese rincón del Caribe que me había enamorado e impactado a partes iguales, era un sí pero no, ni contigo, ni sin ti, eso hacía sentir Cuba, como mi Fidel, un quiero, pero por desgracia no puedo... En dos días estaríamos separados para siempre ¿No era triste?

Creo que ese día sería otro que permanecería en mí, en el mayor de mis recuerdos, ver la ciudad bajo mis pies, con todos los contrastes, a vista de pájaro mientras disfrutaba de los tragos, la

piscina, el sol y la música...

Hablé con las chicas y les dije que al día siguiente quería pasarlo con Fidel, ya que era nuestro último día en La Habana, pues al otro volveríamos y para más jodienda él trabajaba, así que el último día pasaría toda la mañana con ellas antes de volver con mis chicos para España.

Me animaron a ello, por lo que esa tarde cuando regresamos a casa cogí una mochila con algunas cosas y me fui con Fidel, quería pasar las dos últimas noches con él, vivir un día en la ciudad a solas con él.

Esa noche nos acostamos charlando, contándonos un montón de cosas de nuestras vidas, a hacerlo como si no hubiera otro momento para ello, hasta caer desgastados abrazados, quedando dormido como dos bebés.

Mi último día allí, con él, joder que mal me sentó ese despertar y con qué mal humor lo había hecho.

Fidel tenía también el dolor reflejado en su rostro, comenzó a besarme con ternura, cuidado, mimo, con tristeza...

Ni lo hicimos, estuvimos así un rato con miradas que lo decían todo y con sentimientos a flor de piel. Supongo que al igual que yo, tenía ganas de soltar todo lo que llevaba dentro y no quería decir, pero no vivía en un país fácil, no iba a ser sencillo intentar algo que nos costaría la vida, en fin... Era todo para chocarse con la pared y abrirse la cabeza.

Preparó el desayuno y casi lo tomamos en silencio, se notaba en el ambiente lo que nos pasaba a los dos, no era otra cosa más que teníamos las horas contadas y no se podía hacer nada para frenarlo.

Tras el desayuno salimos y paró un Coco Taxi, una moto con un sillón de atrás y un casco medio cubriendo en forma de coco, eso sí, pintado a todo color, era una monería.

Ahí subidos hicimos un recorrido por todos los rincones de la ciudad, con paradas incluidas para tomar algo, tirar alguna foto, o contemplar cualquier monumento o paisaje.

Pasamos por la Plaza de las Armas que ya conocía, entramos a conocer el famoso Hotel Nacional,

con tanta historia, paramos en el Castillo del Morro y nos hicimos fotos también en el Capitolio, luego un recorrido por el Vedado y como no, también a la Plaza de la Revolución.

Me gustó mucho el parque central donde había una estatua dedicada a José Martí y lo que más me moló fue el Paseo del Prado, con muchos artistas y vendedores callejeros.

Y como no, después de un día precioso terminamos a las nueve viendo la ceremonia del cañonazo, como cada día, rememorando el disparo del cañón en la época colonial cuando cerraban las murallas de la parte vieja, todo un espectáculo que me encantó.

Ese día Fidel no dejó ni un minuto de regalarme abrazos, caricias, besos, palabras que me llegaban al corazón y que se me quedaban clavadas en el alma.

Cenamos esa noche en un restaurante llamado La Casa, donde la espacialidad caribeña y de marisco era a destacar.

Tenía una preciosa terraza interior con una magia que atrapaba, la verdad es que cualquier rincón de Cuba lo tenía, ese país era para perderse un mes en él. Era de esos lugares que, o tenías un flechazo a primera vista o no lo tenías, pero como lo tuvieras ya no podrías olvidarlo.

Mientras cenábamos cogió mi mano por encima de la mesa y me miró casi balbuceando.

—Prométeme que nunca me olvidarás...

—No te olvidaré — sonreí con tristeza.

—No te olvides ni un solo momento de los que hemos pasado juntos, cada uno de ellos han sido de lo más bonito que me ha pasado en la vida.

—Yo haré que no te olvides, escribiré nuestra historia y la subiré a Amazon para que la leas desde mis sentimientos.

—¿Lo harás? — Para mi asombro sus ojos se humedecieron.

—Tal como me suba al avión comenzaré a escribirla, no lo dudes.

—Tengo mucho miedo a que mañana por la mañana nos despedamos al despertar.

—No pensemos en ello, por favor... — Se me formó un nudo en la garganta.

Esa noche cenamos y nos fuimos a su casa, lo hicimos en silencio, no fue solo sexo, hicimos el amor, transmitiéndonos nuestros sentimientos, mirándonos a los ojos. Quisimos decirnos con la mirada, lo que con palabras no podíamos y yo, aunque pareciera una locura, lo amaba...

Capítulo 8



Despertamos y nos abrazamos, es lo primero que hicimos al abrir los ojos, acercarnos el uno al otro y fundirnos en un fuerte abrazo, ya tocaba despedirse.

Las horas, esas malditas que ya no nos daban tregua y se había acabado para nosotros, las malditas horas que ahora le faltaban al reloj...

Lo hicimos con mucho cariño, la pasión estaba, pero reflejada de otra manera, muy sentimental.

Nadie sabe lo que se puede llegar a sentir en tan poco tiempo si no lo ha experimentado, pero yo, que no creía en los amores a primera vista, ahora lo había vivido en cuerpo y alma.

Desayunamos con el dolor de saber que ya había llegado la hora y como tal me acompañó hasta la puerta de la casa, me abrazó y se fue con el corazón partido, al igual que yo, sin haber sido capaz de articular ni la más mínima palabra.

Entré a la casa y rompí a llorar, los chicos no tardaron en intentar consolarme, pero era imposible, lo que sentía por ese mulato me lo llevaría para España con mucho dolor, muy bonito que fuesen los recuerdos.

Esa mañana estuvimos con las chicas paseando hasta que a mediodía nos acompañaron al aeropuerto. Yo iba destrozada, estaba con el alma por los suelos, me ahogaba, me costaba respirar, me embargaba la pena...

En el aeropuerto nos abrazamos todos una vez que facturamos, antes del control policial. Esta vez no fui la única que lloró, en esos momentos, no se salvó nadie.

Fuimos a entrar con las chicas diciendo adiós con las manos, encima la dichosa canción de los Orishas sonando en la terminal, cuando una voz gritó mi nombre y me giré reconociéndola...

—¡¡¡Fidel!!! —grité corriendo a sus brazos — ¿¿Qué haces aquí...?? — Lo abracé con todas mis

fuerzas.

La canción parecía sonar más fuerte para los dos, como si nos siguiera...

—“Mamita”, tú te vas, pero yo me quedo roto por el dolor, aunque suene a locura me he enamorado de ti y te llevas mi corazón contigo — decía llorando como un bebé y con el pecho encogido, vamos, pero que yo también estaba hecha un mar de lágrimas.

—Fidel, yo también te amo...

—Prométeme que volverás algún día, “mamita” y que me avisaras — cogía mi cara con sus manos y no dejaba de besarme.

—No lo sé Fidel, no lo sé... — dije llorando desconsolada.

—Prométemelo “mamita”, yo no puedo ir a España, pero tú si puedes venir —sonaba a suplica de desesperación.

—Fidel... No lo sé.

—Te esperaré todos los días de mi vida, te esperaré hasta que pierda el sentido. No me olvides “mamita” — Besaba mis labios mientras lloraba con desconsuelo.

—Ariadna — gritó Dylan, pues ya había que entrar.

Miré a mis cubanas y estaban las cuatro mirándonos y llorando, aquello era una estampa, esa historia nos había robado a todos el corazón.

Las chicas se lo llevaron hacia fuera mientras ambos íbamos andando y girándonos para vernos por última vez, era la despedida más triste que jamás hubiera imaginado en mi vida, aquello me destrozaba el corazón.

Embarcamos y no podía dejar de llorar, Paz y Ana intentaban consolarme, pero no tenía consuelo, era algo que me ahogaba, me dolía en el alma y me costaba respirar. Allí quedaba una parte de mi corazón...

El avión despegó y observé cómo La Habana se veía cada vez más chiquitita, con las luces que brillaban desde el cielo, allí se quedaba mi vida, se quedaba Fidel, el hombre que se convirtió en protagonista de la mejor historia que escribiría en mi vida.

NOTA: No, no pondré epílogo, una historia de amor de esta envergadura no puede quedar ahí, necesita tener otra parte, esa que ya he empezado a escribir y que saldrá en forma de mi siguiente novela.

Gracias a esta maravillosa tribu por acompañarme en este viaje, os espero en el siguiente...

La tribu de la pizza

Manu Ponce

A mis princesas, por formar parte de esta historia...

Carmen Dévora Rodríguez, Laura de Galdo, Carla Banegas, Alina Dodu, Noelia Nhr, Liliana freitas, Viviana Sosa.

CAPÍTULO 1: VOLANDO VOY, VOLANDO VENGO, Y EN EL CAMINO CON LA TRIBU ME ENTRETENGO



No quiero levantarme, me niego. Siempre me despiertan a la misma hora y me parece a mí que es el diablo que sabe más por hijo de puta que por diablo y me cambia la alarma por las noches, mientras duermo, solo para joderme las mañanas. Qué le vamos a hacer...

Cojo ese pequeño renacuajo entre mis dedos y lo miro. Parece que las agujas me guiñan el ojo riéndose de mí, o quizá vacilándome, pero pienso negarme, esto no va a quedar así. Lo paro, porque igual si lo tiro por la ventana le abro la cabeza a alguien y no estoy para juicios, más que nada porque hay que madrugar para acudir y eso no es lo mío.

Me estiro y mi cuerpo cruje como si fuera un octogenario de los de tacataca que se pasea por el parque con el turbo puesto. Le sale hasta gas del tubo de escape, o quizá son pedos, quién sabe. Desde luego, no seré yo quien me proponga averiguarlo a estas alturas.

Me levanto a desgana y, tras una ducha y un café humeante en la mano, mi humor cambia como la espuma del café que voy a tomarme, esa que se me queda en el bigotillo y parezco Dalí con un blanco y espumoso mostacho (no a lo mister potato eh, que yo soy mucho más chic: chic para ti, chic para mí).

Abro el ordenador y me siento en el sofá mientras escucho de fondo las noticias. Solo vomitas desgracias. De verdad, cada vez me apetece menos verlas, que para malas noticias me voy a la cola del paro.

Facebook es lo primero que aparece y entro al momento para saber de mis chicas de la tribu. Siempre con una sonrisa en los labios, siempre dándonos los buenos días a los tres con los mejores deseos... Las quiero con todo mi corazón. Ellas lo dan todo por nosotros y es hora de que nosotros también lo demos todo por ellas.

Se me ha ocurrido alguna de mis locuras para agradecerles todo lo que ellas hacen: un reto con un gran regalo.

La idea consiste en fotografiarte con el peinado más original. Entre los treinta mejores, se hará un sorteo y siete preciosidades de la tribu ganarán un premio muy especial. No diré qué premio para mantener el suspense, aunque obviamente yo ya lo sé.

Lo anuncio en nuestra página con una foto adjunta. Aprovechando la guasa que me caracteriza, les escribo un post con la imagen de una niña con un moño y unas trenzas. En el moño un par de ojos de esos de los chinos y las trenzas repartidas como cascadas en la cabeza hacen las veces de tentáculos para formar un pulpo, que lo corona el moño con los ojos a modo de cabeza y cuerpo.

La verdad es que es bastante original. Ni en mil años se me hubiese ocurrido, aunque quizá Yoda estaría monísimo con un peinado así, ahora que le ha crecido el pelo. Coloco los ojos en blanco riéndome de mí mismo y escribo lo que debe acompañar al post.

¡Buenos días, preciosuras!

Hoy les traigo un reto que se me ha ocurrido mientras le daba caña a este cerebritito que dios me ha dado. Les propongo un reto. Quiero que me muestren los peinados más locos que se les ocurran, pero ojo, en sus cabezas, no de fotos de internet, aunque, por supuesto, pueden inspirarse en ellas.

Quiero ver sus lindos rostros con unos pelos de locura. Las treinta princesas más originales entrarán en un sorteo que las dejará con la boca abierta. Siete de esas treinta podrán tener una experiencia exquisita. No, no es un gigolo, que les leo ya la mente.

Tienen una semana para poder colgar sus obras de arte, después colgaré el cartelito de cerrado y elegiré a las mejores y luego, para que sea más justo, usaré un programa de sorteo. Los siete primeros nombres serán los ganadores de la sorpresa que les he preparado.

Preparen los peines y que gane la más habilidosa.

Sonríó ladino y me levanto a dejar la taza del café en el fregadero. Eso parece ya la torre de Pisa y con cada cosa se coloco se inclina más y más. Temo que en breve se derrumbe todo. Vaaaale, fregaré los platos.

Voy desmontando la pirámide, como si de un puzle de lego se tratara, y consigo no romper nada. Una hurra para mí. Cuando acabo, casi veinte minutos después me voy a dar una ducha. Esta parte la omito, que estos calores, pre-verano son muy malos y alteran el cuerpo.

Cuando salgo me pongo a escribir el relato que llevo días elaborando. Escribo de boca de un perro y es lo más divertido y complicado que he hecho hasta ahora.

Hemos preparado una sorpresa a las chicas junto con Dylan y Hugo. De Momento no saben nada, pero iremos dejando pistas, como Hansel y Gretel migas de pan, para que, finalmente, encuentren la casita de chocolate.

Lo preparo todo. Tengo claro qué es lo que va a ser, pero quizá internet no me lo ponga fácil. Quizá no sea un súper informático, pero me defiendo y si no, tutoriales de Youtube, que siempre funcionan, aunque te encuentras cada cosa...que ni Robocop borracho.

Me pongo algo de música relajante, un poco de Bob Marley, y me pongo a escribir una vez que he conseguido todo lo necesario, que lo mío me ha costado, el ordenador y yo no nos entendíamos, hasta que lo he amenazado con un vaso de agua que iba a decantarse peligrosamente en la cpu y entonces ha espabilado, por la cuenta que le traía.

Una vez todo está listo y he avanzado un capítulo de la novela, es hora de reparar y responder a los primeros comentarios que ya han llegado y la verdad es que me río de lo lindo, tenemos una tribu muy ingeniosa. Hugo, Dylan y yo tenemos mucha suerte de tenerlas.

Me encuentro de todo, y la verdad es que todas las ideas son buenísimas. Me encuentro desde lo que parece un pájaro muerto con una pajarita a lo pico y unas alas hechas con papel de plata a un donut hecho con una coleta de topos que recoge a un moño bien lustroso pintado con espray de diferentes colores, simulando un glaseado.

He visto palmeras, monstruos de las galletas, peces, arcoíris. La verdad es que con el ingenio que tienen podrían ser unas brillantes escritoras, y alguna que otra grafitera a juzgar por el espray que se han echado en el pelo.

No me extrañaría verlas, espray en mano, recorriendo las calles con mensajes a cual más interesante o cómico. He tenido que apuntar ya los tres primeros nombres para la creadora de la araña peluda, la sirenita peluda con cara a lo Ayuwoki, que daba un yuyu que no sé si volveré a

meterme en el mar por un buen tiempo.

Otra de las ganadoras se hace una especie de peinado como si fuera un bogavante. ¿Si quiere una cena elegante, llévese un bogavante? No sé por qué, pero me recuerda tanto a Antonio Recio que tengo que seleccionarlo sí o sí, o mi consciencia no me lo perdonaría.

Se suceden los diferentes días y peinados en publicaciones posteriores; Pipi Calzas Largas, lazos multicolor, cupcakes, árboles de navidad que me enamoran, helados de sabores, patatas de McDonald's, piñas, unicornios, una antorcha, peinados de época, algodón de azúcar, etc.

Ya les he pasado el periodo para que mis princesas puedan colgar sus peinados más originales. Ya tengo la lista de las treinta ganadoras y ahora toca hacer un sorteo para averiguar las siete afortunadas que van a vivir la aventura.

Hago el directo para que vean que no hay favoritismo ni trampa ni cartón. En riguroso directo salen como ganadoras de la prueba las siguientes chicas de la tribu: Carmen Dévora Rodríguez, Laura de Galdo, Carla Banegas, Alina Dodu, Noelia Nhr, Liliana Freitas y Viviana Sosa.

¡Felicidades, mis princesas!

Las hermosuras, que están conectadas en directo al sorteo, gritan de alegría. Se las ve emocionadas y casi saltando de alegría y la verdad es que no puede emocionarme más. Me gusta hacerlas felices porque ellas nos hacen felices a nosotros con su cariño, su apoyo y sus valoraciones sobre mi trabajo y el de mis compañeros.

Y ahora llega la hora de anunciar cuál es el premio que habéis ganado. ¿Queréis saberlo?

¡Síiiii! – gritan.

¡Habéis ganado un viaje conmigo a Italia con todos los gastos pagados!

Parecen emocionadas y también lo estoy yo de poder vivir con ellas esta aventura. Les informo que va a ser un viaje emocionante, y que necesitarán pedir permiso en el trabajo, porque el viaje es de cinco días.

Les mando un mensaje primero para saber si todas quieren venir y si tienen posibilidad de hacerlo, ya sea por trabajo, familia o, simplemente, por no salir del país. Ninguna de ellas está dispuesta a perder el regalo del reto y eso me satisface enormemente mientras esbozo una sonrisa.

Días después me encuentro con mis chicas ganadoras en el aeropuerto de Madrid bajo un cielo estrellado. Nos abrazamos en grupo, como si fuéramos todos quinceañeros. La verdad es que teníamos ganas de hacer y, ¿por qué frenarlo?

Estoy muy emocionado de vivir con vosotras esta aventura. Nos lo vamos a pasar de fábula. Quizá necesitemos más días, porque pienso llevaros a todos los locales de cócteles de Italia. Vamos a pillarnos más pedos que Pocholo.

¡Sí! – gritan las siete a la vez.

Debéis saber que soy muy de poner apodosos o usar diminutivos. He pensado algunos de la que venía en el taxi hacia el aeropuerto.

Desembucha – dice Laura.

Sí, que queremos saber qué se te ha pasado por esa cabeza loca.

Pues Viviana será Vivi, no como un bebé reclamando su biberón, eh. Para Liliana, Lili, me ha parecido chic, chic para ti, chic para mí, como el anuncio. Para Noelia, Noe, por supuesto, aunque no el del arca. El nombre de Alina me recuerda a Lina Morgan, pero como Alina es muchísimo más ella, he escogido Ali, sin oli. Para Laura solo cambio una vocal; Lauri. Carmen y Carla todavía no tienen apodo, pero el viaje es muy largo y mi cabeza ya sabéis que está maquinando a todas horas, algo se me ocurrirá, no os libraréis.

El sonido de una campana seguido por la voz de una azafata nos hace volver a la realidad. Si no queremos perder el vuelo que nos lleve a Italia tenemos que darnos prisa. A la vuelta iremos en barco, no he podido conseguir otra cosa. Soy propenso a marearme, así que es más que probable que eche la primera papilla desde la proa o la popa.

Toca pasar por el detector. Espero que no me digan nada por las esposas que llevo en la maleta. Quizá encuentre por la noche a alguna italiana, y dios sabe que me pirran. Si la pesco, la ataré al cabezal de la cama y la haré temblar y gritar hasta el nombre de su primo el de Zumosol.

Noe pasa y todo está correcto. Menos mal, aunque por la pantallita del de seguridad puedo ver ahí un juguete y no para niños, ahí lo deajo. Anda que no se lo monta bien. Comparado con lo que tengo yo, eso es por lo menor equiparable al negro aquel del WhatsApp que se hizo famoso por... bueno, ya se sabe.

Lili pasa ahora por el detector, pero este le pita. Oh, oh, primer problema. ¿Será un empaste? Yo tengo unos pocos y, em... no me los puedo quitar para pasar por el detector. Lo que no tengo es un diente de oro a lo Snoop Dog.

La cachea un policía bastante guapetón y, la verdad, creo que está disfrutando de lo mismo de que le acaricie el cuerpo disimuladamente. Yo creo que ha hecho sonar la alarma para tocarla, con lo linda que es. Si es que mis chicas de la tribu son bellas por dentro y por fuera.

Cuando averiguan que el motivo del pitido ha sido un piercing de ombligo, la dejan pasar. El policía la suelta a desgana. Estaba tan encima de ella, bueno, sus manos, que parecía querer recrear una escena a lo Diario de Noa o querer bailar un tango de lo más picante.

Llega el turno de Vivi. No llega a pasar por el detector, la paran antes. Le piden que abra la maleta y sacan de su neceser un frasco de polvo negro. ¿Qué será eso? ¿No creerán que es algún tipi de estupefaciente?

Señorita, ¿qué es esto?

Es carbón activo, no piensen mal, blanquea los dientes.

Disculpe, pero tenemos que hacer las pertinentes pruebas. No podemos creer en su palabra únicamente, entiéndanos.

La verdad es que esto lo contamos en el grupo y no nos creen. Menos mal que tengo a siete bellezones como testigos, porque sino es más que inverosímil. Una vez que hacen las pruebas y

verifican que no es más que polvo para blanquear los dientes, puede pasar la siguiente.

A este paso, como nos paren a todos, no llegamos a tiempo para coger el vuelo y ya me veo teniendo que llegar a Italia con las chicas en patera. Si hace falta se hará así, lo que sea necesario, nadie nos va a fastidiar la experiencia.

Al final pasamos todos, aunque no si alguna que otra paradita y cacheada. Lo que les gusta sobar a las chicas en los aeropuertos. A mí no me tocaron ni con un palo. Debería haber llevado un cuchillo jamonero para que me cacheara una morena con trasero de infarto. Creo que llevo ya demasiado tiempo necesitado, ya solo veo culos o los deseo.

Última llamada para el vuelo BA2490.

Mierda chicas, es el nuestro. Corred.

Corremos como si nos persiguiera Marilyn Manson desnudo a lo niña de The Ring y llevamos a la puerta jadeantes al tiempo que vemos a la azafata de vuelo cerrándola. La miramos con cara de corderito.

Disculpe, es que nos han retenido en la entrada revisando nuestro equipaje y a nosotros mismos.

Que no vuelva a ocurrir o los dejaremos en tierra.

Asentimos con la cabeza y entramos en el interminable pasillo, el típico que ponen cuando al otro lado hay una infección vírica y debes ponerte el típico traje blanco a lo muñeco de Michelin con la mampara esa en los ojos y el respiradero a lo Darth Vader. Espero que al otro lado no esté el elenco de Stranger Things, porque esto parece un típico escenario.

Las chicas se sientan juntas por filas y Laura se sienta a mi lado. Las filas son de tres y, aunque se han peleado, el palito más corto lo ha sacado Laura, por eso está a mi lado. Al otro lado, una señora con un bebé que no deja de llorar.

Nos quedan dos horas y diez minutos desde Madrid hasta Roma y, sinceramente, no me apetece

nada escuchar al mocosillo durante dos horas con sus lloros sin sentido. Quizá tiene miedo, también lo tengo yo.

Me dan un miedo las alturas...Suerte que Laura se ha compadecido de mí y se ha quedado ella con la ventanilla. Cuando escucho el motor rugir y el avión avanzar, me aferro con fuerza a los asideros, dejando mis nudillos blancos. Tengo más miedo que Paris Hilton en una casa sucia sin Vodka ni zapatos Jimmy Choo.

Y alzamos el vuelo. Cierro los ojos y me imagino que estoy en una montaña rusa de esas de parques de atracciones mientras Newton me susurra al oído que no me preocupe, que todo lo que sube, baja.

Pero la verdad es que ahora su teoría me la trae al paio. Tengo mucho miedo, tanto que me parezco a Melendi cuando se sube a un avión, pero yo no daré la nota como él, tengo dos dedos de frente y esto no es Destino Final.

Estamos en el aire y el bebé no deja de berrear. Sinceramente, me apetecería darle un biberón con Dormidina, le sentará de maravilla. Estoy mirando al crío con cara de estreñido cuando la madre, o la señora que lo coge y soporta, y me suplica que lo coja para ir al baño.

Oh no. Miro a las chicas en bucle, que se han girado y me han mirado aguantando la risa. Han leído Desde el día en que te concebí y saben que los niños para mí son como Gremlins que han comido y bebido a medianoche.

Lo miro a los ojos y él me mira a mí. Su madre se ha escaqueado y a saber si volverá a por su paquete. Espero que sí, porque sino lo tiene crudo, el niño, no yo. Tiene una cara redonda, a lo mazapán, y unos ojos negros achicados, a lo Chino Cudeiro de humor amarillo.

Y la verdad es que no podría ser más acertada la comparación, sobre todo porque se está poniendo amarillo, a lo Simpson. Yo creo que hasta el niño necesita una Biodramina. Creo que va a...Mierda.

El gremlin que tengo entre mis manos se echa la primera, segunda y tercera papilla en toda la camisa y parte el pantalón. La madre llega entonces y yo la miro perdonándole la vida mientras aguanto la respiración. Lo siento, no me gustan los niños y menos si no son míos.

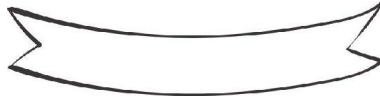
Las chicas empiezan a reírse y Carmen me da un paquete de toallitas desmaquillantes para que pueda retirarme bastante puta antes de ir al baño (sin chorrear por el camino) y acabar de asearme.

Al abrir la puerta del baño, que no parece estar bloqueado, me encuentro a un par de chicos jugando a los médicos, ahí lo dejo. Y no os penséis que se cortan al verme, al contrario, incluso me invitar a pasar de un dueto a un trío, pero la verdad es que me ponen menos que un plato de judías crudas con coliflor.

Vuelvo al asiento tras limpiarme en el otro baño, el no usado para el fornicio, y escucho la disculpa de la señora. Asiento e intento dormir un poco, la verdad es que es lo mejor que puedo hacer. Solo espero que estas dos horas de viaje no traigan más sorpresas.

Ali me despierta cuando llegamos, que está en el asiento de delante. Abro los ojos y me quito los tapones de los oídos al notar su mano zarandearme suavemente. Por suerte, estaba dormido cuando hemos descendido o me hubiese cagado vivo, espero que no literalmente.

CAPÍTULO 2: ROMA, PISA, PIZZA Y UNAS BAMBINAS CON MUCHO RITMO



Ya estamos en Roma y nos vamos de cabeza a la zona de las maletas, a las que queremos rescatar de todas las torturas que hayan sufrido por el camino. Por todos es sabido que cuando vas de viaje en avión, viven torturas equiparables a las de Hostel.

Una vez las recuperamos, con más abolladuras que un queso emmental, cogemos un autobús que dice que nos acercará al hotel. No sé yo...Según Google Maps vamos por buen camino, pero a saber, como no nos entendemos del todo al ser otra lengua.

Quiero ocho billetes para ir al hotel Navona – le digo al conductor.

No entiendo.

Vamos a ver, ocho billete para el hotelli Navona, ¿capisci? – lo intenta Noe.

100€ nocte.

No, no queremos saber el precio del hotel por noche, sino el precio de los billetes para ir a él – dice entonces Carla.

No entiendo.

Saco los billetes y se los balanceo frente a los ojos, como si fuera un péndulo que buscara hipnotizarlo y le repito de nuevo el nombre del hotel. Levanto los dedos señalando ocho y veo que saca ocho billetes y me enseña el precio, que pago al momento.

No hay nada como Don Dinero, ese lo entienden hasta en Groenlandia y los pingüinos del Polo Norte. Maldita sociedad consumista, nos lleva por la calle de la amargura a todo quisqui.

Cuando llegamos al hotel después de oler a sobaco, a halitosis y a pescado, ya entendéis, vemos el panorama y eso ya es otra cosa. Elegancia, opulencia, ostentosis, brillo, luz, riqueza, fuentes, flores, todo ello hermoso y perfecto, un paraíso de ensueño.

Las chicas corren a la recepción, sobre todo cuando les digo que tienen Jacuzzi en la habitación. Tenemos reservadas tres habitaciones a compartir. Decidimos que es el momento de repartirnos las camas y habitaciones.

La idea es que nos vayamos rotando para que todos estemos con todos a lo largo del viaje en los diferentes hoteles. Esta vez, por sorteo, le ha tocado a Lauri dormir con Carmen y Carla. Ali duerme con Lili y Noe y yo duermo con Vivi, pero en camas separadas, no pensemos cosas raras.

Nos vamos de cabeza a las habitaciones para dormir, aunque sea unas cuatro horas, a ser posible. Y eso hacemos, intento no hacer ruido alguno para no molestar a nadie, ya que deben de ser las tres de la mañana. Si es que los vuelos de madrugada costaban más baratos...Mea culpa.

Nos levantamos sobre las ocho, como ya habíamos apalabrado. Hay que aprovechar el día para hacer todo lo que podamos hacer y así aprovechar al máximo el viaje. Nos traen el desayuno a la habitación, ya que lo había contratado, aunque no es lo que esperábamos, dos tostadas, un cruasán, un triste zumo de tetrabrik y un café, pero de esos malos. Si es que como en España en ningún sitio.

Cuando acabamos de zampar, nos reunimos todos en la habitación de Lauri, Carmen y Carla para preparar nuestro día, pero ellas ya tienen la toalla en las manos, las chancas puestas y el bikini enganchado al cuerpo, tienen clara cual es la prioridad en el día de hoy.

Nos metemos de cabeza en la piscina del hotel mientras charlamos preparando el día y decidiendo dónde vamos a comer y qué sitios vamos a visitar.

Tenemos claro que una visita obligatoria, además de a una pizzería (por dios, estamos en Italia, no ir a una de ellas sería un pecado), es ir a ver la torre de Pisa.

Sin duda – responden las chicas.

Después podemos ir a comer un helado y, con suerte, darnos un baño en el jacuzzi del hotel. Me muero por probarlo.

Sí, la verdad es que es un plan excelente. Después podemos ir a conocer la noche italiana y pillarnos un buen pedo – comenta Lili.

No sabes tú nada – le contesto entre risas y asentimientos.

Ahora, que ya lo tenemos todo listo y el itinerario hecho, vemos como se acerca un hombre con sobrepeso, pero cuando digo sobrepeso es porque es exagerado. En comparación, los del programa de mi vida con 300kg están anoréxicos en comparación con el señor que avanza hacia nosotros.

No puede ser, que no se acerque, que no se acerque. No, no, no. Y se tira a la piscina donde nos encontramos y salimos volando hasta la hierba de exterior de la piscina, que se ha quedado vacía. No ha quedado ni una gota.

Nos miramos todos y todas y nos reímos de lo lindo cerrando los ojos y negando con la cabeza. Nos damos una ducha, nos vestimos y salimos a conocer mundo y vivir mil y una aventuras.

No tardamos mucho en sentarnos en la estación de autobús que hay cerca del hotel. Nuestra intención es alquilar un par de coches y así poder movernos a nuestro antojo, sobre todo porque sino me voy a dejar la pasta en transporte público.

Cuando el autobús llega, nos subimos en él y marchamos hacia Pisa, donde tenemos la intención de hacernos fotos con el monumento principal, como si lo estuviéramos enderezándola y comer en una buena pizzería de la zona. La idea es después nuevamente con el autobús cochambroso y fétido al hotel a darnos un baño en el jacuzzi y dormir allí para mañana irnos a nuestro siguiente destino.

No tardamos mucho en llegar al emplazamiento donde alquilan coches. Solo les queda uno de

siete plazas y somos ocho, no es viable, pero la verdad es que ninguno quiere volver a olisquear los sobacos ajenos de los autobuses de Roma, así que lo alquilamos. Debemos echar a suertes quién va a ir tumbado en los pies del resto cubierto con una manta o con los bolsos de las chicas para que no lo vea la policía.

Esta vez pringo yo, o como suelo decir, pago el pato. Piedra, papel y tijera me juega una mala pasada y acabo en los pies de las chicas de la parte trasera del coche, pero el olor a queso tampoco es que me vuelva loco, así que decido meterme, como si fuera un paquete, en el maletero del coche.

Nos tiramos un buen rato en carretera. Vivi es la que se encarga de llevarnos, con el volante en sus manos. Metemos el coche en uno de los parkings que nos reclamarán por una hora un riñón y parte del otro.

Cuando salgo del maletero y me estiro, me cruje hasta el alma, pero qué le vamos a hacer, no teníamos otra opción y no se me pasaba por la cabeza volver a subir en el autobús pestoso del infierno. Antes muerto de sed por ir andando que por intoxicación por olores insalubres.

Hemos llegado a la torre Pisa. La verdad es que es más bonita de lo que recordaba. Sobre todo, porque vine hace ya más de diez años y en ese tiempo cambia hasta un mojón de vaca en la montaña.

Nos hacemos cientos de fotos, cerveza en mano (dato importante) y algún que otro mojito, sujetando falsamente la torre, fotos de grupo para colgarlas en la página de las chicas de la tribu, brindis y otras cosas demasiado fuertes para ser leídas.

Un brindis por esa tribu de mis amores – digo mientras miro a las chicas. Carmen me abraza con esa sonrisilla del punto en los labios y Lauri me saca la lengua con un brillo especial en los ojos.

¿Dónde están Ali y Noe? – dice Carla.

Pues ahora que lo dices...Nos comentaron que iban a comprar algo de beber y no han vuelto – comenta Lili.

Eso me suena a: fue a buscar tabaco y no volvió – sugiere Vivi.

Deberíamos ir a buscarlas. Quizá les ha pasado algo – les digo, preocupado. Si les pasa algo nunca podré perdonármelo.

Sí, vayamos a buscarlas – dicen Carla y Carmen a la vez. Estoy por apodarlas las Car, ahí lo dejo.

No tardamos mucho en encontrarlas y al hacerlo se nos desencaja hasta la mandíbula. Nos las encontramos bastante tomadas bailando dentro de una fuente con un público animado a su alrededor y la policía silbándoles con el silbato para que salgan o las multarán.

Ambas, que parecen salidas del concurso Miss Camiseta Mojada, bailan animadas con una sonrisa en los labios. Parece que se están divirtiendo de lo lindo y si no estuviera prohibido y acarreará multa, con el calor que hace, me metería hasta yo, que voy ya con el puntillo.

Le ruego al agente, con mi italiano nulo, que las perdone, que son guiris y que en España está permitido; una trola como un camión de grande. Esto lo haces en España y te cae un multón que alucinas.

Al final se compadecen de las chicas al ver que el resto de la tribu las están sacando de la fuente y asienten antes de marchar. Los espectadores alrededor de la gran fuente aplauden a Ali y Noe y nosotros, junto con ellas, no podemos parar de reírnos por lo surrealista que es todo.

La verdad es que esto solo acaba de empezar y ya nos ha pasado de todo y nos hemos reído de lo lindo. Todavía nos quedan cuatro días y medio. No llego a imaginarme todas las locuras que nos quedan por vivir. Esto va a ser, sin duda, un viaje inolvidable.

Nos sentamos en una terraza bajo el sol abrasador, más que nada para que las chicas se sequen con el sol, que tienen la ropa empapada. Nos tomamos un helado, en mi caso un par de bolas (no las mías) de coco, Carmen de fresa, Lauri de vainilla, Carla de nata, Ali de limón, Noe de chocolate, Lili de mango y Vivi de frutos del bosque.

Nos ponemos las botas y nos sube el azúcar a niveles desorbitados. Suerte que no somos

diabéticos, sino... Nos hemos librado del coma etílico, pero quizá no del de azúcar.

Nos ofrecen de todo mientras disfrutamos de las vistas y los helados en la terraza. La verdad es que el top manta y la venta ambulante aquí es el pan de cada día. Declinamos las decenas de ofertas hasta que llega un chico africano con pulseras de hilo y cuentas.

Le preguntamos si puede hacernos ocho pulseras que pongan las chicas de la tribu. Asiente sonriente y nos pide 50€ y veinte minutos. Asentimos y le pago antes de que se siente en uno de los bancos cercanos y se pone a trabajar bajo la sombra del árbol del banco.

Quince minutos después, antes del tiempo previsto, se acerca de nuevo y nos entrega las pulseras, que con mucha amabilidad nos coloca en las muñecas y sonríe antes de despedirse y marchar. Ya se ha hecho el día con nosotros.

Nos volvemos al coche. Las locas del agua, que creían que la fuente era la atracción del verano, ya están secas. Esta vez no discutimos. Me meto directamente en el maletero, aunque de todos es sabido que soy algo claustrofóbico. La verdad es que preferiría estar de piloto o en alguno de los asientos, pero qué se le va a hacer.

Cierro los ojos una vez dentro y me imagino que estoy en la playa, con un cóctel entre los dedos de una mano mientras escribo con la otra mi nueva novela. La verdad es que es un plan perfecto.

Se me escapa un pedo, pero de esos que no se escuchan, así que las chicas no saben nada, es lo malo de relajarse tanto soñando despierto. El olor es nauseabundo y me muero de ganas de vomitar, aunque me contengo.

Pero la contención no es eterna. Es como cuando la creación de los castores se va al garete porque un gilipollas que pasaba por allí quiere hacer la gracia y quita una sola rama (la maestra, claro), que todo se va al garete.

Chicas, necesito parar, no me siento bien, voy a vomitar.

Vale, voy a buscar un callejón para que la policía no vea como sales del maletero.

Ok.

No tarda mucho en detenerse el coche y abren el maletero para que pueda salir y vomitar o al menos a respirar aire puro a ver si se me pasa este malestar que siento ahora mismo. Al abrir, las chicas arrugan la nariz.

¿Qué es ese olor nauseabundo? – me dice Lauri.

Lo siento chicas, se me escapó – confieso.

Joder jefe, estás podrido – me suelta Carla y yo no puedo evitar reírme con las demás.

Respiro para intentar que se me pasen las ganas de vomitar, pero no es así y al final acabo echando hasta la primera papilla como hizo el bebé al que tuve que coger en el avión porque su madre se fue al baño.

Cuando consigo serenarme y escupo los pocos restos que quedan en mi boca, veo que la que se está metiendo en el maletero es Carmen. Asiento agradeciendo que me dé algo de tregua y me permita que vaya un rato en un asiento del vehículo y cuando todos nos hemos subido, retomamos la marcha hasta el hotel.

Nos tiramos un buen rato hasta llegar al hotel. Tenemos en la mente comernos una pizza por la zona y después darnos un buen baño en el jacuzzi. Si todo sale a pedir de boca, bajaremos a cenar al hotel, ya que he contratado todos los hoteles con media pensión, y si todavía nos queda energía en el cuerpo, unos cuantos bailes con muchas copas para coger bien el sueño.

Toda esa organización queda perfecta en mi cabeza, pero no siempre los planes salen bien, ¿o sí?

Nos vamos a uno de los restaurantes que se encuentra por la zona. Parece una pizzería de las antiguas, con su horno de piedra, donde te la hacen frente a ti para que veas que allí no hay ni trampa ni cartón.

Nos sentamos tras juntar un par de mesas y pedimos algo de beber mientras nos hacen las pizzas, aunque más que pizzas parecen pamelas de lo grandes que son. Me pido una con champiñones, olivas negras (me encantan), queso, tomate, jamón dulce y atún. Las chicas piden las suyas.

Charlamos de cómo está yendo este inicio de viaje y cómo nos sentimos cada uno de nosotros con respecto a ello. La primera en hablar es Ali, que da su opinión al resto tras tomar un trago de su coca cola.

La verdad es que está siendo una aventura más que interesante. No veo el momento de visitar otros lugares de Italia y que nos pasen cosas como la del hombre de la piscina. Eso no me había pasado en la vida – dice Ali.

Creo que, a nadie, querida – contesta Vivi.

Desde luego no nos hemos aburrido – les confieso.

Y cuando Manu echó la papa... Vas a ser la comidilla de tribu por mucho tiempo – suelta Noe entre risas.

Nada de contar esas cosas o yo les diré cómo te gusta bañarte en fuentes a lo concurso de camiseta mojada – le digo con la ceja alzada y soltamos una carcajada.

Pues yo me estoy riendo de lo lindo con todas las locuras que nos pasan. Sin duda, mucho mejor que quedarme en casa – se expresa ahora Carmen.

Sin duda esta vez os habéis superado con el regalo de reto, podría ser así siempre – sugiere Lauri.

Si fuera así siempre, tendría hipotecados hasta los riñones – le digo.

Esto solo pasa una vez en la vida y es una experiencia inigualable. Manu y las niñas de la tribu dando guerra por Italia, ya veo el título de la siguiente novela – sugiere Lili.

La has clavado Liliana – le responde Carla.

Las pizzas llegan y voy al baño un momento a lavarme las manos y enjuagarme la boca. La verdad es que me siento mucho mejor y me muero de ganas por hincarle el diente a esa pizza que huele a comida de ángeles, si es que los ángeles comen, que ni idea, yo es que soy un demonio.

Ahora, más fresco que una rosa, vuelvo a la mesa, donde me espera una pizza cuatro estaciones made in Italy. Comemos como cerdos, así de claro, ni hablamos, solo zampamos y zampamos, llenándonos las barbillas de hilillos de mozzarella, tomate, y hasta mis pelillos de la barba, que parecen hacerse teñido con los colores de la bandera de Italia, a juzgar por el blanco de la mozzarella, el rojo del tomate y el verde del orégano. Ahora sí que soy un italiano de pura cepa.

Cuando nos revienta el pantalón de tanto comer y el botón sale disparado por doquier, creando lesiones craneales a otros comensales inocentes, decidimos que es hora de volver al hotel.

Hay que probar la piscina, tomar un poco el sol a ver si esta piel que se me está poniendo lechosa por momentos, vuelve a ese tostado original que siempre me ha caracterizado desde que tengo uso de razón, y no, nunca he ido a cabinas de rayos uva, esto viene de serie bellezas.

Volvemos caminando al hotel, que está relativamente cerca, y parecemos sumos caminando, porque vamos tan reventados de comer que pisamos como si tuviéramos titanio en el calzado y unas pesas de doscientos kilos a la altura de los hombros, con las piernas tan abiertas que solo nos falta el caballo.

La piscina nos da la bienvenida en cuanto atravesamos las puertas del hotel. La verdad es que no tiene una buena ubicación, ya que, si uno se despista algo bebido en medio de la noche, nada más entrar en el hotel, te das un buen chapuzón, aunque la verdad es que quizá lo hacen adrede, si llevas la papa madre, te viene bien para despejarte, darte un buen baño de agua fresquita.

Nos miramos con la sonrisa en los labios. Han repuesto el agua que se había salido por la caída de la bomba humana esta mañana, ya entendéis a qué me refiero. Esperemos que el señor se abstenga de hacer bombas o tendremos que poner una reclamación por uso indebido de espacios públicos.

Nos subimos a ponernos el bañador y, cuando estamos listos, bajamos a la piscina, que hoy sí tiene el agua caliente y es una delicia estar en ella (y limpia, que acaban de cambiarla. No hay mal que por bien no venga).

Nos pasamos parte de la tarde en ella. Algunos pensarán que, si estamos haciendo un viaje rápido para conocer Italia, esto es una pérdida de tiempo, pero no queremos tampoco agobiarnos, sino hacer lo que nos pide el cuerpo, y el cuerpo pide salsa, o en este caso, piscina. Ya habrá tiempo de conocer el resto de los lugares en los casi seis días que nos quedan.

El sol va despidiéndose ya, y yo empiezo a saludar un leve bronceado entremezclado con el color gamba de algunas zonas donde seguramente no he echado bien la crema protectora, pero no peor no es eso, miro a Carla y ella sí está literalmente echa una gamba con un libro abierto en la cara y el cuerpo rojo como si hubiesen cogido un soplete y la hubiesen acariciado con él como si se tratara de un suflé.

Se ha quedado dormida. Corro para despertarla, pero ya es demasiado tarde. Tiene un rectángulo blanco en la cara a la medida del libro, la espalda blanca como la leche y el pecho, vientre y pierdas a lo cangrejo del río. Nunca pensé que alguien pudiese enrojecer tanto. Pobrecita.

Al menos podemos sacar algo bueno de esto, aunque no creo que a ella le haga mucha gracia. Ya tengo el mote para ella; gambi. Ya solo me queda encontrar el apodo o mote para Carmen y espero que no sea gambi 2.

Le echamos entre todos kilos y kilos de Aftersun, pero ni, aunque la metiéramos en un bidón de 200 litros tendría solución. Lo único viable que veo es que se le caiga la piel como a las serpientes y la mude a una más blanquita, pero la verdad es que es poco probable.

Nos vamos directamente a la habitación a asearnos y a cambiarnos de ropa para poder ir al bufet del restaurante antes de que nos cierren, que de todos es sabido que el único bufet que tiene un horario razonable es el de los españoles y en el centro y sur de América, en las demás zonas si no cenas a las siete eres un bicho raro, así que soy por lo menos un alienígena, porque a las siete estoy todavía merendando donetes o un buen donut glasé (no, no va con dobles lecturas, o quizá sí).

La verdad es que no nos cogemos mucha comida, todavía tenemos pizza en la papada, como los pelícanos, que tienen reservas en la papada para meses. Yo tengo pizza en la mía para semanas, pero la gula es muy mala.

Sobre todo, tomamos postre, todos somos de dulces y se nota. Los demás comensales nos miran perdonándonos la vida por comernos nuestros postres y los suyos. Se siente colegas, hay que ser

más rápidos en esta vida.

Carmen todavía está comiendo uno de los segundos, una carne en salsa con una pinta alucinante. La vemos gozar y sonreímos, pero la sonrisa desaparece pronto del rostro cuando vemos que se está hinchando como un globo de feria.

Carmen, ¿estás bien? Te vemos hinchada, como si hubieses sufrido una reacción alérgica – le digo.

¿Esto lleva almendra? Porque soy alérgica – pregunta Carmen, preocupada.

No lo sé, voy a preguntarlo – dice Noe marchándose al interior de la cocina con mucho morro y desparpajo.

Noe no tarda mucho en volver con la cara descompuesta y se coloca frente a Carmen asintiendo. No hace falta decir más. Nos levantamos todos como si tuviéramos un resorte en el culo y buscamos en Google Maps el hospital más cercano.

Cogemos el coche y decidimos que, como no podemos subir todos porque no cabemos, que se quede una o dos personas en el hotel a la espera de ser informada por teléfono.

Vivi y Carla deciden quedarse en el hotel mientras nosotros llevamos a Carmen al hospital. Esta vez conduzco yo y la verdad es que le piso de lo lindo. Suerte que tengo reflejos para esquivar a los conductores italianos, sino esto sería los autos de choque.

Llegamos y entramos corriendo por la puerta de urgencias. La verdad es que Carmen está cada vez más inflada, parece el muñeco de Michelin. Sobre todo, le ha afectado a la cara y al cuello y realmente se ahoga. Estoy tan preocupado por ella que creo que me van a tener que ingresar a mí también, pero por infarto.

En cuanto la ven entrar por la puerta, la sientan en una silla de ruedas y se la llevan para dentro mientras nosotros nos encargamos de recepción. Le doy la tarjeta sanitaria que tiene en el monedero del bolso a la chica del mostrador y ella introduce los datos en el ordenador. No me habla, quizá es muda.

Quello che è successo? – más o menos he entendido lo que me ha dicho.

Una reacción alérgica a las almendras – veo que asiente y no dice más, nos señala la sala de espera y nosotros pillamos la indirecta, bueno, más bien directa.

Las chicas, preocupadas, nos van mandando mensajes, pero les contestamos que no sabemos nada, no nos dicen nada y todavía la tienen dentro. Lleva bastante tiempo, ¿eso será malo?

Me levanto a por un café y es entonces cuando sale Carmen con mucha mejor cara, y deshinchada, y riendo de cháchara con el doctor. Vaya tela, nosotros aquí preocupados y ella ligando con el italiano, endevé.

Hola, chicos, ya me han pinchado y estoy como una rosa, gracias por preocuparos y por traerme al hospital.

Era lo mínimo, princesa – le digo.

Este es Marco – señala al doctor – y nos ha invitado a un club esta noche, dice que él invita a las copas y que tiene reservado.

Pero, ¿ya vas a poder estar tú mejor para esos trotes?

Necesito algo más que un poco de reacción alérgica para que me impidan ir de fiesta, sobre todo si hay copas gratis.

Estás loca – ríe Marco, que al parecer habla español.

Se intercambian los teléfonos para quedar algo más tarde y tras abrazarla y darle mil besos en la mejilla, comprobando que está mucho mejor, nos volvemos al hotel. Noe les manda a Vivi y Carla que Carmen está perfectamente.

No tardamos mucho en volver al hotel. La verdad es que Carmen está como una rosa. Cualquiera diría que acaba de estar en el hospital y se estaba ahogando inflada hace nada.

Nos subimos a las habitaciones y las chicas dicen de prepararnos para salir al local del doctor italiano. Lo que hay que hacer por unas copas, aunque a fin de cuentas queríamos salir todas las noches y bebernos hasta los charcos, vivir la experiencia plenamente, pero estoy tan preocupado por mi gambita y por mi almendrita (vale, es verdad que es un mote retorcido, pero es la que me faltaba por motear y me lo ha puesto a huevo, se siente), que están o han estado perjudicadas en algún momento, una por quemarse y la otra por inflamarse.

Me pongo unos vaqueros negros y una camisa blanca en la habitación mientras mi compañera de cuarto lo hace en el baño, buscando la intimidad de ambos. Una vez listos, quedamos todos en la recepción. Marco le ha mandado la ubicación del lugar a Carmen y esta nos la comparte a todos, por si no perdemos o vete tú a saber.

Carla se ha maquillado el cuerpo al completo para que se note menos el cuerpo quemado-gamba. Todas estás preciosas y yo me siento enormemente afortunado de poder pasear con ellas con el pecho henchido. Voy a ser la envidia de toda Roma.

Nos presentamos en el local pidiendo dos taxis, no es apropiado con lo acicalado que vamos, meternos alguno de nosotros en el maletero del coche que hemos alquilado estos días.

Entramos en la discoteca una vez que los taxis nos dejan en la puerta y nos clavan casi cincuenta euros (entre los dos). La verdad es que el ambiente es espectacular, hay mucha gente y toda joven, cosa que agradecemos en silencio mirándonos entre nosotros con una sonrisa en los labios.

Se nota que nos analizan como a intrusos, me imagino que, porque a este local siempre suele venir la misma gente y nosotros somos caras nuevas a las que analizar y, con suerte, catar.

Nos ponemos a mover las caderas. Estoy rodeado de chicas preciosas, mis chicas de la tribu. Carmen ha desaparecido y aparece poco después con el doctor del brazo. Parece que los tortolitos se han encontrado. Se enredan bailando como los tortellini.

La verdad es que la música es muy buena y todos tenemos ya una copa en las manos, eso no significa que sea la primera. Bailamos al son de la música. Me pego un bailoteo con cada una de las chicas, incluso con Carmen, a la que despego de la lapa que es Marco.

Brindamos gritando: ¡Viva la tribu! Y seguimos moviendo el esqueleto durante horas. Yo creo que

ya tengo agujetas hasta en la lengua. No os voy a engañar, he besado en el baño a un pibón italiano que estaba de toma pan y moja, a esa le ponía yo un monumento.

Ni siquiera me ha dado tiempo a preguntar cómo se llamaba, se me ha tirado al cuello y por no hacerle el feo y porque a mí también me apetecía, le he respondido ese húmedo beso.

La verdad es que empiezo a estar algo contento, ya se entiende, y cuando vuelvo a la pista tras el encuentro en el baile, me encuentro a las chicas bailando El Hombre Lapa de la película La Tribu.

Me imagino que se la habrán pedido al Dj. Me río de lo lindo con el show que están mostrando a todos los presentes y sobre todo a mí. Me uno al baile siguiendo los pasos de las chicas y acabamos por los suelos riendo como unos críos borrachillos pasando un buen rato en una discoteca.

Cuando nos vamos a levantar de este, a Lili se le rompe el tacón y va caminando como si estuviera coja la pobre, le sugiero que se descalce por completo y así no se nota tanto, pero tiene miedo de pisar cristales, líquidos diversos y, sobre todo, por si le pisan los pies. Además, dice que, si la ven así algo coja, ligará más porque los tiarrones irán a ayudarla. Niégolo riendo y vuelvo a la barra a pedir otra copa.

Decidimos volver al hotel sobre las cuatro de la mañana, ya que nuestra intención es madrugar para seguir con las visitas turísticas. Cojo al Vivi en brazos para que no tenga que ir por los adoquines con el tacón roto hasta el taxi y pronto nos encontramos de nuevo frente a la puerta del hotel. Subimos todos a nuestras habitaciones y no tardamos mucho en caer rendidos.

CAPÍTULO 3: ROMA SIGNIFICA AMOR, ¿O NO? LA TRIBU ROMANA



Hoy toca visitar Roma, nuestra intención es ir a ver el Coliseo romano por la mañana, comer en algún restaurante de la zona y por la tarde ir a ver la Fuente de Trevi. No podemos rezagarnos mucho, porque hay que hacer las maletas o al menos dejarlas casi listas, ya que a las siete de la mañana tenemos que tomar un autobús (espero que este no sea pestoso) que nos llevará a nuestro siguiente destino: Florencia.

Hemos desayunado exactamente lo mismo que ayer, la verdad es que no entiendo bien qué clase de desayuno es ese para un hotel de cuatro estrellas, pero bueno, qué se le va a hacer.

Cogemos los coches una vez listos, con legañas en los ojos, y nos encaminamos al Coliseo. Es una de las atracciones turísticas del Roma, así que tenía que ser una visita obligada en este viaje.

Todos estamos emocionados por ello y cuando aparcamos los coches en el aparcamiento y vemos esa preciosidad arquitectónica, Nuestra intención, si es posible, es subir hasta arriba del todo, si no hay peligro de derrumbamiento, y sentarnos en las gradas e imaginarnos las luchas de gladiadores, de navíos y todo el pueblo reunido con el emperador, que decidía el destino en la arena de los esclavos. Sí, he visto demasiadas veces Gladiator.

Entramos con el guía turístico de habla española. Se llama Paolo. Paolo y Noe cruzan miradas y ya la hemos liado, o quizá son imaginaciones mías. La cuestión es que entramos en el anfiteatro y admiramos el lugar por dentro. Es algo impresionante.

Paolo, ¿podríamos subir a la zona más alta del coliseo? – le pregunto con cara de niño bueno.

No se puede, está prohibido, lo siento.

¿Cuánto hay que pagar para que deje de estar prohibido? – le guiño el ojo.

No puede comprarse.

Me acerco entonces a Noe, se me acaba de ocurrir uno de mis endemoniados planes. No puedo evitarlo, a veces sale el demonio que llevo dentro. Es que no gano suficiente para comprarle tantas correas.

Noe, necesito que me hagas un favor.

Dime.

Has visto que Paolo te pone ojitos, ¿verdad?

Bueno, digamos que sí.

También he visto que a ti te gusta, no te hagas la loca.

Es mono, no lo negaré.

Me gustaría que le dores un poco la píldora, que le coquetees un poco y consigas que nos dé acceso a subir arriba del todo del coliseo. Sería un sueño para mí.

¿Y yo que gano?

¿Polvos mágicos italianos?

Anda, qué tonto. Lo haré por nada. También te aviso que puede que mis dotes interpretativas en lo que al ligoteo se refiere no funcionen y que tu sueño se esfume como las nubes que hace poco teníamos sobre la cabeza.

Bueno, pero que no sea porque no lo hemos peleado.

Está bien.

La veo hablar con él, tocándose el pelo y sonriendo, y él, receptor, le sigue la corriente y también intenta llevársela a su terreno. Él le da su número (que obsesión tienen los italianos con dar el número) y atrapa uno de sus mechones para colocárselo tras la oreja, típica táctica para ligar. Signos de macho salido, vamos.

No sé como Noe lo hace, pero lo convence, así que no tardamos mucho en entrar en la que yo llamo la zona vip y empezamos a subir cientos de escalones para llegar arriba del todo. Esto sí que es hacer ejercicio y no lo que hacen los Instagramers cuando publican esos ejercicios absurdos donde parece que cuatro sentadillas mal hechas son lo mejor que ha visto el mundo entero.

Al principio es muy divertido y animo a las chicas diciéndoles que así tendrán el culo más duro que una piedra pómez. Parece que funciona, porque le ponen más ganas, pero cuando ya llevamos la mitad del camino, las fuerzas de todos empiezan a flaquear y el agua a escasear.

Coronamos, ya medio desfallecidos, la cumbre, la última hilera y, si pudiéramos grabaríamos en la piedra la palabra TRIBU como si hubiésemos conquistado la cima de alguna alta montaña.

Nos sentamos allí y respiramos aire puro mientras admiramos todo lo que hay a nuestro alrededor. Extiendo mi mano frente al resto de las chicas, la mano de la pulsera que nos compramos, y las chicas las van montando como si fuera una montaña y juramos por nuestra tribu que jamás nos separaremos, pase lo que pase.

Y, aunque no esté allí toda la tribu, las sentimos. Sentimos todas las manos sobre las nuestras, su calor, el cariño, la alegría, el buen rollo... Ellas están con nosotras, aunque no podamos verlas.

Sonreímos satisfechos con ese homenaje e iniciamos la desescalada. Esta vez vamos bastante más rápidos, no es lo mismo subir que bajar, no nos vamos a engañar. El guía nos espera abajo y cuando llegamos a su altura, le damos veinte euros de propina por haber hecho la vista gorda y Noe un pico fugaz.

Acabamos la visita guiada y compramos algún que otro souvenir en la tienda de al lado, puesta estratégicamente para que te gastes el sueldo de un año en chuminadas para llevar a tu país. Y en muchas ocasiones, si te pasas, no te las dejan pasar por aduanas porque consideran que lo que quieres hacer es revenderlas y lucrarte con ello.

Nos vamos con nuestras compras a uno de los restaurantes que nos encontramos de camino al aparcamiento donde tenemos los coches. Hoy toca probar la pasta italiana y dejar de lado las pizzas por el momento.

Me meto entre pecho y espalda un plato de spaghetti que debería estar prohibido. Voy a tener que volver al hotel rodando a este paso, porque creo que entraré en el libro de Récord Guinness por ser la persona que más kilos de pasta se ha comido en un plato.

La verdad es que hoy tenemos un día bastante encorsetado. Tenemos que ir a la Fuente di Trevi. Nos hemos hecho foto en cada uno de los sitios emblemáticos por los que hemos pasado y los hemos publicado en la página de la tribu para que las chicas sigan nuestros pasos.

Esta vez nos toca pagar una buena cuantía para sacar del parking los coches. Desde luego el país de enriquece de lo lindo con lo que nos sablean a los que venimos a ver el país. Hemos decidido meternos a riesgo de que nos multen y hacernos una foto dentro, como nos la hicimos en el coliseo arriba del todo.

Y dicho y hecho. Lo primero que hacemos cuando llegamos es meternos en la fuente. La verdad es que no hay mucha gente ni policías en la costa, ¿o era moros en la costa?

Nos hacemos fotos dentro del agua, nos divertimos, jugamos y la verdad es que nos lo pasamos genial. Nos damos un chapuzón bajo este sol abrasador, sin duda somos más listos del hambre.

La verdad es que la visita es un poco exprés, ya que tenemos que volver al hotel a prepararlo todo para salir a primera hora. Así que nos salimos de lo que parece una piscina, aunque no tan grande como la del hotel y volvemos a este. La verdad es que tenemos que pararnos, no nos vamos directos, porque tenemos que devolver los coches al lugar donde los alquilamos.

Cuando lleguemos a Florencia, lamentablemente en autobús, alquilaremos otro coche u otros coches para ir arriba y debajo de una manera autónoma sin necesitar de nada ni de nadie, y además más barato.

Hoy no se puede salir de fiesta, aunque parece que Noe y Carmen se mensajan mucho con sus italianos, me imagino que, para despedirse de ellos, ya que mañana no estarán aquí.

Cenamos bastante poco en el bufé del hotel y nos subimos a la habitación con la comida todavía en la boca para preparar las maletas y meternos en la cama. Sí, son las nueve de la noche, es muy pronto, pero tras una ducha relajante y a sabiendas de que mañana a las seis de la mañana hay que estar en pie, el cuerpo ya nos pide tumbarse y cerrar los ojos.

Así que, buenas noches, soñad con ángeles, demonios, o que venga el coco a comeros todo el... Mejor me callo o esto dejará de ser para todos los públicos. Mejor que me duerma y me calle y sino a contar ovejas, que es lo que se ha hecho siempre.

CAPÍTULO 4: FLORENCIA, LA CIUDAD DE LOS TALENTOS



La verdad es que me encanta la historia de Florencia, no quería confesarlo, pero me habéis tirado de la lengua, vale, me he tirado yo solito, pero es que desde que jugué a Assassins Creed, ya no he podido verla de otro modo.

Lo que más me gusta de su historia es los genios que han salido de ella, desde unos Medici, que eran los comerciantes que subvencionaban obras como las de Miguel Ángel o de mismísimo Leonardo Da Vinci, un dios para un servidor.

La idea principal de esta parte del viaje es poder ir a algún museo, ver el David de Miguel Ángel y quién sabe, que el destino nos sorprenda. También sería un sueño poder comprar una de las máscaras que llevaban antaño en las fiestas de la realeza y alta nobleza.

La verdad es que me encantaría poder ir nada más llegar a la Galería de la Academia para ver al David y después a la Galería de los Uffizi, que fue construida por uno de los Medici Cosimo Primero y que alberga en su interior cuadros como el Nacimiento de Venus de Botticelli, uno de mis cuadros de pintor italiano preferidos. No me puedo ir sin ver eso, es como mi mejor amigo, que no puede salir de casa sin ir al baño a hacer su muñeco de barro. Dice que es que le da mucho asco hacerlo en váteres ajenos y lo entiendo.

Nos hemos levantado a las seis de la mañana para estar listos a las siete y coger el autobús, que esta vez tiene una buena ventilación, en dirección a Florencia. Al llegar hemos ido a un bar a desayunar un buen bocadillo con café o zumo y va estamos en una de las empresas de renting para coger un par de coches de alquiler.

Ahora, con más libertad para movernos y la barriga llena, nos vamos de cabeza al primero de las galerías que deseo visitar. Me muero de ganas por hacerme una foto con David, es lo que tiene que te encanta la escultura italiana.

Dejamos los coches en el parquin del museo y entramos una vez compramos las entradas.

Paseamos por los diferentes pasillos y admiramos el lugar, las diferentes obras, los cuadros, las esculturas pequeñas y las maquetas de arquitectura de los edificios más prestigiosos de Florencia.

Y llega el momento, la última sala, donde se encuentra el David de Miguel Ángel. Hay un cartel tan grande como el David en el que pone que está prohibido. Las chicas saben cuánto me gusta, así que una de ellas, Vivi, se dispone a distraer al segurata.

No sé cómo lo va a hacer, pero estas chicas son muy ingeniosas y cuando se proponen a hacer algo, por muy difícil que sea, siempre salen victoriosas de las cosas y eso me enorgullece enormemente, son las mejores y me siento afortunado de tenerlas a mi lado.

Veó a Vivi meterse alguna de las chaquetas de las chicas, un bolso y de más cosas que hacen bulto bajo la camiseta, haciendo que un bulto redondeado aparezca de la nada y parezca que está embarazada. Esta si que es buena, debo confesar que no me lo esperaba para nada, ha sido una sorpresa.

Me quedo esperando para ver qué tiene planeado. Se propone a pasear por la sala resoplando y cuando se acerca al segurata empieza a jadear con más fuerza. El segurata se acerca para ver si está bien y la lleva fuerza al pensar que igual va a romper aguas o está de parto. Aprovechamos entonces, porque no sabemos cuándo va a volver el gorila y se los fastidiará el plan si no hemos conseguido nuestro objetivo y vuelve a aparecer en escena.

Lauri me pide que me coloque rápidamente al lado del David, saltándome la cinta. Sí, lo sé, estoy incumpliendo las normas, podéis lincharme si queréis, pero ¿quién no ha incumplido alguna pequeña norma para cumplir uno de sus sueños?

Me hace la foto, siempre con flash, para que pueda tenerla para siempre y cuando la vea recordar todas las vivencias con mis chicas de la tribu en Italia, nuestro viaje inolvidable.

Vivi vuelve, con la falsa barriga, y con el gorila. Le está diciendo que está mucho mejor y que todavía le queda un poco para dar a luz, que no se preocupe, que solo han sido unas pequeñas contracciones que se han pasado con un poco de aire fresco.

Tras visitar la Galería de la Academia, nos dirigimos a la Galería de los Uffizi. Ahora toca deleitarse con la vista y nos dirigimos a la mejor galería de Florencia en lo que a pintura se refiere. En ella se encuentran muchos de los cuadros más famosos de los pintores del renacimiento

italiano.

Nos sentamos en la terraza que hay al lado de la galería, queremos comer antes de entrar para que la música ambiente que escuchemos en las salas sea la relajante que ponen y no la de nuestras tripas.

No entro en mucho detalle porque todo el mundo ha ido alguna vez a un museo o lo ha visto, aunque sea virtualmente, o como mínimo sabe lo que es. Nos ponemos el Google Maps de nuevo. Bendito Google, qué haríamos sin él.

Llegamos al hotel y nos dan las tres habitaciones. En todos los hoteles he seguido el mismo método a la hora de reservar habitaciones; dos de tres camas y una de dos. Si tengo que reservar ocho habitaciones necesito vender el hígado y un pulmón.

Ha sido un día bastante intenso, pero todavía no ha acabado. Tengo intención de ir a los mercadillos que hacen nocturnos para comprar al menos un par de máscaras y, con suerte algunas copas y algo de bailoteo, aunque sea por la calle.

Y eso hacemos. Ni siquiera vamos a cenar. Hemos comido en estos días para un mes y tenemos reservas, además hemos pensado que tenemos que hacer algo de dieta, no paramos de comer guarrerías y carbohidratos.

Nos vamos a la zona de guateque, donde está todo el cotarro y ya al inicio del mercadillo nos dan como regalo de bienvenida un vaso de plástico con un poco de mojito, justo lo que necesitamos para empezar a animarnos.

Me compro más máscaras que paredes tengo en casa para colgarlas, pero es que me encantan y para una vez que puedo comprarlas en su lugar de origen y no somos imitaciones de china...

Llegamos a uno de los puestos, en este caso de bebidas. Y nos pedimos unas bebidas en la barra, unos cócteles impronunciables que no hemos probado en la vida, me imagino que porque serán italianos.

Nos ponemos a bailar en una pista que han improvisado al final de la calle para guiris como nosotros. La verdad es que nos lo estamos pasando bien hasta que Lauri se resbala pisando una mierda de perro y se daña el pie.

No está torcido, por suerte, pero le duele y se le ha inflamado un poco. Suerte que hay una ambulancia cerca, la encargada de la fiesta, y le vendaron el pie. Le dice en italiano que no es grave y que solo se le ha abierto un poco el tobillo, pero que con un poco de reposo y hielo mañana estará como nueva. Le ponen una venda compresiva y ella resoplando, se sienta en un banco mientras que el resto baila. Decido quedarme a su lado y así conocerla un poco mejor charlando.

¿Seguro que estás bien? Si lo prefieres puedo llevarte al hospital, no estoy tan bebido.

Tranquilo, solo es molesto, aunque si puedes lavarme el tacón lleno de mierda de perro me harías un favor.

Claro – mierda, nunca mejor dicho.

Compro una botella de agua y saco un pañuelo de mi bolsillo antes de ponerme manos a la obra. La verdad es que a mí también me ha pasado más de una vez que he pisado una mierda.

Listo, princesa.

Mil gracias.

Cuéntame algo de ti que no sepa.

La verdad es que poco puedo explicarte. Tengo pareja y una niña pequeña. Trabajo como ejecutiva en una empresa de transportes importante y adoro leer, aunque eso ya lo sabes.

Eso es genial.

Estoy intentando convencer a mi marido para que empiece a leer, a leerte, y aunque es algo reacio, creo que lo estoy consiguiendo.

Tú puedes. Yo creo que, si lee un buen libro, sea de donde sea, es imposible que no le guste la lectura.

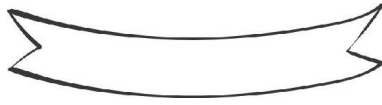
La abrazo para que se sienta mejor después de lo que le ha pasado y le coloco una silla del bar frente a ella para que alce el pie. Le pido unos hielos al bar y me quito la camiseta para colocar los hielos dentro de esta y poder colocársela sobre la inflamada zona.

Lo agradece y la verdad es que me siento observado por la gente. Normal, me he quitado la camiseta como perico por su casa, pero es que cuando la necesidad apremia...Además, ya me viene bien, hace calor.

Lauri se toma las copas de todos, dice que beber mitiga el dolor de su pie. AL final la tomo en brazos una vez que me pongo la camiseta y la llevo en brazos al hotel y a la habitación. Se ha quedado dormida de camino, me imagino que por las pastillas que le han dado los enfermeros de la ambulancia.

Nos metemos en la cama tras asearnos, cada uno en su cuarto, y caemos redondos. Ha sido un día intenso y nuestro cuerpo necesita un descanso urgente. Mañana no tenemos que madrugar tanto, pero sí que tenemos que dejar los coches en la empresa de renting y coger a las once un autobús que nos lleve a nuestro nuevo destino: Verona.

CAPÍTULO 5: LA TETA DE JULIETA



La idea de este destino es sobre todo ir al balcón del Julieta, de Romeo y Julieta, y tocarle la teta, que dicen que da suerte. Veremos a ver si es verdad, porque soy un poco escéptico para esas cosas.

Bajamos a desayunar a las nueve, cuando ya casi todos los huéspedes del hotel han arrasado. Los guiris es que creo que no duermen para ser los primeros en zampar en el bufet. Al menos tenemos café para despertarnos.

Hacemos el check out y devolvemos los coches de alquiler a su lugar de origen antes de ir a la parada del autobús que nos llevará a nuestro próximo destino, mi querida Verona, que quizá no sea tan famosa como Roma, Venecia, Florencia o Pisa.

La verdad es que el viaje es algo incómodo, aunque el ambiente no huele del todo mal. Llegamos y cuando bajamos del autobús, estiramos las piernas y el cuerpo en sí, que nos cruje de lo lindo.

Nos cogemos un taxi en busca de otra empresa de renting para volver a coger dos coches. Hemos decidido que en todos lados haremos lo mismo. Es más cómodo y económico para nosotros.

Ahora ya, con dos Alfa Romeo, nos dirigimos al balcón de Julieta. La idea es hacernos una foto tocándole el seno para colgarla en la página de la tribu. Aparcamos en zona gratuita por primera vez, casi se me sale hasta una lágrima.

Nos metemos en la zona del balcón interior y encontramos la estatua de bronce de Julieta, de una Julieta con un vestido hermoso. Cuenta la leyenda que, si tocas el pecho derecho de la famosa dama creada por Shakespeare, te traerá suerte, pero si tocas el izquierdo te traerá mala suerte.

Así que, a mirar Barrio Sésamo, que no quiero que la caguéis. Os daré una pista. La teta de la suerte es la que brilla más, porque es la más sobada y ya se sabe lo que se dice, cuando más tocas el sable más brillo le sacas. Ahora sustituid el sable por la teta y listo.

Hacemos una cola interminable para llevar a cabo la acción y fotografiarnos haciéndolo uno a uno. La primera en hacerse la foto es Ali, después Noe, seguidamente Vivi. Más tarde la almendrita, después la gambita, Lili y Lauri. A todas les hago yo foto y cuando es mi turno, ellas me la hacen a mí. La verdad es que, si no fuera porque da buena suerte, solo un enfermo le sobaría la teta a una estatua, pero qué le vamos a hacer.

Ahora tenemos que tirar la moneda al pozo, Manu, solo así la suerte será plena – dice Noe.

Bueno, poco, eso es como la piscina que usan los niños de tres años, que algunos de mis muñecos de barro son más altos que el nivel de agua que tiene esta pequeña fuentecita de agua.

Bueno, tu échala, que sino ni buena suerte ni leche en vinagre.

Miro mi cartera. Yo es que solo tengo billetes, que es lo que me dan los cajeros, pero como que monedas no y no creo que un botón de la camisa cuele. Noe se da cuenta y saca su monedero para prestarme ella algo de suelto.

Abre la cremallera donde esconde el dinero con tan mala suerte que se le traba y resbala de las manos, cayendo en lo que ella llama el pozo.

Mierda.

Vaya. Bueno, si quieres te compro yo otra, si no tenías mucho dinero suelto y solo era calderilla...

Qué coño, llevaba dos billetes de cincuenta. Quiero suerte, pero cien euros de suerte me parecen excesivos. Sujétame de los pies que voy a recuperar lo que es mío.

Dicho y hecho. Se asoma al borde de ese pequeño pozo y yo la sujeto de los pies para que no se caiga ella como el monedero. La voy bajando poco a poco. Quien nos vea estará pensando una de estas tres cosas: que somos gilipollas, que estamos robando el dinero que tira el resto de gente o

que estamos grabando una escena para la nueva película de Misión Imposible, en cualquier caso, seguro que no se creen nuestras explicaciones, así que, ¿para qué dárselas?

Lo tengo, súbeme. Suerte que es impermeable.

La subo como puedo mientras me ayudan las chicas, que hasta ahora miraban la escena divertidas y cuando ya todo está arreglado miro a Noe con la frente perlada por el sudor.

Me parece a mí que ya sé quién me va a invitar a un helado con esos cien euros.

Eso está hecho.

Nos tomamos un helado y visitamos los lugares más famosos del lugar. Tampoco es que sea como Florencia, aquí hay menos que ver, pero les tengo preparada una sorpresa. Reservé una sesión de masaje y spa para que nos relajáramos a sabiendas de que estos días iríamos dormidos, estresados y contracturados.

Mientras comemos, les digo que tenemos otra parada obligatoria. Hoy hemos caminado bastante para no perder el sitio gratuito y tienen los pies hechos moho. Aun así, me acompañan a la localización que me indica el mapa del móvil y no tardamos mucho en ver el cartel.

Las chicas bailan con castañuelas, bueno imaginarias, y entramos dando mi nombre para que sepan el paquete que he reservado para los ocho y se pongan malos a la obra. Nos reparten en salas de dos camillas y esta vez me toca con Ali.

Nos dan un masaje impresionante y nos untan el cuerpo con chocolate. Es lo que se llama chocolaterapia. Ya había oído hablar de ella, pero nunca me la había hecho. Siempre hay una primera vez para todo o eso dicen.

Nos dejan relajarnos con el chocolate en las camillas mientras las chicas salen un rato, me imagino que, para descansar, que llevan un tute con nosotros... Y es entonces cuando lo veo y me hace una gracia que me muero.

Veo a Ali empezar a chuparse los brazos y todo sitio al que llega y donde pilla. Empiezo a reír de lo lindo. Se retuerce y todo para poder llegar a todo el chocolate.

Estás loca, ni siquiera sabes si es comestible.

Es chocolate, sí o sí tiene que ser comestible, además es que me pirra, no puedo evitarlo.
No se lo digas a las chicas.

Veo que se retuerce más y más hasta que se cae de la camilla y la veo en el suelo desnuda y cubierta de chocolate, parece un conguito. Ojalá pudiera hacerle una foto ahora mismo para la posteridad, lástima que no pueda moverme por el chocolate.

Las masajistas entran al oír la caída de Ali, que por suerte no se ha hecho nada, ya me he encargado de preguntarle, que mucha risa, pero ante todo la seguridad. Las chicas la ayudan a volver a subir a la camilla y le colocan más chocolate, pensando que ha perdido parte por la caída y se encuentra en el suelo, que no digo que no, pero la mayoría se encuentra en su boca o ya en su estómago.

Cuando acabamos el tratamiento y el tiempo ya son las tantas. Hemos hecho un circuito de spa de dos horas con unos bañadores que nos han dejado muy amablemente, porque no íbamos para nada preparados. Yo, que soy un despistado.

Volvemos al hotel en los coches y nos registramos repartiendo las habitaciones. Esta vez me toca dormir con Carmen. Nos vamos a cenar a la terraza del hotel y no tardamos mucho en irnos a la cama, esta noche no queremos salir y beber hasta caernos redondos, sino que estamos tan cansados que queremos caer, pero en los brazos de Morfeo.

Un nuevo día nos espera y nos damos esa ducha que no nos dimos anoche antes de bajar a desayunar y dejar la habitación para ir a nuestro siguiente destino, que como no está demasiado lejos hemos decidido ir esta vez con los coches, que hemos alquilado para dos días.

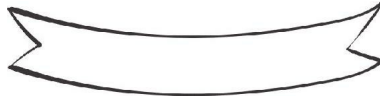
Ya solo quedan dos días para que esta aventura termine. La verdad es que se nos está haciendo corto. Lo estamos pasando tan bien que no queremos que acabe nunca, pero tampoco podemos prolongarlo eternamente.

Hoy iremos a Venecia, donde nuestra intención es ir de paseo en góndola, visitar el lugar y Palacio

Ducal. Es uno de los lugares más emblemáticos de Venecia; un palacio del siglo quince que se encuentra en uno de los extremos de la Plaza San Marcos.

Así que, ¿a qué esperamos?

CAPÍTULO 6: GIORGI PESTOSI III



Ya estamos en marcha dirección a Venecia. Debo decir que esta vez hemos decidido que los que habíamos conducido en alguna ocasión nos merecíamos un descanso y esta vez uno de los coches lo lleva Ali y el otro la gambita, que cada vez se parece menos a una gamba y más a una persona normal.

Estamos bastante tiempo en carretera, no lo vamos a negar, pero por fin llegamos donde deseamos y dejamos los coches en uno de los parkings de la zona. Vamos caminando a uno de nuestros destinos obligados, sobre todo para nosotros, que somos amantes de la literatura; la librería Acqua Alta.

Olemos esos libros viejos y algunos no tan viejos, los admiramos e incluso compramos algunos de ellos, en castellano, por supuesto. Allí tienen de todas las lenguas y géneros. Estoy por dejarle uno de los míos para que mis historias lleguen a Italia, lástima que no lleve ninguno encima.

Recorremos la Plaza San Marcos, muy famosa, y llena de gente vendiendo a lo Top Manta. Me compro unas gafas Ray Ban por diez euros y dios sabe que esas gafas que no sé de dónde habrán salido valen cien euros como mínimo.

Tras las compras correspondientes y las visitas, sobre todo al Palacio Ducal, donde hacemos el recorrido interno por todas las habitaciones del castillo, nos paramos a comer a un restaurante donde dicen hacer unos risottos de muerte, me como un plato y repito un segundo. Voy a volver de este viaje con veinte kilos más, me lo veo venir.

Una vez comidos, decidimos dar el correspondiente paseo en góndola. Uno no puede venir a Venecia y no dar un paseo en góndola, es como ir al cine y no comer palomitas, queda raro.

Alquilamos una a un señor con un gran bigote y nos sentamos para iniciar la travesía. Lo primero que hacemos es pasar el Puente de Rialto, por debajo, por supuesto, que yo sepa las góndolas no vuelan, las golondrinas sí, pero no confundamos términos. Avanzamos en nuestro viaje hasta el gran canal y es entonces cuando sucede.

Alí ve una avispa que se le acerca para incordiarla. Parece que tiene muy mala leche y busca picarla. Ella se levanta de la góndola y empieza a dar vueltas, a saltar, parece que esté bailando la macarena, da hasta palmas para matar a la avispa. El hombre le grita en su idioma, supongo que para que se siente, pero ni caso.

Y en uno de los saltos la embarcación vuelca y nos caemos en esas aguas putrefactas e infestadas de todo tipo de cosas, bichos y suciedad que hacen que Venecia huelga a mierda desde que entras hasta que sales. He intentado omitir este detalle, pero ahora ya está el pescado vendido.

El bigotes coloca bien el bote y nos ayuda a subir a cada uno de nosotros con una cara de perro que no hay quien la aguante. Nos acerca a la orilla y entre gritos nos informa de que no nos llevará más allá, que somos un peligro. Yo no es que entienda mucho italiano, pero algo así se entiende hasta en alemán.

Nos pasamos la tarde entre chupitos, retos, bailes y algún que otro ligoteo en la barra, pero nada fuera de eso, somos personas responsables, o eso les hacemos creer a los demás, que mientras soltemos billetes verdes están encantados de conocernos.

Volvemos al hotel de Verona sobre las doce y media de la noche. No tenemos mucho sueño, pero si no nos vamos a la cama mañana vamos a alucinar. Nos espera un día complicado. La idea es devolver los coches a la empresa de renting y coger ya el ferry que nos llevará a nuestro último destino; Sicilia.

Desde allí tengo billetes para pasado mañana de un barco que nos acercará a Barcelona y de allí un Ave hasta Madrid. De momento vamos bien en el tiempo y hemos podido coger todos los transportes, no quiero que nuestra suerte cambie ahora.

Dormimos la mona, como suelo decir siempre, y a la mañana siguiente, bien temprano, desayunamos y devolvemos los coches antes de coger un taxi que nos lleve al ferry y podamos subir a él rumbo a Sicilia.

La mañana es un poco triste, sabemos que ya se acerca el final y además hemos dormido poco y estamos cansados. Apenas son las siete de la mañana cuando dejamos el hotel ya desayunados y nos ponemos rumbo a nuestro siguiente destino.

El ferry nos espera con una majestuosidad propia de estos. Supuestamente el viaje no es muy largo, pero espero que tengan Biodramina en el barco sino lo voy a pasar canutas, yo me mareo hasta en la noria.

La idea es ir a ver el volcán Etna y llevarnos una roca volcánica de recuerdo, comer y por la tarde ir al Valle de los Templos como colofón a esta perfecta aventura con mis chicas. Hay que repetirlo, sin duda alguna.

Llegamos casi a medio día, la verdad es que el ferry se lo ha tomado con calma. Cuando desembarcamos con nuestro equipaje, nos indican dónde se encuentra el transporte que nos llevará al Etna. Es un pequeño autocar que parece ser bastante más higiénico que nos que hemos visto hasta ahora.

Nos toma un buen tiempo llegar a lo más cerca que nos pueden acercar. La verdad es que está vallado para que los guiris aventureros como somos nosotros no podamos hacer el café y poner en peligro al resto.

Encontramos carteles donde nos informan que está prohibido coger rocas, pero ya sabéis que no somos muy amigos de las normas, qué le vamos a hacer. Así que, disimuladamente, haciendo como que me ato los cordones, cojo una roca de recuerdo y me la guardo en el bolsillo.

No es muy grande, pero es un recuerdo al fin y al cabo que siempre que mire me evocará a esta aventura impresionante que hemos tenido el placer de disfrutar.

Nos hacemos bastantes fotos, que publicamos como siempre en la página del grupo, no para dar envidia, sino para que ellas también se sientan parte de este viaje. Seguro que Dylan y Hugo se mueren de envidia.

Comemos unos bocadillos en un bareto de mala muerte que hay cerca del volcán, en la zona donde podemos acceder y tomamos de nuevo el autobús para bajar a la zona más comercial.

No tardamos mucho, una vez que hemos bajado, en visitar nuestro siguiente destino. Se trata nada más y nada menos que el Valle de los Templos. También estaba deseando ir para poder visitarlo, para mí es como estar en el Stonehenge, pero en Italia. Es un lugar con mucha magia, puede percibirse en el ambiente.

Lo fotografamos, jugamos al pilla pilla incluso, y sobre todo admiramos su belleza, no todos los días puedes estar entre las columnas de un lugar tan emblemático y que transmite tanto.

Las chicas se alegran de haber venido, es todo un acierto y el lugar transmite paz por cada piedra que en él reside. Nos tiramos allí toda la tarde, incluso hacemos una pequeña clase de yoga dirigida por Lili, toda una profesora top. En Instagram triunfaría como la coca cola.

Por suerte, tras la caída a aguas putrefactas, no nos ha pasado nada más. Pero parece que los espíritus del valle me han escuchado y en busca de gastarme una broma o no apiadarme de mi alma me tiran una buena piedra, que en principio no sé de dónde sale a la cabeza, provocando que me salga un chichón. Parezco un unicornio, lo que me faltaba.

Alzo la mirada y descubro que un pájaro se ha posado en una de las partes superiores de una columna y debe de haber golpeado sin querer con las patas la piedra, pero eso unido a la caída libre por la gravedad y que estaba parado apoyado en la columna hace que me lleve un buen golpe.

Hubiese preferido que me cagaran en la cabeza, como suelen hacerle a la gente, al menos eso no dolería tanto. Bueno, ahora las chicas también podrán ponerme un mote; el unicornio.

Llegó la hora muy a mi pesar de volver a casa. Tenemos que volver a puerto para coger nuestro barco rumbo a Barcelona y de allí el ave que nos lleve a Madrid. Hemos vivido un sueño estos días, un sueño que jamás podremos olvidar.

Nos montamos en el barco con lágrimas en los ojos mientras nos despedimos de Italia y todo lo que ha significado para nosotros estos días mientras nos encaminamos a Barcelona. Ni siquiera cenamos, nos metemos directamente en las camas para dormir durante el viaje y así no vomitar por el mareo a lo niña del Exorcista.

Noe me despierta zarandeándome con ternura. Parece que el barco se ha detenido y estamos en el puerto de Barcelona. Ya queda muy poco para llegar a casa y la verdad es que no sé si quiero que me lleven a ella o volver de nuevo a Italia, en verdad la voy a echar muchísimo de menos.

Cogemos un taxi que nos lleve a la estación de Sants, donde supuestamente tenemos que coger ese Ave que nos acerque a casa. Vamos algo justos de tiempo porque el barco se ha retrasado y la caravana que se encuentran los taxis que nos llevan al Ave no ayudan. Solo quedan cinco minutos

para que el Ave marche y todavía no hemos llegado.

Miro a mi conductor de taxi y le enseño el billete de cincuenta euros prometiéndoselo si nos acerca en tiempo récord. Y dicho y hecho. Él y su compañero se convierten en los Fernando Alonso de Barcelona y cogemos el Ave justo un par de segundos antes de que se cierren las puertas. La suerte del tonto, como se suele decir, No había corrido tanto desde que pensé que me perseguía Paquirrín para cantarme una de sus canciones.

Volvemos a dormir en el trayecto hasta Madrid. Si no fuera un tío pensaría que estoy embarazada, porque duermo como una marmota, no puedo mantener los ojos abiertos y eso que no me he tomado nada. Vaya tela.

El transporte frena de una manera brusca y me despierto de golpe. Parece que hemos llegado a nuestro destino. Nos bajamos con las maletas en la mano y con colocamos en círculos. Ahora cada uno deberá volver a su hogar.

Chicas, me ha encantado haber podido vivir esta experiencia inolvidable con vosotras, sois maravillosas. Nunca me olvidaré de este viaje, me ha marcado mucho y estoy seguro de que no será el último.

Nosotras también lo hemos pasado genial – me aseguran.

¿Qué os parece si cada año cerramos los ojos y colocamos el dedo en un lugar al azar en un globo terráqueo? – les sugiero.

Me parece una idea magnífica – dice Noe.

Pues ala, id ahorrando porque a la próxima me invitáis vosotras, y ya sabéis, lo que ha unido la tribu, que no lo separen las alergias, los chichones, las gambas, las mierdas de perro, los esguinces o la madre que me parió.

FIN

La tribu en Madrid

Janis Sandgrouse

A mis loquitas, por formar parte de esta historia...

Vanessa Jiménez, Paqui López, Raquel Álvarez, Majo Martínez, Marta Lanza y Eva María.

Capítulo 1



Una mañana más en la tribu

Lunes, empezamos la semana.

—Miau, miau, miau.

—¡Buenos días, hijos! —sí, hablo con mis gatos ¿y qué?

Todas las mañanas, en cuanto abro la puerta de la habitación, ahí están entrando como Pedro por su casa, ¿para qué van a preguntar? Para nada. Ellos maúllan y van derechos a la cómoda, se suben y ale, a mirar por la ventana.

Hasta que salgo y me siguen corriendo a la cocina donde, tras ver que me arrimo a la encimera, piden comida como si llevaran meses de hambruna. ¡Qué ansia la suya!, sobre todo el pequeño.

Cuencos rellenos, agua fresquita y mientras engullen me preparo el desayuno, que hay que empezar bien el día.

Con energías más que renovadas, activamos el modo “maruji”. Música movidita de acompañamiento y a hacer las tareas de casa.

Y así, movimiento de caderas y pompón incluidos, me paso las primeras horas de este nuevo lunes.

Toca relax, momento de navegar por Facebook un rato antes de escribir.

¡Madre mía!, unas pocas horas desde que me despedí de Internet la noche anterior y ya me esperan casi cuarenta notificaciones.

Lo primero mis buenos días en el muro, gif de café y a por la semana con fuerza. A ver de

quién son las notificaciones... ¿De quién va a ser? La mayoría de la tribu, si es que últimamente dormimos poco todos los de este grupo.

Revisadas, contestadas las que me habían etiquetado, respondidos los saludos mañaneros mientras escucho música y listo. A dar los buenos días en el grupo.

«Buenos días tribu!!!

Lunes, lunes, lunes... Inicio de semana y con resaca tras toda una noche de risas. Vaya fin de semana entretenido hemos tenido por aquí.

Venga, rondita de café y a pasar buen día.»

Y entre mi post, el de los jefes de la tribu, Dylan Martins, Manu Ponce y Hugo Sanz, y los de algunas chicas pasamos un rato donde la risa nos da vida. Bendita locura compartida en el grupo “Amor, Erotismo y Libros”.

Empezamos a charlar allí en las últimas semanas de confinamiento por el COVID-19, ese bichejo que día sí y día también era el principal protagonista de las noticias. Y en esos momentos, cuando el buen humor es más que necesario, a los tres escritores se les ocurrió invitarnos a unas cuantas lectoras y escritoras a formar parte del grupo. Las risas están aseguradas, pero es que las locuras... eso es barra libre, no se libra nadie de una buena.

Desde luego que esos ratos que compartimos en el grupo son lo mejor para los momentos de bajón, entras en Facebook y risa va risa viene.

Entre las fierecillas loquitas que forman la tribu está Vanessa Jiménez, esa barcelonesa morena con una sonrisa que contagia solo de verla en su foto de perfil. Dice que es un poquito despistada, y en comentarios multitudinarios en los posts se pierde como Dylan, vamos que otra para regalar un GPS por Navidad.

Es una loquita divertida, que para no ser andaluza tiene un arte la jodía...

Paqui López, otra de las que locura que ve, locura que sigue. Y es que esta burrianense con esa mirada de pilla que tiene se lanza a la aventura con el resto de la tribu. Eso sí, se escaquea en la oficina mientras se ríe con nosotros y luego dice que es culpa nuestra. ¡Si es que es bueno que haya pequeños cerca!

Raquel Álvarez Ribagorda, la otra madrileña como yo. Ella te recibe siempre con la sonrisa puesta. La pobre, que se ha vuelto experta en escapismo en el curro para ir al almacén donde tienen el móvil y cotillear lo que charlamos. Otra que se lanza a la aventura de los retos y me deja loca. Y es que el día que a Dylan se le ocurrió poner un bailecito del TikTok ese en el grupo pidiendo que lo hiciéramos, allá que se lanzó nuestra Raquelita. Ojo, que Paqui fue detrás. ¡Pero qué grandes las dos, madre mía!

Luego tenemos a Majo Martínez, la valenciana que derrocha alegría día tras día. Siempre ahí para darte los buenos días, buenas tardes o mandarte una de esas palabras de ánimo que de vez en cuando el cuerpo necesita.

Marta Lanza, la jerezana, es otra de esas loquitas que comparte locuras con toda la tribu. Pero es que ella lo primero que hizo fue avisar, que lo que piensa lo dice y ale, tan ancha se queda. Eso sí, las carcajadas que te hace soltar no tienen precio.

Eva María, una mallorquina dispuesta a compartir locuras sea la hora que sea. Y es que tiene lo que todas las demás, la alegría que desprende diariamente.

«Vanessa Me estoy perdiendo, ya no sé dónde escribo»

«Paqui Yo estoy muerta de risa en la oficina, me empiezan a mirar raro»

«Raquel No sé las veces que he entrado en el almacén a ver qué hacéis. De verdad, me estoy volviendo una experta en escapismo»

«Marta Vanessa hija, que estamos aquí»

«Majo A mí me tenéis de un lado a otro también jajaja Esto es un no parar»

«Vanessa Marta Lanza si ya sé que estáis aquí, pero es que voy de un lado al otro, el móvil se me vuelve loco, madre mía»

«Eva María Estamos todas igual, comentario aquí comentario allá»

«Paqui Yo no me encuentro ya jajajaja estaba buscando por todo el face»

«**Janis** Madre mía que os tengo que poner un GPS a todas... Si es que os pasa como a Dylan y Manu, os vais perdiendo»

Y así todo el día, en los ratos que puedo conectarme o descanso de la escritura, nos juntamos la tribu y la organizamos buena. Como aquella noche de *pijama party* con los calcetines... Esa quedará siempre grabada en nuestras memorias.

Capítulo 2



¿Hace una quedada?

Las chicas de la tribu, con esas risas que comparten, desde luego que son capaces de hacer que el día mejore por momentos

Hace tiempo que charlamos por la red y la tribu cada día está más loca (si es que nos lideran tres que... ojito que parecía que eran de lo más tímidos.

El confinamiento acabó y poco a poco empezamos con las fases de la desescalada, esas en las que nos han ido permitiendo salir a algo más que solo a comprar, al banco o a la farmacia. Y es que de tanto estar encerrados en casa acabaríamos locos (algunos más todavía, lo admito jajaja), y ahora que ya estamos en una normalidad más parecida a lo que era nuestra vida antes del bichejo, se me ha ocurrido organizar una quedada con la tribu en Madrid.

Va a ser complicado, la verdad, porque la tribu está esparcida por todo el mundo. Somos internacionales.

Si hiciéramos una quedada todos juntos... nos acabarían echando del restaurante donde quisiéramos cenar, porque las risas serían escandalosas no, lo siguiente.

Toca escribir, pero antes voy a pasarme a saludar al grupo de loquis.

«¡¡¡Buenas tardes, fierecillas loquitas de la tribu!!!

Pues vengo con una idea en la cabeza, a ver quién se anima.

¿Hace una quedada? Sí, vale, será complicado juntarnos todos, pero sería la bomba compartir una cena, charla, risas y algún chupito de piña sin tener una pantalla de por medio.

Yo ahí lo dejo. Si alguien se anima a visitar Madrid, me encargo de buscar una pensión

baratita para pasar la noche del sábado y después del desayuno del domingo nos despedimos hasta la siguiente (prometo churros con chocolate jajaja).

Feliz día, tribu de loquitas o loquitos»

Y mientras reviso las notificaciones anteriores me van saltando las reacciones y comentarios al post. He soltado una bomba, me parece a mí.

«Raquel Cuándo dices que nos vemos? Venga, que estamos cerquita. A esos chupitos no se les puede decir que no»

«Paqui Ya mismo me preparo una maleta!!! Venga esa cena, claro que sí»

«Marta Yo voy!!! Y Vanessa Jiménez también, que lo sé yo»

«Vanessa Ir? ¿Dónde? Que me puedo perder por el camino...»

«Marta Vanessa hija, no te pierdes que el tren te deja en Atocha y arreglado»

«Majo Pues claro que me hace!!! Una cena con la tribu yo no me la pierdo»

«Eva María Me apunto, no lo dudéis. Janis, qué día dices que nos vamos a Madrid?»

«Janis Cuando a todas nos cuadre un fin de semana. A ver... viendo calendario... ¿Dentro de dos fines de semana? Aunque en Madrid agosto es caluroso jajaja»

«Raquel Por mí bien, un finde de chicas y nos vemos que hay ganas de risas cara a cara»

«Janis Pues a ver si se anima el resto de la tribu y ya tenemos quedada nocturna»

«Paqui Para allá que me voy con vosotras»

«Majo Reunión veraniega de la tribu!!!»

«Marta Buenas nos vamos a juntar en Madrid... Janis tú estás segura de lo que has

propuesto?»

«Vanessa Yo voy, que no me quiero perder la noche madrileña si tenemos a Janis de guía jajaja»

«Janis Pues Marta ya ves, que me ha dado una locura jajaja»

«Majo Las locuras sanas son lo mejor, así que a por ella, chicas»

Como me imaginaba, la locura iba ser complicada llevarla a cabo puesto que muchos de los miembros del grupo están lejos, pero esas seis fierecillas de la tribu se me plantan en Madrid en un par de semanas.

Capítulo 3



Noticias frescas

«Buenos días loquitas!!

Vamos a empezar el día con un poco de música. Venga, a ver ese movimiento de pompón.

A reír y sonreír, tribu»

Y así, a ritmo de Álvaro Soler empieza la mañana.

Las chicas no tardan en saludar y damos comienzo a la tanda de risas.

*«**Vanessa** Buenos días, Janis!!! Eso es empezar el día con alegría»*

*«**Marta** A ver ese pompón en movimiento, que yo lo vea. Buenos días, loquita»*

*«**Raquel** Buenos días Janis, has llegado justo en el descanso, con el café me pillas»*

*«**Majo** Buenos días guapa, con esta alegría el día se empieza mucho mejor, claro que sí»*

*«**Paqui** Buenos días, hoy estoy sola en la ofi así que si me pongo a bailar no me ve nadie jajaja. Raquel, has dicho café? Trae uno para acá que necesito en vena, pero ya»*

*«**Eva María** Buenos días, yo también necesito algo para despejarme que no he dormido casi nada. Me ha tenido la nueva novela de Manu toda la noche leyendo. Café no puedo tomar así que algo que me devuelva a la vida, por favor»*

*«**Vanessa** Eva María un buen cola cao jajaja o del bote a cucharadas que eso es un vicio, verdad que sí, Janis Sandgrouse?»*

*«**Janis** Ya te digo Vanessa, yo pongo un poquito en el vaso y luego tomo unas cucharaditas, eso es gloria bendita jajaja»*

«**Marta** Pero no tenías el vicio de chocolate, Janis hija mía?»

«**Janis** También, Marta, también. Pero ese es porque sustituye lo que tú sabes jajaja»

«**Marta** Sí, Janis. Si aquí sigo yo con mi Spiderman particular. Vanessa tú con Casper cómo vas? Jajaja»

«**Vanessa** Igual, está que no está jajaja»

«**Majo** Chicas cómo va la organización del viajecito a Madrid? Qué ganas de veros y poneros cara real jajaja»

«**Raquel** Pues deseando que llegue el día. Esa noche la vamos a liar, me parece a mí jajaja. Tenemos un peligro...»

«**Janis** Ya he mirado en algunas pensiones, hay un par de ellas con buena pinta y baratitas. Ahora iba a ponerme en contacto con ellas, después os cuento, ¿ok?»

«**Paqui** Perfecto guapa, aquí estaremos esperando noticias»

Me despido de las loquitas de la tribu y empezamos ronda de revisión de notificaciones y saludos mañaneros.

Los tres jefes del grupo están más locos que nosotras, si es que eso es posible, y en sus posts de buenos días se lía la mari morena. Las chicas les vamos saludando e incluso en ocasiones contestamos nosotras en esos comentarios y los volvemos locos. Pero y lo que se ríen con nosotras, ¿qué?

Mientras la música en el YouTube va saltando de una canción a otra, termino de revisar el Facebook y vuelvo a las páginas web de las pensiones que apunté. Tras hablar con ambas, me quedo con el teléfono de la que más me gustaba, y afortunadamente tiene habitaciones disponibles suficientes para que podamos pasar las siete allí la noche del sábado, aunque no sé yo si dormiremos mucho.

Menos mal que las chicas han decidido viajar todas en tren hasta Madrid, porque así podrán

echarse una siestecita en el viaje de vuelta.

Con la reserva hecha, busco un restaurante por la zona a donde quiero llevarlas después. Eso va a ser una sorpresa, no van a saber nada del lugar escogido para tomar unas copas porque si no las tengo nerviosas antes de tiempo.

Entro a cotillear en la web de varios restaurantes con muy buena pinta, pero me decanto por el que está a tan solo una calle del local que será broche de oro a esa cena. Llamo por teléfono y la chica que me atiende me toma nota de la reserva, le he pedido que a ser posible nos pongan en una mesa redonda, de ese modo podemos vernos todas y no tenemos que estar incorporándonos para ver a la que nos pille en la otra punta.

Le pregunto si habría algún problema en ir antes de la hora y así tomarnos una copita para charlar y me dice que no, que teniendo reserva podemos llegar antes o un poquito después que la mesa seguirá esperando.

Me despido de ella con un efusivo gracias por tan amable atención recibida por su parte y acto seguido busco el teléfono del local donde voy a darles la sorpresa a esas loquitas.

Hablo con la dueña, que es de lo más amable, y le explico lo que quiero. Debo decir que conozco el sitio porque me llevó una amiga hace un par de meses y... sé que allí las chicas se lo van a pasar de lujo.

Con todo más que organizado vuelvo al grupo para hablar con mis chicas.

«¡¡Hola, hola!!

Tribu, vengo con noticias frescas.

Las fierecillas que vengáis a Madrid para una cena de la tribu, que sepáis que...

¡Ya tenemos la reserva en un restaurante para cenar y una pensión para dormir! Si es que después de la noche que vamos a pasar pisamos la habitación antes de las ocho de la mañana.

He pensado que si estáis aquí a partir de las cinco de la tarde nos da tiempo para tomar un café por allí. Después ir a la pensión para arreglarnos y luego ir al restaurante.

Y después de la cena ya sabéis, unas copitas, bailoteo y a mover el pompón.

¡¡Empieza la cuenta atrás!!»

«Majo Ole!! Ya me has puesto más nerviosa jajaja con las ganas que tengo de pasar esa noche madrileña con la tribu. Qué pena que no venga más gente, con lo bien que lo vamos a

pasar»

*«**Paqui** Nos vamos pa' Madrid!! Janis hija qué rápida organizando todo jajaja. Voy a ir buscando billete no sea que me quede en tierra jajaja»*

*«**Marta** ¡¡Toma ya, hija!! Venga, pues a Madrid que nos vamos a cenar, reír y bailar. Oye, me moverás el pompón, pero de verdad, ¿no? A ver si me vas a dejar a mí sola en la pista jajaja. Bueno, espero que esté Vanessa Jiménez conmigo»*

*«**Vanessa** Yo? ¿Bailar? Pero si me da vergüenza... Si me acompañáis vosotras sí, pero no me dejéis sola que me escondo»*

*«**Janis** Marta, yo hago de Celestina para Vanessa y para ti. Muevo el pompón y os busco compañía jajaja»*

*«**Marta** Celestina para qué, si yo estoy bien así jajaja»*

*«**Janis** Pero no decíais que os queríais quitar las telarañas?? Marta pues en Madrid os busco yo un buen empot... Perdón, al amor de vuestra vida jajaja»*

*«**Vanessa** Ay madre a ver qué lías, Janis»*

*«**Janis** Pero si yo soy un amooooorrrrrr!!! Vanessa, de verdad, qué poquito confías en mí»*

*«**Raquel** Chicas, tengo el móvil vibrando todo el rato. ¿Pero qué habéis liado aquí ya? Me paso más tiempo en el almacén que trabajando jajaja. Pero es que esto vibra y yo quiero cotillear y leer lo que decís jajaja»*

*«**Majo** Raquel que ya tenemos organizada la noche en Madrid. Janis ha reservado todo, y yo acabo de coger billete para ir»*

*«**Janis** Olé esa Majo!!! Ya no te puedes echar para atrás jajaja tienes que venir a ver a la tribu sí o sí»*

*«**Eva María** Ya tenemos todo para Madrid?? ¿¿En serio?? ¡¡Bien!! Qué ganas de salir por*

allí y liarla con vosotras jajaja. Voy en busca de billete yo también, que mira que si me quedo sin él...»

«Paqui Ya lo tengo, chicas!!! Deseando que llegue el día para veros. Risas y más risas ya veréis»

«Dylan Sí que se lo van a pasar bien ustedes, preciosas. Lástima no poder ir ese fin de semana para compartir cena y risas»

«Marta Dylan Martins pues cancelas lo que tengas planeado y te vienes, que mejor que con nosotras no te lo vas a pasar»

«Raquel Eso, Dylan, que no se diga. Vente a Madrid con las chicas de tu tribu, jefe jajaja»

«Hugo No tienen peligro las niñas, madre mía. ¡¡Tiembla Madrid que va la tribu!! Jajaja. Pasárosllo bien, preziozotas y después nos lo contáis»

«Paqui Hugo Sanz, otro que tal. Si es que no os venís porque no queréis. Mira que estar ocupados ese fin de semana los dos... Bueno, y Manu Ponce que tampoco viene»

«Majo Sí, no se quieren venir. Con lo bien que se lo iban a pasar con nosotras, si no ibais a dejar de reír con vuestras niñas»

«Manu Hola, bonitas. Ya quisiera yo ir a Madrid con ustedes y pasar una noche de risas, pero no puede ser. Ustedes disfrutar por todos nosotros»

«Janis Ains, Manu, mi Moreno. Qué manera de dejarnos solas. Vais a dejar a las mujeres de vuestra tribu sueltas por Madrid... sin jefes... pufff si no damos señales de vida el lunes yo no quiero saber nada jajaja»

«Eva María Pues nada, vosotros os lo perdéis. Con lo bien acompañados que ibais a estar y no lo aprovecháis»

«Marta Siete mujeres para vosotros solos toda una noche, lo que os iban a envidiar en la discoteca jajaja»

«**Janis** Nada chicas, que si no vienen los “papás” no nos riñen. Nosotras a disfrutar de los chupitos de piña y de mover el pompón jajaja»

«**Raquel** Luego pediréis fotos del delito, pero os quedaréis con las ganas jajaja Bueno, Dylan igual ve alguna que él nos pone vídeos, Manu y Hugo no que no se dejan ver jajaja»

«**Majo** Sí!!! Fotos, muchas fotos nos vamos a hacer. Esto tiene que quedar para el recuerdo, chicas»

«**Janis** Hombre pues claro que nos haremos fotos, y una de las más decentes las compartimos con la tribu jajaja»

«**Marta** Pero es que piensas que nos hagamos fotos indecentes, Janis?? ¡¡¡Madre mía que se nos desmelenan la niña en Madrid!!!»

«**Manu** A ver qué hace la mini de la tribu por allí, ¿eh? Jajaja. Ustedes tenéis que ser buenas...»

«**Vanessa** Tranquilo Manu que yo las vigilo jajaja no bebo nada de nada y listo»

«**Janis** A mis años y con niñera?? Por Dios que me queda poquito para los treinta y ocho ya... Además, si soy la más buena de todas. Un angelito yo, hombre por favor»

«**Paqui** Para una noche que nos vamos a juntar, nos podemos portar mal jajaja. ¿Qué cosas indecentes se te han pasado por la cabeza, Janis? Que con lo que sueles escribir... Cuéntanos para ir preparadas jajaja»

«**Janis** De verdad, si os leyera mi abuela pensaría que su nietecita del alma se ha vuelto una descarriada. Yo no he pensado nada malo, o sí, no sé, ya veremos cuando acabemos de cenar jajaja»

«**Hugo** Mirar que vamos a estar lejos para ir a sacaros del cuartelillo, ¿eh? Jajaja»

«**Eva María** Una noche es una noche, hay que soltarse la melena que bastante tiempo nos

han tenido en casa metidos»

*«**Majo** Eso, nosotras a divertirnos y ya está. Lo que pase en Madrid... allí se queda»*

*«**Raquel** Y las pruebas del delito guardaditas para nosotras. Prometemos foto de la cena, que es donde mejor estaremos seguro jajaja»*

Sin duda el día que nos juntemos no van a faltar las risas. Estas loquitas te mantienen con la sonrisa en el rostro mientras las estás leyendo.

Capítulo 4



Café virtual

Otro día que descontamos de los que nos quedan para vernos en Madrid, y hoy hemos pensado en tener un café virtual en el grupo.

Y ahí está el post de Eva María, listo y esperando.

«Buenas tardes tribu.

Vamos con la hora del café acompañado de un rato de charla y risas.

¿Quién se anima?»

No tardan en llegar los primeros comentarios de algunas de las chicas. Es viernes y apetece distraerse un poco para acabar la semana.

Y como no podía ser de otra manera, Dylan dejó un post esta mañana a modo de recordatorio para que estemos esta noche todas por el grupo. Qué se le habrá ocurrido ahora al jefecito...

«Janis Buenas tardes Eva, guapa. Aquí me tienes con el café, ya sabes uno al día nada más que si no acabo subiéndome por las paredes como la niña del exorcista y no es plan»

«Marta Janis pues estarías para verte jajaja Andando de espaldas y a cuatro patas subiendo las escaleras y luego trepando las paredes, ¡¡¡ay que me meo!!!»

«Janis Mírala, cómo se ríe la señorita a mi costa oye. Bueno, te lo perdono porque estamos a viernes jajaja»

«Raquel Chicas me tomo el café rápido con vosotras y me vuelvo al curro, en mi vida había visitado tantas veces el almacén jajaja»

«Eva María Raquel, hija, que trabaje tu jefe un rato y te deje tomarte el café. Dile que estás reunida jajaja»

«**Janis** Eso, Raquel, tú di que estás halando con clientas potenciales para su negocio jajaja. A ver, que yo hijos no tengo y no voy a comprar vestidos de comunión ni trajes de marinerito, pero... algo podré pedirte jajaja»

«**Majo** Ya estoy aquí, chicas. ¿Cómo va ese café?»

«**Marta** Welcome, Majo, bonita. Nos falta Vanessa Jiménez. A ver si se manifiesta, que igual se ha perdido en el camino»

«**Janis** Me veo pillando un GPS para el grupo entero jajaja. Entre Dylan y Manu que se nos van perdiendo y la pobre Vanessa que les sigue los pasos...»

«**Vanessa** Ya llego!! Que el móvil me va echando cada vez que quiere. Este se vuelve loco y a mí con él de paso»

«**Marta** ¿Más todavía, Vanessa? Pues vamos bien, de aquí al manicomio todas de cabeza»

«**Raquel** Eso no lo dudéis, que acabamos todas en una habitación con paredes acolchadas. Pero que nos quiten lo bailao jajaja»

«**Janis** Yo ya dije que tengo enchufe en el psiquiátrico y os consigo plaza jajaja. Mi psicólogo es muy enrollado, os abre agenda a todas rápido»

«**Marta** Foto del psicólogo tienes? Para ver si se le ve profesional, y eso jajaja»

«**Eva María** Pobre hombre, si nos juntamos todas en una reunión colectiva con él, pide la baja y se recluye en el centro él solito jajaja»

«**Janis** Marta foto no tengo, pero sí un gif, jajaja mira qué apañado es el hombre. Así nos recibe, como Jim Carrey en Ace Ventura, con tutú rosa incluido jajaja»

«**Raquel** Madre mía, si ese es el psicólogo... acabamos peor de lo que entremos, ya veréis»

«**Janis** Jajaja Raquel, que no mujer, que es un profesional como la copa de un pino. ¿Y un

arte que tiene... no le ves? Jajaja»

*«**Majo** No hay más que verte a ti, Janis, para saber que ese hombre es todo profesionalidad jajaja ¿cuántas sesiones llevas tú? Para hacerme una idea de las que me harán falta a mí»*

*«**Paqui** Sesiones no sé, Majo, pero creo que Janis nos habla desde el centro jajaja Si tiene enchufe es que ya lleva con la plaza fija un tiempo»*

*«**Janis** Paqui, hija, no cuentes mis secretos jajaja Cachis, ahora a ver cómo voy yo a Madrid con vosotras. Pero no estoy tan loca, de verdad, palabrita de girl scout»*

*«**Eva María** Janis estás tan loqui como el resto, maja, no te quites méritos jajaja»*

*«**Majo** Pero eres una loca muy sana Janis jajaja. Benditas locuras para pasar unas tardes de buen rollo»*

*«**Raquel** Chicas se me acabó el chollo, vuelvo al trabajo. Madre mía a ver si pasa rápido la tarde. Luego os leo»*

*«**Marta** Venga Raquel, ánimo y ves de vez en cuando al almacén que estaremos por aquí jajaja»*

*«**Paqui** Yo sigo currando en la ofi, pero os echo un ojo de vez en cuando»*

*«**Marta** Menos mal que el sábado por la noche no vais a estar trabajando chicas jajaja. En Madrid tenemos que disfrutar y quitarnos los agobios»*

*«**Vanessa** Eso, en Madrid a desmelenarse que Janis nos lleva de marcha. Y a todo esto, ¿dónde vamos a ir?»*

*«**Janis** Pues Vanessa ahí me marco un Isabel Gemio, “Sorpresa, sorpresa” jajaja. Ahora ya sabes “acompañame, una noche más” (¿lo has leído cantando, a que sí? Jajaja»*

*«**Eva María** Vanessa no sé, pero yo sí jajaja»*

«**Majo** Cómo se nos nota la edad jajaja aquí recordando esos programones de la televisión de antaño»

«**Janis** Pues Majo me acaba de venir a la mente Jesús Puente con “Lo que necesitas es amor”, qué dramones se veían a veces. La de secretos que guarda esa caravana, por favor»

«**Eva María** Jajaja sí, si la caravana hablara nos quedaríamos locos todos. Qué no habrá visto ahí dentro»

«**Janis** Yo hay veces que recordando la canción, cuando decían aquello de “si el amor llama a tu puerta, ábrela no te lo pienses más” sí que me lo habría pensado antes de abrirla alguna vez jajaja»

«**Majo** Es que había algún que otro invitado que pobrecillo, suerte no había tenido antes eh jajaja»

«**Raquel** He vuelto, jajaja cada vez se me da mejor lo de escaquearme. ¿En qué momento pasasteis del café a la Gemio y al Puente? Esto no veáis como vibra, mira que os gusta hablar de verdad»

«**Janis** Pero si estamos aquí tan calladitas, eres tú que quieres escaquearte y buscas la excusa en cuanto puedes jajaja»

«**Raquel** Pues también es verdad, Janis, para qué nos vamos a engañar a estas alturas jajaja»

«**Vanessa** Sí, sí, pero Janis no dice nada de lo que haremos el sábado. Una pista al menos, guapa»

«**Marta** Eso, que tendremos que ir preparadas. ¿Qué meto en la maleta, Janis? ¿Y en el bolso? ¿Me dejo a Spiderman en casa? Jajaja»

«**Vanessa** Yo a Casper también le dejo aquí jajaja»

«**Paqui** Tanto secreto que nos tiene Janis temiéndola, se parece a los jefes jajaja que sueltan

la bomba y ahí queda, no dice ni pío»

*«**Janis** Ya dije en su día que aprendí bien de ellos: llego, lo suelto, me despido, desaparezco y ahí lo dejo para que penséis jajaja»*

*«**Eva María** Sí, sí has aprendido bien jajaja. Pero dinos algo, una pista pequeña. Va, ¿dónde vamos?»*

*«**Majo** Nos va a tener esperando hasta el último momento, ya veréis»*

*«**Vanessa** Pues muy mal, Janis, no nos dejes con la intriga»*

*«**Janis** Solo diré que os lo vais a pasar muy bien jajaja. Y hasta aquí puedo leer, me voy a escribir»*

*«**Paqui** Ya está, ya se fue, igual que los jefes jajaja después de soltar la bomba desaparece»*

Y ahí las dejo, con la intriga, pero sabiendo que cuando entren atraviesen las puertas del local, van a sufrir un amago de infarto jejeje.

Desconecto por el momento, que después toca *pijama party* del viernes noche, a ver con qué locura nos sorprenden los tres jefes de la tribu.

Capítulo 5



Descontando días

«Buenos días, loquitas.

Seguimos descontando días para la cena del sábado noche en Madrid. Party, party!!

Venga, que estamos ya a un pasito de vernos.

Feliz día»

Y así empezamos esta mañana de lunes en el grupo, después de un fin de semana donde solo de recordar la noche del viernes tenía la risa floja.

Y es que en esta tribu si no dice una alguna tontería, la dice otra. Y los jefes están desatados, que se vienen arriba con las locuras y la van liando parda.

*«**Vanessa** Buenos días, Janis!!! Venga que ya está el sábado ahí a la vuelta de la esquina. Deseando saber dónde nos llevas, que no sueltas prenda hija»*

*«**Paqui** Buenos días guapa, contando las horas estoy jajaja que quiero que llegue ya el día y veros a todas, que achuchones y risas no tienen que faltarnos. Vanessa, que le gusta dejarnos con la intriga»*

*«**Raquel** Buenos días!! ¿Ya empezamos con la reunión? Venga vale me pilláis desocupada. ¿Voy a por café? Es por salir un rato del trabajo jajaja»*

*«**Janis** Ya llegó Lady Escapismo jajaja Otra vez en el almacén, Raquel?? Se preguntará tu jefe qué hay tan interesante allí para que vayas tanto»*

*«**Eva María** Buenos días, guapas. Ya huele a sábado por aquí jajaja. Madrid prepárate que va la tribu!!»*

*«**Raquel** Janis ahora estoy limpiando los cristales, que los estoy dejando... la gente que*

venga igual se equivoca de entrada y se estampa en ellos jajaja»

*«**Janis** Jajaja madre mía Raquel, cuidado que no se dejen los dientes en el cristal hija mía»*

*«**Paqui** Raquel cuando acabes te pasas por la ofi?? Jajaja Y ya nos tomamos un café juntas»*

*«**Raquel** Cuando quiera llegar yo allí, Paqui, te has ido a comer a casa jajaja, pero vale por tarde nos tomamos un café y charlamos»*

*«**Majo** Vas a tener que poner un letrero para que sepan dónde está la puerta jajaja»*

*«**Janis** Ya te dijo Majo, está dejando Raquelita los cristales de un brillante... jajaja Menos mal que no voy a visitarte, que yo muy soy de comerme los cristales invisibles»*

*«**Vanessa** Entonces, hablando del sábado. Tenemos todo listo para desmelenarnos, ¿no?»*

*«**Janis** Todo, todito, todo Vanessa jajaja Habitación esperando, restaurante reservado, sorpresa para después de la cena y luego si el cuerpo aguanta unas copitas»*

*«**Paqui** Pero no dice dónde vamos después de la cena, de verdad qué mujer esta, lo que le gusta hacernos esperar»*

*«**Vanessa** Nada Paqui, yo lo he intentado hija, pero no ha colado. Esta Janis que no abre boca para dar información, de verdad...»*

*«**Raquel** Más la vale que después nos guste donde vamos, mira que como le dé por llevarnos a un manicomio de visita... es pa' matarla jajaja»*

*«**Janis** No queréis conocer a mi psicólogo?? Pues vaya chasco se va a llevar el pobre hombre, con lo majísimo que es. Ya que le había dicho que iba a tener a siete pedazos de mujeres para él solito una noche entera... ains»*

*«**Vanessa** Janis es que hija si no enseñas foto del psicólogo cómo vamos a querer conocerle. A ver, que igual es una bellísima persona y puede estar más loco que todas nosotras juntas»*

«**Eva María** Vanessa si está tratando a Janis ese hombre muy cuerdo ya no está jajaja»

«**Majo** Y cómo es él? ¿De dónde es? ¿A qué dedica el tiempo libre?»

«**Raquel** En qué lugar se enamoró de ti?»

«**Paqui** Pregúntale, por qué ha robado un trozo de mi vida?»

«**Marta** Jajaja y después de este momento Perales, Janis, ¡¡¡por Dios dinos dónde nos llevas el sábado!!!»

«**Vanessa** No va a soltar prenda, verás. Janis, si nos lo dices saco a tu Agnes favorita jajaja que me vas a tener dando saltos de alegría, te lo prometo jajaja»

«**Janis** Eh, que Marc Anthony hizo una muy buena versión de la canción “Y como es él” y a mí me encanta. ¡Uy qué tarde...! tengo que ponerme con la comida, chicas, ya nos leemos después... jajaja»

«**Raquel** Y así es como Janis de repente está, y de repente ya no. Ella hace “chas” y desaparece de nuestro lado. Chicas, nos veo el sábado de visita a algún manicomio»

«**Eva María** Pues nada dejamos a Janis allí ya reclusa y listo»

«**Vanessa** Eva si ella dijo que ya tenía plaza, lo raro es que la dejen salir una noche entera jajaja Con qué habrá sobornado a los vigilantes nocturnos»

«**Eva María** Con su vicio favorito, seguro. Esta capaz es de haberles prometido sándwiches de nocilla un mes entero jajaja»

«**Marta** Pues no estaba Janis a base de verde?? Si la pobre tiene que tener ya cara de conejita, tanta lechuga que lleva en el cuerpo»

«**Vanessa** Jajaja Marta es que cuando le da el capricho se cena un sándwich de nocilla (o dos según le dé jajaja) y al día siguiente lo contrarresta con ensalada en la comida jajaja»

«Paqui Chicas, a ver si nos va a llevar Janis a cenar a un vegetariano... tanta ensalada y fruta que come ella y nos deja sin unos calamares típicos de Madrid»

«Raquel Y ya cambiamos de tema otra vez, qué diversidad tenemos de verdad. Jajaja lo mismo cantamos que hablamos de gastronomía. Oye, calamares, croquetas, jamón... un tapeo de los buenos jajaja Las ensaladas que las deje para su casa»

«Marta Si me pone a cenar lechuga la mato. Que si además de mis telarañas para un día que voy a desmelenarme me pone verduritas... mal vamos»

«Majo Chicas os dejo, después nos leemos que voy a ponerme con la comida yo también. Estos ratitos de risas son los mejores»

«Raquel Yo voy a seguir con los cristales, madre mía si parece que no tenemos jajaja relucientes, relucientes me han quedado»

«Paqui Hasta otro ratito, guapas. ¡¡Que vivan las risas!!»

«Marta Nos leemos, bonitas»

Capítulo 6



El día “D”

Y al fin llegó el sábado. El día “D” para esa parte de loquitas de la tribu que nos vamos a ver al fin sin una pantalla de por medio. Sin esos kilómetros que nos separan y con todas las ganas de abrazarnos, pero, sobre todo, reír a carcajadas y escuchar esas risas que tanto leemos en el grupo.

Desde bien temprano los posts de buenos días han estado monopolizados por nosotras siete, las fierecillas locas que vamos a perdernos por Madrid.

Fotos de maletas, de las estaciones en las que están, de paisajes a través de las ventanas del tren, y como no podía ser de otra manera, recién llegada a Atocha voy allá con mi post de buenas tardes.

«Hola, tribu.

Aquí estoy en Madrid esperando la llegada de las otras siete integrantes de esta tribu que me van a acompañar hoy.

Subiremos foto de ese nuestro primer encuentro en cuanto acabemos con abrazos y saludos. No sé el tiempo que nos llevará así que... paciencia y esperarnos jajaja.

Feliz tarde guap@s»

Hicimos un grupo de chat en Messenger y hemos estado todo el tiempo conectadas a través de los mensajes, así que les he mandado foto al grupo de la cafetería donde las voy a ir esperando, y un *selfie* sentada para que me reconozcan enseguida (lo hago por las que se puedan perder que no me he traído GPS para la ocasión).

En cuanto les pongo la foto con el mensaje “Buscarme aquí” y señalando con el *Emoji* del dedo el nombre de la cafetería, se me descojonan todas de la risa.

Me pido un café y a esperar mientras trasteo en el Facebook.

Los jefes no han tardado en comentar el post con las noticias de mi llegada a Atocha, todos deseando que nos lo pasemos bien y que nos cuidemos (almas cándidas las tuyas, si supieran dónde voy a llevar a esas seis loquitas...).

—¿Janis? —escucho que preguntan y levanto la mirada del móvil.

Cuando veo que frente a mí está Raquel, las dos sonreímos y nos lanzamos al abrazo.

—Parece mentira que estando nosotras tan cerca hayamos tardado tanto en vernos —me dice cuando nos sentamos.

El camarero que me atendió viene de nuevo y Raquel le pide un café. Nos quedamos solas y retomamos nuestra primera charla oficial.

—Pues sí, pero ya sabes que entre unas cosas y otras... Pero aquí estamos, en los madriles para pasarlo como enanas.

—Madre mía, qué ganas tenía de ver a alguien de la tribu, una pena que los tres locos no se apuntaran.

—Esos lo que tienen es mucha excusa para dar jajaja. Pero bueno ya se organizará una macro quedada de la tribu que aquello será... como una boda en el Amazonas.

Y venga risas otra vez.

Así andamos, entre charla de esto y aquello, cuando escuchamos que gritan el nombre de Raquel y, al mirar las dos hacia donde lo hace el resto de clientes, vemos a Paqui maleta en mano.

—¡Ay, mi Raquelita! —veo cómo las dos se abrazan y solo por eso ya me doy por satisfecha de haber propuesto esta locura—. ¡Janis, por Dios! Qué alegría conocerte. Ya pongo cara a la culpable de mis desvelos por estar leyendo.

—Ains, madre que me harás llorar y todo —la abrazo y nos quedamos así un rato, hasta que el camarero nos interrumpe.

Pobre muchacho, estoy por decirle que todavía faltan cuatro por llegar y evitarle los paseos.

—De verdad, tenía ganas de conoceros, chicas —dice Paqui una vez han traído su café.

—Y yo también, esto nos queda para el recuerdo. Que está bien charlar y reírnos en el Facebook, pero donde esté el cara a cara que se quite la pantalla.

—Cuánta razón, Raquel. El contacto con esas personas con las que compartes el día a día a través de una red social es buenísimo, se te olvidan las penas por un rato, pero donde esté el café del bar de toda la vida que se quite el de los gifs —nada más acabar de hablar, veo que se acerca otra de las loquitas y se me forma la sonrisa.

—¡Creí que no llegaba, chicas! —ahí está Vanessa, sonriendo, pero con cara de preocupación.

—Pero ya estás aquí, loquita —me pongo en pie y la achucho con fuerza. De entre todas las que estamos en el grupo, ella es la que más se pierde entre comentarios.

—En serio, que me he bajado y yo con el móvil en la mano buscando la cafetería de la foto, Janis. Me miraba la gente y pensaría “¿y esta loca qué estará mirando?”

Y mientras repartimos besos y abrazos, se nos acerca alguien dando grititos. Al separarnos vemos a Majo con los brazos abiertos y hacemos achuchón grupal. El camarero ya ha debido coger confianza porque se acerca sonriendo y cuando deja los cafés sigue igual.

—¡Madre mía, mi tribu! Qué ganas de pasarlo bien con vosotras —Majo se sienta y el resto la imitamos.

Seguimos charlando y recibo en el chat del grupo un mensaje de Eva María, que está llegando, informo a las chicas y esperamos que llegue. También falta Marta, y con ellas estaremos las siete magníficas reunidas.

Veo al camarero acercarse, miro a la mesa y compruebo que tenemos todas el café, así que le vuelvo a mirar y con una sonrisa y guiñándome el ojo me señala hacia el frente con un leve gesto de cabeza.

Miro hacia donde me indica y me río al ver a Eva y Marta venir juntas, riendo y con su maleta.

Cuando se unen a nosotras, empieza el reparto de besos y abrazos. Miro al camarero y sigue sonriendo, pero ahora casi es más una risa disimulada. Le pedimos las bebidas de las recién llegadas y nos ponemos al día.

—¿Qué tal el viaje, chicas? —pregunto en general puesto que todas, menos Raquel y yo, han venido desde lejitos.

—Tranquilo y bien. Escuchando música y trasteando en Facebook —responde Eva.

El resto también ha tenido un viaje tranquilo, y nada más llegar informaron a las familias de que estaban bien.

Entre risas y charla nos hemos quedado solas en la cafetería con el camarero, que cada vez que nos escuchar reír a carcajadas con alguna de nuestras locuras tiene que disimular la risa.

—Bueno, foto para el grupo ¿no? —pregunta Raquel y allá que va móvil en mano para hacer un *selfie* grupal.

Cabezas cortadas, ojos cerrados, carcajadas varias y ni una foto decente.

—Perdona... —llamo al camarero que no tarda en acercarse a nuestra mesa—. ¿Nos podrías hacer una foto?

—Varias, no sea que en la primera salga alguien como en las anteriores —le pide Paqui.

—Claro —cogiendo el móvil el muchacho se aleja un poco, nos enfoca, sonreímos y dispara. Las fotos, se entiende.

Le devuelve el móvil a Raquel y tras una sonrisa vuelve a la barra.

Nos la pasa a todas y la comparto con el resto de la tribu, etiquetándolas a ellas.

«Buenas tardes tribu.

Las siete loquitas ya están reunidas. Cafés variados y pasando un rato de risas.

Nos falta gente porque en esta tribu de loquit@s somos muchos, pero os tenemos presentes.

Prometemos más fotos. Por el momento seguimos con la charla»

En cuanto uno de los jefes aprueba el post y se sube, las chicas que están conectadas a esta hora empiezan a comentar, decírnos que lo pasemos bien y que compartamos muchas fotos.

Tras una larga y más que entretenida charla, salimos de la estación de Atocha con nuestras maletas camino de la pensión donde vamos a quedarnos. La verdad es que lo del medio de transporte no ha sido algo en lo que pensáramos ninguna así que vamos hacia la parada de taxi y nos dividimos en dos coches.

Una vez nos dejan en nuestro destino, le pregunto al taxista si estará trabajando esta noche ya que vamos a necesitar un transporte para movernos de un sitio a otro, me confirma que sí y me guarda su teléfono para llamarle cuando estemos listas y que nos recoja, y él me asegura que vendrá con otro compañero suyo.

Pues nada, con nosotras este buen hombre se hace la semana.

Entramos en la pensión y me atiende la misma chica con la que hablé por teléfono, nos hace el registro de cada una, entrega de llaves y listas para ir a acicalarnos.

¡¡Prepárate, Madrid, que la tribu ya está aquí!!

Capítulo 7



La tribu ya está aquí

Unos golpecitos en la puerta me avisan de que las chicas ya están acicaladas. Un último vistazo en el espejo, bolso, llave y lista para la noche.

Salgo y ahí están todas, esperando en el pasillo con sus *looks* veraniegos preparadas para empezar la aventura nocturna de la tribu por Madrid.

Saco el teléfono para llamar al taxista y como me dice que le hemos pillado en un servicio, le esperamos en una terracita que hay justo al lado de la pensión.

Raquelita ya esta con el móvil en la mano y sacando fotos, eso sí, en parejas que así no cortamos cabezas y salimos todas estupendas.

—Estas para el *Face* —dice tan sonriente.

Madre mía, van a tener más fotos nuestras en el grupo en un solo día que en todo el tiempo que llevamos ahí congregados todos los de la tribu.

Nos tomamos una copita para abrir la noche y en cuanto el taxista me avisa allá que vamos todas a la puerta de la pensión a esperarle.

Tal como dijo, viene con otro taxi así que volvemos a repartirnos y ponemos rumbo al restaurante, nuestra primera parada de esta reunión de locas.

—Bueno, ¿y nos piensas decir dónde vamos a ir después de cenar? —pregunta Paqui.

—Eso, que no has soltado prenda desde que organizaste la quedada, hija mía —protesta Vanessa.

—Ya os lo dije, es una sorpresa. Pero una de las buenas, lo prometo, de verdad —contesto riendo.

—Nada, que con esta mujer no cuela que le pidamos algo. Si es que ya es como los jefes, lo dice y te quedas pensativa—dice Raquel con una sonrisa de medio lado y negando.

—A ver, os doy pistas... Hay música.

—¡Acabáramos! Nos lleva a bailar, vamos bien —salta Paqui.

—Pues muy bien, a darlo todo en la pista —no puedo evitar reír al ver a Raquel bailando sentada moviendo los hombros.

—Bueno, me vale por el momento. Así bajamos lo que cenemos —claudica Vanessa.

Miro al taxista y mientras nosotras charlamos como si estuviéramos solas, él intenta contener la risa. Madre mía, si es que contagiamos la locura allá por donde vamos. Y eso que es la primera vez que nos juntamos.

—Le llamo cuando acabemos, pero mínimo se nos irán aquí dos horas —comento con el taxista antes de bajarme.

—Si quiere llamar media hora antes, así no las tengo esperando mucho tiempo.

—¡Ah, pues sí, genial! Muchas gracias.

—Que se diviertan —se despide con una sonrisa y es que dada la charla que hemos tenido en el camino no es para menos.

Entramos en el restaurante y tras dar mi nombre de la reserva, nos dicen que tenemos la mesa lista pero que si queremos podemos tomar una copa antes de sentarnos, así que optamos por ir a la barra y hacer tiempo antes de cenar.

—Están en el grupo todos comentando las fotos, madre mía qué exitazo jajaja —nos informa Raquel cuando nos ponen las bebidas.

—Hija, es que no se nos ha visto nunca tanto —me río al escuchar a Paqui.

—Eso es verdad, a mí me habéis visto los pies con calcetines y el *tattoo* cuando lo pidió Hugo. Que menuda ocurrencia, con lo difícil que es hacerse una foto una misma a la espalda —digo cogiendo el vaso para dar un sorbo.

—Calla —me pide Vanessa—, que yo se lo pedí a mi hija y estuve pensando qué responder si me preguntaba para qué era.

—Pues tu atrapasueños es una pasada, me encanta —le aseguro.ç

—Yo puse hasta el de mi hijo, lástima que al jefe no le valiera —cuando escuchamos a Eva volvemos a reír.

—Será posible que para un reto sencillo que nos ponen, no mostramos los deditos de los pies —dice Raquel y la veo negar—. Vamos, que en la tribu nos faltan dedos, ¡hay que ver!

—Es que los pies bonitos, lo que se dice bonitos, pues no son —interviene Majo.

—¿Por qué creéis que preferí hacer malabares para la foto del *tattoo* que ir a lo sencillo con la del dedito? —les pregunto riendo.

—Ahora que caigo, Janis no ha tenido nunca foto suya en el perfil —afirma Paqui.

—Ni falta que hace, que yo soy de mostrarme poquito, cuando he estado en alguna quedada y ya.

—Pues hoy te va a conocer toda la tribu, pero bien, maja —ríe Marta mientras me habla.

—Bueno, así me ponen cara, que vean que soy un angelito de verdad jajaja.

—Angelito dice...

Y tras esas palabras de Raquel, rompemos en una carcajada que hace que nos ganemos las miradas de todos los presentes.

Después de las bebidas vamos a la mesa, pedimos unas raciones de tapeo de jamón, calamares, queso, croquetas y tortilla y a disfrutar de estos manjares madrileños.

Y las dos horas se nos pasan volando, literalmente, ya que no hemos dejado de hablar y reír recordando locuras varias de esas noches de *pijama party* de los viernes. Y es que tenemos a tres locos encabezando la tribu que madre mía. No sé cuál de ellos está peor.

—Bueno, y ahora... ¿preparadas para la sorpresa? —pregunto ya en la calle mientras esperamos que lleguen los taxis.

—¡Hombre, pues claro! —grita Marta—. Hija, con tanto secreto ni que nos fueras a llevar a robar un banco.

—No mujer, que seguro que nos pillan. ¿No ves que no llevamos medias ninguna para cubrirnos la cabeza? —respondo entre risas.

Me duelen hasta las pestañas de tanto reír, pero es que con estas mujeres no es para menos.

Me acerco a los taxis y tras darles la dirección, miro a las chicas, sonrío y les guiño el ojo.

—Señoras, estoy más que convencida de que les va a gustar nuestra próxima parada —aseguro mientras las veo mirarme todas intrigadas.

Capítulo 8



Bienvenidas al Casanova

Nada más bajarnos de los coches las chicas me miran, con los ojos abiertos y una perfecta “o” formada en sus labios. Y es que han leído el nombre del local en el que estamos a punto de entrar.

—Ahora sí. ¡Bienvenidas al Casanova! —les digo levantando los brazos.

—¡Ay por favor! ¿En serio? —pregunta Paqui.

—Esto es mejor que cualquier discoteca, dónde va a parar —me dice Vanessa.

—¿Qué hacemos en la puerta? Vamos a entrar —Raquel me coge del brazo y empezamos a caminar hacia la entrada.

Y ahí está el portero, el mismo que había la primera vez que vine. Tras confirmarle que tengo una mesa reservada, nos da paso para entrar.

—Nos pondrán en una buena mesa —Paqui me mira y yo asiento sonriendo.

—Primera fila mínimo, que a estos hombres hay que verlos bien —le responde Raquel.

—Chicas a mí mejor que me dejen una silla al fondo, que yo me muero de vergüenza —miro a Vanessa y a pesar de lo poco iluminada que está la sala se le ven las mejillas rositas.

—Anda, anda, qué al fondo ni qué vergüenza. Tú a la mesa con nosotras, pero ya —Raquel me suelta y se agarra al brazo de Vanessa, que veo yo que en un despiste se nos va al fondo.

En la sala debe haber unas veinte mesas, además de la barra y el escenario en el que los *strippers* deleitan a las aquí congregadas con sus bailes mientras van quitándose poco a poco la ropa.

—Qué cabrona, lo bien que has mantenido el secreto, Janis. Yo no habría podido —me dice Raquel cuando estamos llegando a la barra.

Allí veo a Paola, la dueña, y me acerco a ella para preguntar por nuestra mesa.

—Buenas noches, y bienvenidas al Casanova. Espero que disfrutéis en esta pequeña cueva del placer y del pecado —nos saluda con una amplia sonrisa.

—Pues seguro que sí, ya te lo digo yo —responde Paqui.

—Somos las chicas de la tribu —le informo—, hice reserva hace unos días.

—¡Ay, sí! Claro, la tribu —cuando veo a Paola esbozar una sonrisa un tanto... maquiavélica, empiezo a temer qué es lo que habrá preparado—. Seguidme, chicas, seguidme...

Y eso hacemos, dejamos que la morena nos guíe por la sala hasta que llegamos a una mesa en primera fila, a pie de escenario, decorada con calcetines. Como leéis.

En el centro de la mesa hay un jarrón con piruletas en forma de calcetín, de varios colores y estampados. Al verlo, miro a mis seis acompañantes y empezamos a reírnos a carcajadas.

A ver, cuando llamé para hacer la reserva le dije que éramos parte de la tribu de los calcetines, que somos miembros de un grupo de Facebook, donde nos juntamos lectoras y escritoras, y que nos lideran en la tribu de loquitos tres escritores de lo más *salao*, lo que no me imaginaba es que se le pasara por la cabeza poner calcetines para distinguir nuestra mesa.

—La tribu esta noche también tiene calcetines —nos dice al tiempo que nos ofrece una amplia sonrisa.

Una de las camareras viene para tomar nota de las bebidas y Paola nos desea que lo pasemos bien. Antes de dejarnos solas me mira, guiña el ojo y yo asiento sonriendo sin que las loquitas me vean.

—Buenas noches, señoras y señoritas. Bienvenidas un sábado más al Casanova. ¿Preparadas para empezar? —pregunta el DJ desde su puesto, a lo que todas las mujeres que estamos en la sala

gritamos un “sí” rotundo—. Pues recibamos como se merece a nuestro primer chico Casanova de esta noche. Aquí llega ¡¡*The Boss*^[1]!!

Las luces se apagan, la música empieza a resonar por la sala y el foco ilumina el centro del escenario donde ese hombretón alto, de larga melena y barba, vestido de cuero negro empieza a moverse al ritmo de la música.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Cómo está este hombre! —grita Vanessa, a lo que Paqui la secunda.

—¡Chica, pon un melenitas como él en tu vida! —suelta Raquel aplaudiendo mientras da un bailecito junto a la mesa.

—Janis, esto hay que repetirlo —me dice Majo.

—Menos mal que los jefes no podían venir, que nos habríamos perdido a este monumento —miro a Eva y está con la mirada fija en el hombre que está en el escenario.

Se ha quitado la camiseta, y el torso, desnudo y brillante por el aceite que se ha debido poner, hace que se nos vayan allí los ojos. Me encanta el *Yin Yang* que tiene tatuado en el pectoral izquierdo.

La noche avanza a ritmo de bebida, risas y bailes, mientras disfrutamos de los bailes del resto de los chicos. *King*^[2], *Warm*^[3], *Shark*^[4] y *El profesor del sexo*. Al escuchar el apodo por el que conocen a este último nos quedamos todas intrigadas, mira que si es un verdadero maestro en esas artes... Y vuelta a empezar en una segunda ronda de bailes todos ellos, así hasta que la hora de cierre se va acercando.

—La noche llega a su fin, mis queridas señoras y señoritas —de nuevo la voz del DJ se hace notar por encima de la música que hay de fondo tras el último *show*—. Pero hoy los chicos se despiden con un baile muy especial. Tenemos en la sala una tribu muy peculiar —cuando las chicas le escuchan decir eso me miran todas con los ojos abiertos como si fueran búhos, y yo me encojo de hombros levantando las manos declarándome inocente—. Vanessa, Paqui, Raquel, Eva, Marta, Majo, por favor subir al escenario que esta despedida es para vosotras.

—Yo ahí no subo —me dice Vanessa que intenta ponerse en pie para salir corriendo, pero Raquel, nuestra Lady Escapismo particular, la agarra del brazo y la levanta, sí, pero para que suba con ellas.

—Por Dios, ¿que nos van a bailar esos hombres a nosotras? —pregunta Paqui y solo puedo asentir antes de ver cómo las seis van hacia el escenario donde el chico de la barra las ayuda a subir.

Seis sillas las esperan, y una a una van tomando asiento mientras me miran. Nerviosas, intrigadas y emocionadas, así veo a las loquitas de mi tribu mientras sonrían hacia la sala.

Y por última vez esta noche, las luces de se apagan, la música inunda la sala que se mezcla con los gritos y aplausos de las mujeres que han venido a pasarlo bien, y un foco ilumina el escenario.

Detrás de las sillas están los chicos Casanova, todos con traje negro, camisa blanca completamente desabrochada y una corbata negra colgando del cuello y cayendo por ambos lados del torso.

Madre mía, están los cinco para pecar y repetir pecados.

Y la canción que han escogido para la ocasión le viene al pelo para este momento. *Heaven*^[5], de Julia Michaels.

*«All wrapped in one he was so many sins
Would have done anything everything for him
And if you ask me I would do it again^[6]»*

Caminando despacio se acercan a las chicas. *The Boss* ha quedado entre Vanessa y Paqui. Justo detrás de Raquel está *King*, ese rubio, alto y sexy como el infierno. El otro rubio al que conocen como *Shark* se ha colocado detrás de Eva, mientras que ese bombón de chocolate llamado *Warm* está con *Majo* y *El profesor del sexo* con Marta.

Vanessa y Paqui están expectantes, y cuando el melenitas que las acompaña junta sus sillas y se coloca delante de ellas, sentándose sobre las piernas de ambas, dándoles la espalda, creo que puedo jurar que he escuchado el grito de sorpresa de Vanessa. El resto de chicos ha imitado a

The Boss y mirando de una a otra veo que todos ellos han cogido las manos de las chicas y se las han llevado al torso, haciendo que ellas les acarician despacio.

Los cinco a la vez se vuelven a poner de pie, quitándose las chaquetas y lanzándolas al suelo del escenario mientras se contonean lentamente al ritmo que les marca la música.

Cogen sus corbatas y dando la espalda a la sala, quedando frente a las chicas, se las colocan alrededor del cuello y tiran de ambas puntas para acercarlas y quedar a escasos centímetros de sus rostros. Vanessa se tapa la cara por la vergüenza, hasta que el melenitas, que está pero que muy bueno el muchacho, le aparta las manos y niega moviendo de un lado a otro la cabeza.

Voy mirando una a una a las chicas y están con amplias sonrisas disfrutando de su momento. Marta y Eva sin duda se han soltado un poquito la melena, ya que ambas están pasando las uñas por el pecho de sus chicos.

Cuando ellos se retiran para caminar alrededor de las sillas mientras se quitan las camisas, veo que Raquel va siguiendo a su rubio con la mirada sin dejar de sonreír. Una vez están todos a pecho descubierto, las camisas vuelan por el escenario y la que más lejos ha llegado cae fuera del escenario, donde una de las mujeres se hace con ella y empieza a dar saltitos al tiempo que grita emocionada. Creo que es la de *Shark*... ¿qué perfume usará?

*«No need to imagine
'Cause I know it's true
They say "all good boys go to heaven"
But bad boys bring heaven to you^[7]»*

Cuánta razón tiene la letra de esta canción en lo que a estos hombres se refiere. Que, seguro que son buenos chicos, pero cuando se meten en el papel de Casanovas son malos y te llevan al cielo.

Los chicos quedan de nuevo frente a ellas, se apoyan con ambas manos en la silla y se deslizan con las puntas de los pies por el suelo del escenario, inclinando la cabeza hacia las chicas al tiempo que abren las piernas y volviendo a cerrarlas cuando vuelven a subir hasta quedar con los labios casi rozando los de ellas.

Sentados sobre sus piernas, agarrados al respaldo con una mano y con la otra sosteniéndolas

por la cintura, mueven las caderas lentamente sobre ellas.

The Boss lo tiene un poquito más complicado, ya que es él solo para dos, pero defiende su número con una maestría que no deja indiferente a ninguna de las presentes.

Todos al unísono cogen a las chicas por la cintura y ellas se sostienen con los brazos alrededor del cuello y las piernas rodeándoles la cintura al tiempo que dan un grito ante la sorpresa.

Y mientras cuatro de ellos se arrodillan en el escenario con las chicas recostadas de espaldas bajo sus cuerpos perfectamente esculpidos de gimnasio, *The Boss* coge de la mano a Vanessa y la pega a su pecho mientras que a Paqui la coloca a su espalda, con una mano en la cadera de cada una de esas loquitas, se mueve al ritmo de la música haciendo que los tres formen un sándwich perfecto.

«It's automatic

It's just what they do

They say "all good boys go to heaven"

But bad boys bring heaven to you^[8]»

Con el final de la música, y los chicos a punto de pegar sus labios a los de ellas, el foco deja de iluminar el escenario y los gritos y aplausos pidiendo un nuevo *show* resuenan en la sala.

Minutos después vuelve la luz y las loquitas de la tribu están solas en el escenario, hasta que el camarero de la barra se acerca para ayudarlas a bajar. Sonriendo, sonrojadas y eufóricas llegan a la mesa.

—¿Qué tal, fierecillas? —les pregunto mientras las veo coger sus vasos y beber como si no hubiera un mañana.

—¡Madre mía, yo quiero repetir! —dice Paqui emocionada.

—Janis, esto ha sido una sorpresa que no olvidaré en la vida, hija —Raquel se sienta y empieza a abanicarse mientras yo intento no reírme.

—¡Qué vergüenza! Esto se avisa, ¡por Dios! —Vanessa me riñe, pero sigue sonriendo lo que

quiere decir que la bronca no es tan grave.

—Chica, ¡menudo bombón ese *Warm!* —nos asegura Majo.

—Pues nada, ya sabemos por qué al morenito ese le llaman *El profesor del sexo*. Ese con lo que tiene ahí escondido tiene que quitar las telarañas de maravilla.

Y tras escuchar a Marta ya no puedo controlarme más y estallo en una sonora carcajada. Todas me miran y acaban uniéndose a mí.

—¿Qué tal, tribu? —pregunta Paola acercándose a nosotras.

—¡Uf! Yo no sé si hace calor o soy yo que estoy a punto de arder —responde Eva.

—Es el efecto que dejan mis chicos, un calor abrasador.

—Muchas gracias por esto, Paola —le digo.

—No son necesarias. No hay más que ver las caritas de estas mujeres para saber que la sorpresa que les hemos dado ha merecido la pena.

—Desde luego, que esta mujer no soltaba prenda. Mira que le preguntábamos a ver si nos decía dónde pensaba llevarnos después de la cena, pero ella calladita —protesta Vanessa.

—Ya sabes que yo con la boquita cerrada estoy más bonita —me defiendo.

—Sí, sí, ya lo sé.

—Y qué, ¿no vais a decirme qué ha pasado en cuanto se han apagado las luces? —les pregunto mirándolas una a una.

—¡Ah, no! —Paola me pone la mano en el hombro y me sonrío—. Querida, lo que pasa en el Casanova cuando se apaga el foco, se queda en el Casanova —esto último lo dice mirándolas a ellas y con un guiño de ojo.

Ellas solo sonrían y me miran. Qué puñeteras, que me van a dejar con la intriga igual que yo las tuve estos días.

Nos despedimos de Paola y recogemos nuestras cosas para marcharnos, puesto que el local ya se ha quedado vacío por completo y las camareras empiezan a recoger las mesas.

Una vez en la calle, tras comprobar que son casi las tres de la madrugada, miro a las chicas y les digo que voy a llamar al taxista para que nos lleve a la pensión.

—No mujer, vamos a tomar algo por aquí cerca. ¿No te apetecen unos chupitos de piña, Janis?
—me pregunta Raquel.

—La cola que van a traer esos chupitos, de verdad —me quejo cerrando los ojos, con la mano en la sien simulando tener un leve dolor de cabeza.

—Anda, venga, una copa y a dormir —Vanessa me coge del brazo y al final entre todas me convencen para una última copa.

Capítulo 9



Chupitos de piña

Solo una, dijeron, ¿verdad? Pues... con esta tribu nunca es solo una.

Yo no de beber salvo en esos días de celebración navideña alguna copita de vino rosado y el champagne para los brindis, igual que en ocasiones especiales. Así que nada más llegar al primer local que nos encontramos a un par de calles del Casanova, me pedí un combinado que estuviera dulce pero no llevara alcohol.

Lo de los famosos chupitos de piña ha sido de traca, porque al final Raquel los ha pedido. La camarera nos miraba intrigada y ahí estaba ella para responderle la duda.

—Es que aquí la señorita empezó una noche hablando de chupitos de piña y como no bebe alcohol, es lo que toma cuando hacemos esas quedadas nocturnas por Facebook.

Afortunadamente para mí la pelirroja que atendía la barra no se descojonó de la risa, tan solo me miró con una amplia sonrisa y asintió.

Cuando nos sirvió la primera ronda de chupitos que le había pedido nuestra Lady Escapismo (sí, lo siento por Raquelita, pero ya se ha quedado con ese apodo), fue Eva quien le pidió que de esos chupitos no nos faltaran en toda la noche.

Las chicas se lo estaban pasando bomba, riendo y bailando al ritmo de esas canciones que tanto suenan en la radio. Aunque ellas sí bebían combinados dulces, pero con un poquito de alcohol, se estaban controlando, pero eso no les iba a librar de una buena resaca al día siguiente.

En el momento en que la música de *Vivir mi vida*^[9] de Marc Anthony empieza a sonar en el local, las chicas levantan las manos y coreamos esa primera estrofa acompañando al cantante.

«Voy a reír, voy a bailar

Vivir mi vida, la la la la
Voy a reír, voy a gozar
Vivir mi vida, la la la la»

Todas a la pista y sin tener ni idea de bailar una bachata, salsa o estilo similar, ahí estamos las siete formando dos parejas y un trío (de baile, que nadie piense mal) moviendo el pompón, brazos a un lado y a otro, caderas por aquí y allá, como si nos hubiera poseído el espíritu de la mismísima Celia Cruz.

Pues no se les da nada mal a ellas moverse, como si lo hubieran hecho toda la vida.

«Voy a vivir el momento
Para entender el destino
Voy a escuchar en silencio
Para encontrar el camino»

En un momento en que algunas damos un giro, al volver a quedar frente a la pareja de baile esta ha desaparecido. Marta y Vanessa bailaban conmigo y ahora la primera está siendo guiada por un moreno que se mueve como si fuera uno de los bailarines de Marc. Madre mía, qué manera de sacudir las caderas y a Marta la mueve por la cintura como si fuera de goma. Y la segunda, aparte de roja como una cereza, está girando sobre sí misma mientras un bombón de chocolate con leche le sostiene la mano.

Otra que tiene acompañante masculino es Eva, se lo está pasando pipa con una mano en el hombro del rubio que la hace ir de un lado a otro y con la otra entrelazada en la de él.

Majo que era su pareja de baila se aparta y viene hacia mí, igual que Raquel quien ve cómo Paqui se deja guiar por el otro moreno que las ha cogido por banda.

Ahora mismo me siento como si estuviera en una clase de baile.

Y en el momento de cambio de estrofa, los chicos sonrían, besan la mano de nuestras fierecillas locas y vienen a por nosotras. Más cortadas que nunca nos dejamos hacer, mientras los cuatro nos hacen girar, mover las caderas y darlo todo en la pista.

Majo y Raquel están disfrutando como enanas mientras las otras cuatro bailan juntas.

*«Y para qué llorar, pa' qué
Si duele una pena, se olvida
Y para qué sufrir, pa' qué
Si duele una pena, se olvida»*

Y sí andamos, haciendo cambio de pareja cada vez que los chicos hacen un giro y cogen a las chicas por la cintura, las manos o lo que pillan. Vamos, que nos están dando una clase de baile en toda regla.

Cuando la canción acaba y estamos todas buscando aire como peces fuera del agua, los chicos se ofrecen a invitarnos a una copa, así que aceptamos y continuamos la noche en compañía de estos cuatro que, tal como sospechaba, son profesores de baile en una academia.

—Yo me vengo a Madrid a que me deis unas cuantas clases —suelta Marta y yo empiezo a reír.

Es que esta mujer lo suelta todo así, sin pensar y como le viene a la mente.

Pues nada, ahora la que saca el móvil para las fotos soy yo. Les pregunto si les incomoda que nos hagamos unas cuantas con ellos y las colguemos en el grupo de Facebook y ellos, tan amables como han estado siendo desde que nos abordaron en la pista, dicen que sin problemas.

Así que ahí van por lo menos seis fotos con Carlos, Leo, Raúl y Alexis, un cubano que hace honor a esa labia tan de la zona. Y es que con tanto “mami” que nos está regalando, da gusto escucharle al muchachito.

Los combinados me van llegando uno tras otro, al tiempo que las chicas disfrutan de sus copas y entre una y otra, la camarera nos sirve esa ronda de chupitos de piña a la que se apuntan los cuatro expertos bailarines.

—Esto hay que repetirlo, chicas —nos dice Marta levantando el vaso a modo de brindis.

—En cuanto podamos organizamos otra, claro que sí —se anima Raquel que también levanta su vaso y así hacemos el resto.

—Por la tribu —digo mirándolas a todas.

—¡Por la tribu! —me responden a voz en grito.

—Y los jefes —interviene Majo—. Bendito el día que nos unieron en ese grupo de locos. Si no fuera por Dylan, Manu y Hugo no estaríamos aquí ninguna esta noche.

—Cierto. Por los tres jefes para una tribu —secunda Paqui y, tras el nuevo brindis, damos un buen sorbo a las bebidas que después de tanto baile y el calor que tenemos, sentir el líquido frío bajar por la garganta es gloria pura.

Más fotos de nosotras solas, bebida en mano, y con una de ellas etiqueto a los tres locos que lideran la tribu.

«Buenas noches, o buenos días ya que para lo que queda para que empecemos a poner las calles nosotras...

Aquí dejamos la foto de un brindis especial. Jefes, va por vosotros, Dylan Martins, Manu Ponce y Hugo Sanz, por unir a estas fierecillas en la tribu más loca y divertida del mundo.

¿Al final somos caníbales o vegetarianos? Bueno, lo vamos viendo.

Feliz domingo que ha empezado hace unas horas. Ahora nos vamos a ir a tomarnos un pedazo de desayuno. ¿Os apetece un chocolate con churros?

Venga vale, pondremos foto, pero que conste que no será para dar envidia.

Nos leemos, tribu»

Cuando veo en el móvil que son las seis y media de la mañana, se lo digo a las chicas y me miran con una cara de sorpresa total.

—Es que cuando una está a gusto las horas vuelan —me dice Majo.

—Y tanto que vuelan. Vamos a llamar al taxi y que nos lleve a desayunar, a ver si al menos dormimos un par de horas antes de que dejemos la pensión —dicho y hecho. Móvil en mano me voy al pasillo que lleva a los baños del local y quedo con el taxista en veinte minutos en la puerta.

Empezamos el día a las cinco de la tarde, con todo el calor madrileño en pleno mes de agosto, y después de catorce horas aún seguimos disfrutando de esta primera quedada de la tribu.

Nos despedimos de esos profesores de baile improvisados que nos han ofrecido una de las tarjetas de la academia a cada una y salimos a respirar el aire de un nuevo amanecer.

Poco después llega nuestro transporte, y les pedimos que nos lleven a la mejor chocolatería de todo Madrid.

Capítulo 10



Chocolate con churros

Por suerte para nosotras llegamos a destino y no hay mucha gente esperando. Entramos en la chocolatería, pedimos churros, como si estuviéramos de boda, y chocolate para todas.

Nos sentamos y unos minutos después nos traen ese dulce pecado que me va a tener una semana a ensaladas, otra vez.

—Chicas, lo he pasado genial —la voz de Eva está algo ronca, y no es para menos con tanta risa y tanto grito en el local donde hemos bailado como nunca en mi vida.

—Sí, ha sido la mejor noche de sábado que podíamos pasar —confirma Majo—. No tuvo mala idea la niña cuando propuso esta quedada de la tribu.

—Qué cruz tengo con eso de ser la pequeña, de verdad... que hasta con los jefes me cae alguna culpa —protesto mientras mojo uno de los churros en el chocolate y me lo llevo a la boca.

—Por Dios, esto está de muerte —Raquel me quita las palabras de la boca, y es que es verdad. Es el mejor chocolate que he probado en años.

—Ya te digo, se nos va a ir a las cartucheras según lo comemos. Al final la cena la perdimos con el baile, pero esto no nos lo quitamos ni aunque vayamos corriendo hasta la pensión —comenta Eva.

—A mí con estas plataformas no me hagáis ir andando que tengo los pies molidos —les pido señalando las sandalias de plataforma que suelo usar cuando me arreglo ya que los tacones finos y yo... muy bien no nos llevamos.

—A ver si te crees que yo voy a ir andando, maja. Me veo como las chicas de tu novela, con los zapatos en la mano por la Gran Vía —me dice Paqui.

—Nada, tenemos al taxi esperando, y nunca mejor dicho. Mira, si está el hombre tomándose un café —Majo señala hacia la barra y ahí está el pobre taxista, que le hemos tenido a nuestra disposición desde ayer por la tarde.

Sí, ayer sábado, porque son ya las ocho de la mañana de un domingo de agosto que se intuye será caluroso, otra vez.

Antes de que nos quedemos sin desayuno le hacemos unas cuantas fotos y las subimos al grupo.

El post que puse hace unas horas en la discoteca ya lo ha aprobado alguno de los tres jefes, igual que el de las fotos con nuestros acompañantes, y es que a veces son de un madrugador... Y por el primer comentario que veo de Dylan ha debido ser él quien me lo ha subido.

«Dylan Sí que lo habéis pasado bien, chin chin también por ustedes, bonitas, y gracias por estar en esta tribu loca y divertida. ¿Y esa compañía de las fotos anteriores? No se os puede dejar solas, la que habréis liado por Madrid. Acepto el chocolate, ¿cuándo me llega? Jajaja»

Pues foto del desayuno que tenemos en la mesa, comentario de buenos días y a seguir disfrutando de mi chocolate. Mi pequeño vicio particular.

Las chicas siguen comentando la noche y las risas no tardan en llegar cuando recordamos la sorpresa que les tenía preparada. Insisto en preguntarles qué pasó una vez se apagó el foco, pero no cuentan nada.

—Ya oíste a Paola, lo que pasa cuando se apaga el foco se queda en el Casanova —me dice Marta.

—Creo que no fueron sus palabras, pero vale, os lleváis el secreto a la tumba. Qué puñeteras sois —protesto sonriendo.

—Cuántas veces te preguntamos dónde ibas a llevarnos y no diste ni una pista, ¿eh, bonita? —pregunta Vanessa.

—Era una sorpresa —me defiendo.

—¡Y menuda sorpresa! Hija mía, voy a soñar con esos cinco hombres durante un mes por lo menos —miro a Raquel y todas reímos.

—¿Un mes nada más? —pregunta Paqui—. Yo tengo asegurados los sueños de los próximos años con ellos jajaja.

—Es que están como quieren, madre mía. Porque los he visto y tocado con estas manitas que si no creería que esos especímenes masculinos existieran fuera de los libros o la televisión —dice Majo.

—Desde luego. Chicas, yo no tocaba un hombre así... bueno creo que nunca lo he hecho. Y no digamos que me tocara él a mí —asegura Eva haciendo que las carcajadas vuelvan a salir.

Nos ganamos la mirada de varios clientes repartidos por las mesas, pero nos da igual. Venimos de pasarlo bien igual que ellos, porque reconozcamos varias cosas.

Todos tenemos cara de cansancio, los hombres llevan las camisas desabotonadas y están algo despeinados. Y las mujeres, además de estar masajeándose las piernas, más de una tiene el rimel corrido y la carita de oso panda no se la quita nadie.

Miro a las chicas que me han acompañado toda la noche y a pesar de las horas y el ajetreo que hemos tenido no parece que estén demasiado cansadas. Y en lo referente al maquillaje... menos mal que su rimel es de esos *waterproof* resistente al agua y al sudor porque con los meneos que nos han dado los bailarines de hace unas horas... Meneos bailando, se entiende, que aquí somos todas muy buenas y no hemos cometido pecado alguno.

—Me está empezando a doler la cabeza —miro a Eva y veo que se lleva las manos a las sienes. Menos mal que vengo surtida de Paracetamol, Ibuprofeno y Gelocatil por si esto pasaba. Abro el bolso y saco las tres tabletas, ahora mismo me siento como si fuera uno de esos jóvenes trapicheando con pastillas en una discoteca. Me río sola ante mi pensamiento y cuando todas las miradas están puestas en mí les cuento el motivo de mis carcajadas.

—Pues hija, sí que lo pareces. Menudo surtido —responde Paqui—. Dame algo, lo que sea, pero que me quite un poco el dolor que está empezando.

Les doy una pastilla a cada una y yo, que, aunque no he bebido también empiezo a notar un ligero dolor debido a las horas que hemos estado escuchando música a demasiado volumen, me tomo otra.

Acabamos el desayuno, apuramos el último sorbo de chocolate que queda en las tazas y cuando nos levantamos, veo a los taxistas hacer lo mismo y seguimos a la calle.

—¿A la pensión, señoras? —nos pregunta una vez estamos delante del taxi.

—Sí, por favor, necesito caer en la cama y dormir al menos dos horas. Empiezo a no parecer persona —contesta Vanessa.

Subimos a los coches y sonrío al saber que las chicas lo han pasado bien en esta quedada. Es bueno saber que de una locura que se me pasó por la cabeza, el resultado ha sido una noche de charlas como las que tenemos a través de la pantalla y llena de esas risas que nos hacen el día a día un poco más llevadero.

Una vez llegamos a la pensión le doy las gracias al taxista por haber estado pendiente de nosotras desde que nos recogieran la tarde anterior y él sonrío y me asegura que es su trabajo. Sí, es cierto, lo es, y me alegro de saber que nosotras hemos hecho que se ganara una buena parte del suelo esta noche con tantas idas y venidas.

—Me voy a la cama, estoy muerta —dice Raquel en la puerta de su habitación.

—Yo creo que me voy a dejar caer así, vestida y todo —reímos ante la ocurrencia de Eva, pero es que posiblemente todas acabemos haciendo lo mismo.

Compruebo la hora y veo que son las ocho y media. Nos despedimos por unas horas y acordamos vernos aquí mismo a las doce menos cuarto, el tiempo justo para abonar las habitaciones y dejarlas antes de las doce.

Entro en la mía y, tal como había presagiado, tras quitarme las sandalias me dejo caer en la cama, con los vaqueros y la camiseta, hasta que poco después me lleva el sueño tras más de doce horas desmelándome con las chicas.

Capítulo 11



Nos vemos en la tribu

Unas horitas de sueño, una ducha fresquita y como nuevas. Así nos encontramos todas en el pasillo y vamos hacia la sala para abandonar la casa, como los de Gran Hermano.

A las doce del mediodía estamos saliendo de la pensión, vamos a la terraza de la noche anterior que hay cerca y nos tomamos un aperitivo rápido, pinchito de tortilla con cerveza o refresco, y es que hasta la una y media no salen de vuelta a sus hogares estas mozas.

—Foto de domingo, fierecillas —nos pide Raquel con el móvil en la mano y ahí que vamos a agruparnos todas como podemos para salir sin las cabezas cortadas.

Compartida en el chat que tenemos y post al grupo de la tribu.

Desde luego que nos han visto, en este día y poco, más veces a las siete que en toda nuestra vida dentro de Facebook.

—Ha sido una noche genial, chicas —dice Majo—. Gracias por esos momentos de risas que hemos compartido sin tener una pantalla de por medio.

—Sí, me alegra haber podido conoceros a todas, y comprobar que no soy la única loca del grupo es un alivio —suspiro y empiezo a reír tras acabar la frase y las chicas me acompañan.

—La verdad es que benditas locuras las que hagamos en ese grupo. Da igual si es mañana, tarde o noche, que nunca falte una buena sesión de risoterapia que ayuda a quitarse el estrés —responde Raquel guardando el móvil en el bolso.

—Hay que repetirlo, en cuanto nos sea posible a todas, tenemos que volver a quedar —propone Eva.

—Eso, la próxima a la playa para ponernos al sol vuelta y vuelta como gambas a la plancha.

—Sí, Paqui, igual que una gamba me quedaré yo en cuanto me vea el sol —le aseguro, y es que es verdad, a mí me da el sol y me pongo como la hermana pequeña del cangrejo de la Sirenita.

—Janis, no eres la única —me dice Vanessa—, que con lo blanquita que soy también me pongo rosa antes de coger moreno.

—Pues crema protectora factor cincuenta y arreglado, no cogéis color cangrejito.

—Marta, ya me puse de ese el verano pasado y aún así acabé de color rosa fosforito. ¿Factor Vampiro no comercializan? —pregunto.

—Oye pues hazte con la patente —suelta Eva entre risas.

—Igual tengo más ventas que los de Nivea, que eso a los *guiris* les vendría de perlas en verano cuando van a la playa, que me cogen todos un rosita...

—Y mañana lunes, a currar otra vez —dice Paqui con la misma carita de pena que el gato de Shrek.

—Bueno, pero entras en Face de vez en cuando y te echas unas risas con estas locas —la consuela Majó.

—Eso sí, que me hacéis los días en la oficina más llevaderos.

—Yo con ir al almacén alguna vez que otra...

—Raquel, hija, si te pasas más tiempo en el almacén que en la tienda. Tú mañana pídete los cristales otra vez y con Manuel Carrasco de fondo los dejos relucientes —sugiere Marta.

—Y tan relucientes, que la última vez que los limpié creí que una niña lo atravesaba a la salida. ¡Qué leche se pudo dar si no la paro antes! Es que la vi, con lo feliz que iba ella metida en sus mundos, se acercó tanto que tuve que llamarla y darle un caramelo antes de que se comiera el cristal y le saliera un chinchón en la frente. Que iba derechita, de verdad.

Dejamos la terraza con muy pocas ganas, pero es hora de ir a la estación y volver al día a día de cada una. A la rutina de trabajos, charlas, risas y tonterías varias compartidas a través de Internet.

Paramos el primer taxi que vemos y al ser un turismo esperamos a que él avise a un compañero que está cerca para que nos recoja. Y menos mal porque ir andando hasta Atocha como que no es algo que me plantearía ahora mismo.

Nada más parar el taxista detrás de su compañero, nos repartimos chicas y maletas en los dos coches y ponemos rumbo hacia la última parada de este encuentro.

Surgió como una idea loca, una propuesta que no contaba que pudiera llevarse a cabo dado que el grupo tiene más de mil miembros repartidos por todo el mundo. Pero al final las fierecillas más alocadas y aventureras se apuntaron a pasar una noche en Madrid. Y ahora toca despedirnos.

Menos mal que el tráfico en Madrid los domingos es algo más tranquilo que entre semana, porque si no habría sido imposible quedarnos tres cuartos de hora en esa terracita disfrutando del día y esa última charla de la tribu.

Nada más llegar a Atocha y maletas en mano, caminamos todas con esa sonrisa triste que da el saber que se acabó la aventura.

—Una última foto, con la estación de fondo, para el grupo —propongo y le pedimos a una chica que pasa por allí que nos la haga.

Entramos y el bullicio de la gente que va y viene andando tranquilamente o corriendo con las prisas de quienes están a punto de perder el autobús nos rodea. Vamos hacia la cafetería donde nos encontramos ayer y empieza el momento de la despedida.

—La mejor noche, chicas, lo digo de verdad —voy abrazando una a una a estas fierecillas de la tribu de los calcetines.

—Esto no es un adiós, es un hasta luego —asegura Paqui.

—Un nos vemos en la tribu —dice Raquel.

—Día a día para compartir risas, no lo dudéis —Majo sonrío y nos contagia a las demás.

—Hay que repetir, eso que quede claro. Las siete fierecillas tienen que volver a darlo todo en la pista —escuchar a Marta y verla bailar un poquito mientras habla nos hace reír a todas.

—Estamos locas, acabamos todas en un manicomio.

—Vanessa, hija, ya os dije que mi psicólogo tiene agenda abierta para todas. Es muy simpático él —la abrazo y cuando me aparto la veo poner los ojos en blanco.

—Cualquier psicólogo acabaría loco con todas nosotras, de verdad.

—Raquel, eso habría que verlo —le aseguro.

—Bueno, mejor será no comprobarlo que vale que estemos para que nos encierren, pero todavía no que tenemos mucha guerra que dar.

—Eso, Eva tiene razón —secunda Raquel.

—Sobre todo en el grupo, que los jefes que nos lideran... están peor que nosotras —les digo.

—Pues hasta aquí la aventura madrileña de la tribu. Nos leemos mañana en Facebook, chicas —todas asentimos a las palabras de Paqui y tras una nueva ronda de abrazos y besos nos despedimos.

Cada una toma el camino por el que llegó ayer a pasar una noche compartiendo risas y creando recuerdos que atesoraremos siempre en nuestras memorias.

Y es que son estas pequeñas cosas las que hacen que por unos momentos la felicidad invada nuestro día a día. El hablar con gente con quien compartes la afición por la literatura. Y si además están un poquitín tocadas de la azotea... mejor todavía.

Voy hacia el andén del que sale mi tren de vuelta y al recordar a las loquitas que han compartido unas horas conmigo no puedo evitar reírme.

Una noche divertida, si es que ya sabía yo que se lo pasarían bien esas seis viendo a los chicos del Casanova.

Subo al vagón y una vez estoy sentada, cojo el móvil y comparto la foto en el grupo con una sola frase.

«La tribu en Madrid»

Capítulo 12



Sin darnos cuenta

Y el lunes vuelve de nuevo a formar parte del calendario.

Empezamos la mañana y como ya es costumbre, paso a dar los buenos días al grupo de locos que se formó hace apenas unos meses.

«Buenos días, tribu.

Una nueva semana comienza y algunas de nosotras lo hacemos con una sonrisa. ¿Visteis todas las fotos que compartimos? Nos faltasteis muchos aquí, así que a ver si para la próxima se apunta más gente.

Y es que como dice una de las canciones de Manuel Carrasco (ese muchacho se ha convertido en padrino del grupo que os lo digo yo) “La vida sin darnos cuenta se consume en un suspiro”.

Pequeños momentos son los que consiguen darnos mayores alegrías.

Que tengáis un buen lunes, tribu»

En cuanto uno de los jefes aprueba el post las chicas empiezan a dar los buenos días. Y ahí están los saludos de las fierecillas que estuvieron aquí pasando una noche express.

*«**Paqui** Buenos días bonitas, cuánta razón tiene nuestro Manuel. La noche del sábado simplemente inolvidable. Yo quiero repetir»*

*«**Raquel** Ya me tenéis aquí, en el almacén otra vez. Buenos días loquitas todas. Para la próxima hay que contar con los jefes, que se escaquearon en esta»*

*«**Majo** A la playita, yo me encargo de organizar algo aquí en mi tierra»*

*«**Marta** Eso, sol, playa y a remojarnos. Un chiringuito cerca y así podemos refrescarnos por dentro también»*

«**Janis** Por Dios que tengan helados que uno de esos de hielo bien fresquito me va de perlas»

«**Vanessa** Me apunto al helado, que calurosa soy un rato»

«**Janis** Tranquila Vanessa, hija, que me llevo un flis flis con agua para ir mojándonos cuando estemos en la toalla»

«**Eva** Qué tal el viaje de vuelta, chicas? Yo casi que caí en la cama nada más llegar, qué sueño y vaya con la resaquita. ¿Qué nos puso la camarera en los chupitos? ¿Seguro que solo era piña?»

«**Raquel** Jajaja Eva ya te digo yo que sí, que solo era piña, si no Janis no se los habría tomado como si fueran agua»

«**Janis** Muy cierto, Raquel. Si la piña hubiera tenido alcohol yo no habría estado tan coordinada, que a mí me baila todo enseguida con una sola copa y se me hace un mundo ir a cualquier parte»

«**Dylan** Buenos días, bonitas. Menuda noche de sábado tuvisteis ustedes. Y hay pruebas gráficas, así que aviso que a partir de ahora esas pruebas se tendrán en cuenta a la hora de los retos»

«**Vanessa** Dylan, por Dios no digas la palabra maldita. Que yo voy huyendo de los retos, ¿que no lo sabes ya?»

«**Hugo** Buenos días, preziozotas. Esas sonrisas que tenéis en las fotos lo dicen todo, una gran noche seguro»

«**Janis** Hugo desde luego, como decía Raphael, fue “nuestra gran noche” jajaja»

«**Manu** Qué miedo dan ustedes juntas, y dicen que van a repetir? Esta noche todas a rezar antes de dormir, que quién sabe qué habréis hecho por Madrid»

«**Janis** Ya está el padre Ponce poniendo penitencia, de verdad...»

«**Raquel** Dylan has dicho reto?? A ver qué se te ocurre para esta semana que luego nos tienes pensando y nos volvemos locas»

«**Vanessa** Si es que no tenemos un día tranquilo aquí, los jefes siempre planeando»

«**Janis** Vanessa, la palabra tranquilo no casa con este grupo, si somos una panda de locos... jajaja»

«**Manu** Lo de los jefes siempre planeando no será por mí, que soy el más tranquilo»

«**Hugo** Ni por mí. Aquí el que planea es Dylansito»

«**Marta** Pero vosotros le seguís, así que no os hagáis ahora los santurrones, que aquí planes maléficos tenéis los tres»

«**Dylan** Manu y Hugo no os quitéis mérito que vuestros retos también son parte del grupo. Niñas, que me alegro mucho que disfrutaran en Madrid. ¿Y mi loquita se portó bien? jajaja»

«**Janis** Ale, le ha salido la vena de padre. Sí, loquito, me porté bien. Las llevé a tomar café, a una pensión muy decente, cenaron de tapeo riquísimo, las alegré la vista con unos muchachos que mare mía cómo estaban y después de unas copas desayunamos un pecaminoso chocolate con churros»

«**Vanessa** Sí, Dylan, Janis fue un angelito, queda demostrado que es verdad cuando dice que lo es»

Y entre risas pasamos el resto de la mañana, en este grupo de fierecillas loquitas salerosas alegres y divertidas, lideradas por tres jefes que con su soltura y esas locuras que se les ocurren nos hacen el día a día más llevadero.

¿Cuál será la próxima locura que vivamos en una de esas noches de *pijama party* de los viernes? ¿Habrá un nuevo encuentro de la tribu en algún punto de España?

Tal vez sí, o tal vez no, pero cada día la tribu se reúne en esa red social llamada Facebook

para compartir buenos momentos de risas.

Una tribu y un héroe

Jenny Del

A mis amores, por formar parte de esta historia...

Sonia Fálguera, Gemma Arco, Mariita G. Martínez, Menchu Filigranas, Lourdes González, Jenny Hugo, María Inés Romero, Victoria Alonso.

Capítulo 1



Ya estaba Axel aguantándome la puerta, era la perfecta mezcla entre un bombón andante y un reloj, porque no fallaba. Bien sabía que yo iba a correr a esa hora y su teletrabajo le permitía acceder al portal cada vez que me escuchaba salir.

No se le iba ni una y es que el oído debía tenerlo muy bueno. Bien visto, ¿qué no tenía bueno aquel monumento? Crujía, lo digo en serio... Y al mismo tiempo me lo imaginaba como un delicioso chocolate líquido esparciéndose por mi piel y....

Debía dejar de divagar en su presencia, que una tenía una reputación que mantener y solo faltaba que me viera como a una quinceañera, suspirando por sus huesos. Ni de coña, el que tenía que morirse por los míos era él, aunque no me equivoco si digo que a aquellas alturas lo tenía comiendo en la palma de mi mano.

—¿Cuándo me vas a aceptar ese café, Jenny? —Ya sacaba aquella sonrisa que hacía que nos pudiéramos ahorrar el recibo de la luz del portal, de lo que brillaba...

Y encima cañero, con aquellos *tattoos* estratégicamente colocados en esos brazos que hacían parecer enclenques a los del mismísimo Popeye.

—En otra vida, ya lo sabes, a mí los casados como que me dan reacción alérgica, creo que ya te lo he explicado en más de una ocasión...

No mentía, eran ya tres años de tensión sexual no resuelta con mi vecino y podían ser tres siglos, porque para mí el anillo que lucía en el dedo era una barrera infranqueable; por ahí no pasaba, que no me daba la gana...

No, no es que yo sea la persona más centrada del mundo, más bien pienso que la vida son tres días y que le tenemos que echar gracia a raudales para hacerla lo más increíble que sea posible. De ahí que, más que bebérmela a sorbos, yo la vida la exprima como un limón.

¿Qué lugar ocupaba Axel en esa ajetreada existencia en la que yo no dejaba títere con cabeza? Pues el de ser mi amor platónico, que el rubiales de mi corazón no me había tocado un pelo y así seguiría siendo, salvo que algún día me sorprendiera con una sentencia de divorcio en la mano.

Ocasiones para liarnos en ese tiempo habíamos tenido a patadas. Desde aquella vez en que ambos nos quedamos encerrados en el ascensor durante tres horas, hasta las muchas otras que con cualquier excusa había entrado en mi casa por la noche, para terminar diciéndome que su mujer estaba de guardia.

Su mujer, sí, que yo sabía que pertenecía a mi género porque él me lo decía, pero por Dios que no podía ser menos femenina. Están aquellas que no se saben sacar partido y, tres kilómetros por detrás estaba Matilde, que así se llamaba.

La jodida no podía ser más desgarbada, plana como una tabla de planchar, con el pelo corto a lo macho y con menos gracia que unos huevos sin sal.

Bien mirado, Matilde no era bonita ni por fuera ni por dentro, más bien no había por donde cogerla. Otra cosa es que dice el refrán que “la suerte de la fea, la bonita la desea” y ese debía ser el caso, porque fea era hasta decir basta.

Y no, tampoco es que debiera tener música en el ombligo ni ningún tipo de habilidad oculta que hubiera hipnotizado a Axel, porque él parecía estar asqueado de la vida con ella y no era para menos. En ese escenario, lo que constituía un verdadero misterio para mí era lo que hacía un tío cañón como él con un callo malayo como ella.

Esa incógnita centraba a veces el debate con algunas de las chicas de la tribu, esas seguidoras de mis colegas Hugo Sanz, Dylan Martins y Manu Ponce... Yo tenía la suerte de que fueran mis amigas y sentía especial buena sintonía con ocho de ellas, a las que consideraba mis queridas compañeras de aventuras virtuales: Sonia, María Inés, Victoria, Marita, Menchu, Lourdes, Gemma y mi tocaya Jenny.

Por suerte siempre las tenía a mi lado y hablábamos a cualquier hora del día a través del grupo de WhatsApp que habíamos creado para dar rienda suelta a nuestras locuras y tipo consultorio sentimental, en el que solíamos pasarlo divino de la muerte contando nuestras peripecias amorosas.

Que Axel saliera a mi encuentro cada día ya era un clásico. Es más, si alguno no lo hiciera sería yo quien tendría que tocar a su puerta para ver si tenía fiebre o algo. Lo malo sería que me abriera Matilde con la pistola. Y no me refiero a que le colgara ningún arma de entre las piernas, que sería lo que me quedara por ver, sino a que era Policía Nacional y tenía su pistola a buen recaudo en casa.

En resumidas cuentas, que entre la mala baba que se gastaba y que estaba armada 24/7, por su casa iba a aparecer Rita La Cantaora, habida cuenta de que yo no era santo de su devoción, que ella sabía muy bien que Axel tenía los ojos puestos en mí.

Por mi parte, que estuviera tranquila, que yo podía hacer de mi capa un sayo y que para eso no tenía que rendirle cuentas a nadie; pero los triángulos amorosos, a mí, como que no.

Ahora bien, eso no era óbice para que el Adonis de Axel fuera el protagonista absoluto de mis sueños húmedos, que el tío estaba para echarle nata y comértelo enterito... O sin nata, dependiendo de la necesidad de azúcar que tuviera.

Salí a correr y, a la vuelta, *oh la la*, Axel de nuevo en la puerta, debía haberme visto desde su terraza, que para eso vivía en el bajo.

—Qué guapa vienes, Jenny...

—Hazte mirar la vista, Axel, ¿pues no ves que vengo de correr y estoy chorreando?

¡Mierda! Lo que acababa de soltar, maldita lengua mía que nunca contaba hasta diez antes de hablar... Obvio que me refería a chorrear de sudor, pero la lujuria que desprendió su mirada me indicó que el cachondeo estaba servido.

—No lo he visto, no, pero bueno es saberlo...

—Oye tú, no te hagas ilusiones y a mí no me pongas ojitos, que no funciona. Tú tienes una pega y yo tengo muchas oportunidades. —Giré sobre mis talones y lo dejé ahí, con tres palmos de narices...

¿Y qué si era una chulilla? Yo había nacido así y él tampoco es que fuera precisamente recatado. Su forma de mirarme hacía que se tambaleara todo mi mundo, lo único que yo, en un ataque de

cordura, me removía hasta que volvía a afianzarlo.

Ya lo estaba haciendo otra vez, camino del ascensor me miraba el culo, podía notarlo pese a estar de espaldas. No en vano, su mirada siempre me decía que mi trasero y mi delantera eran su debilidad...

—Bonitas vistas. —Me guiñó un ojo cuando lo encaré, al entrar en el ascensor.

—¿Tú no tendrías que estar trabajando? —Me hice la digna como si aquel comentario no me hubiera derretido.

—La culpa es tuya, que me distraes.

—Claro, claro. Pues no te distraigas tú tanto y al lío, que es lunes y tendrás mucho que hacer...

—No creas, además esta semana estoy solo, Matilde ha pillado vacaciones y ha ido a Teruel a visitar a su familia.

Cuidadito, que yo soy de las que sabe que Teruel existe e incluso he tenido la fortuna de visitar esa bonita tierra, pero por un momento me hubiera encantado que hubieran cerrado sus fronteras, para que no la dejaran volver.

—Anda, pobre, entonces estás de Rodríguez...

Ya lo estábamos haciendo de nuevo. Me refiero a parar el ascensor para mantener una rápida conversación como si no viniera al caso...

—Fíjate, y con lo mal que se me da cocinar. Canino me voy a quedar esta semana, me preguntaba si alguna vecina caritativa me invitaría a comer, o mejor a cenar, alguno de estos días.

—Hombre, faltaría más, eso está hecho—le contesté con gracia.

—¿De veras me lo dices?

—Pues claro, ahora mismo le pregunto a la señora Purificación qué día hace croquetas para que lo tenga en cuenta. Ya sabes que dice que sigue cocinando como si tuviera a toda su prole en casa y

en su puerta siempre huele que alimenta, no es plan de tirar comida...

—Eres mala conmigo y lo sabes.

Lo dejé con carita de cachorro abandonado, pero no iba a caer en la tentación de llevármelo a casa. No, porque he de reconocer que ni yo misma respondía de mis actos en ese caso.

—Pues mejor para mí, a los hombres os gusta que os den caña, no lo niegues...

—Yo mejor no te digo lo que me gustaría que tú me dieras, que eres mi perdición...

—Ahí te quedas, Axel, que te veo hoy muy sueltecito.

Es lo que tenía, al principio todo era más sutil, pero ahora no perdía ocasión de hacerme saber que estaba loco por mí. Y en el fondo sabía que yo por él, pero antes me quedaba eternamente con las ganas que convertirme en el segundo plato de nadie ni meterme en un matrimonio, por mucho que el de Axel no lo entendiera.

Subí y tenía un mensaje de Sonia.

Ella: “Buenos días, Jenny, ¿cómo llevas hoy el culebrón? ¿Lo has visto ya?”

Yo: “Sí Sonia, no sabes cómo me pone. Te juro que, si no fuera por lo que es, me iba para él y le enseñaba lo que es pasión en estado puro, tú ya me entiendes”

Ella: “Sí, no creo que seas la única que tiene ganas de enseñarle algo al otro. Ese bebe los vientos por ti. ¿Cuánto tiempo más crees que vas a poder resistirte a sus encantos?”

Yo: “Lo que queda de este siglo y el que viene. A mí no me da coba, eso te lo garantizo. Ni en sueños va a pasar por mi cama y luego volverse con la *Bull Dog* de su Matilde”

Ella: “Ese a Matilde no la quiere para nada. Te prometo que no lo puedo entender. ¿Por qué no la habrá dejado ya? Seguro que contigo sería un millón de veces más feliz”

Yo: “Eso puedes jurarlo. Créeme que se me ocurren muchas, muchas maneras de tratarlo pero que muy bien”

Ella: “No lo había dudado. Tienes que indagar más en su vida. Lo mismo es rematadamente infeliz, pero no se atreve a dar el paso de mandarla a freír espárragos”

Yo: “O lo mismo a su forma la quiere, no sé, por alguna extraña razón, porque me da a mí que la amargada esa encima es más mala que un dolor de clavos”

Ella: “Pues entonces con más razón tienes que llegar al fondo de la cuestión. Yo creo que hacéis una pareja de cine”

Yo: “¿A que sí?”

Ella: “Pues claro. Venga, que quien no arriesga, no gana”

Yo: “Ya, pero que quien tiene que arriesgar es él. A mí que no me vacile...”

Mi imaginación volvía a subir no ya tres metros, sino trescientos metros sobre el cielo, y eso tirando por corto...

Así veía yo a Axel, como a mi Mario Casas en versión cabellera dorada, que para eso era también motero. Es más, la primera vez que mi mirada enfrentó la jodidamente sexy de la suya, él acababa de quitarse el casco y yo me tambaleé, pues iba subida en unos taconazos que parecían zancos.

De lo más caballeroso, él me cogió al vuelo, impidiendo que diera con mis huesos en el suelo, aunque el que salió perjudicado fue su casco, que terminó arañado. Lejos de molestarse, Axel me dijo que era una herida de guerra y que la mostraría con orgullo y me enseñó una sonrisa que tardó una milésima de segundo en conquistarme. La que no sonrió tanto fue la rancia de Matilde, que observó la escena desde la puerta y que puso cara de que maldita la gracia que le había hecho. Aunque seamos sinceros, esa tenía siempre cara de haberse tomado como tres latas de pepinillos caducados...

Capítulo 2



Me levanté y le envié un WhatsApp a Gemma para felicitarla por su santo.

Yo: “Buenos días, guapísima y muchísimas felicidades. ¿Cómo se presenta el día?”

Ella: “Pues hoy normalito, porque es martes, pero el finde pienso salir a darlo todo, que no todas las semanas hay algo que celebrar”

Yo: “Por supuesto. Pero oye, una cosita, recuerda que hoy tenemos videollamada a eso de las cuatro, para que podamos estar todas, incluidas las del otro lado del charco”

Ella: “Hombre y tanto, deseando ya. Hablamos luego, que ahora estoy liadita”

Enseguida yo también estuve “liadita”, porque bajé a correr y allí tenía a Axel comiéndome con los ojos.

—Tienes que darme la fórmula, Jenny...

—No tengo ni idea de que a fórmula te refieres, Axel. —Ya estaba deseando escuchar su ocurrencia.

—La que usas para estar tan rematadamente preciosa, eres lo más bonito del barrio y lo sabes...

—Y tú lo más zalamero, ¿no tienes que trabajar?

—Es que voy a salir a la calle a echarme un piti...

—Pero si tú no fumas, tienes un morro que te lo pisas.

—¿No fumo? Anda, pues ni había caído, será que me distraes más de la cuenta...

—O será que tienes más cara que espalda.

—He comprado unos solomillos deliciosos para almorzar, esos no tienen mucha ciencia para hacerse.

—Pues mira qué bien, ¡buen provecho!

—Gracias, pero todavía me caerían mejor si aceptaras almorzar conmigo.

—No te acepto un café y te voy a aceptar una invitación a almorzar, ¿esto cómo va? Yo me he perdido en algún punto o, mejor dicho, el que te has perdido has sido tú...

—Bueno, que yo no he dicho que tenga que ser en mi casa, también podemos comerlos en la tuya.

—Ni en sueños, además que yo celebro en la sobremesa el santo de mi amiga Gemma por videollamada.

—¿Por videollamada? Con lo bueno que está el día, ¿por qué no quedáis para celebrarlo al aire libre?

—Porque Gemma es una de las chicas de la tribu, ya te he hablado antes de ellas, estamos repartidas por todo el mundo.

—¡Caramba! Pues entonces sí que es verdad que iba a ser difícilito coincidir todas juntas alrededor de una tarta.

—Ya te digo, más difícil que hacer gárgaras con harina. Bueno, ¿me puedo ir ya o me vas a someter a un tercer grado de esos de los tuyos?

Me encantaba demostrarle total seguridad y hacerle ver que me la traía al paio que él saliera o no a mi encuentro, cuando lo cierto es que esperaba aquel momento de la mañana con el corazón cada vez más desbocado.

—Nada, vía libre, solo una cosa más, ¿no queréis que os amenice la celebración? Mira que yo podría haceros de payaso o de lo que os plazca...

Yo a Axel, más que de payaso, lo veía saliendo de *boy* de una tarta gigante, so pena que solo de

pensarlo me entraran los sudores de la muerte.

—Tú te metes hasta en adobo si hace falta, ¿no? —le pregunté y comprobé que aquello le sacaba la sonrisa.

—Por estar cerca de ti lo que haga falta, preciosa, no lo dudes...

¡Qué gracioso! Pues tampoco era tan complicado; que digo yo que, quien y más y quien menos, en su caso se busca un abogado, echa un par de firmitas en el juzgado y santas pascuas. Pero si él se había creído que iba a tener la estabilidad y la aventura, todo mezclado, estaba pero que muy equivocado...

Yo no iba a caer en la trampa de quedarme enredada eternamente en las redes de un casado con la promesa de que algún día dejaría a su mujer, no había nacido para eso y no me daba la real gana.

¿Quería estar con su Matilde? Pues Matilde iba a tener para largo, pero a mí mientras no me tocaba ni con un palo.

No obstante, una no era de piedra y pensé en una pequeña maldad, por lo que, a la vuelta, entré hablando por el móvil. Lo confieso, con nadie, conversación ficticia que despertara un poquillo sus celos.

—¿Qué dices, Hugo? Si pasas por mi tierra y no me llamas, soy capaz de darte una patada en el cielo de la boca. Avísame con tiempo que prepare algo para esos días.

—¡Hola, Jenny! —me dijo Axel en tono bajito para hacerse notar.

—¡Hola, Axel, nos vemos! —Seguí andando en dirección al ascensor y pude notar su zozobra, como un barco cuando se va a pique.

Si he de ser sincera, con Axel nunca había jugado mis cartas, sino que más bien me había limitado a dejarme llevar; pero en los últimos meses aquel guaperas estaba ocupando un número interesante de mis pensamientos diarios, lo que descartaba que yo pudiera ignorar por completo los dictados de mi corazón.

Igual era hora de meter un poquillo el dedo en la llaga y tocarle la moral, encendiendo sus celos.

Lo de la conversación ficticia había sido una pequeña maldad improvisada, pero, a juzgar por su reacción, lo mismo era hora de echar mano de los carros de combate. ¿Y si se lo sugería a Hugo?

Soy un culillo del mal asiento, ¿y qué si no puedo evitarlo? Entré en casa y lo llamé por teléfono.

—¿A que no sabes quién tiene muchas ganas de verte? No me digas que no puedes tomarte unos díitas para venir a visitarme, Huguito.

—Yo por ti me tomo unos y un ciento, pero suéltalo ya, ¿qué te pasa?

—Que tengo que darle celos a Axel y necesito para eso a alguien de confianza.

—¿Axel? ¿Pero todavía estás con esa canción? Joder, ese tío estaba casado, si no me equivoco...

—No, no te equivocas, pero la idea es divorciarlo...

—Pues déjame madurarlo que igual en un par de semanas doy un salto y me planto en tu casa.

—¡Ya sabía yo que podía contar contigo, cariñete!

—Anda, calla, cobista, que me tenéis como a un panderetillo de brujas...

Con la sonrisa en los labios pensando en la que estábamos liando entre todos, me di una ducha y, cuando estaba saliendo, llamaron a la puerta. Era el repartidor de la pastelería, que me traía la tarta que había encargado para Gemma, que yo para eso era más cumplida que un luto y si estábamos de celebración, no podía faltar un icono dulce como ese.

En realidad, lo que me hubiera gustado sería hacerle llegar su porción a cada una, porque la disfrutaran y porque no me quedara a mí en la nevera una tarta enterita, que esa después se empeñaba en instalarse en mis caderas más tiempo de la cuenta.

A las cuatro comenzamos la videollamada y el disloque no se hizo esperar. Después de que todas felicitáramos a Gemma, el tema estrella salió a la palestra de inmediato.

Las chicas me preguntaban por el siguiente episodio del culebrón con Axel, que según me decían las tenía enganchadísimas. Yo estaba incluso por inspirarme en él para crear al protagonista de mi siguiente novela, que comenzaría a escribir en aquellos días.

Les comenté la posibilidad de darle una buena dosis de celos con Hugo, viniendo a visitarme y les pareció una idea sensacional.

—Si te puedes tomar unos días de vacaciones cuando él vaya, no lo dudes. Yo mañana cojo unos cuantos libres y no sé lo que hacer con ellos, el tiempo de ocio hay que aprovecharlo—me comentó Lourdes.

—¿Que no lo sabes? ¿Y si te vienes a mi casa unos días? —le sugerí.

—Entre que voy y vuelvo no podrían ser muchos, pero al menos un par de ellos...

—Esa es un poco la visita del médico, pero te la acepto—le dije. Me sentí súper afortunada de que una de mis amigas viniera a visitarme.

El rato con las chicas fue memorable y cada una dio su particular versión de cómo veía lo mío con Axel. El caso es que todas ellas se mostraban muy optimistas y nos veían comenzando una historia de amor de novela, como correspondía a una escritora. Yo no las tenía todas conmigo, o, mejor dicho, ninguna, pero guerra estaba dispuesta a dar...

Después de despedir a las chicas, a media tarde, me arreglé para salir a dar un paseo y, ¡qué raro, Axel que salió a mi encuentro!

—No me digas que vas a pasear, ¿eres una copiona o qué te pasa?

—El copión eres tú, ¿o vas a decirme que también ibas para la calle?

—Sí, necesito estirar las piernas, estoy con las últimas colecciones a tope y tengo el coco que me arde...

Que le ardía, decía. A mí sí que me ardía el coco y lo que no era el coco cuando lo tenía delante. No podía estar más bueno ni derrochar más estilo, que para eso era diseñador de moda masculino.

De hecho, su trabajo hacía que me resultara todavía más contradictoria su relación con Matilde. Él, que siempre iba impecable, y ella, que parecía que cogía un saco de patatas y ya estaba vestida, ¿podían ser más diferentes? Sí, pero ya para eso tenían que pertenecer a especies distintas.

—Bueno, si quieres damos un paseo juntos. E incluso puede que te acepte ese café—le solté.

—¡Alabado sea Dios! ¿Y en qué me he portado bien para que el universo me recompense con ese cambio de actitud por tu parte?

—No te hagas ilusiones que te vas a dar un jetazo de impresión en el suelo, ¿eh? Que estoy hablando de un café y punto.

Ya me gustaría a mí que fuera un café helado y dejarle recorrer un cubito de hielo por... Cielos, ya volvía a divagar, aquel hombre hacía que no pudiera distinguir la realidad de la ficción. Qué trabajito me costaba que mi mente no volara y me llevara a lugares a los que no quería ir con él. O, mejor dicho, a los que no debía, que Axel para mí tenía puesto un precinto. Pero ¿por qué tenía que ser así? ¿Por qué no rompía de una vez por todas con la pelmaza de Matilde y nos homenajeábamos con una barra libre en la que todo estuviera permitido?

Maldito calor que me estaba entrando...

—¿Qué vas a escribir ahora, Jenny? —me preguntó cuando nos sentamos en la cafetería.

—Pues ahí ando dándole vueltas a un personaje masculino, que...—Me paré en seco, que me aspen si le iba a reconocer que el prota tenía algo que ver con él...

—¿Qué ibas a decir? —Se repanchingó en la silla y enarcó una ceja.

—Nada, que no lo tengo todavía definido...

Al contrario que sus músculos, que esos estaban que se salían, ¿por qué parecían estar llamándome? Jo, los de su abdomen se dejaban entrever incluso con la camiseta por encima y los de los brazos, ¡ay, lo que no haría yo agarrada a esos brazos!

Entre tanto pensamiento ardiente, la que terminó secándose irremediabilmente fue mi lengua, por lo que acabé pidiendo ese café helado...

—Bueno, oye, no pude evitar escucharte hablar antes con un, ¿amigo?

—Me parece que tú tienes demasiado tiempo libre. Bueno sí, es mi amigo Hugo, que vendrá a verme a breve.

—¿Amigo con derecho a...?

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro para preguntar tanto? ¿Te pregunto yo lo que haces o lo que dejas de hacer con Matilde?

—Puedes hacerlo si quieres, la respuesta es que nada. Digamos que mi matrimonio es un tanto particular...

Después de tres años, era la primera vez que Axel se abrió conmigo y los que también debieron abrirse como platos ante él fueron mis ojos.

—¿No me digas? Nadie lo sospecharía—le comenté con todo el sarcasmo del que pude hacer acopio.

—No hace falta que disimules, sé lo que piensas, que no tenemos mucho en común y tal...

—Pues la verdad, lo mismo que un huevo y una castaña, pero supongo que algo tendrá cuando sigues ahí con ella.

—No es fácil de explicar, bonita. Más bien es muy difícil, solo puedo decirte que mi matrimonio es un paripé, pero que estoy atado a él. No espero que lo entiendas, pero quería que lo supieras...

Yo sí que lo ataba a él, pero con una cuerda de esas de bondage y le daba placer hasta en las pestañas. Creo que desvié mi atención a ese pensamiento, porque me fastidió su comentario. ¿A santo de qué estaba atado a ella y por cuánto tiempo? Pues estábamos apañados...

Capítulo 3



Recoger el jueves a Lourdes fue todo un placer. Hasta el sábado por la mañana no se marcharía, así que teníamos dos días completos para disfrutar.

—Ayer con los preparativos del viaje no me enteré de la misa la mitad de lo que hablasteis por el grupo, ¿qué pasó con Axel?

—Pues nada, que le bajé un trozo de tarta de la de Gemma e insistió en que pasara a su casa, pero ¿tú has puesto los pies allí? Pues yo tampoco. Y menos desde que me ha dicho que está agarrado a su matrimonio como una garrapata, por el motivo que sea.

—Hombre, pues por interés no creo. Si ella fuera rica no se estaría jugando el pellejo vestida de policía, digo yo que se daría la vida padre.

—No, ni falta que le haría a él estar con nadie por dinero, que le va fenomenal en su trabajo. Por cierto, que me ha comentado que esta tarde hay un desfile de una colección de las tuyas, pero yo paso de ir, aunque nos ha invitado.

—Huy, ¿tú te has quedado un poco “chof” por eso que te dijo el otro día?

—Es que a mí el tío me atrae tela, pero si es un chalado incapaz de romper las cadenas que le unen a la zarrapastrosa de su mujer, como que pierde tela de puntos, no te voy a mentir...

—¿Y si hubiera algún motivo que le ligara a ella y que tú desconoces por completo? Él ha tratado el tema con evasivas, pero te ha confesado que hay una poderosa razón para no dejarla.

—Sí, supongo que será miedo a salir de su zona de confort o cualquier mierda de esas, a mí no me va a hacer comulgar con ruedas de molino, y menos si no es claro.

—Pues yo pienso que le deberías dar una oportunidad, con el tiempo igual se va abriendo y dispones de más información para valorar. Además, yo quiero conocerlo, hoy vamos al desfile.

Bueno, lo que me faltaba. Yo que había tenido que hacer un ejercicio interior para abandonar la idea de verle esa tarde y la loquilla de Lourdes que me impulsaba a aquello que tanto me apetecía.

Ni siquiera pasamos por casa esa mañana, nos fuimos directas a enseñarle algunos de los rincones imprescindibles de mi tierra, tras lo cual la invité a comer en uno de mis restaurantes habituales.

La primera en la frente, pues llegamos y allí estaba Axel, en una de las mesas del fondo.

En el instante que lo miré, él hizo lo propio y pude comprobar lo mucho que le agradó verme.

—Vas a tener suerte, el del fondo es Axel—le dije a Lourdes. Increíble pero cierto, nunca había coincidido con él en un restaurante, ni de copas...

—Si es que yo voy a convertirme en tu talismán, vamos a acercarnos y me lo presentas, ¿a qué esperas?

Estaba por decirle que igual la suya era una reunión de trabajo o algo por el estilo y que mejor lo dejábamos, cuando él alzó el brazo y nos indicó que avanzáramos hacia su mesa.

A pesar de que noté su amabilidad característica, esa de la que hacía gala por doquier, noté algo raro en sus ojos. Me daba la impresión de que su brillo de siempre aparecía empañado aquel día, y la actitud del otro hombre me resultó un tanto inquietante.

Apenas permanecimos un minuto junto a ambos, tras el que las dos pedimos mesa y degustamos un almuerzo durante el cual Axel y yo intercambiamos no pocas miradas.

—Parece encantador y en cuanto a lo de que está bueno a rabiarse todavía te has quedado corta, parece un modelo y encima con ese aire...

—Sí, el aire es como un poco malote, que fijate que luego no se corresponde con la realidad. Según yo lo veo, tiene un toque de picardía que me vuelve majara, pero debe ser todo corazón.

—Pues sí, lo mismo por eso está aguantando carros y carretas con la fea de su mujer, que me hubiera gustado también verla.

—Deja, que está de viaje, pero que a esa hay que mirarla en ayunas o se corre el riesgo de corte

de digestión.

—Eres un caso, una almilla loca igual que en tus libros, estaba deseando conocerte.

—Y yo a ti y supongo que sí, que una plasma en el papel su personalidad, al final es eso...

—Pues yo creo que tu personalidad conjuga a la perfección con la de ese monumento, tenemos que idear algún plan. Y esta tarde nos vamos de desfile, como Lourdes que me llamo...

Yo era consciente de que mi amiga iba a insuflarme aire fresco, pero enseguida comprobé que venía dispuesta a hacerlo a cañonazos...

A media tarde estábamos las dos empoderadas delante del espejo, luciendo palmito y haciéndonos fotos que pasarle al resto por el grupo.

Axel no nos vio hasta el final del evento, pero cuando lo hizo no pudo disimular su sorpresa. De nuevo parecía ser él y eso me tranquilizó. El desfile había resultado todo un éxito y eran muchas las personas que se acercaban a felicitar al equipo al que él pertenecía, por lo que nos mantuvimos en un discreto segundo plano.

Pasado un rato, le indiqué que nos íbamos y me pidió desde lejos que esperara un poco, uniendo sus manos a modo de ruego. ¿Por qué me afectaban tanto sus deseos? Sería porque coincidían plenamente con los míos...

¿Pero qué quería este hombre ahora aparte de volverme loca? Estaba impresionante con su look de fiesta, pero en su línea desenfadada y yo... Yo no podía evitar imaginarme cómo le sacaba aquella camisa blanca a toda pastilla y...

—Jenny, no te lo vas a creer, pero tenemos visita—me comentó Lourdes mientras miraba su móvil.

—¿Visita? ¿Qué dices? —se lo quité de las manos y, ¡sorpresa! A Menchu se le habían puesto los dientes largos y se había plantado a visitarnos, así sin anestesia.

Me puse a saltar de alegría. Obvio que a mí no me hacía falta que las chicas me pidieran audiencia para venir a verme, ni que fuera yo un ministro... Por mí que se colaran todas por la puerta de mi casa, una detrás de otra.

Le comenté de ir a recogerla y me dijo que ni en broma, que ella también quería conocer a Axel y que se colaba en el evento, que cogía un taxi. Y en nada entró por las puertas, con su maletita vintage incluida.

Ni que decir tiene que, las tres juntas, formamos la marimonera y empezamos a hacernos un *book* de fotos que íbamos subiendo al grupo...

Axel me miraba de lejos y no paraba de hacerme señales de complicidad, con su pulgar hacia arriba.

—Pues sí que está bueno, este tiene que caer en tus redes, tenemos que hacer lo que haga falta— comentó Menchu.

—Calla, calla, que viene para acá.

Disimulamos, bastante mal por cierto y, cuando Axel llegó a nuestra altura, nos dio la risa floja...

—Qué bien acompañada te veo, ¿otra amiga? — En un gesto de lo más caballeroso, tipo broma, nos besó la mano a las tres.

—Ya has activado el modo adulator, ¿no? Anda, tira, que ha estado muy bien el desfile.

—Le diré a la empresa que os tenga en cuenta para el próximo, que para eso sois tres modelos. Por favor, no os vayáis, ahora van a servir unas copas y vamos a terminar la noche en el reservado de la megadiscoteca esa que acaban de inaugurar...

—Deja, deja, que mis amigas han llegado hoy de viaje y tendrán que descansar...

—¿Descansar nosotras? Tú no estás muy buena de la cabeza, aquí hemos venido a pasarlo de locura—intervino Menchu.

—¿Lo ves? No te valen las excusas, te espero. Sabes que eres mi más bella flor...

—Sí, sí, muy bella, si no fuera por el pequeño detalle de que tú ya tienes un cardo en casa, que también es otra flor, aunque no haya color...

Zasca en la boca, que yo me moría de ganas por beber, bailar y lo que no era bailar con él, pero que no se creyera ese que todo el monte era orégano.

—No me das nada de cuartelillo, ¿eh? —Me lanzó una sonrisa de medio lado que hubiera atrapado en el aire y degustado lentamente...

—¿Cuartelillo? Ni de coña, para mí los casados están vetados, métetelo en la chorla.

Se fue negando con la cabeza, pero el caso es que de allí no nos movimos, nos quedamos como tres pasmarotes, pues maldita la gracia que me hacía perderlo de vista. Y más viendo cómo lo devoraban con la vista la mayoría de las féminas de la sala.

Sí, sí, que con Axel me pasaba un poco lo que al perro del hortelano, que ni comía ni dejaba comer...

—Voy al baño, chicas—les dije mientras ellas pillaban una primera copita.

Salía de él un tanto inmersa en mis pensamientos y, ¡bingo! No había otra persona con la que tropezarme...

—¿Tú tienes que estar como Dios, en todas partes? —le pregunté.

—Oye, oye, que yo he venido a cambiarle el agua al canario—Rio Axel.

—¿Sí? Pues será mejor que mantengas ese canario en la jaula esta noche, porque yo por aquí veo a mucha lagarta suelta. —Me pasé graciosamente la lengua por los dientes en una señal de nervios.

—¿Y se puede saber a ti eso qué te importa? Si soy un casado y por tanto apestado, ¿no? ¿Qué más te daría?

—¡Ojito! Pues que entonces me parecerías también un golfo, y con eso perderías puntos, que lo sepas...—Salí por la tangente.

—Y ganar puntos ¿dónde va a llevarme contigo? —En las distancias cortas ganaba, ¡y eso que era

difícil!

—A ninguna parte y no me toques las narices, que pongo pies en polvorosa y ya estoy en casa con mis amigas.

—Pasa la noche conmigo, Jenny. —Clavó su mirada en la mía, aunque lo que me estaba sugiriendo era clavarme otra cosa...

—¿A ti se te ha ido la chota? Primero que no dejo a mis amigas solas ni por todo el oro del mundo y segundo que tú para mí no existes en el plano sentimental.

—¿Pero eso es porque estoy casado o porque te importo un pito, directamente?

—Eso es porque no voy a responder ni a una pregunta más si no es en presencia de mi abogado y date con un canto en los dientes de que vaya a la fiesta...

—¿Entonces vas a ir?

—Pero solo porque quiero que las chicas vean la marcha nocturna de aquí, que tú estés es una circunstancia, nada más...

—Vale, me hago a la idea de que para ti soy un hombre florero y punto, pero no dejes de venir. — Me guiñó el ojo y segurito que algún trozo de hielo glaciario se desprendió en ese momento, porque la temperatura subió al rojo vivo.

Si digo que entramos por la puerta de mi casa a las cinco de la mañana, lo digo todo... Con los pies como botas, un millón de copas en el cuerpo y dobladas de la risa, ¡vaya noche!

En mi vida había visto a Axel bebido y eso había sido todo un espectáculo. Primero porque ese cuerpo serrano no podía dejar de bailar y era perturbadoramente sexy, y segundo porque con las copas se le había soltado la lengua y me había dicho que llevaba tres años sin poder sacarme de su cabeza... Y la mía no paraba de dar vueltas pensando en aquellos carnosos labios que con tanto peligro se me habían acercado varias veces en la noche y a los que tuve que hacer la cobra, pues no quería lamentar mañana lo que hubiera hecho hoy.

Capítulo 4



La última en irse fue Menchu y lo hizo el sábado al mediodía, un poco antes lo había hecho Lourdes. Atrás quedaban unas horas divertidísimas y emotivas con ambas en las que además me habían dado los mejores consejos...

—Espero verte pronto de nuevo por aquí, Menchu, me has dado una sorpresa maravillosa.

—Y yo espero poder hacerlo, Jenny, pero que me da a mí que la próxima vez que te vea, tú no estás sola...

La sonrisa permanecía dibujada en mis labios cuando la vi partir. Y es que aquel último comentario me agradaba, aunque no lo creyera ni en sueños. Menuda atadura que tenía Axel con su Matilde, y eso que no solo era molesta de ver sino más arisca que un puerco espín.

Las chicas decían que, por mucho que yo aparentara total seguridad, en lo tocante a Axel estaba más liada que una bizca haciendo punto, y algo de razón no les faltaba.

Llegué al garaje y el silbido que escuché tras de mí me resultó de lo más familiar...

—Vente a galopar conmigo, preciosa. —Se mordió el labio.

—Supongo que te refieres a en la moto, y mi respuesta es no. —Le guiñé el ojo.

—Bueno, pues entonces ya de lo otro ni hablamos. —Rio abiertamente. —Venga, en serio, sé que la otra noche quizás te abrumé un poco con mis confesiones, pero mi moto no te va a comer... Ni yo tampoco, por mucho que me gustaría.

—¿Y por qué se supone que tendría que acompañarte? —Para chulilla yo...

—Porque lo estás deseando, lo mismo que yo. No lo niegues...

—Tú te estás haciendo muchas ilusiones y te vas a llevar...

—Una hostia de categoría, lo sé, pero prefiero vivir contigo estos momentos y, cuando me vengan las hostias, recordarlos. Me niego a dejar de sentir por miedo.

Con aquella frase me ganó un poco más, porque los cobardes como que estaban de más para mí. Y luego estaba que las motos me perdían, y los moteros... Y más Axel, enfundado en su mono, que parecía recién salido de un anuncio de Moto GP.

—Espera, anda, que voy a cambiarme. Estaría bonito que fuera enseñando cachas por ahí...

—Aquí estaré esperándote, impaciente.

Cuando volvía a bajar al garaje, él me esperaba con un segundo casco. El caso es que el barbuquejo se me resistía y al ayudarme a colocarlo, acarició mi cuello de una forma tan insinuante que sentí cómo mi piel se erizaba de pies a cabeza.

—Agárrate fuerte a mí, pequeña—me dijo cuando el rugido de su potente máquina indicaba el comienzo de aquella emocionante ruta.

—Sí, no vaya a ser que me lleve el viento, y cuando te quieras dar cuenta, Jenny sea historia...

—No te dejaría caer por nada del mundo, ¿lo sabes? —me preguntó y vuelta a derretirse otro trozo de hielo glaciar. A este paso íbamos a tener que meter a los pingüinos en mi nevera.

Recorrer con él las calles, cogida a aquellos abdominales que parecían los manguitos esos de bañarse los niños fue toda una gozada, pero cuando salimos a carretera pasamos al siguiente nivel.

—¿Vas bien o te da miedo? —me preguntó cuando le dio al puño y aquello empezó a volar bajito.

—¿Quién dijo miedo? Dale—chillé.

Cogimos curvas en las que tuve que cerrar los ojos y, mientras lo hacía, mi mente me llevaba con él a otra dimensión; una dimensión en la que solo existíamos él y yo. Y en la que me hubiera instalado durante una buena temporada...

En la falda de aquel monte en el que paramos para estirar las piernas, sentí a Axel más cercano a

mí que nunca. Normal, desde que le conocía, nuestros encuentros se habían reducido a los que mantuviéramos dentro del bloque y eso venía a ser como el que tiene un tío en Granada, que ni tiene tío ni tiene nada.

—Tú no ganarás para multas, ¿no? —le pregunté besando el suelo al bajar.

—¿Por qué lo preguntas? —Lo sonoro de su risa retumbó en aquel paraje, estratégicamente situado.

—Porque parece que las señales de tráfico no están hechas para ti, lo mismo es que tienes que ir a graduarte la vista, ¿no?

—Lo mismo, pero yo creo que no, porque lo bonita que eres lo veo a la perfección. Y tú me alentabas a correr, no lo niegues...

—No, si cara también tienes, tú vas bien servido de todo. —Ya estaba mi lengua haciendo de las suyas, porque cuando dije el “de todo” una sibilina sonrisa asomó a su rostro.

—Me alegra escucharlo.

—Oye, tú, no te me vengas arriba, que es un decir, que igual lo mismo mucho lirili y poco larala...

—Me seguía metiendo irremediablemente en la boca del lobo, aunque no era precisamente en la del lobo en la que me quería meter...

—Creo que no es el caso y te lo demostraría con gusto—puso sus manos delante de la cara como defendiéndose por si yo le arreaba—, pero sabes que yo contigo no querría solo sexo, tú no eres un polvo para mí, bonita...

—Ya, no es sexo lo que quieres, pero a tu Matilde no la dejas. Entonces, ¿qué tenías pensando? Si quieres, te haces musulmán y te montas un harén... se lo puedo decir también a algunas de las chicas de la tribu por si se apuntan, ¿cómo lo ves?

—No seas puñetera, no es eso. Daría lo que no tengo por estar contigo, Jenny...

—“Pero...” Porque siempre hay un pero, y en tu caso, como una catedral de grande y encima misterioso. Mira, Axel, te voy a ser sincera, no me creo nada de nada, no sé si me he explicado...

—Como un libro abierto, Jenny. Ojalá pudiera explicarte y que me entendieras... Demos un paseo.

—Pues si no puedes, déjalo, y no me cuentes penas, cuéntame alegrías... O mejor todavía, hazme una foto que se me ha antojado.

—Una foto, ¿dónde vas?

Mientras él me preguntaba ya estaba yo trepando por un árbol como un mono...

—Jenny, que me estás asustando, a ver si voy a tener que subir yo a buscarte. —Notaba angustia en su voz y más trepaba yo.

—¿Tú qué te has creído chaval? Que yo a ti no te habré dado guerra, pero eso no es óbice para que no sea una guerrera... Tú a mí no me conoces.

En plena naturaleza y con mi Tarzán particular, yo más que Jenny me sentía una Jane de la vida y quise hacerme una foto al lado de aquel nido tan cuco que había divisado.

Con lo que no contaba fue con que la madre de los polluelos apareciera de repente y, con sus alas, me diera semejante zurriagazo en la cara que me desestabilizara. ¡Por favor, si era más grande que una gallina!

Juro que lo único que vi fueron aquellos dos brazos, que parecían jamones de pata negra, dispuestos a recogerme y entonces comprendí que Dios existe...

El culazo que le metí en la nariz no tuvo nombre y mi delantera fue la que aterrizó en sus hercúleos brazos.

—¿Estás bien? —me preguntó con más miedo que un globo en una fábrica de agujas.

—Ay, creo que sí, aunque me duele hasta el cielo de la boca. Joder Axel, mira que como lo tengas todo igual de duro que los brazos...

Ahí lo llevaba, mi lengua que salía a pasear sin pedir permiso y es que ya decían las chicas de la tribu que mi mejor virtud era la de ser transparente y decir las cosas como las pensaba, ¿pero

tanto?

—Eso espero, al menos por muchos años—se carcajeó mientras volteaba los ojos sin poder creer lo que había escuchado...

—¿Y tu nariz? —le pregunté, consciente de que podía habérsela partido y deseando cambiar de tema.

—En su sitio, en su sitio, aunque ha dado un crujido guapo, no creas...—Se llevó la mano hacia ella y yo pensé que hubiera sido imperdonable partírla algo a aquella escultura andante que parecían haber cincelado aposta.

Sustos aparte, lo estábamos pasando de miedo y tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no recompensar su heroico gesto con un beso.

—Jo, qué bruta, un poco más y te dejo hoy lisiado...

—Pasa el día conmigo y te lo perdono, anda—me propuso.

—Tú sabes más que Briján...

A la postre me parecía que no podía haber mejor plan que ese, por lo que recorrimos juntos parte de aquella especie de bosque encantado en el que me daban ganas de perderme con él y no volver a la civilización.

Y es que, con la parte de arriba del mono enganchada en su cintura, y esos pantalones con los que parecía estar envasado al vacío, Axel se apellidaba “tentación” y yo tenía que mostrar una voluntad férrea para no lanzarme a sus brazos y hacer ventosa con él.

—¿Y cómo es que una preciosidad como tú no tiene pareja? —me preguntó cuando íbamos a cruzar el río, desestabilizándome.

—¿Tú crees que este es momento para abrir otro consultorio sentimental? Mira que como me caiga...

Y para qué mentaría yo al demonio, me dio la risa y me desestabilicé... Axel volvió a intentar

cogerme y... al final fue él quien acabó en el agua...

—¡Lo siento, lo siento! ¿Ves por qué esto no era buena idea? No soy buena compañía para ti. — Me carcajeé desde lo alto de una piedra que, para demostrarme que el karma existe, también cedió... Ni corta ni perezosa salí volando hacia delante y le di un cabezazo en el abdomen...

—¡Me rindo, me rindo! —Rio sin parar mientras se echaba mano a su tableta de chocolate, que yo había golpeado con saña. —Si quieres deshacerte de mí, dame un tiro, pero así poco a poco es tortura...

Desde luego que yo no estaba dando pie con bola ese día y parecía que la había tomado con el pobre chaval, que demostraba más paciencia conmigo que Jobs.

—*Sorry...*

—Si esta era una estrategia para librarte de mí, no te ha valido. Igualmente vamos a ir a cambiarnos y después a almorzar, que lo prometido es deuda...

—Pero si yo no te he prometido nada—me quejé. Ni falta que hacía, él había leído en mis ojos que yo deseaba acompañarle.

La estampa era la bomba. Él con el culo metido en el agua y yo sobre él a horcajadas, realmente irresistible. Tanto que no quise esquivar el beso que depositó en mis labios, acariciándolos con los suyos.

—No debí, pero no he podido...—carraspeó e hizo por incorporarse.

Pocas veces me quedo sin poder articular palabra, pero fue una de ellas. Y no porque me hubiera quedado sin habla, que a mí tablas no me faltan, sino porque lo mucho que me gustó aquel beso me asustó.

—Debemos irnos, estamos muy mojados—solté de nuevo sin pensar. Otros dos puntos para Jenny, menos mal que no especificué que, por fuera y por dentro...

Una vez llegamos al bloque, abrió la puerta de su casa y me invitó a entrar.

—Satanás, por ahí no me meterás. —Reí e hice la señal de la cruz...

—¿Por dónde exactamente? —La voz de camionero de Matilde resonó tras la espalda de Axel.

Sí, había vuelto antes de tiempo y nos había pillado con las manos en la masa.

—¿Matilde? —preguntó él, asombrado.

—Sí, tu mujer, aunque veo que tú ya no te acordabas de que tenías una. Dile por favor a esta fulana que se marche, que tú y yo tenemos que hablar.

—Matilde, no te consiento que le hables así a Jenny, ella es mi amiga y...

—Quien no te lo consiento soy yo, grosera, más que grosera—le dije mientras afloraban a mi mente otra serie de improperios que le venían como anillo al dedo y que no le lancé por no liar más la pita...

—Tú, fuera de mi vista—me dijo. —En cuanto a ti, Axel, quizás con este paso quieras replantearte los términos de lo nuestro. Lo único es que igual no has calibrado bien las consecuencias...

En dos zancadas se acercó a la puerta y me la cerró en todas las narices. ¿De qué consecuencias hablaba? Yo sabía como cualquiera que un matrimonio, en términos legales, no deja de ser un contrato; pero el de Axel con la *Bull Dog* parecía estar blindado, ¿por qué?

Capítulo 5



Bufé al entrar por la puerta. La culpa era mía y solo mía y nada podía reprocharle a la morsa aquella por mucho que ella me hubiera vestido de limpio. Al fin y al cabo, a nadie le gustaría que su marido apareciera por su casa con otra, envueltos en risas, chorreando agua y que, para más inri, la invitara a pasar. No, si como yo siguiera defendiéndola para mis adentros, todavía iba a tener que darle las gracias y todo.

Menos mal que allí estaban mis niñas para consolarme y, como si me hubiera visto por un agujerito, me habló mi María Inés.

Ella: “¿Qué tal llevas el día, Jenny?”

Yo: “Cuesta abajo y sin frenos. ¿Puedes creerte que para un día que me voy con Axel nos pilla su mujer *in fraganti*?”

Ella: “La concha de su madre, pero ¿os ha pillado en el lío?”

Yo: “No, mujer... Solo es que volvíamos de la calle empapados de agua y con muchas ganas de juerga. Y a ella le ha faltado mordernos al vernos, claro, que para eso es un rollizo ejemplar de *Bull Dog*, ya lo sabes”

Ella: “Ya y con lo perra que dices que es, todavía tienes que ponerte la antirrábica cuando bajes al portal”

Yo: “Sí, como Axel no le ponga un bozal, para mí que esa me muerde. Con las ganitas que me tenía, ahora ya va a ser el colmo...”

Ella: “Más que el colmo, el colmillo va a ser lo que quiera clavarte esa, pero que se ande con cuidado que a mí la distancia no me importa, todavía voy para allá y le caen unos buenos palos...”

Con ellas me tenía que reír sí o sí, porque eran un amor... Mis chicas, mi tribu, mis amigas, esa otra familia que me acompañaba allá donde fuera.

Lo mejor de las chicas era que no me sentía juzgada en ningún momento y que siempre me brindaban su apoyo incondicional, hiciera lo que hiciera. Con ellas podía ser yo misma, la Jenny descarada y sin pelos en la lengua que soltaba locura tras locura en sus libros y que no conocía la censura.

Mientras me quitaba la ropa mojada, pensaba en que a Axel le tenía que estar cayendo la del pulpo. Sin duda era el precio que tenía que pagar por aguantar una situación que yo no acertaba a comprender. ¡Con el mucho amor que yo tenía para darle a aquel bombón! Y lo que no era amor, que por ese me dejaba yo poner mirando a Cuenca y a la Meca, si era menester...

Ni rastro de Axel durante el resto de la tarde. *Mamma mia* cómo se las debía gastar la tal Matilde. Esa debía haber puesto a su marido en arresto domiciliario y él, ¿por qué era tan memo de no dar carpetazo a ese capítulo de su vida tan infinitamente tedioso y aburrido? ¡Con lo divertida que podíamos hacernos la existencia el uno al otro! *Ains*, que lo comprara quien lo entendiera.

El domingo me sentí de lo más acompañada por las chicas, pues hicimos videollamada y las cosas que cada una pudo soltar por su boquita no tenían desperdicio... Cuando colgamos, me quedé mensajeándome con Marita.

Ella: “Para mí que al final te salió bien pendejo el tal Axel, yo creo que se ha dado cuenta de que tú eres mucho barco para tan poco marinero, Jenny”

Yo: “Mira, no sé si será eso, pero no me pienso pasar el verano con las miras puestas en un tío al que le tiemblan hasta las pestañas en cuanto su mujer aparece en escena”

Ella: “Pues eso digo yo, que se ha cagado en los pantalones en cuanto ella le ha dado un tirón de orejas. Que le den, Jenny, que tú vales mucho para eso”

Yo: “Hombre claro, que para eso *yo soy una chica con suerte y estoy divina de la muerte...*”— canté mientras miraba por mi terraza. Pero ¿qué demonios era eso? Me froté los ojos y comprobé que no estaba soñando; de la terraza de Axel pendía un letrero de “Se vende”.

Cómo, ¿Axel se iba del edificio? Pues sí que se le había indigestado a Matilde nuestra vueltecita en moto. Esa era más peligrosa que un cirujano con hipo, la hija de la gran china.

El caso es que Axel estaba tomando el sol en una hamaca, tostando al sol aquella divinidad que tenía por cuerpo y me vio... Mi actitud fue la de encogerme de hombros señalando el cartel, queriéndole preguntar y él me hizo una señal con la mano de que ya me contaría.

Mientras, Marita debió pensar que estaba lela.

Ella: “¿Estás ahí? Parece que te has quedado muda”

Yo: “Helada es lo que me he quedado. Han puesto el piso en venta, Axel y ella. Acabo de ver el cartel”

Ella: “Pues sí que te tiene miedo su mujercita, le ha faltado el tiempo para quitarlo de tu lado. Y luego dirás que no tienes poderío...”

Yo no sé si tendría poderío, pero estaba segura de que Matilde había dado un puñetazo encima de la mesa y le había expuesto a Axel sus condiciones, en plan tirano. Bien sabía yo que a él le encantaba vivir en nuestra zona y, como guinda del pastel que yo fuera su vecina, que eso no tenía precio, ni para él ni para nadie... ¡Pues menudita soy yo!

Después del golpe de estado matildiano, implantando lo que se veía venir como una dictadura a lo Corea del Norte, digamos que el potaje se me había puesto agrio. Y si yo lo percibía así, no quería imaginarme el ambientito que estarían viviendo ellos en su casa, donde la tensión podría cortarse con un cuchillo. Cierto que le acababa de escribir a Marita que pasaba del culo de mi vecino, pero lo cierto es que seguía suspirando por él... Por su culo y por el dueño.

Aquello me estaba afectando demasiado y, pese a que apenas tenía apetito desde el incidente del día anterior, mis tripas empezaron a gruñir como si tuviera un leoncito pequeño en su interior.

—Hugo, te necesito—le dije tan pronto acabé de hablar con Marita y telefoneé a mi amigo.

—¿Qué te pasa, Jenny de mis amores?

—Que aquí hay gato encerrado y tú y yo tenemos que desenmascarar a la tal Matilde, que esta tía te digo yo que esconde algo. Con decirte que ayer se enteró de que había dado una vuelta con su marido y hoy me encuentro con que venden la casa, ¿cómo lo ves?

—Joder, pues que esa tía no se anda con chiquitas. Pero que si a ti es tu vecino el que se te ha metido entre ceja y ceja, allí está Hugo para ayudarte a conseguir a tu maromo...

—*Ains*, tú sí que eres un amigo. En ti me tendría que haber fijado y no en este otro, pero es que eso no se escoge.

—Qué va, guapa y Dios siempre le da un pañuelo como una sábana de matrimonio al que no tiene mocos, pero que, si tú quieres Axel, Axel vas a tener por mi madre de mi alma.

—¿Tú crees, Hugo? —Yo no estaba de capa caída, sino directamente para las mulillas.

—Palabrita del Niño Jesús—se rio.

—Vente esta misma noche, anda...

—Claro, puestos a pedir, ahora mismo apago la candela y me voy para allá nadando. No me seas loquita y no me estreses anda, que el viernes estoy ahí contigo.

Colgué el teléfono y suspiré. ¿Cómo podía haber estado tan ciega tanto tiempo? Por mucho que me lo imaginara, yo no veía a Axel siendo un calzonazos, la verdad. Más bien me imaginaba que la tal Matilde lo tuviera cogido por los Kinder Sorpresa por alguna oscura razón y la muy puñetera no quisiera soltarlo ni para ir al wáter.

Lo que no podía imaginar yo aquella tranquila tarde de domingo es que la ocasión la pintan tan calva que me iba a poder desquitar con ella. Y es que, fue bajar a tirar la basura y ver que la tenía al lado. Di un respingo, porque aquella era capaz de cogerme por la coleta y fregar conmigo la calle entera, o en su defecto, de meterme un tiro a bocajarro y quedarse en la gloria. Valor tenía yo de habérmela jugado saliendo con Axel...

—Mira, pero si está aquí la robamaridos, pues aprovecho para decirte que como vuelvas a provocarlo vas a desear no haber nacido.

—¿Eso es una amenaza? —A mí que no me tocara las palmas, que también me conocía.

—Tómalo como quieras, putón verbenero, pero te quiero a dos kilómetros de él, como mínimo, o no respondo...

—¿Me vas a torturar? Cualquiera cosa menos cortarme el pelo como tú, que a eso no creo que pudiera sobrevivir.

—¿Qué le pasa a mi pelo? Bien estiloso que lo llevo... No todas necesitamos ir llamando la atención por ahí para destruir matrimonios.

—Sí, sí, lo llevas precioso, no te preocupes. Parece que te ha pelado mi abuelo con el Parkinson, pero tú misma. En cuanto a lo de destruir matrimonios, primero que yo a tu marido no lo he tocado y segundo que, igual es que no le convence lo que tiene en casa, ¿no te has parado a pensarlo? Y es raro, con lo dulce, femenina y simpática que eres...—le lancé una sonrisita socarrona.

—Pues nunca se ha quejado, ahí donde lo ves.

—Como si le fuera a servir de algo, que a ti no te arregla ni la Virgen de Lourdes...

—¿Cómo dices, ramerilla de tres al cuarto?

—Lo que has escuchado, y te voy a decir otra cosa; ahí donde tú lo ves, yo siempre te he respetado, pero hasta hoy. Esto es la guerra y que gane la mejor, lo que se traduce, por si te quedan dudas, en que ya te puedes ir apuntando a la página esa de “Adopta un tío”, ¡porque te has quedado sin marido!

—La conoces bien, ¿no? Sabe Dios los magreos que te habrás dado con esos salidos...

—Sigue inventando, que al final la que vas a escribir novelas eres tú...

— Por la cuenta que te trae, apártate de Axel o lo vas a hundir en la mierda... Más de lo que ya está.

—¿De lo que ya está? Imagino que si tiene algo de mierda en su vida es la que esparces tú allí donde vas con la mala leche esa que no te deja ni a sol ni a sombra, so pedazo de amargada. Pero no te olvides de que “muerto el perro, se acabó la rabia” y yo te voy a quitar de en medio en un abrir y cerrar de ojos.

—Hazlo y Axel está acabado, no te lo digo más...

Asquerosa, rastrera y amenazante, así se mostró en todo momento. Y lo malo es que no me parecía que bromeara cuando decía que le haría la vida imposible a Axel si yo intervenía. ¿De qué demonios estaría hablando? Menos mal que en unos días tendría conmigo a Hugo, que lo que no se le ocurriera a ese, no se le ocurría a nadie...

Horas después, volví a acordarme en toda la generación de las casualidades cuando salí un rato al chiringuito de la piscina de la comunidad a tomar algo y me encontré allí a la feliz pareja, que a ironiquilla no me gana nadie.

El desprecio con el que ella me miró podía esperarlo, lo que me pareció demasiado fue que Axel no se atreviera ni siquiera a saludarme. Si digo que no me dolió miento como una bellaca; pues ver que, de aquellos labios que el día anterior me habían besado, ni siquiera salía un saludo para mí, me tocó el alma.

Más orgullosa que un pavo real, me senté y me tomé un cóctel sombrillita incluida mientras le contaba a mis chicas por WhatsApp que la sonrisa que mostraba de boca para afuera, se reflejaba en un intenso dolor en mi pecho.

Los tortolitos fueron los primeros en marcharse y, en el instante de hacerlo, miré a Axel con rabia. El hecho de que ni siquiera se hubiera atrevido a dirigirme la palabra en presencia de la tirana me había trastocado tanto como para llegar a la conclusión de que estaba enamorada de ese hombre. Eso sí, cualquier cosa menos que él lo detectara en mis ojos... Cuando lo encaré fue frialdad la que percibí por mi parte. No obstante, la misma fue suavizada por el calor que desprendían sus ojos, en los que, por primera vez en su vida, detecté algo que me sobresaltó; había mucho miedo.

Capítulo 6



Lo hablaba con mi tocaya Jenny por el grupo el jueves por la noche.

Yo: “Vaya semanita que llevo, te juro que me dan retorcijones de barriga cada vez que me asomo a la ventana y veo el dichoso cartelito de “Se vende”

Ella: “Normal. Es que tú estás muy pillada por ese tío. ¿Y dices que no lo has vuelto a ver ni una sola vez desde el domingo por la noche?”

Yo: “Ni rastro de él. A veces pienso que la *Bull Dog* se lo ha zampado de un bocado. Qué ganitas le tengo a la tía esa...”

Ella: “La que te la vas a zampar de un bocado eres tú a ella, ya lo verás. Tú te vas a llevar el gato al agua”

Yo: “Mira, yo ya no sé si quiero al gato o si tengo perro ni nada, menos mal que mañana viene Hugo”

Ella: “Ya te digo, qué suerte, ese te quita todas las penas, menudo cachondo, te va a doler todo de reírte. ¿Piensas seguir con tu plan de darle celos a Axel?”

Yo: “Ahora más, porque el otro día detecté dolor en sus ojos y todo lo que tú quieras”, pero ¿y lo que me duele a mí que él esté con ella y no dé un paso adelante para luchar por lo nuestro?”

Ella: “Esa es la actitud, bonita”

Yo: “Axel va a probar de su propia medicina, jarabe de palo”

“Jarabe de palo”, un poquito puñetera sí que era yo, pero es que estaba de lo más escocida. Con ese mismo pensamiento fui al aeropuerto a recoger a Hugo.

—¿Cómo está lo más bonito? —me preguntó nada más verme con su sempiterna sonrisa en el rostro.

—Pues aquí, cariño, jodida y puesta al sol, nunca mejor dicho. —Le di un abrazo tremendo, no sabía mi amigo el favor que me estaba haciendo.

—De eso nada, analicemos la situación, tenemos una bruja fea y con pistola, en vez de con escoba, y un tío bueno que quieres agenciarte, que está casado con ella y que no sabemos por qué le tiene más miedo que a un vendaval.

—Ahí vamos, yo no lo hubiera definido mejor.

—Pues nada, primero un chorro de celos para comprobar cuánto mide la cuerda con la que lo tiene amarrado la Fiona esa de Shrek...

—Qué arte el tuyo, a esa se parece, pero sin trenza y sin nada, que esa no ha visto un peine ni unos tacones en su vida...

—Fíjate, pues entonces como para competir con una escultura como tú, y si es así, tira y vamos a enseñarle lo que vale un peine para que se ponga en condiciones esa cabeza, que se va a tener que buscar ligue nuevo.

Nada en la vida como una buena ración de celos regada con una abundante dosis de gracia. Y es que, después de varios días sin verlo, Axel apareció por la piscina en cuanto nos vio a Hugo y a mí juntos.

Por Dios que la ogra esa parecía que lo estaba embebiendo, porque me daba la impresión de que había hasta menguado en esos días. Con cara de haber engullido media docena de huevos podridos, se situó en una hamaca cercana a la que ocupábamos nosotros.

—Hola, Jenny—dijo desde ella y noté que apenas le salía la voz del cuerpo.

—Hola, Axel. —No quise entrar en la polémica de que delante de Matilde no me hubiera saludado y ahora sí, ¡buena gana!

—No veas con el tío, es la alegría de la huerta, no me extraña que estés loquita por sus huesos—ironizó Hugo, que a él aquello no se le podía dar mejor.

—Tú esto lo vas a disfrutar, capullito de alelí, no me lo niegues...

—Yo a tope, ¿te voy dando ya la cremita?

—Una generosa capa, por favor. —Le puse el bote en las manos.

—¡Al lío! —Puso cara de Chicho Terremoto y eso solo podía significar que la diversión había comenzado.

—Cariño, qué manos tienes—resoplé e hice como que me entregaba con gusto a su masaje.

—Para mi chica, gloria bendita, “*que no nos falte de ná...*”, como dicen las sevillanas...

—Esta noche tú y yo nos venimos de juerga aquí al chiringuito, que los findes se pone esto a tope...

—Hombre no, si te parece nos quedamos jugando al parchís, Jenny, mira que tienes unas cosas...

—Venga Huguito, no critiques tanto y al masaje, que se note que le pones ganas...—murmuré.

—Oye guapa, tampoco me pidas tanta entrega, que uno es de carne y hueso, no sé si me explico...

—me dijo en el oído y Axel debió pensar que me estaba haciendo alguna confidencia, a juzgar por la cara de avinagrado que puso.

—Ya, no hace falta que sigas, que sé que soy irresistible, pero hay barreras infranqueables. —
Moví mi melena al viento al estilo Pantene.

—Pedazo de zurriagazo que me has dado en todo el ojo, con decirme que no mire es suficiente, no hace falta dejarme ciego, animal—se quejó en voz baja mientras se lo refregaba.

—No te quejes tú tanto, anda, que se te da muy bien...

—Pero chiquilla si es que me vas a dejar peor que a mi amigo Juanito el bizco....

—Huy tu amigo, lo que me pude reír con él cuando fui a verte. ¿Sigue igual?

—Peor, no se come un rosco y parece la niña del exorcista, está que se sube por las paredes...

A todo esto, el que daba unos resoplidos que parecían el ciclón de las Azores era Axel y yo quise echar un poquillo más de leña al fuego...

—Dame amor, que ahora me toca a mí. —Cogí la crema y empecé a restregársela a Hugo por ese cuerpazo que tiene, a lo escena picante.

—¡Qué gustito, Jenny! ¿Cómo no me había dado cuenta antes de que vales más que un potosí? ¡Ven aquí, que te como! —Se dio la vuelta y los ojos de Axel se le salían de la cara como en los dibujitos, así como con dos muelles...

—¡Cuidadín, Hugo, que te veo venir! —le susurré cuando lo vi volverse muy metido en su papel.

—Tú calla y sígueme el rollo...—Me abrazó y, con todo el arte que acumulaba en su cuerpazo, echó una de las toallas por encima de ambos.

—Ahora sí que va a pensar que estamos haciendo travesuras. —Reí cocida de calor debajo de la toalla.

—A ese le acaba de petar el estómago de la acidez. Se va a tener que tomar tres cajas de Almax, por lo menos, te lo digo yo.

—¡Qué calor, cariño! —exclamé cuando, sofocados, salimos de debajo de la toalla.

Cuando mis ojos fueron a topar con los de Axel, pude comprobar que iba a necesitar un lavado de estómago para poder eliminar el veneno que estaba tragando.

—¿Te traigo algo de beber, cielo? —me preguntó Hugo—. Vamos a tomarnos algo por lo que más quieras, que me debes una y bien gorda. Vaya calentón gratuito que me estoy llevando—me confesó por los bajinis.

—Tú aplícate a fondo, Huguito, que lo estás haciendo la mar de bien—le susurré.

—Qué fácil es hablar, a Huguito lo tenéis de comodín del público, puñeteras—replicó a volumen mínimo.

—No te quejes, que a ti te va la marcha...

Mientras él se levantó por las bebidas, yo podía notar la tensión corporal de Axel, que debía estar maldiciendo para sus adentros.

Mordiéndome el labio en plan provocativo, decidí contar hasta diez y apostaba a que a cinco no llegaba. Reto conseguido, ya lo tenía al lado...

—Veo que, a rey muerto, rey puesto, Jenny.

—No creo que te sientas con autoridad moral para venir a reprocharme absolutamente nada, precisamente tú.

—Sé lo que debes pensar de mí...

—Nada, tampoco te creas el ombligo del mundo, eres agua pasada, Axel. No obstante, si quieres mi sincera opinión, te la voy a dar, —él lo había querido y yo estaba cogiendo carrerilla—, pues que un poco de perrito faldero sí que tienes.

—Tú algo me vas conociendo, ¿de veras te parezco un pelele?

—Qué escena tan romántica, ¿interrumpo algo? —preguntó Hugo cuando llegó con las cañas—, si quieres traigo otra, que te veo muy entusiasmado con mi chica.

—Perdona, soy yo el que os interrumpo, tío. Me llamo Axel...

—Yo soy Hugo. —Le tendió la mano.

—Ya, te conozco por referencias, Jenny me ha hablado mucho de ti. En fin, yo ya me marchó...

Axel se acercó a su hamaca, cogió sus bártulos y se alejó cabizbajo.

—Ese tío lleva una losa encima, Jenny, abortemos misión celos. Dile que se acerque—me indicó Hugo cuando lo vio marcharse.

—No, no, que yo no me voy a bajar a su nivel, que me está haciendo pasar las de Caín hombre, que paso de su culo. —Para orgullosa yo, que estaba harta de jueguecitos.

—Mira que eres cabezona...

—Tú calla y hazme otro masajito de esos mientras me tomo la cañita, anda, que necesito mimos...

—¿Quiere algo más su majestad? —Rio con esa risa tan Hugo, tan fresca y un con un toque descarado, tan afín al mío.

Algo de jefe de la tribu tenía Hugo, pero también una parte de hechicero, porque su masaje hizo que me quedara frita en la hamaca. Y es que, entre la cañita, el solecito y aquellas fuertes manos masajeando cada centímetro de mi contraída espalda... Blanco y en vasija... leche fija, solo me faltó roncar.

Las voces de ambos me despertaron un rato después, cuando apresuradamente me eché mano a la cara por si se me había caído hasta la babilla.

—Jenny, creo que Axel tiene algo que contarte y debes escucharlo—me dijo Hugo.

—¿Qué dices, cariño? —le contesté, enarcando una ceja y sin entender ni una sola palabra.

—No hace falta que disimules, ya lo sabe todo, que solo somos amigos.

—Pero ¿serás traidor? —reí sin entender de qué iba aquello, aunque yo a mi Hugo se lo perdonaba todo —, ahora me has dejado como Cagancho en Las Ventas.

—Hazme caso, que te interesa escuchar lo que tiene que contarte. Yo os dejo a solas.

—Ni de coña, amigo, quédate, tú eres parte del plan, no nos dejes ahora...—le sugirió Axel.

Si yo entendía algo, que viniera Dios y lo viera, ¿de qué plan estaban hablando? Les sonreí y me devolvieron la sonrisa; me duermo y ellos aprovechan para hacerse amigos, ¿alguien da más?

Capítulo 7



Subí a casa desolada y agradecí sobremanera el abrazo de Hugo.

—¿Qué estás pensando, loquilla?

—Que la parta un rayo, eso es lo que estoy pensando. Yo sabía que era perra, pero nunca hubiera imaginado que tanto.

El tema era para alucinar, porque a Matilde, decir que le faltaba un tornillo era quedarse muy, muy cortos... Y yo que había pensado tan mal de Axel durante tanto tiempo, creyéndole un picaflor por querer ligar conmigo estando casado...

Si hubiera sabido antes la verdad, a esa le ponemos una cornamenta que su cabeza hubiera servido para adornar la pared de un club de caza, por la gloria de Cotón, vaya.

—Cuando las chicas lo sepan van a alucinar. Ahora sí que ha tomado esto cariz de culebrón.

—Ya te digo, pero que a la sabandija esa la vamos a desenmascarar, palabra de Hugo.

—Y de Jenny, esa deja en paz a Axel o sale en todos los periódicos, te lo prometo.

Pues nada, que la cosa tenía miga. Resulta que la tal Matilde no solo era policía, sino inspectora, vamos que llevaba galones y no me refiero a los lamparones que alguna vez le había visto yo en ciertas camisetas, a la muy cochambrosa.

Ebria de poder, por lo que nos había contado Axel le gustaba jugar a ser Dios y estaba metida en asuntos más turbios que Al Capone en sus buenos tiempos.

El día que Axel la conoció, su hermano pequeño, Nacho, se había visto involucrado en un lío de no te menees. Con apenas dieciocho años, cayó en la trampa de uno de sus amigos, que se dedicaba a pasar coca y pastillas. Aquella noche alguien le dio un chivatazo al joven camello y, sin comerlo y sin beberlo, le cargó el muerto a Nacho, que fue el último en llegar a la pandilla y

un auténtico pardillo.

Pese a que Matilde creyó en la inocencia de Nacho, tenía suficientes pruebas para empapelarlo, pero le sugirió a Axel que podía hacer la vista gorda si él comenzaba a salir con ella.

Con lágrimas en los ojos, nos había contado a Hugo y a mí que maldita la gracia que le hacía mantener una relación con una persona que no le atraía en absoluto. Meses después intentó dejarla, pero entonces se encontró con que estaba perdido; Matilde le dio el ultimátum de casarse con ella, si no quería que sacara a la luz las pruebas que incriminaran a su hermano.

Desde que lo conoció, Matilde vivía obsesionada con Axel y no paró hasta lograr que le pusiera un anillo en el dedo. Lo peor llegó cuando nuestros destinos se cruzaron y él se dio cuenta de que estaba tirando su posible felicidad y su vida entera por la borda en pos de que su hermano pudiera seguir libre.

En los últimos tiempos, Axel había visto suficientes movimientos bancarios y escuchado ciertos comentarios, por parte de ella, que le hacían pensar que estaba coaccionando a más personas y que movía hilos con los capos de la droga de nuestra ciudad. Eso fue lo que lo animó a contratar a un detective privado que le ayudara a airear sus fechorías, y que no era otro que el hombre que estaba con él en el restaurante el día que yo entré con Lourdes.

—Hugo, yo a esa la desmoño, te lo digo en serio, no sabes lo que tengo encima...

—Una ligera idea sí que me hago, hasta yo estoy loco por verla lejos de vosotros.

—¿Cómo has conseguido que Axel te contara todo esto? Yo estoy flipando...

—Dirás cómo lo has conseguido tú. Ha sido tu idea de que viniera y de que le diéramos celos. Yo solo he ido a buscarlo a su casa mientras dormías. Él lo ha soportado todo estoicamente hasta que pensó que te estaba perdiendo, que habías caído en mis garras. —Hizo el gesto de un león y me tuve que reír con él, para no variar.

—Total, que al final ha cantado y ahora solo nos queda esperar.

—Eso es, cruza los dedos...

—¿Qué dices de cruzar los dedos? Vamos a abrir un vinito mientras llega, que estoy que no quepo en el pellejo de los nervios.

Una hora después sonó la puerta. Suerte que Matilde ese día estaba de guardia y eso le dejaba a Axel libertad de movimientos.

—Hugo, voy a necesitar tu ayuda—le comentó tan pronto cruzó el umbral de la puerta, tras haberse encontrado de nuevo con el detective privado.

—Qué raro, lo que yo digo, que a mí me tocan todos los embolados...

—No te preocupes que Hugo es un fenómeno, lo que haga falta—dije sin dudarlo.

—Así me gusta, Jenny, que me dejes libertad para decidir. —Se carcajeó.

—Entonces, ¿lo harás? —Lo miró Axel como si fuera su tabla de salvación.

—Pues claro, hombre, yo por Jenny me saco un ojo si hace falta...

—*Ese Hugo cómo mola, se merece una ola...*—comencé a cantar.

—Calla, insensata, que al final la bestia esa me descerraja el tiro a mí, por abogado de las causas perdidas.

—No tendrá esa narices de hacerle daño a ninguno de mis dos chicos, porque me la como cruda, vamos...

—Pues vas a tener táperes para tres años, según decís que es. —Hugo y sus cosas.

La cuestión era que el detective privado había logrado saber que Matilde estaba aceptando sobornos a cambio de mirar para otro lado cuando entraba un alijo importante de droga, lo que iba a ocurrir al día siguiente por la noche.

A eso había que sumar que se había logrado infiltrar en la banda y sabía las contraseñas y demás que ellos manejaban, por lo que llamarían a Matilde y le dirían que la hora del encuentro se había adelantado, apareciendo Hugo en lugar del malhechor en cuestión.

Yo miraba a mi amigo y todavía no podía creerme que se hubiera prestado a meterse en semejante fregado, ¡si es que tenía un corazón de oro!

—Cuando Dylan y Manu se enteren de este sainete se van a quedar boquiabiertos—le comenté mientras descorchaba otra botella de vino.

—Tú dame una copita que vaya tela en la que me habéis metido. —Puso los ojos en blanco.

—Tú no te preocupes, amigo, que tenemos preparado un chaleco antibalas y todo...—intervino Axel.

—Eso ya me deja más tranquilo, ¿y un casco también? Si es que, lo que no me pase a mí, no le pasa a nadie. Jenny, hija, ¿tú no te podías haber acordado de mí para invitarme a un viajecito al Caribe?

Razón no le faltaba a Hugo y al anochecer, para celebrar que éramos los mejores amigos del mundo, nos pillamos en el chiringuito una cogorza que no se la saltaba un galgo.

—Lo que me faltaba era este dolor de cabeza con el numerito que tenemos pendiente esta noche—se quejaba Hugo al despertar, a la mañana siguiente.

—Venga, no seas agorero, que todo va a salir muy bien...

—Claro, cómo se nota que tú vas a ver los toros desde la barrera, jodida.

—Anda, anda, que estoy de lo más preocupada, voy a coger el móvil que creo que me están hablando las chicas.

No me equivocaba, Victoria ya estaba loca por saber.

Ella: “Jenny, ¿cómo lo pasasteis anoche? Qué lindas las fotos que subiste con Hugo. Al final ¿no será con él con quien tengas un lío?”

Ay, madre mía, que yo no recordaba ni que hubiera subido fotos al grupo, claro que a mí también me dolía el coco lo suficiente como para haberme tomado un Ibuprofeno del tamaño de un zepelín.

Miré y vi que habíamos subido un álbum entero y que en nuestras caras se veía cómo el alcohol iba haciendo mella en nosotros, hasta terminar haciendo el candado corriendo y chillando por todo el jardín...

Yo: “No me seas loquita, que no. Hugo solo es un amigo, ¡pero no veas qué amigo! Solo os puedo adelantar que va a llevar a cabo un acto heroico por sacar adelante mi relación con Axel”

Ella: “¿Un acto heroico? Necesito pistas, qué intriga, por favor”

Yo: “De momento solo puedo deciros que, si todo sale bien, seréis las primeras en saberlo”

Ella: “Eso espero, porque me muero ya de ganas”

—Mira Huguito, lo que están poniendo las chicas...

—Sí, sí, me parece súper ideal, lo malo es que como salga mal, van a tener que buscar mi nombre en las esquelas de mañana...

—No me seas cenizo, que seguro que al final no es tan fiero el león como lo pintan.

—No, no, por las fotos que me enseñó Axel, parece toda dulzura la muchacha, de esas personas nobles que no conocen el mal...

Aquel día Matilde estaría en casa, así que no podría ver a Axel hasta por la noche. La idea era que Hugo se acercara al punto convenido con el sobre de “billetes” y mientras, el detective privado, que estaría escondido, grabaría la conversación entre ambos y se la enviaría a Axel, que estaría fuera del recinto.

Así, si a ella se le ocurría la feliz idea de apretar el gatillo, ellos le dirían que la conversación iría derechita al juez y no tendría escapatoria. Por tanto, más le convendría permanecer con la boquita cerrada y desaparecer del mapa, dejando a Axel libre...

—¿No decías que tú estabas muy tranquila, corazón de melón? —me preguntó Hugo cuando me vio encender unas velas antes de marcharse con Axel aquella noche.

—Sí, hombre, pero que un poquito de ayuda tampoco viene mal, ¿no? Vamos a unir fuerzas los de aquí abajo y lo que sea que haya allí arriba.

—¡Maldita sea mi estampa! Que lo del chaleco antibalas era verdad, Axel, pichita, qué mal rollito me está dando esto. —Allá que venía el otro a colocárselo.

—Mira que eres quejica, os estaré esperando para irnos esta noche de fiesta, tú haz bien los deberes y verás cómo no te pasa nada, Huguito...—Levanté el pulgar.

—Claro, claro, tú no cuentes mucho conmigo por lo que pueda pasar y si palmo, te tomas tres copazos a mi salud, alma de cántaro...

Al final el condenado hasta me iba a emocionar...

Dos interminables horas después y un montón de copazos con los que apacigué mis nervios, Axel y Hugo aparecieron por las puertas, con unas sonrisas que indicaban que una nueva vida se abría para mi vecino y para mí.

—¡Ole la madre que te parió, Hugo! —lo abracé con más fuerza de la que yo misma creí tener.

—Anda, calla, calla, que la próxima vez que me llames va a venir a tu casa el Tato de Jerez, que he pasado más miedo que el compañero de celda de Nacho Vidal, guapita...

—Y no sé cómo vamos a poder compensártelo, te lo digo de verdad.

—Pues me vais a tener que hacer el padrino de vuestro primer hijo, de ahí para arriba, que menos no acepto. Tenías que haber visto la cara que se le ha puesto a la come-albóndigas de Matilde cuando le hemos dicho que se le ha acabado el cachondeo, vamos que le hemos cerrado la baraja del negocio ese que tanto dinerito le dejaba...

—¿Ves Huguito? No era para tanto, tampoco te ha mandado para el otro barrio ni nada...

—Mira esta que graciosa, no me ha mandado porque Dios no ha querido, pero la pistola la sacó del tirón, que me entró una risa floja que no veas cuando la vi apuntarme con ella.

—Menos mal que el detective le tenía unas ganas impresionantes y saltó como si tuviera un resorte

en el culo...—añadió Axel.

—Sí, porque si me daba en el pechito todavía, pero como me apuntara a la cabeza no creo yo que la gorra me sirviera para mucho, la verdad. Anda y que os den, os dejo privacidad que yo tengo faena en el wáter, que vengo con las cagaderas de la muerte.

Muertos de la risa viendo cómo negaba Hugo camino del baño, Axel y yo comenzamos a besarnos y ese sí que fue un beso necesitado y urgente; un beso que nos supo a comienzo; un beso cuyo aterciopelado tacto nos decía que las espinas habían sido retiradas de un camino en el que por fin nos esperaban las rosas. ¡Un poco cursi me ha quedado!

Epílogo

3 meses después

Qué me gustaba a mí un avión y qué ganas tenía de pisar el Caribe con mi Axel; confieso que la vida nos sonreía y nosotros no hacíamos más que devolverle la sonrisa... Una y otra vez como dos memos.

Y es que la cosa no era para menos... Desde que la bruja piruja de Matilde se había ido sin coger ni las maletas, Axel y yo estábamos disfrutando de unos comienzos en los que el amor reinaba... al lado del sexo, que no me pega a mí volverme una romántica empedernida y olvidarme de la parte más divertida, ¡antes muerta!

Sobra decir que, en la cama, mi chico y yo tuvimos que resolver de golpe la tensión sexual que habíamos acumulado durante tres años. La primera vez que vi aquella anatomía al completo di gracias al cielo porque Axel estuviera tan bien terminado, con una herramienta de impresión que servía para abrir la llave del placer cuya cerradura tenía yo oculta en cierta parte de mi cuerpo...

Dicho de otro modo, jugar al metesaca se convirtió en nuestro pasatiempo prioritario y no perdíamos ocasión de deleitarnos los oídos con un buen festival de gemidos, ya me entendéis...

En los ratos libres que aquello nos dejaba, yo seguía escribiendo mi última novela, cuyo protagonista llevaba impreso el sello de Axel, mientras que él se estaba planteando sacar su propia línea de ropa.

Pese a que no nos faltaba tarea con todo aquello, nos habíamos trasladado a vivir a un chalé con

piscina en el que estábamos “*living la vida loca*” y en el que nos dábamos nuestros continuos homenajes sin miedo a que los vecinos nos tocaran el techo con la escoba, que la fogosidad es lo que tiene...

Nuestra vida social también seguía proporcionándonos no pocas satisfacciones y la intervención de Hugo en la “liberación” de Axel lo había convertido en un héroe para las chicas de la tribu. Y en el blanco de no pocos comentarios por parte de Dylan y Manu, que le daban caña diciéndole que el mundo había ganado un nuevo superhéroe y que de qué color quería la capa.

Tanto ajeteo hacía que estuviéramos de lo más cansados (quejarse es gratis, ¿no?) y por eso Axel me había sorprendido con los billetes para viajar al Caribe y yo pensé que podría hacer un esfuerquito e ir...

Así que allí estaba como una reina, con el avión a punto de despegar y enviándoles selfis de ambos a las chicas que, por el grupo, no paraban de animarnos a pasarlo sensacional y a exigirnos fotos y vídeos de nuestra estancia en tan paradisíacas tierras.

—¡Ponles morritos a las chicas, corre! Que ya vamos a despegar...

—*Ea*, pero que yo te he dicho que no me sale, Jenny...—Rio.

—Y dale, ¡que pongas morritos ya, hombre! — Santa paciencia que tenía el pobre y todo le parecía poco para hacerme feliz.

Axel era un regalo que me había caído del cielo, bueno un regalo, un paquete o como queráis llamarlo; yo me quedo con lo del paquete...

—¿Ves? Las chicas dicen que estás monísimo y que quieren un Axel en sus vidas. Lo único que Hugo añade que no se vayan a creer que él tiene siete vidas como los gatos y que no se juega más la piel, que no pertenece al FBI del amor.

—Diles a tus amigas que el día que tenga algo que pedirte ellas van a ser partícipes y los jefes también, claro...

—Adelántame, algo, que esto se pone emocionante. —Le guiñé el ojo.

—Pues que digo yo que tú y yo, algún día... Me estás entendiendo de sobra, que me tienes loquito...

—Vamos que algún día hincarás rodilla y todo. Lo malo es que cualquiera coge a Matilde para firmar el divorcio, al saber debajo de qué piedra se habrá escondido. Al final eres un bígamo, yo me parto...

—¿Bígamo? Pero si yo solo tengo ojitos para ti, que para mí que me has echado una pócima en un mojito de esos que tomábamos en el chiringuito...

—¿Qué dices de pócima? El truco está en mis caderas chaval, y en la forma en la que las muevo, claro, que hay que tener todo el arte y una lo tiene...

—No me hables de tu movimiento de caderas que nos quedan muchas horas en este avión y mi pajarito va a terminar pidiendo auxilio.

—¿Tu pajarito? Creo que te refieres a ese pajarraco que tanto me pone, que es una fiera indomable... Pues sí, vas a tener que mantenerlo a raya, o los detenidos seremos nosotros por escándalo público, en el aire...

—Un escándalo eres tú, Jenny...

Llegar al Caribe supuso para mí querer compartir con mis chicas de la tribu una panorámica de explosivos colores con intensas sensaciones bañadas por aguas turquesas, arenas blancas y verdes bosques donde la vida se abre camino.

Un incomparable cóctel tropical que deseaba mostrarles mientras lo disfrutaba cogida de la mano de mi chico, que me miraba como quien contempla una obra de arte. Bueno qué tontería, es que lo soy, ¿o no?

Sea como fuere, lo que yo veía claro es que juntos sumábamos mucho más que dos, aunque no eran precisamente las matemáticas lo que me importaba en un entorno inigualable en el que íbamos a vivir nuestro primer viaje en pareja.

A la carrera, entré en aquellas extraordinarias aguas salpicando a diestro y siniestro, mientras

Axel jugaba a perseguirme y yo me dejaba atrapar. Siendo sincera, pillada ya me tenía desde el primer día, aunque sentía la satisfacción de haber luchado por su amor en exclusividad. Ahora ya lo tenía enterito para mí y solo me quedaba saborearlo con el entusiasmo que se saborea una dulce fruta tropical. No diréis que no se me nota que estoy totalmente coladita, como una piña, colada, claro...

El vigor y la exaltación con los que Axel me besó en aquella playa me hicieron saber que todo había valido la pena (¿incluso poner a Hugo delante de una pistola?), vaya, pues para mí, sí. Otra cosa sería escucharle el piquito al aludido...

Mi tribu, mis compañeros y una boda sin cancelar

Dylan Martins

A todas, por formar parte de esta historia...

Frella Lucía, Mercedes Muñoz, Reme Martín, Vito Patrón, Rosa Martínez, Merche Fernández Cortés, Inma Pascual, Yolanda Illarra, Miriam mesa, Begoña Llorens, Pato Moure, Meme de la maza, Izaskun Maguregui, Charo Berrocal y Maiyelis Batista.

Perdón por lo resumido que tuve que hacer todo, pero al ser tantas las chicas que me atribuyeron me era imposible dar más de lo que hice.

Todo fue con mucho amor...

Capítulo 1



Estaba como una olla a presión a punto de estallar, maldito Word que lo había guardado mal y ahora no lo encontraba, cinco mil palabras a la mierda no se podían ir...

Me entró un mensaje de Messenger de mi catalana, Rosa, una chica a la que adoraba y me caía genial, parecíamos como esos hermanos que fueron separados al nacer.

Rosa: Hola, mi moreno. ¿Qué tal lo llevas?

Yo: Me quiero morir...

Rosa: No, tú no te vas a morir, tú a mí no me jodes. Ya sabes que tenemos planes.

Yo: Deseando que llegue mañana. Estoy intentando rescatar un archivo que perdí con dos capítulos.

Rosa: Pues eso no es motivo de defunción, mi moreno, así que tonterías las justas y a intentar arreglarlo.

Yo: En ello estoy, pero es que estas cosas me enervan, me ponen como un manojito de nervios...

Rosa: Bueno, te dejo tranquilo, que veo que bastante tienes tú hoy con lo tuyo, luego hablamos guapo. Besos.

Yo: Claro, luego te cuento. Y perdona por los malos humores, pero es que estoy que bufo, no soporto que me pasen estas cosas. Un abrazo mi Rosita.

Una hora después de resoplar mil veces y hacer varias llamadas, conseguí por fin recuperar el dichoso archivo. No sabía si reír, llorar o guardar mil copias de seguridad por si acaso... Lo bueno era que el universo se había posicionado de mi parte y ya ese era motivo suficiente para agradecer...

Entré a Facebook para saber cómo iba el post que había puesto y... ¡Cerré la pantalla de golpe!

¡Madre mía, madre mía! Cuatrocientos treinta y cinco comentarios ¿A quién había matado? Vaya si estaba siendo un día surrealista, ¿cuántas sorpresas más me iba a deparar?

No, no podía entrar a leer y contestar si no, no me daría tiempo a hacer el recado, encima esa noche a las nueve tenía cita con las chicas para ponerles un reto o juego y aún no había pensado qué hacer. Iba de mal en peor, el tiempo me ahogaba.

“Relájate Dylan”, decía esa vocecilla interior que tanto bien me hacía en aquellos casos en los que creía que todo se me había ido de las manos. “No lo tengo yo tan claro, lo mismo hoy la cagas a lo grande”, decía aquella otra vocecilla que, caprichosa, siempre se empeñaba en contradecir a la primera...y de paso en sacarme de mis casillas.

Miré el móvil antes de salir y tenía un mensaje de Sol.

Sol: Acá tenés lo que me pediste...

Conociéndola más de lo que nadie se podía imaginar, sabía que ya había hecho yo algo. Habían pasado dos años desde que la conocí, me llevaba la publicidad, me hacía las portadas y charlábamos día sí, día también, así que esa seriedad era por algo, pero bueno, lo mejor era seguirle la corriente y luego ya estallaría la guerra para llegar a las paces y así como cada día, pero es que la quería tela y ella a mí, así que nos lo decíamos todo con total confianza.

Es lo que tiene la confianza y la nuestra me indicaba que, por mucho que a veces pudiéramos estar como el perro y el gato, entre Sol y yo la sangre nunca iba a llegar al río, ni mucho menos...

Sol era la jefa de los “tres mosqueteros”, como yo decía, ya que los tres autores nos conocimos gracias a ella, pues nos llevaba la mayor parte de todo, menos escribir, que para eso gracias a su trabajo y el de Reme, que también llevaba otra parte de mi publicidad, teníamos todos más tiempo para escribir.

Pedazo de equipo que formábamos y yo no podía estar más tranquilo, que para eso sabía que tenía a mi lado a dos pedazos de profesionales como la copa de un pino. En ese aspecto me sentía de lo más afortunado. Bueno, en ese y en la mayoría, que yo mis muchos defectos tendré, pero positivo

soy un rato largo.

Por lo visto parecía que no era mi día y cuando noté que vibró mi móvil, no sabía si mirarlo, partirlo o... ¡La Monita!

Reme: “Monito”, te hago hoy la publicidad de la última, ¿verdad?

“Mi monita”, así es como llamaba a Reme, también me hacía publicidad así que se lo confirmé y ya sí eché el móvil a un lado del asiento del copiloto y conduje para hacer las cosas. Y es que, según se había presentado el día, solo faltaba que me comiera una multa de campeonato. No, no, que por ahí no pasaba...

Me encontraba a la espera de un cambio de destino ya que soy militar, así que, mientras sí y mientras no, me dedicaba el día entero a trabajar en la otra cosa que tanto amaba, escribir... Mi segunda pasión, esa que tantas satisfacciones me reportaba y por la que no dudaba en hacer horas extra cada vez que fuera necesario, incluso privándome del sueño en ocasiones, aun a riesgo de amanecer con más sueño que un canasto de gatitos. Pero es que yo dicho, uno es muy pasional...

El teléfono estaba conectado al coche y mientras conducía le hice una llamada a Ariadna, otra chica que conocí de este mundo, ya que era escritora y nos habíamos vuelto grandes amigos. Me apetecía mucho escuchar una voz amable, lo utilizaba como una especie de terapia en aquellos días en los que mi cabeza parecía echar humo como una cafetera...

—Hola, Ari ¿Qué tal llevas el día?

—¡Hola, jefe! — Otra que me llamaba así y eso que no mandaba ni en mi propia casa— Bien, aquí ultimando todo para irme unos días a la casa de campo de mi madre.

—Estará súper contenta... Las mamis, ya se sabe, cualquier caso con tal de tener a su prole cerca, aunque se trate de una petardilla como tú —Siempre le hacía bromas.

—La verdad es que sí, no para de cocinar todo lo que me gusta y mandarme las fotos, ya se me está haciendo la boca agua. — rio.

—Eso está genial y tú... ¿Menos agobiada?

—Ya sabes que me afecta todo, pero estoy mucho mejor, por desgracia hay personas que son malas por naturaleza, menos mal que no son todas, en fin... — resopló riendo.

—¿Y el amor? Porque esa parcela es muy importante. Con el corazón contento, todo se mira desde otro prisma...

—No consigo olvidar a mi cubano, Fidel me dio en unos días lo que ninguno en toda mi vida. Estoy pensando en hacer una locura.

—¿Locura?

—Ajá...

—¿Y?

—Me voy a ir un mes a Cuba, no le voy a decir nada a nadie, solo a mi madre, bueno y a ti ahora. Cuando esté allí les daré la sorpresa a las chicas y a Fidel.

—Pero tendrás que alojarte con alguna de ellas y avisarlas antes. No te entiendo... Me dejas un poco petrificado, no lo esperaba. ¿O es que te vas a ir de mochilera? Mira que no estoy para muchos sustos.

—No, que tengo intención de cambiar de aires, pero tampoco tanto, no me he vuelto perroflauta de momento, aunque al tiempo... Voy a alquilar una casa ese mes en La Habana vieja, no quiero agobiar tanto tiempo a nadie.

—Me dejas...

—¿Loco?

—Incrédulo, pero como viví vuestra historia, no me extraña que hayas tomado esa decisión. A veces la vida hay que tomarla como viene y nos pone un poco en la punta de la picota. Una cosa sí te voy a decir, todo menos que esto afecte a tu trabajo, ¿eh? Que hasta entonces ese no se va a ganar un montón de enemigas con tus seguidoras... y una somanta de palos de mi parte—reí.

—No, eso no lo permitiré. Yo por mi trabajo, lo que sea. Me llevaré mi portátil y desde allí escribiré alguna historia, no te preocupes. Además, el trabajo me despeja de siempre, tú lo sabes. No sé qué haría sin él.

—¿Qué le pareció la que le escribiste del relato de la tribu?

—Me mandó un *wasap* precioso, diciéndome que se había emocionado con todo lo que escribí, que lo había vivido igual que él, con esos sentimientos y formas.

—Genial, la verdad es que te quedó precioso.

—Gracias, Dy.

—Bueno, cualquier cosa me llamas. Pero si me vienes con más sorpresitas, avísame antes y me tomo un protector para el estómago, por lo que pueda pasar.

—Claro, tú también puedes llamarme si cualquier cosa. Y no, no te preocupes que no tengo nada más pensado. Solo el que considero que será una especie de retiro espiritual, o eso espero. Un besote fuerte.

No habían pasado ni dos meses desde que estuvimos en Cuba, así que demasiado había aguantado la pobre con los recuerdos de su mulato, como ella decía, pero bueno, si se podía ir un mes, ¡jole por ella! Vamos, que si fuera yo el que pudiera subirme a un avión en ese momento, le diría al piloto que tirara para donde le diera la real gana, pero rapidito.

Fui a hacer todas las gestiones y a última hora de la mañana ya estaba en casa preparando la comida, unos huevos a la flamenca que tanto me gustaban con sus patatas y chorizo picante. Un gustazo para el cuerpo, que yo me lo merecía, que para eso parecía que me había levantado con el pie izquierdo...

Los probé y pensé que eran un auténtico deleite para el paladar, ¿cómo un plato tan sencillo podía estar tan rematadamente exquisito? Misterios de la vida, que muchas veces se ceñía a eso; a que las cosas más simples son las que más nos llenan.

Al día siguiente salía para Sevilla, a un pueblo donde vivía Mercedes y donde tenía una finca en la que nos íbamos a encontrar unos cuantos, de la tribu con ella: Rosa, Reme, Vito, Pato, Inma,

Begoña, Miriam y Meme. Allí pasaríamos tres días completos, además como sorpresa me llevaba a Hugo, al que no esperaban.

Total, que las risas no nos las iba a quitar nadie. Entre lo sensacionales que eran ellas y el arte que tenía Hugo, menudo show iba a ser aquel. Allí se iban a esfumar todos mis nervios, que ese día parecía que tenía el baile de San Vito en las piernas, ¡qué trajín!

Comí y me senté para relajarme un poco de la mañana tan estresante que había tenido. Por fin parecía que mis piernas me daban tregua, aunque cuando se quedaron quietas, sentí un hormigueo. Negué con la cabeza pensando en que lo que no me pasara ese día, no me iba a pasar nunca.

Miré el grupo de la tribu y ya las chicas la habían liado (en el buen sentido de la palabra). Si de algo estaba contento, es de la paz que reinaba en el grupo. Allí imperaba el buen rollo y siempre se liaba parda, pero para bien... La alegría era la bandera de un grupo inmejorable del que yo no me podía sentir más orgulloso, ya que adoraba a todas y cada una de sus integrantes.

Sol, me pasó unos *banners* de promoción que habían quedado chulísimos, la verdad que tenía buena mano para la ilustración, siempre conseguía plasmar aquello que le explicaba y cuando no, terminábamos tirándonos de la lengua y a dormir calentitos hasta el día siguiente que se le pasara, aunque nada más lejos de aquel cariño y confianza que nos teníamos.

En cualquier caso, yo reconocía que tenía unas manos de oro y que se superaba por día que pasaba. Le di las gracias, pensando que menos mal que ese día no nos habíamos enganchado, porque no tenía yo el cuerpo para jotas. Necesitaba paz y tranquilidad...

Preparé lo necesario para salir al día siguiente bien temprano, tenía que recoger a Hugo y a Vito que vivía en nuestra ciudad, ella sí sabía que venía él, pero guardó el secreto. La cosa iba a tener miga porque reunirnos siempre era un motivo de alegría para todos nosotros, pero si además había una sorpresa de por medio, mejor que mejor. Que a nadie le amarga un dulce, ¿verdad?

Esa noche charlé un rato con Frella, hacía mucho que no lo hacía y me caía genial, una chica simpática, educada y que se emocionaba con nuestras novelas. Fiel seguidora de Hugo desde hacía mucho tiempo y luego de mí, la verdad es que era un encanto, siempre con palabras bonitas de buena vibra y levantando los ánimos.

Seguidoras así no tenían precio y hacían que cualquier esfuerzo se viera recompensado. Yo ya

sabía que compaginar mis dos amores, la vida militar y la de escritor, no iba a ser precisamente coser y cantar; pero creo que la cosa puede resumirse en que me va la marcha, y no quiero ni puedo evitarlo.

Otra cosa era que, en días complicados como aquel, uno tuviera ganas de tirar la toalla y hasta el toallero completo, pero ya sabía yo que era cuestión de sentarme y esperar a que se me pasara.

Mi madre me llamó antes de dormir y como cualquier madre, me puso la cabeza como un bombo, pero es que me amaba con todas sus fuerzas, al igual que yo a ella, era mi vida, por ella no partía peras y si hiciera falta, vendía mi alma al diablo.

No obstante, reconozco que ese día incluso desconecté mentalmente mientras hablaba con ella y, en un momento dado, la pobre se quejó diciéndome que le estaba dando la razón como a los locos. Y no iba desencaminada...

Después de una hora dándome consejos, diciéndome que tuviese cuidado con todo y mil cosas más, me fui al privado a despedirme de Sol, que estaba agotada por el día de trabajo que había tenido, pero estaba de buen humor, cosa que me alegró y también la volví a felicitar por su gran trabajo.

Dicen que “es de bien nacido ser agradecido” y las cosas como son, por mucho que a veces nos tiráramos los trastos a la cabeza, ella siempre estaba dispuesta al día siguiente para empezar a trabajar codo con codo como si nada.

Me acosté con todo preparado para salir por la mañana temprano a por los chicos, me hacía mucha ilusión el encuentro con algunas de la tribu.

Vuelta por aquí y vuelta por allá, me daba que conciliar el sueño esa noche iba a ser una especie de misión imposible, y es que cuando yo me alteraba, me alteraba. Ya lo esperaba, entre que ese día había estado como un flan y que en la cama la ilusión me tenía los ojos como búho, pues eso, que parecía que iba a ver todas las horas de la noche.

Capítulo 2



La primera parada fue por Vito, nos abrazamos emocionados y luego a por Hugo, la sorpresa de todos, no lo esperaba ni Dios. Me encantaría verlas boquiabiertas y pinchándome sobre lo calladito que lo había tenido. Pero ¿qué sería la vida sin una pizca de sal?

El camino lo pasamos charlando, Vito nos iba diciendo lo que se hablaba en el grupo, la verdad es que muchas de ellas se habían quedado con las ganas de venir, pero no fue fácil poner a todos de acuerdo. Éramos demasiados, pero si al menos unas veces podíamos quedar unos y otras veces otros, pues esa alegría que nos llevábamos para el cuerpo.

Llegamos donde nos indicaba la ubicación y las puertas de la finca se abrieron para nosotros. Lo que no imaginaba es que hubiera un pasillo con las chicas de la tribu esperándonos y lo mejor de todo, personas que nunca imaginé que pudieran estar, que hubieran cruzado el charco para unirse a nosotros, Yolanda y Frella...

¡Eso sí que era una sorpresa y lo demás eran tonterías! Vaya pasada... Al final eran ellas las que me iban a dejar ojiplático a mí...

Paré el coche en seco y bajé a abrazarlas, Hugo seguía agachado para que no lo vieran, Vito se bajó conmigo.

No me lo podía creer, mi tribu y esas gratas sorpresas, aunque cuando Hugo bajó del coche, la sorpresa se la llevaron ellas. A mí, sí me esperaban, pero a él no.

La finca era una pasada, grande, con una buena casa y un gran porche en el que cabían treinta personas o más, una maravilla. Había una mesa con varias sillas alrededor, que me hacía presagiar que se convertiría en nuestra zona de reunión y convivencia.

¿Se podía pedir más? Yo opinaba que no, lejos del mundanal ruido y rodeados de amigos, ¡eso era vida!

Y cómo no, Mercedes ya nos tenía sobre la mesa tortillas de patatas, filetes empanados, queso... Yo había llevado un jamón y tres cajas de vino, Hugo llevaba ginebra para un regimiento y sus tónicas, todas las chicas llevaban o bebida o comida. Allí había una montaña de víveres.

Visto lo visto, una cosa estaba clara. Famélicos de allí no íbamos a salir, más bien, íbamos a tener que salir rodando. Vaya, que como nos quedáramos demasiado tiempo iba a ser más fácil saltarnos que darnos la vuelta. Y luego estaba lo del alpiste, que no quería yo imaginar cuando a más de uno y una se le subiera aquello a la cabeza.

Echamos unos vinos para todos y brindamos por la tribu, por los que estábamos y por los que faltaban, que ellos también estaban muy presentes.

Mercedes, mi Merceditas, la miraba y no me lo podía creer, tan dicharachera, tan atenta a todos nosotros. Una de esas personas a la que merece la pena conocer y que constituye un regalo en la vida de sus amigos.

Con Mercedes me llevaba genial desde mis comienzos, era como parte de mi familia, como ese chute de energía que necesitaba cuando estaba cabizbajo y es que era toda alegría a pesar de estar triste a veces, pero su tono alegre y positivo no lo quitaba, era de admirar.

—Siéntate, quien quiera algo que lo coja, no eres la criada de nadie — le dije advirtiéndole con los ojos. Y es que ya lo veía venir, era capaz de no disfrutar con tal de que lo hiciéramos los demás e iba a ser que no.

—Ya lo sé, pero me gusta ser buena anfitriona, tú ya me conoces, ¿qué te voy a contar que no sepas a estas alturas? Yo disfruto viéndoos a todos felices...

—Bueno, ya nos pusiste una mesa de infarto, nos abriste tu casa y eres la mejor anfitriona del mundo, ahora siéntate y quien quiera coger algo que se levante y lo haga, pero tú te quedas ya sentada y disfrutando. Que te voy a estar observando, ¿eh?

—Ya te has enterado — dijo Hugo, aprobando lo que yo acababa de decir —. Que todos tenemos piernas y manos.

Las chicas también se lo dijeron, aquí nadie iba a trabajar mientras los demás se estuvieran rascando, además a todas se las veían también muy echadas para delante y que no se le caían los

anillos. Y solo era cuestión de que entre todos arrimáramos un poco el hombro, leñe, que no se trataba de hacer trabajos forzados ni nada...

“Mi monita”, o sea Reme, a la que yo adoraba pues desde que entré en este mundo me ayudó mucho, no paraba de lanzarme dardos, bromeando, pero es que los dos éramos así. Por lo demás, era dulce y cariñosa, atenta y servicial... Y no tenía un pan suyo. Una niña en la que se concentraban muchos valores de los que hoy en día se van perdiendo.

¿Qué decir de Rosa? ¡Moría con mi catalana! Otra con la que me tenía que reír sí o sí, además, como Reme y Mercedes me conocían a la perfección, podía tirarme horas serio con ellas, que sabían que estaba bromeando y me seguían la broma. Yo era así y no iba a cambiar, ¡y menos mal que me aceptaban con mis virtudes y también con mis defectos!

¿Y Yolanda? Pues Yolanda era todo corazón, siempre ponía en los posts mensajes de cariño para Hugo y para mí, una argentina con un corazón más grande que todas las cosas.

Frella, bueno, ella era paz, amor, buen rollo, equilibrio, de esas personas que cuando hablas con ella ves todo de otra forma. Una amiga que sabes que siempre va a tener las palabras que necesitas para calmar un mal día.

Miriam, mi terremoto, esa a la que le ponías El Barrio y era provocarla, se volvía toda flamenca, pero es que tenía un arte... Con ella había que morir.

En resumidas cuentas, un ramo de rosas compuesto por unas mujeres que brillaban con luz propia, cada una con su propio color, pero todas igualmente bellas por fuera y por dentro.

Las demás, aunque no había tenido un trato cercano con ellas siempre tuvieron un detalle en cada post: unos buenos días, apoyo, comentarios... Personas que veía día tras día que habían estado y estaban ahí, por lo que me hacía una inmensa ilusión conocerlas personalmente.

Vito era de nuestra tierra, mi paisana y con la que me había echado mil risas muchas veces, teníamos muchas cervezas pendientes, así que me encantaba que estuviera aquí también.

Hugo, cómo no, ya le estaba buscando la lengua a todas y era el alma de la fiesta y eso que aún no había hecho más que empezar. ¡Aquello se sabía cómo había comenzado, pero no cómo iba a terminar! Estando Hugo por medio, cualquier cosa podía ocurrir...

Vino va, vino viene, música de fondo, charlas de todos a la vez, pero estábamos encantados, no podía creer tener a una parte de mi tribu ahí conmigo ¿Se podía pedir más? Claro, por pedir se podía, pero yo era de disfrutar de lo que la vida ponía en mi camino y esto era una gran oportunidad que quería vivir hasta el infinito y más allá.

Seis horas después de charlas y más charlas, risas y más risas, vino y más vino...

—Propongo un juego — dijo Miriam levantando la copa.

—Venga, di — soltó Mercedes esperándose lo peor.

—Si hay que correr, vos correr, yo no — dijo Yolanda con su copa en la mano ya que había quedado encantada con ese vino español del cual decía que se llevaría la maleta a reventar de botellas.

—¡Escuchadme! Os quejáis antes de que yo hable...

—Te vemos venir — dijo Reme aguantando la risa, esa que siempre tenía en la boca.

—No, lo peor, que sabrá por dónde nos sale — decía Hugo muerto de risa.

—¡Qué os calléis! Así no puedo explicar, desde luego... Esto no es serio, ¿eh?

—Venga “mi arma”, dilo — volteé los ojos. Y que fuera lo que Dios quisiera, ¿quién dijo miedo?

—Vamos a jugar al escondite, hay mucho terreno, así que a ver a quién se le da mejor esconderse.

Todos nos echamos a reír, para esconderse estaba más de uno...

—¡Yo me la quedo! — dijo sonriendo Yolanda, con su copa en la mano.

—Pues listo, cuenta hasta cien en argentino que todos nos escondemos — respondió Miriam.

—¿En argentino? — solté una carcajada, ¡qué cosas tenían!

—Anda hijo, que soso eres, no pillas una — me miró negando con cara de asco mientras aguantaba la risa.

—Uno, dos... — Salimos todos corriendo, eso sí, nadie se dejó la copa en la mesa, todos la llevábamos con nosotros. Que lo importante es lo importante y nosotros al vino le rendíamos pleitesía, si hacía falta.

Me escondí detrás de un arbusto y vi que Mercedes me había seguido.

—Yo contigo al fin del mundo, si nos pillan que sea a los dos, además, mira, traje una croqueta para cada uno, toma.

—Me da, te juro que contigo me da, no se puede tener más arte en la vida. Con croquetas así, como si me cae cadena perpetua.

—Mira ya han pillado a Inma y a Merche — rio.

—Normal, si se han escondido detrás del bombo de basura que está al lado.

—Pues a nosotros, si te digo una cosa, no nos pillan en la vida.

—Dime, dime... — Me tragué la croqueta. Qué manos tenía cocinando esa mujer, por favor, hasta gemí al notarla deshacerse en mi boca.

—¡Monito, capullo! —escuché a Reme gritar y es que la habían pillado, pero Mercedes me puso la mano en la boca para que no le contestaran.

—Mira, cuando vaya hacia la otra parte, nos vamos a ir allí — señaló una especie de árbol gigante — y luego nos vamos detrás que hay un bombo de basura gigante que yo limpié esta mañana, nos metemos dentro y no nos pilla ni Dios.

—Qué dices, no me meto en un bombo ni loco —reí.

—Valiente militar ¿Y tú haces maniobras?

—Ni que me tuviera que meter en la basura... —Negué descojonado de la risa. Solo de pensarlo

me picaba todo.

—Desde luego, anda que no eres tú fino...

—Mira, ya han pillado a todas, solo queda Rosa, pero conociéndola seguro que está bien resguardada.

—Pues que nos pillen después que ella, para chulos nosotros — dio un trago a la copa de vino y se quedó tan campante.

—Dylan, vos espera que ya te pillo — dijo Yolanda y quise contestarle que quedaban tres, pero vuelta a ponerme la mano en la boca Mercedes.

—Tranquila que no hablo ¡Me vas a asfixiar! Ay, Dios, al final aquello sí iba a tornarse más peligroso que mis maniobras. Esta mujer tenía más peligro que un mono con dos pistolas.

—Pues eso, asfixiado pero que no nos cojan — se bebió la copa de un trago y me quitó la mía.

—¡Tendrás morro!, haberte traído la botella, jeso no vale! — reí.

Y nos vio, no sé cómo, pero nos vio y gritó nuestros nombres dando con la palma a la pared para que no pudiéramos llegar inmunes.

—¡Por tu culpa! —Me dio un cate.

—Bueno al menos no nos la quedamos, ahora falta Rosita.

—Pues si ella dice “por ella y por todos sus compañeros”, nos salvamos.

—Esa se debe estar riendo de lo lindo, que me da que no la pillan — dije mientras íbamos hacia las chicas.

—Me he liado con el jefe — gritó Mercedes ante la risa de todos.

La miré y me eché a reír, la verdad es que esa mujer tenía unos puntos que no eran para menos. De ella me podía esperar cualquier cosa, era para partirse.

Yolanda no paraba de mirar de un lado hacia otro, pero estaba atenta a todos los movimientos que se pudieran originar. La verdad es que nos teníamos que reír ¡No se le escapaba ni una! Anda que no se lo tomaban en serio ni nada...

Y media hora que pasó y Rosa sin aparecer, ya la buscábamos todos, la sobornábamos a chillidos, le decíamos que íbamos a ser sus sirvientes los tres días, pero nada, no había forma.

—¿Le habrá pasado algo? — preguntó Frella preocupada.

—Sí, que se habrá quedado dormida en cualquier parte — soltó Reme, provocándonos unas risas.

—Yo, ya no sé por dónde buscar — dijo Hugo riendo.

—Pues nada, llamemos al CSI — dijo Reme rellenando todas las copas.

En ese momento me llegó un *Messenger* de Rosa.

Rosa: Mi moreno, estoy bien, pero no me van a coger, además la botella que falta me la traje conmigo.

—Pues nada, que tiene confiscada una botella, que está bien, pero que no la vas a coger — miré a Yolanda que no dejaba de mirar para todos los lados.

—Pues eso se arregla rápido — dijo Inma —. La queda el primero que se cogió y Rosa que siga escondida.

—Antes una ronda de chupitos — soltó Miriam poniendo todos los vasos en la mesa y rellenándolos de Ron.

—Madre mía, qué mal vamos a acabar todos hoy... — reía Merche, que apenas bebía.

—Niño — me señaló Miriam—, pon en el móvil ese que está conectado al altavoz una de El Barrio.

—Venga va, voy a poner un repertorio — reí negando, pronto se estaba comenzando a formar. ¡La que se avecinaba era menuda!

—A mi mejor ponerme en una hamaca ahí, al sol — contestó Hugo—Ese era otro que se las sabía todas...

—No, tú te escondes como todo ser vivo que se haya en este campo — le dijo Reme sacándole la lengua—¿O qué viene a ser esto, hombre? Abrase visto... Venga ya a moverte, que te vas a atrofiar...

—Me tenéis manipulado — le contestó negando y aguantando la risa, con menos ganas de moverse que un peluche en una cama de velcro.

—Cualquiera te manipula a ti, campeón — otros dos golpes que le metió Reme en la espalda.

—¡Cuenta Inma! — dijo Hugo levantándose para esconderse y no llevarse ni un golpe más.

Inma comenzó a cantarlos y salí corriendo hacia el bombo que había dicho Mercedes, lo dicho, me metí, pero no solo yo. En aquel cubo rectangular nos metimos: Frella, Reme, Mercedes, Miriam, Merche, Hugo y yo. ¡Toma ya! Eso es como cuando no quieres comer algo y tu madre te pone el plato hasta arribita, para que aprendas... Ahí lo llevaba yo. ¡Menos mal que era fino! Si aguantaba aquello, ya lo aguantaba todo, porque era para darte un telele...

Escuchamos gritar a Yolanda que ella se quedaba ayudando a Inma a encontrarnos, eso de ser ella la investigadora le molaba, si es que más feliz no podía ser. Con gente así daba gusto. Una cosa estaba clara, de allí nos íbamos a ir con las pilas cargadas a tope, aparte de con el estómago...

Lo de nosotros, bueno... Un visto y no visto, algo cayó del cielo sobre la tapa del cubo y salimos todos como ratas. Anda que por poco nos matamos, nos pillaron del tirón. Ni que decir tiene que yo bendije a lo que quiera que hubiese sido, porque el aire ya se estaba viciando en el interior de aquel cubículo...

Luego claro, faltaban Rosa, Pato y Begoña.

Nosotros decidimos sentarnos a esperar que se resolviera, pero se me encendió la bombilla. Y es que mi cabecita no podía estar quieta, yo siempre tenía que estar maquinando la siguiente...

Cayó algo del cielo, no, eso era Rosa, esa estaba escondida en el árbol que quedaba justo arriba, claro, nos tiró algo para que saliéramos... ¡La madre que la trajo al mundo! ¿Cómo no había caído antes? Si estaba cantado...

Grité desde el porche...

—¡¡¡Rosa, sé dónde estás!!!

Todos me miraron sorprendidos, incrédulos y por supuesto Rosa no iba a contestar.

—¿De verdad sabes dónde está? — preguntó Begoña.

—Me juego lo que queráis. Para decidido yo, qué menudo soy cuando me da una corazonada y ese día la tenía, pero grande. Ponía la mano en el fuego...

—¡Ese es Dylan, el de los retos! — exclamó Pato.

En ese momento me llegó un mensaje de advertencia de Rosa, diciendo que como me chivara, me iba a dar el fin de semana y aún era viernes... Y yo la creía capaz y capataz, que allí el que no corría, volaba...

Diez minutos después en que todas estuvieran pendientes a mí para que dijera donde estaba, Rosa apareció como si fuera en moto y tocó en la pared librándonos a todos los compañeros. ¿Se podía tener más salero? Complicado lo veía, madre mía que aquellas chicas valían más que un potosí.

Vitoreamos, aplaudimos y brindamos, la verdad es que tenía un arte impresionante... Nos faltó hacerle la ola y porque no caímos que, si no, le hacemos una ola y un tsunami completo, que ella se lo merecía...

La tarde la echamos en el porche, menos mal que era el mes de mayo y la temperatura era perfecta, ni frío, ni calor. Las horas pasaban volando, tiene guasa lo rápido que pasa el tiempo cuando uno está pasándolo bien y es que allí estábamos “*tan a gustito*”, como diría Ortega Cano.

¿Bebimos? Hasta el infinito y más allá... No nos bebimos el agua de los charcos porque para eso había que moverse y estábamos perezosos...

Por la noche encendimos la barbacoa, por poco echamos a arder toda la finca, pero controlamos la situación. En fin, unos desastres. Lo único que hubiera faltado eran los del Seprona por allí, pero vamos que, si llegan a asomar la cabeza, los hartamos de comer y de beber también.

Begoña nos decía que nos calmáramos, Merche que éramos unos desastres, Pato, Reme e Inma lloraban de la risa, Frella me hacía gestos con la cara a modo de riña cariñosa y Miriam, bueno Miriam estaba bailando a ritmo de El Barrio con su pareja de baile, un árbol...

Mercedes apoyada en mi hombro con las piernas cruzadas diciendo que se meaba de la risa y yo pensando que si fuera mi campo estaría temblando de la que se estaba liando.

En fin, que Vito estaba haciéndonos señas para que lo hiciéramos peor, vamos, que la chavala al menos estaba de nuestra parte, menos mal que Rosa estaba poniendo orden o al menos eso intentaba.

—Toda la culpa la tienen los jefes — nos señaló Pato y la miramos en plan indignados.

—Dejad a mis niños ya que lo despistáis y se pierden — Rosa hizo un gesto de riña mientras lo decía.

—De la que se libró Manu — murmuró Hugo aguantando la risa—Ese sí que sabe...

—En serio, me parece muy fuerte que los jefes no sepan hacer una barbacoa, vais a quemar la carne — soltó Yolanda y la miramos con cara de asesinos.

—Es broma, sois mis boludos favoritos — dijo con todo su acento argentino provocando una risa en todos.

—No quejaros, demasiado que aquí estamos explotaditos haciéndoos la carne.

—Mira Dylan, explotar te vamos a explotar como no salga buena — dijo la flamenca que seguía bailando con el árbol.

—Ahora te pongo sevillanas — le respondí bromeando.

—Qué sea la de “Candela, Candela” — gritó sin soltarse del árbol y sujetando la copa con otra mano.

—Joder, yo solo me sé la de “Mírala cara a cara que es la primera” — dijo Hugo causándonos un ataque de risa a todos.

—Pues anda que yo la de “Misifú se ha enamora, de la gata Robustiana”

—Hijo Dylan, vaya memoria la tuya...

—Una ex que me hizo bailarla toda una feria... — Volteé los ojos.

Se comenzaron a reír todos, pero es que era la gran verdad, esa canción nos acompañó muchos momentos de esa feria y eso que ya era antigua, pues ese año le sacaron partido de nuevo. Y a mí se me había quedado grabada a fuego de tanto escucharla.

La barbacoa al final nos quedó de vicio, vamos se “rechupetearon” los dedos, no quedaron ni los huesos, esos se lo dimos a los perros. Que allí tenía que disfrutar todo el mundo y ellos no iban a ser menos, ¡por encima de mi cadáver!

Seguimos bebiendo, con alguna que otra baja. Pato, Begoña, Merche y Yolanda, terminaron en la cama jurando que no bebían más, nosotros, al pie del cañón.

Las pobres no es que estuvieran achispadas, es que habían cogido la cogorza del siglo y no podían con su cuerpo. Normal, nos estábamos pasando tres pueblos, pero es que ocasiones como aquellas no se nos daban todos los días.

Mercedes, Reme, Frella, Miriam, Vito, Hugo, Rosa y yo, seguimos bebiendo. No había forma de parar con la sevillana, o sea, con Miriam, nos tenía con El Barrio a todos a base de palmas y ella llevando la voz cantante.

Nos acostamos a las tres de la mañana después de un día de lo más divertido con las chicas. Bueno, nos acostamos o nos montamos en la olla de la feria, que no lo tenía yo nada de claro, porque lo cierto es que la habitación daba vueltas y vueltas y yo eso mucho no lo entendía, para

qué nos vamos a engañar...

Capítulo 3



¿Sabéis lo que es un lamento? Pues eso era lo que se escuchaba esa mañana en la que distribuidos en tres habitaciones se escuchaba a todo el mundo quejarse de la resaca.

—¡Venga, todos arriba que os tengo en el porche un pedazo de desayuno! — dijo Mercedes tocando las palmas para mayor martirio de nuestras cabezas.

Me levanté y me fui directo al baño de fuera, en los dos de la casa había hasta cola, así que tiré por la vía rápida mientras saludaba con la mano como el Rey de España, pero ni hablé, no me salían las palabras, necesitaba un enjuague de boca, lavarme la cara e intentar parecer persona de nuevo, cosa que parecía que me iba a costar bastante.

Volví al porche donde ya estaban Merche, Pato, Begoña y Mercedes haciendo de anfitriona.

Una mesa con todo lujo de detalles, café, zumos, pan, bollos y frutas. Estábamos como reyes allí, cuando volviera a mi casa el desayuno me iba a parecer de lo más miserable...

—Merceditas, o te sientas o te siento — le advertí viendo que no paraba.

—Niño déjame, yo soy feliz así, además, os puse una pastilla a cada uno de la que yo me tomé y mira, ya no tengo resaca.

—¡Que te sientes! — le advertí poniendo cara de enfado — Aquí somos autosuficientes para servirnos cada uno, demasiado que ya lo preparaste todo. La pobre no podía ponerle más empeño, pero es que yo no lo veía justo y me faltaba el tiempo para hacérselo saber.

—¡Vale, vale! — Levantó las manos en son de paz — Si te pones así... — Se sentó aguantando la risa.

Rosa apareció con las gafas de sol y cara de pocos amigos. Lo que hace el alcohol, que algunas veces es como Atila, que por donde pasa no vuelve a crecer la hierba. Bueno, seamos justos, la

bebida no es que hubiera pasado por allí, es que habíamos dado buena cuenta de ella. Vaya, que al final de la noche quien más y quien menos tenía en las venas una perfecta mezcla de alcohol y sangre, mitad y mitad.

—Hasta que no me tome el café y sea persona, desde ya digo que al que me hable lo estrangulo. Sin más, y puedo prometer y prometo que yo soy de las cumple sus promesas, valga la redundancia. Y el que avisa no es traidor—advirtió con la mano de lo más seria causando la incredulidad general.

—Yo no pienso hablar — dijo Hugo apareciendo, aguantando la risa y sentándose.

—Querida Rosa, a mí no me mandes a callar que, si no, no hablo más — sonreí.

No puedo evitarlo. Basta que escuche una prohibición para que me entren unas incontenibles ganas de saltármela. Será una chispa de rebeldía que me corre por las venas, o un buen montón, pero me da vidilla.

—Mi moreno, no me toques los ovarios tan temprano — advirtió agarrando su taza.

—Haya paz — soltó Miriam mientras iba directa a poner música y todos le advertimos que, flojita —. Callad, vamos que tenéis menos marcha en el cuerpo... — dijo poniendo cara de asco y bajando el volumen.

Y es que eso de que “la música amansa a las fieras” no parecía tener demasiado sentido en un contexto en el que unos y otros sentíamos un contundente martillazo en las sienas, producto inequívoco de una resaca que nos habíamos ganado a pulso, llevándonos el premio gordo.

—A Paz dejadla que está muy tranquila — bromeé recordando a otra chica de la tribu.

Resaca, sí, mucha resaca, pero allí no había personas, éramos loros, se escuchaban las conversaciones por todos lados, mi cabeza era un bombo al que estaban dándole sin piedad, puñetera resaca.

—Amigo ¿Tú crees que hoy seremos capaces de beber? — murmuró Hugo, riendo a mi lado.

—Calla que todavía te comes la tostada...— Me giré para dirigirme a todos— El próximo que

vuelva a nombrar el alcohol hasta que yo no sea persona, va a la piscina así coja un enfriamiento. Advertidos quedáis y no es broma, por mi vida que va a la piscina quien sea.

Y es que el de los martillazos en las sienes parecía estar ensañándose conmigo y si yo lo llego a coger le quito las ganas de martillar y hasta de vivir, al muy cabroncete.

En ese momento todos se miraron aguantando la risa y sin hablar, pero ya sabía yo que alguien explotaría y no fue otra que Reme.

—“Monito” ¿Tú me quieres? — soltó sonriendo, sabiendo que me acababa de tocar la moral. Era tremenda, lo mejor de lo mejor, pata negra...

—Ya sabes que muchísimo, eres de esas amigas que son para siempre, pero... — La agarré del brazo, tiré de ella y comencé a empujarla hacia la piscina mientras todos gritaban y venían a su rescate.

Al filo la salvaron de la caída, al filo, se me tiró la tribu encima y me quitaron de hacerlo, eso sí, yo iba cayendo al intentar quitarme y agarré a Miriam y Rosa... ¡Al agua patos!

—Yo me cago en to tus riles, niño — me gritó Miriam cuando salió de zambullirse.

—Mi moreno, a partir de ahora eres mi enemigo número uno — remató Rosa.

—Mirad que yo también estoy en el agua y no me quejo, ahora a cambiarme entero — reí.

Yo si no la ganaba la empataba y no lo había podido evitar. Lo dicho, lo llevaba en las venas...

—A ver si te crees tú que nosotras nos vamos a quedar en pelotas — dijo con chulería Miriam.

—¡¡Sí, Miriam, sí!!!— gritó Hugo desde fuera, bromeando.

—Compi, antes de que te manden a la mierda, tráeme un café que hasta cogí la temperatura de la piscina.

—Ahora mismo, “bro”— hizo el saludo militar.

—Mi arma, que esta me la pagas, esta noche comes piscina y tierra, advertido quedas — dijo Miriam exprimiéndose la melena cuando salió de la piscina.

—A mi moreno no lo amenaces — le respondió Rosa bromeando — que tú lo vas a tirar, pero muerto, que a este me lo cargo yo, así que tranquila que lo tengo todo pensado.

—Dylan tú solito te lo buscas todo — gritó Inma desde el porche.

—Eso tú calienta, como ya no sufrí amenazas, puedes darme un poco más.

—Dylan, es que vos te lo buscaste.

Se veía que me estaba cavando mi propia tumba y la adrenalina corría veloz por mis venas. Genial, a ver si así bajaba el nivel de alcohol...

—Yolanda ¿Dónde quedaron todos esos mensajes de amor que ponías por todos mis posts? ¿Te has vuelto del lado oscuro? ¿O te quedaste solo con Hugo y con Manu?

—No, hombre, vos sabes que es con cariño, pero es que quisiste tirar a Reme.

Cada vez que hablaba me recordaba a Sol que también era Argentina, el “vos” ese la trasladaba a mi mente, parecía que me hablaba ella.

Bueno pues me tomé el café en la piscina y luego salí, me quité la ropa, me envolví en una toalla, entré a cambiarme y volví a sentarme en el porche donde todos lloraban de la risa.

—Esto no se queda así — volvió a amenazar Miriam bromeando.

—Yo me voy como Rosa, a lo alto del árbol.

—Pues procura no bajar hasta que yo me vaya, vamos hasta mañana por la tarde.

—Bueno, ¿hacemos las paces? Además, eso te pasó por ir de héroe, la que iba a caer era “la monita”, no vosotras, pero eso os pasó por entrometidas — bromeé.

—Tú sigue, Dilancito, que verás — subió el volumen de la música, cómo no, El Barrio.

Tras el desayuno yo me quedé en la mesa con Frella y Merche.

Frella comenzó a contarme que llevaba en España varios días, pero no dijo nada para darme la sorpresa, solo lo sabía Mercedes. Y yo pensando que quien les llevaba la madre de todas las sorpresas era un servidor, ¡qué incauto!

Había venido para ver a unas amigas que conocía hacía tiempo, así que aprovechó esta oportunidad para estar con una parte de la tribu también.

Lo más grande era lo de Yolanda, que había venido expresamente a verme, de todas formas, llevaba tres días ya con Mercedes y luego se quedaría otros tres más antes de volver a Argentina, pero a mí el simple hecho de que hubiera venido del otro lado del planeta para verme, me había emocionado mucho pues le tenía mucho cariño.

Ese día tocaba paella, así que me puse a prepararla con Frella, Vito y Begoña. ¡Era lo menos que podía hacer! Ahora, que no garantizaba el resultado porque un poco perjudicados estábamos todavía...

Lo más gracioso es que a la hora de la comida teníamos todos una cara de muertos que fuimos cayendo como moscas a dormir un rato la siesta, era la única forma de luego estar al cien por cien. Y merecía la pena intentarlo porque no sabíamos cuándo volveríamos a tener la ocasión de disfrutar de un reencuentro que, a todas luces, estaba resultando épico...

Capítulo 4



Me desperté dos horas después, aún había algunas durmiendo, salí al porche y estaban Pato, Begoña, Merche, Mercedes y Reme.

Meme había salido por la mañana y no volvió hasta ahora, con la sorpresa de que había ido a recoger a Izaskun y Charo. No me lo podía creer, eso sí que era otra sorpresa.

Si éramos pocos, ahora parió la abuela, pero daba alegría ver que esa parte de mi tribu había peleado por estar ahí.

Nos pusimos todos a charlar y ya se nos había olvidado lo del día anterior pues ya estábamos todos con la copa en la mano.

Yo me tenía que echar a llorar con Rosa, Miriam, Reme y Mercedes ¡Qué cuadro! Aparecieron las cuatro con una flor en el pelo y unas pañoletas estilo rocieras, las demás las miraban alucinando, sobre todo Frella y Yolanda que venían de otro continente.

Hugo aplaudía lentamente llorando de la risa y yo tarde dos segundos en poner el móvil en modo video y comenzar a grabar lo que estaba a punto de pasar.

La música empezó a sonar y ellas comenzaron a cantar la de “A mi manera”, en plan rumba, pero más lenta y con estribillos muy rítmicos y aflamencados.

Ese tema ¿Quién no lo conocía?

“Tal vez lloré, tal vez reí, tal vez gané o tal vez perdí y ahora sé que fui feliz, que, si lloré, también amé”

Cantábamos todos tocando las palmas al ritmo de la canción.

Fue un momento precioso, lleno de vida, con mis niñas, esas que estaban ahí demostrando que éramos más que una tribu, éramos una familia virtual que ahora podíamos mirarnos a los ojos.

De ese tema pasamos al de “Se me va” y nos vinimos arriba con el flamenco.

“No hay razón que yo pierda en un momento lo que tanto me costó, no hay razón que se vaya de mis manos en un soplo tanto amor”

La tarde se convirtió en una tarde de esas rocieras, Izaskun terminó bailando más que nadie y Charo también, se notaba que acababan de llegar, y no habían ingerido lo que nosotros el día anterior.

Pero sí, yo también terminé bailando, no me pude resistir a sacar esa alma gaditana donde el flamenco es parte de nuestra cultura.

Hugo me hacía las palmas mientras se metía en el papel, la verdad es que habíamos formado un cuadro nacional e internacional que no tenía desperdicio y que duró hasta altas horas de la noche.

A Mercedes había que frenarla, era tan servicial que se pasaba, le leí la cartilla varias veces, pero esa mujer era puro amor hacia los demás y se desvivía, a estas alturas de su vida no la cambiaba ni Dios.

Rosita se tiró toda la noche diciéndome ¡Moreno, capullo!, pero es que era hasta graciosa, yo le guiñaba un ojo haciéndola creer que le daba la razón y listo.

Pato, Merche, Begoña e Inma, hicieron muchas migas, no paraban de hablar entre ellas, lo mismo que Mimi, Izaskun y Charo, se notaba que había mucha conexión entre ellas.

Luego estaban Mercedes, Reme, Rosa, Vito, Frella, Miriam y Yolanda que tenían toda la fiesta montada, no dejaban que aquello decayera.

Todas y cada una de ellas eran personas admirables, cercanas, humildes, y llenas de vida, de esas que te enriquecen el alma.

Esa noche estaba el cielo precioso, las estrellas brillaban con mucha intensidad y nos quedamos

allí charlando de nuestras vidas, contando anécdotas y, vaya si nos reímos, descubriéndonos los unos a los otros un poco más y de forma más cercana.

Izaskun se puso a hablarnos de Bilbao de tal manera, que ya estábamos todos locos por ir a comer esos pinchos y disfrutar de la ciudad.

Bueno, hasta le prometimos a Frella ir a verla al otro lado del charlo, al igual que a Yolanda, ya bromeábamos todos con poner una hucha para comenzar los circuitos por el mundo.

A la mañana siguiente no fue tan grande la resaca, además le hicimos una videollamada a Maiyelis, de Cuba, nos hizo mucha ilusión hablar con ella, era otra de las chicas de la tribu.

Preparamos tortillas, filetes y un montón de cosas para comer antes de despedirnos.

Esa mañana dediqué un rato a hablar individualmente con cada una de ellas, me despedí llorando, todos lo hicimos, había sido un placer conocer a esa parte de nuestra tribu.

Por el camino íbamos contándonos Vito, Hugo y yo nuestras impresiones y estaba claro que todos habíamos salido de lo más satisfechos con aquella quedada que nos había acercado un poco más a cada una de ellas.

Capítulo 5



Llegué a mi casa y puse un post en el grupo agradeciéndoles a todas esas horas inolvidables, además de a toda la tribu por ser parte de mi vida.

Colgamos un montón de fotos que todos fuimos comentando hasta altas horas de la noche.

A la mañana siguiente había quedado con Hugo para irnos a una playa en los Caños de Meca, así que cogí mis cosas y fui a por él, me recriminaba que nunca íbamos en su coche, pero yo no servía para ir de copiloto.

—Hoy hacemos un directo, estoy dispuesto — fue lo primero que dijo al montarse en mi coche.

—No tienes lo que hay que tener... — le porfié.

—Anda que no, tira para adelante que hoy la liamos en el grupo.

—¿Y cuando no la hemos liado?

—También es verdad — reímos.

Llegamos a la playa y nos alquilamos dos tumbonas en un chiringuito de moda que había allí, al llegar temprano tuvimos la suerte de que quedaran todavía alguna libre.

No sentamos en ellas y cuando el camarero venía hacia nosotros Hugo me dijo que después del finde que habíamos tenido hoy tocaba refrescos, yo lo miré con gesto de incredulidad, me giré hacia el camarero que se estaba acercando y no lo dudé.

—Dos Heineken bien frías — sonreí.

—“Bro”, de esta no salimos vivos...

—Ni de esta, ni de ninguna, así que no sé de qué te extrañas.

Hugo apoyó el móvil en la mesa que había entre las dos hamacas donde estábamos sentados de piernas cruzadas frente al mar.

Entró al grupo y le dio a poner el video en directo, no pasó ni un minuto y ya no había manera de leer todos los comentarios, aquello era un no parar.

Hugo que tenía más habilidad en localizar comentarios iba diciendo e íbamos contestando a todos los que podíamos, en esas nos llegó las cervezas que aprovechamos para chocar y brindar por toda la tribu.

Rosa: Mi moreno, jamás te perdonaré lo de la piscina.

Esa era mi Rosa, qué me reía con ella, era la bomba.

Janis: Compis, os recuerdo que los relatos deben estar listo este miércoles.

—¡Joder que presión! — dijo Hugo riendo.

Íbamos pillando los comentarios como podíamos.

Mercedes: Volved aquí que aún estamos en el porche.

No echamos a reír, la verdad es que lo habíamos pasado de muerte.

Reme: “Monito”, jamás te perdonaré que me intentaras ahogar.

—No, de eso nada, “monita”, solo te iba a tirar a la piscina — reí.

Izaskun: Volví hablando andaluz por vuestra culpa, ¡jajaja!

Tenía un arte que no cabía en ella.

Frella: Cuidaros corazones, fue un placer conoceros.

—El placer fue nuestro, preciosa — contesté y Hugo afirmaba con la cabeza.

Meme: Mis gaditanos, hay que ir preparando otra quedada.

—Sin alcohol — advirtió Hugo bromeando.

Pato: Dylan mira tu mano.

Me reí, le había quitado una pulsera de hilo que le encantó, no tuvo forma de conseguir que se la devolviera.

Merche: Me lo pasé genial, no soy tan dicharachera, pero me divertí de lo lindo.

—Eres un amor, todas aportáis mucho, gracias a que también algunas sois más calmadas, de lo contrario, echamos a arder ese pueblo de Mercedes — dijo Hugo.

Inma: A mi podéis invitarme a comer o tomar algo, os tengo al lado.

—Pues quedaremos, claro que sí — contesté.

Yolanda: Yo los amé.

—Nosotros a ti también — respondió Hugo.

Rosa: Mi moreno, te vas a quemar.

—Tranquila que traigo protección de cincuenta — reí, le pillaba los puntos a la primera.

Sol: Yo acá trabajando para ustedes y miren ¡Qué bonito!

Hugo y yo nos miramos sabiendo que no sabíamos a ciencia cierta si reír o hacernos los angelitos.

—Sol, nosotros vinimos a inspirarnos para las siguientes historias — soltó Hugo y eché cerveza hasta por las orejas.

Sol: Claro que sí, eso no lo dudaba, por favor...

Conociéndola eso era más ironía que otra cosa, así que tenía que ser rápido y contestar algo que nos hiciera inocentes, que luego nos tenía esperando portada tres días en plan venganza. Lo que hacía la confianza...

—Sol, te mandamos un abrazo muy fuerte y gracias por no abandonarnos nunca — a rezar interiormente por si colaba.

Sol: Chicos, hasta el lunes que viene, un abrazo.

¿Hasta el lunes que viene? ¿Una semana? ¿Y la portada del nuevo libro y el de la tribu?

—¡¡¡Sol!!! — grité al estilo ¡¡¡Estefanía...!!!

Los comentarios de risas fueron tremendos, ya no volvió a contestar sabía yo que nos dejaba entripados unas horas.

Charo: Chicos, esperad que voy llegando.

—Aquí te tenemos una hamaca reservada — respondió Hugo.

Mercedes: Volved, hijos, volved...

Nos echamos a reír, pero hasta ganas daban de irse ahora en plan relajado a disfrutar de la paz que aportaban aquellas tierras.

Un rato charlando con ellas y nos pedimos unas tapitas para picar algo, por supuesto acompañado de otra cerveza, no sin antes habernos dados un buen chapuzón.

Hugo tenía un cabreo monumental, había una chica con la que estuvo hace tiempo y que no paraba de hablarle por todas las redes y ya no sabía como decirle que parara, le faltó decirselo en japonés, más que nada por probar suerte.

Me recordaba a la que me dejó por casarse con otro y luego me mandaba mensajitos hasta en hebreo.

Cuando Hugo y yo nos poníamos a hablar de nuestras relaciones terminábamos muertos de risa, no nos había salido nada bien y eso que estuvimos con chicas que pensábamos que sí podría haber funcionado, pero en eso teníamos mucho paralelismo, íbamos de marrón en marrón.

Tras la comida pedimos un café, nos lo tomamos, nos dimos un baño y echamos en las hamacas donde nos quedamos dormidos.

Me levanté sudando, ese día hacía mucho calor, en Cádiz aparecía el verano antes de lo habitual y ese día era un fiel reflejo de ello.

Fui a darme un baño solo, me apetecía nadar y eso hice durante un rato hasta que me cansé y volví la orilla donde ya estaba Hugo despierto de su siesta.

—¡Me podías haber despertado, capullo!

—¿Para qué? Hoy era día libre, dormir está entre las cosas más codiciadas para hacer días como estos.

—También es verdad... — se rio.

No me lo podía creer al ver que venía por la orilla una ex mía, de espaldas a Hugo, venía flechada hacia mí, vamos, que ya me había visto.

—¡Dy, cuánto tiempo! — Se tiró a mí como si me hiciera especial ilusión, miré por encima de su hombro a Hugo y volteeé los ojos, me entendió a la primera.

—Sí, mucho tiempo... — Le di dos palmaditas en la espalda con menos ganas, que todas las cosas y me separé.

—¿Qué es de tu vida?

—Me metí a putón.

—Ay Dy, que gracioso eres... — Me dio con su mano en el pecho y la miré sin ganas.

—Ya sabes que soy militar, sigo siéndolo y que...

—Eres escritor...

—Pues ya lo sabes todo — sonreí con ironía.

—Os sigo en la tribu, estoy con un nombre de mentira.

¡La de Dios!, como no tenía topos, ahora una más, era para cortarse las venas y no sangrar.

—¿Y cuál es tu nombre en Facebook? — le preguntó Hugo.

—Si hombre, si os creéis que lo voy a decir vais apañados... — rio con esa tontería que tanto le caracterizaba.

—Lo malo es que a los topos los echamos...

—Dy, no me echarás, ya hasta virtualmente me tienes cariño — dijo riendo con su manita en el pecho, con delicadeza, no se fuera a romper.

—Pues que bien, mira, al menos por algún lado te tengo cariño — solté sin poder remediarlo.

—Tan gracioso como siempre...

—Tan ingenua como siempre...

—Bueno señora topo — interrumpió Hugo viendo que la cosa se ponía tensa —, Dylan y yo nos tenemos que ir — me dio un toque en el brazo—. Que le vaya bien en la tribu,

Y ahí la dejamos, volvimos a las hamacas, agarramos el móvil y empezamos a averiguar quién podía ser de las que comentabas, ahí comenzaron las apuestas.

Nos sentamos a charlar y a tomar un café y volvió a aparecer, increíble pero cierto. Por lo visto

no había cambiado, seguía siendo la misma insoportable, pesada e insistente de la que un día no sé como me enamoré, aunque a decir verdad se me pasó rápido, el tiempo de ir conociéndola más.

—Una cosa jefes... — soltó como nos llamaban en la tribu— ¿Me podéis decir quién os toco en los relatos por si fuisteis uno de los dos el afortunado?

Me mataba, si encima yo había escrito nombrándola, me mataba, me tiraba de un puente y... “na”, ni puente ni nada, pero sería para coger una depresión, el karma no podía ser así conmigo.

—No, no te lo vamos a decir, queremos sorprenderte — le respondí con guiño de ojo incluido, para eso me estaba provocando, pues le iba a dar donde más le jodía, a aparentar tranquilidad, eso la mataba.

—¿Perdona? ¿Sorprenderme a mí? ¿Ustedes?

—Pues algo te tiene que sorprender para que nos sigas...

—Puro aburrimiento, amor.

¿Amor? Dios me libre, antes me meto a cura.

—Pues veo que siempre estás aburrída, ¿no?

—¿Yo?

—No, la de detrás, que eres muy egocéntrica — bromeé y ella se giró, luego comprobó que era ironía.

—Paso, me voy, no pierdo más el tiempo con vosotros.

Menos mal que se dio cuenta, se giró, se fue, pero sabía que volvería, ¡vaya que si volvía! Ni diez minutos tardaría.

Hugo y yo nos echamos a reír, él negaba, ni falta hacía hablar sabíamos lo que estábamos pensado, él que no entendía como podía haber estado con una tía así de repelente y yo, bueno, yo me reía porque tampoco lo podía entender, me cogería en la edad del pavo.

Y tal como le dije, por ahí venía.

—Solo vengo a deciros que me he salido del grupo, habéis perdido una seguidora — dijo levantando el dedo.

—Joder que bajón ha tenido que dar, al final nos quedamos solo tú y yo — me dijo Hugo bromeando.

—Reíros que tengo dos perfiles más y los pienso sacar — decía cabreada.

—Joder como siga levantando el secreto, va a resultar que no nos leía ni Dios y solo nos seguía ella con muchos perfiles topos, que horror — solté a modo ironía.

—¡Qué os den! — Nos sacó el dedo y se fue.

—Dime que no volverá....

—¿Qué no? Vendrá otra vez comunicarnos que sacó esos dos perfiles también — comenzó a reír a carcajadas al igual que yo.

Un rato después dice Hugo...

—Dime que la que viene con ella no es la madre...

Giré mi pescuezo y sí...

—Ahora si que no, a correr, recoge tus cosas que ya está todo pagado.

Y corrimos como dos condenados, total, nos íbamos a ir en un rato y ahora era una emergencia para tener que ser ya. Con ella vale, pero con la madre, ni de coña, era la maestra de la hija, con eso lo digo todo.

Llegamos al coche muertos de risa, es más, arranqué a toda mecha porque era capaz de seguirnos y todo.

Lo dejé en su casa y ya quedamos en vernos otro día, realmente nos veíamos muy de vez en cuando, rara vez. A pesar de vivir en la misma ciudad y relativamente cerca, cada uno tenía su vida, pero nos teníamos un aprecio enorme.

Los siguientes días los pasé con mi gente de la tribu y escribiendo, no salí apenas, pero el viernes tenía una suculenta propuesta que me venían haciendo hacía unos días y la acepté.

Capítulo 6



Cogí el coche, tiré hacia el aeropuerto y tomé el vuelo que había comprado el miércoles por la noche ¿Destino? ¡Barcelona! Ay estaba viviendo ahora Manu y nunca lo había conocido personalmente, así que me hacía especial ilusión quedar con él.

Estaba esperándome en la terminal con esa sonrisa de pillo, nos dimos un fuerte abrazo y nos dirigimos hacia su coche.

—Me hubiera encantado ir el fin de semana anterior a la reunión en casa de Mercedita.

—Fue genial, a cada cuál mejor, una buena vibra impresionante, volví muy contento con cada momento, eso sí, la liamos parda...

—Ya contaron las chicas.

—Impresionante, hacia mucho que no me reía tanto.

—Vamos, que fue toda una terapia.

—Efectivamente.

Barcelona me encantaba, hacia bastante que no iba, pero siempre me impresionaba.

Llegamos a su ático en la última planta de un edificio muy nuevo a las afueras del centro, una zona muy bonita y tranquila.

Tenía dos habitaciones una de ellas con baño y vestidor, otro baño en el pasillo, cocina, salón y una impresionante terraza que la tenía de lo más bonita ya que disponía de un techo deslizable y unas puertas grandes de cristal abiertas a ambos lados y que en invierno las cerraba cuando cerraba el techo, era un techo de esos que en invierno cubres y en verano abres, de esa manera siempre estaba utilizable la terraza, por lo que hacía de ese rincón un lugar para disfrutarlo todo el

año.

Siempre escribía allí, fuera la época del año que fuera, al fondo en la zona descubierta tenía una piscina de aluminio y dos hamacas, mejor no podía estar el tío.

Comimos en la terraza un pastel de carne con patatas que había hecho, estaba buenísimo, además del vino que también le hacía una compañía espectacular.

Manu me estuvo contando sobre su vida, yo sabía que había nacido en Uruguay y se crio entre ese país y Argentina.

Luego se vino a España donde estuvo en varios sitios, vivía de una empresa online y siempre le gustó escribir, hacia poco que estaba en este mundo que nos había unido a toda la tribu.

Por la tarde salimos a pasear por Las Ramblas, el centro, el paseo y acabamos cenando en una terraza con especialidad en marisco, así que nos pusimos las botas mientras disfrutábamos de una buena charla. Me contaba un poco de su vida, me reí mucho cuando me habló de la relación que tuvo con una chica andaluza hace tiempo, era un *crack*, no dejé de reír en toda la cena.

Estuvimos hablando de la tribu, de todo lo que nos aportaban, de la fuerza que nos daban para continuar en este mundo donde muchas veces daban ganas de tirar la toalla, por no seguir escuchando las mentiras que alguna gente contaba por el simple hecho de fastidiar y no dejar vivir, en fin... Era una batalla que por lo visto muchos escritores tenían que librar, pero con la tribu era todo mucho más fácil.

Luego fuimos a un pub a tomar unas copas, aunque nos pusimos fuera, dentro había demasiado ruido y a mi eso me agobiaba tela, lo mío no era ir hablando a gritos.

A la mañana siguiente desayunamos en la terraza y más tarde fuimos a pasar el día de visita turística por la ciudad, eso hicimos, la verdad es que fue fascinante, descubrir de su mano descubrí rincones que nunca había visto de esa gran ciudad.

A las ocho de la tarde teníamos un dolor de piernas, que no podíamos con nuestra alma, por lo que volvimos a su casa a darnos una buena ducha y a cenar charlando en su terraza, además de interactuar en el grupo de la tribu donde, por supuesto, copa en mano, hicimos un directo a las diez de la noche.

Las chicas comenzaron a comentar y preguntar, aquel lugar era una feria, se prendía una luz y se activaba todo.

Rosa: Así que estáis en mi tierra y no me habéis llamado, ya os vale...

—Mi Rosita, es que estamos en claustro de chicos — reí —. Mañana si quieres, desayunamos contigo.

Rosa: Más os vale, ahora os paso la ubicación.

—Trato hecho — respondió Manu sonriendo.

Comenzamos a hablar con todas, nos dio la una de la madrugada a carcajadas, no sé cómo los vecinos no llamaron a la policía, pero es que lo nuestro era escandaloso y encima con la copa en mano.

A la mañana siguiente salimos al encuentro de Rosa, para desayunar con ella.

Nos comió a besos, si es que era un amor, lo había comprobado el fin de semana anterior, aunque ya lo sabía, hablaba de vez en cuando con ella y fue una de mis primeras seguidoras, nos caíamos genial.

Estuvimos con ella un par de horas y más tarde Manu me acercó al aeropuerto, ahí se acababa mi otro espectacular fin de semana.

Durante el vuelo reflexioné sobre esos días en los que había disfrutado con la gente de la tribu, con dieciocho personas más o menos ¡Se decía rápido! Pero había sido de lo mejorcito que me había pasado en el último año, tener a una parte de la tribu pudiéndoles mirar a los ojos y no a través de una pantalla.

La vuelta a mi casa fue de felicidad, era como si hubiera atravesado un ciclo que me había aportado mucha buena vibra, era una sensación que se me había quedado de lo más bonita.

Esa tarde me preparé para escribir el relato de lo sucedido en esos diez días, difícil, pero había que relatarlo lo mejor posible.

Muchas personas para tan pocas páginas, muchos amigos que se merecían una novela, pero iba a poner de mi parte al menos para hacerle un guiño a todo lo que me aportaban.

Fui al privado de cada una de ellas y les dejé unas bonitas palabras de agradecimiento por los días que habíamos pasado, también a Manu y Hugo, los motores del grupo, sin ellos, no sería capaz de llevarlo solo.

Todas me respondieron con el mismo cariño que siempre habían hecho, hasta me emocioné, con cada uno de ellos mi sonrisa salía sola.

Esa noche dormí a pierna suelta, al día siguiente comenzaba a teclear como loco y a volver a coger el ritmo de trabajo, eso añadido a que dos meses atrás me había escapado una semana, con otra parte de la tribu a Cuba, como ya contó Ariadna, así que yo tenía el año completo. Ahora me tocaba trabajar y centrarme en todo.

Me acordé de todo como una diapositiva, tanto lo del Caribe, como lo vivido en casa de Mercedes. Así me quedé dormido, recordando los buenos momentos vividos con mi otra familia.

Capítulo 7



Café en mano, los buenos días a mi tribu y a escribir...

Me concentré toda la mañana para poder estar por la tarde relajado, yo es que era muy cabezón, tenía que dedicar cada día unas seis horas como mínimo a escribir, al menos mientras esperaba el cambio de destino, entonces lo reducía a cuatro por las tardes ya que por las mañanas estaba en el cuartel.

Esa tarde puse un post con un juego, moría de amor con las chicas pues no había día que no fueran participativas, éramos una legión llena de momentos divertidos e intensos, aunque a veces de esos que me ponían de los nervios pues me perdía entre comentarios que llegaban por todas partes y era incapaz de seguir, para eso el *crack* era Hugo.

Resulta que yo había bromeado en un post contando lo de que mi novia me había dejado para casarse con otro, pero veréis, no fue así...

El tema fue que yo un día, hace mucho, bueno no tanto, pero sí lo suficiente, estaba tan tranquilo jugando al parchís en el móvil, cuando no escribía para publicar, cuando mi vida estaba en calma...

Y me tocó una chica que no conocía, eso era una ruleta al azar y me tocó ella.

Vamos a ponerle de nombre Helen, ya lo que me faltaba era decir el suyo verdadero y que se liara una tangana.

El destino hizo que los demás días me la volviera a cruzar en el tablero, me tocaba un montón de veces y ya nos saludábamos entre risas y nos preguntábamos que tal estábamos. Ella era de otra provincia, a unos quinientos kilómetros de donde yo vivía.

Al final terminamos agregándonos a la red y charlando cada día, a todas horas y dándonos las

tantas con ello.

Ella tenía novio de toda la vida y un hijo con él y no era feliz, pero vivía en un pueblo de antiguas tradiciones y tenía una familia que claro, prefería mantenerlos feliz a destrozarnos dejando a su prometido

Yo me convertí en su confidente, en su mejor amigo como decía ya, pero a un mejor amigo no se le comienza a amar y yo notaba que ella lo hacía, al igual que yo, que se estaba convirtiendo en la mujer de mis sueños.

Era siete años menor que yo, preciosa, con un corazón de oro, para que voy a mentir y con una historia detrás que no sabía gestionar, de eso me di cuenta con el paso del tiempo, pero los dos nos habíamos quedado atrapados en una historia que cada vez fue a más.

Y después de meses charlando, de sentimientos a flor de piel, llegó el día en el que me dio la noticia más cruel que podía esperar, se casaba con su novio.

Le dije que solo le pedía una cosa, que nos viéramos un fin de semana antes de que diera ese paso y, ¿qué pasó? Que aceptó

Recuerdo que ese día iba en mi coche hacia su ciudad, estaba que me iba a dar algo, me temblaba el cuerpo, tenía un malestar impresionante pues solo tenía una carta bajo la manga para frenar esa boda ¡Sí, frenarla! No podía casarse con otro y menos amándome a mí.

Llegué ese viernes al hotel donde había reservado una habitación para los dos, sí, para los dos, ella aprovechó que el novio tenía ese fin de semana unos compromisos y lo arreglamos así para que pudiéramos pasar el fin de semana.

Preparé la habitación con velas, pétalos de rosas, bombones, champán y un osito de peluche con un corazón en medio que decía “No lo hagas, vente conmigo”.

Sí, se que pensaréis que no tenía derecho, que estaba loco, que ella se iba a casar, pero ya era tarde, se había convertido en mucho más que una amiga y la amaba con toda mi alma, ya no podía estar sin ella.

Entre nervios la esperé preparando la habitación y un momento después se oyó llamar a la puerta,

un par de golpes. Solté el aire contenido, moví la cabeza a ambos lados y me dispuse a abrir.

No me caí al suelo de milagro, yo la había visto en numerosas fotos, pero en persona era preciosa, tímida, muy aniñada.

Entró, nos fundimos en un gran abrazo y claro, el contacto, la emoción y las ganas, nos llevó a que del abrazo pasáramos directamente a los besos...

Toqué el cielo con las manos con esos primeros besos, me senté al borde de la cama donde la senté a ella que no dejaba de mirar emocionada a todos los lugares de la habitación que había preparado con tanto cariño, pero yo la tenía entre mis brazos, no la quería soltar por nada del mundo, esa niña había llevado mi corazón de un plumazo y ahora tenía que ser mía.

Un rato después de brindar por ese encuentro nos tumbamos en la cama a charlar y claro, como dije antes, una cosa llevó a la otra... Terminamos desnudos, dejándonos llevar por esa pasión que nos azotaba por todos los lados de nuestros cuerpos.

No salimos de la habitación, obvio, lo que nos faltaba es que que la vieran conmigo, se buscaría una ruina total.

Los dos siguientes días igual, en la habitación prometiéndome que lo dejaría todo, que no estaba enamorada de él y que no se casaría por contentar a la familia. La despedida después de un fin de semanas en donde nos desvivimos el uno por el otro. Fue una situación de lo más triste, los dos entre lágrimas y ella diciéndome que se quería venir conmigo, pero claro, tenía un hijo, un futuro marido al que darle una razón para dejar aquello y muchas explicaciones que darle a su familia.

Y estaba a tres meses de la boda...

La vuelta fue un infierno, lleno de dolor, de tristeza, con los nervios a flor de piel y con la incertidumbre de saber si sería capaz de afrontar sola la situación en la que estaba envuelta y que la llevaría al fracaso total.

Pasaban los días y ella tuvo intentos de comunicarle su decisión a la familia, pero de ninguna manera se lo permitieron, la cosa se complicaba, el vestido de novia como todos los detalles seguían avanzando y a mí me estaba entrando una desesperación increíble.

Y como no fue capaz de enfrentarse a ellos, lo hizo conmigo, me dejó para casarse con él...

Creí que me iba a volver loco, lloré lo que no había llorado en mi vida, maldecí todo lo que se me ponía en el camino y, sobre todo, a la vida, esa que se había empeñado en separarme de la persona que me había puesto en el camino. Así de cruel fue todo.

El día de su boda me fui con mis amigos, recuerdo que cogí una borrachera brutal, miré su *Facebook* y había una foto de ellos dos en el altar, la había subido su ya marido y la había etiquetado. Me tuve que tomar dos chupitos más para poder digerir aquello.

Y claro, con ello su luna de miel en el Caribe. La pude seguir casi en directo, su marido la etiquetaba a cada momento, eso sí, ella tanto en la boda como en la luna de miel tenía una cara de funeral que no podía disimularla.

A mitad de su luna de miel ya no podía más y la bloqueé en todas las redes, no quería ver nada más, no quería saber nada de ella, quería olvidarla, arrancarla de mí corazón a pesar de estar bien acomodada en mi pecho.

Fue el peor mes de mi vida, hasta que un día me llegó un mensaje por otro móvil y era de ella. Me pedía perdón por todo, decía que me echaba de menos y se había dado cuenta que había cometido el mayor error de su vida, pues era a mí a quién amaba y nunca debió permitir que esa boda se celebrara, pero lo achacaba todo al hijo que tenían en común y a sus familiares.

¿Qué hice? Correr a sus brazos, volver a recorrer esos quinientos kilómetros que nos separaban y tener un fin de semana de encuentros con ella en el hotel, esta vez no se pudo quedar conmigo pues la situación estaba un poco tensa y su marido ya sabía de mi existencia.

Me prometió que esta vez lo dejaría y se vendría conmigo a Cádiz, que lo abandonaría todo y haría lo que fuera para luchar por lo nuestro. Por nosotros, lo intentaría...

Le insistí hasta volverme loco, pero me demostraba que no lo iba a hacer en la vida, era un querer y no poder, así hasta que un día me di cuenta de que para ella no había sido lo suficientemente importante para que diera el paso. Yo, me habría enfrentado a los demonios por estar con ella.

Decidí dejarla para siempre. Le dije que me arrepentía de haberme vuelto a encontrar con ella y de confiar en que esta vez pondría nuestro gran amor por encima de todos y todo.

Me costó la vida, me costó poder abandonar ese sentimiento que me unía a ella. No pude cargarme la boda, no pude robar su corazón para siempre, pero gané en tranquilidad, pues vivir a medias, sin ser feliz y con miedo, no era vivir y eso es lo que hacía ella.

Con el tiempo llegó un momento en que me pude reír de todo esto, en el que lo asimilé pensando que no me dejaron por otro, porque nunca lo había hecho, esa fue la verdad. El otro siempre estuvo antes que yo y de una manera u otra la tenía a su lado, a pesar de no amarlo, porque eso, sí que lo tenía claro...

Yo siempre he sido un chico de lo más enamorado y romántico, para estar con una mujer necesitaba que hubiera sentimientos reales, no solo atracción, aunque así me había ido en la vida...

El amor para mí tenía que ser sonrisas, por supuesto que en la vida pasan cosas que te la borran de un plumazo y que la pareja tiene que estar ahí para lo bueno y lo malo, pero yo era un tipo de vivir en calma, de querer una relación donde los celos, los enfados y las tonterías fueran lo que menos estuvieran presentes en la historia. Al final terminaba teniendo de todo eso, me desencantaba y acababa dejando las relaciones. Para vivir con conflictos ya teníamos la vida y no el amor, eso no era vivir feliz una relación y era lo que siempre terminaba apagando mi llama.

Llegó el momento en el que me dediqué a publicar todo eso que había ido escribiendo a lo largo de los años, todo eso que necesitaba soltar en forma de historias donde los protagonistas dieran una parte de aquello que yo necesitaba relatar. De una manera u otra, iba algo de mí en cada historia.

Entrar en este mundo me hizo descubrir que era como una relación en abierto, donde los grupos estaban formados y donde muchos escritores tenían sus círculos, aunque también estaban los tocapelotas. Ya que me abro en canal, me abro del todo...

Esos que me relacionaron no sé con cuantos escritores, me señalaron de mil maneras y yo solo en este mundo, con unas cuantas chicas que me seguían y apoyaban, pero sin contacto más que con ellas y Sol, la chica que me hacía las portadas, la publicidad y que aguantaba todos mis berrinches, como yo lo de ellas, que no se piense que se va de rositas de aquí... Menos mal que nos adoramos.

Luego conocí a Hugo a través de ella y la verdad que fue el empujón a abrirme más, todo esto después de un año navegando solo por este mundo donde los ataques eran algo bochornoso y la maldad humana no tenía fin, no solo conmigo, con muchos autores, Aquí la polémica y los problemas estaban servidos por personas que no tenían otra cosa que hacer sino vivir de hacer daño.

Mucho más tarde apareció Manu, no sé por dónde, ni como, ni porqué, pero apareció en nuestras conversaciones publicas y se ganó nuestro cariño. Se hizo uno más de nosotros y de ahí partió la tribu, la unión de tres chicos escritores que compartían muchas lectoras en común y un sueño, escribir todo lo que se nos ocurriera.

La tribu era todo aquello que conformaba el buen rollo, las risas, el acompañarnos unos a otros en este mundo virtual en el que las letras nos unen.

Ahora tenía una gran familia virtual, de esas que te arrancan el mal humor que otros consiguen ponerte con sus difamaciones e injustos ataques, personas que no conocen la moralidad, la vergüenza y el respeto, pero mi tribu cubría esa parte fea que, poco a poco, fue dejándome de importar. Con mis niñas todo se veía de un color especial.

Agradecimientos.

A vosotras que, por cada comentario, cada muestra de agradecimiento, cada palabra de apoyo conseguís sacarme una sonrisa.

A vosotras que, por cada libro que me reseñáis y me comentáis, me transmitís que os hizo sentir, me hace ver que mereció la pena.

A vosotras que, os unís a cada locura y reto que se va añadiendo a nuestro grupo y hacéis que merezca la pena todo.

A vosotras que ya sois parte de mi gran familia virtual... ¡Gracias por estar aquí!

Quizás no sea el relato de mi vida, pero no podía dejar de acordarme de tantas y tantas personas que nos son fieles e intentar meterlas a todas o casi todas, con tanto por decir hacia mis compañeros y por tanto que contar de esa historia que una vez dejé caer bromeando sobre que me dejaron por casarse con otro, quizás con todo esto no tenía el suficiente espacio, pero lo intenté resumir lo mejor que pude.

A nuestra tribu, un millón de gracias por creer en nosotros, por disfrutar con nuestras historias y sentir el cariño que le ponemos a todas, por ser parte de nuestro día a día y de esta aventura. Os doy las gracias de corazón y deciros que... ¡Os adoro!

[1] Traducción: The Boss – El jefe

[2] Traducción: King – Rey

[3] Traducción: Warm – Calentito

[4] Traducción: Shark – Tiburón

[5] Traducción: Heaven – Cielo ; Artista: Julia Michaels – Álbum: Tema de la BSO de la película 50 Sombras Liberadas – Año: 2018

[6] Traducción: Él era tantos pecados juntos Habría hecho cualquier cosa todo por él Y si me preguntas lo volvería a hacer

[7] Traducción: No hace falta imaginarlo Porque sé que es verdad Dicen que “todos los chicos buenos van al cielo” Pero los chicos malos te traen el cielo a ti

[8] Traducción: Es automático Es lo que hacen Dicen que “todos los chicos buenos van al cielo” Pero los chicos malos te traen el cielo a ti

[9] Vivir mi vida – Marc Anthony ; Álbum: Vivir mi vida – Año: 2013